

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD  
PIO XII

V

QUINTO AÑO DE PONTIFICADO  
2 MARZO 1943 — 1 MARZO 1944



DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD PIO XI

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD  
PIO XII

V

QUINTO AÑO DE PONTIFICADO

2 MARZO 1943 — 1 MARZO 1944



**I M P R I M A T U R**

**Barcinone, 7 Januarii 1946**

**† GREGORIUS, Episcopus Barcinonensis.**





*«en una hora de particular amargura en que está sumida Nuestra alma»*

*(Bombardeo de Roma: 19 julio 1943)*

TRADUCCIÓN E ÍNDICES

POR

MONS. PASCUAL GALINDO

Prelado Doméstico de Su Santidad

## P R E L I M I N A R

*El prólogo (Premessa) del tomo quinto de la edición milanesa decía literalmente así:*

*«Los acontecimientos exteriores han determinado — por desgracia — que tan incomparable regalo [el tesoro de la enseñanza oral ofrecido, en las más diversas circunstancias, por el Supremo Pastor], por la fuerza se haya visto obligado a ser menos frecuente: no es ésta, ciertamente, la última ni la menos triste de las consecuencias de la guerra que, al hacer cada vez más difíciles las comunicaciones, ha llegado a poner obstáculos al filial sucederse de peregrinos y de recién casados ante el Trono de Pedro.*

*Sin embargo, la mies es siempre espléndida: vital alimento continuamente buscado y benéfico.»*

*La menor frecuencia de discursos en el año quinto del Pontificado de Su Santidad, y su relación parcial con los del año cuarto, determinaron, como se anunciaba en el tomo cuarto español, que se dejaran para el tomo quinto los índices peculiares de la edición española. El tiempo pasado, desde 1944, no hace perder su actualidad a la palabra «viva y eficaz» del Padre común de la cristiandad. Y el volumen quinto se completa con las dos Encíclicas, tan densas en doctrina como*

*extraordinarias en importancia, Mystici Corporis Christi y Divino afflante Spiritu, promulgadas en aquel año, que al ser cuidadosamente editadas en este volumen, le añaden un relieve singular.*

ESTADO DE LA EDICIÓN ITALIANA Y DE LA ESPAÑOLA. *Cuando aparece este tomo (quinto) de la española, la edición italiana ha llegado ya al tomo XIII (1951-1952), publicado en el pasado verano (1952); y tal vez esté ya muy próxima, cuando escribimos estas líneas, la aparición del tomo XIV (1952-1953). Actualmente se hallan en prensa, en «Gráficas Marina», los tomos VI (1944-1945) y XIII (1951-1952). De esta manera «Ediciones Acción Católica Española» tiene el criterio de simultanear, con el mejor ritmo posible, los tomos últimos con los anteriores que faltan a la Colección. La impresión y el cuidado que exigen, no sólo su preparación sino su vigilante edición y revisión, así como la compilación y ajuste de los Índices, no permiten plenamente satisfacer los deseos de quienes tal vez pensarían en una mayor rapidez. Pero ciertamente que con la colaboración de todos puede llegarse a completar felizmente la edición española.*

P. G. R.

*Madrid, víspera de Pentecostés de 1953.*

AÑO 1943

13 DE MARZO DE 1943

A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS  
DE ROMA

CONSIDERACIONES Y EXHORTACIONES  
SOBRE LA ORACIÓN

*Cada año, al comenzar la Cuaresma, los párrocos y los cuaresmeros de Roma acuden al Vicario de Jesucristo para escuchar la palabra consoladora del Supremo Pastor. Él señala y comenta un tema de altura, propuesto para la predicación del sagrado tiempo, según las más urgentes necesidades del pueblo.*

*La Audiencia tuvo lugar en la Sala del Consistorio.*

**N**UESTRA paternal palabra, amados hijos, vuelve de buen grado a vosotros — Nuestros cooperadores en la solicitud espiritual por esta santa diócesis de Roma, tan singularmente amada por Nos, no sólo como Padre común, sino también como su propio Pastor y Obispo —, que durante el tiempo de cuaresma, según el plan que os ha propuesto el celo de Nuestro dignísimo Cardenal Vicario. repartís el pan de la doctrina divina al pueblo que con tanta ansia lo espera de vosotros. Pan cotidiano es, en verdad, este pan; es el pan de la oración; y, entre los más graves deberes y fines del apostolado figura, en todo tiempo y lugar, el de enseñar a los fieles acerca de la naturaleza y la eficacia de elemento y alimento tan sustancial. Pero la importancia de la oración tiene hoy para Nuestra diócesis un valor y una necesidad especial, porque también a Roma ha alcanzado ese languidecer de la vida religiosa, tan común en nuestros tiempos, agravado por las condiciones consiguientes al crecimiento y ensanche de una gran ciudad. Bien conocéis su crecimiento y extensión cada día mayor: allí donde antes nadie habitaba, veis ahora aglomerarse un nuevo pueblo, una nueva grey que es preciso alimentar y reunir en torno a los sagrados altares. Ante ese espectáculo, ensánchase también vuestro corazón de apóstoles: y vuestra misión, aunque no es fácil y exige más bien prontitud para todo sacrificio, debe, sin embargo, dada su gran nobleza, excitar e inflamar en vuestro espíritu un celo ardiente y generoso que corresponda a las necesidades religiosas de los fieles.

## LA ROMA ORANTE

Si dirigimos una mirada a la historia de los siglos pasados, ya en la aurora de la fe, Roma nos aparece como una ciudad orante, no en los santuarios y templos de los dioses falsos del paganismo, sino ante el solo Dios verdadero en las mismas casas de los primeros cristianos, o, cuando arrecia el peligro, en las catacumbas; luego, ya desde el siglo tercero, en edificios públicos, verdaderas iglesias semejantes a las nuestras, y, por fin, en las magníficas y áureas basílicas; porque la oración fué para Roma, ya desde entonces, poderosísima arma de victoria y de triunfo para resistir en las persecuciones, para mantenerse fuerte en los tribunales y en los suplicios, para morir mártir de Cristo bajo la espada de los verdugos. Arma de su defensa y de su esperanza era la oración; baluartes y rocas de la fe eran sus basílicas y sus altares que elevaban hacia Dios; las aras de los mártires eran santuarios y tumbas, adonde la piedad arrastraba, aun de las más lejanas tierras y de allende los mares, hasta devotos príncipes y reyes que allí se inclinaron humildes en la oración y que eligieron aquellos tan venerables lugares para descanso de sus restos mortales. Ciertamente, no hay por qué desconocer las deficiencias de la vida religiosa durante la Edad Media y siglos siguientes; pero toda la vida pública, en todas las clases sociales, estaba acompañada, animada y ennoblecida por la oración; hasta podría decirse que aun la misma sociedad educaba, criaba y mantenía en la oración al cristiano. El esplendor de Roma como ciudad orante se halla atestiguado por la historia, y es conocido y descrito por los peregrinos que durante los años de jubileo afluían a ella en grupos numerosos desde todas las partes del mundo. Los sepulcros de Pedro y Pablo fueron la meta de innumerables ansias y deseos para muchos santos y santas, para espíritus ardientes que, junto a las sacras aguas del Tíber, aprendieron los cantos litúrgicos y los himnos devotos de adoración a Dios, para luego hacerlos resonar en su patria y en otras tierras, en sus iglesias, en sus soledades y en



sus monasterios. Conocida es, asimismo, la extraordinaria importancia que para la vida religiosa de la Urbe tuvieron las Cofradías y Pías Uniones de los siglos xv y siguientes (cf. Pastor *Geschichte der Päpste* 3, 1, 40).

Mas los tiempos recientes presenciaron la decadencia de aquella piadosa y exuberante práctica de la oración, no porque la Roma orante hubiera desaparecido o sido destruída, sino porque aquélla fué siendo cada vez más apartada y rechazada de la vida pública, la cual, lejos de atribuir valor alguno a la oración, la impedía con harta frecuencia y se convirtió en su mayor obstáculo. El simple crecer por todos lados como amplia y muy poblada metrópoli, que de todas las tierras reúne hombres de las más variadas tendencias, no era ciertamente para favorecer al tradicional carácter religioso de la ciudad. Mas la verdadera causa de haberse interrumpido tal tradición ha de buscarse en el proceso de la transformación laica, a que Roma fué sistemáticamente sometida. Así, el acostumbrado toque de las campanas en los muchos templos de la Urbe ya no era una invitación y una señal para la devoción y la plegaria; y la educación del pueblo, en las familias y en las escuelas, se desvió del camino que conduce a la iglesia y a la oración. Verdad es que semejante proceso suscitó, como reacción, una fuerte falange de católicos que, avezada a luchar contra corriente y a desdeñar todo desprecio, prefirió siempre alzar su corazón y sus manos a Dios mediante la oración; pero, al propio tiempo, por contraste entre el bien y el mal, surgió un grupo no pequeño de otros que, más preocupados de lo material que de lo espiritual, se habituaron a separar, pernicioso y funestamente, de la vida pública, profesional y social toda práctica religiosa. Finalmente, de ahí nació, aumentando sin cesar, la muchedumbre de los que ya no oran ni alzan un pensamiento a Dios. Se ha dicho que la iglesia del hombre moderno, en las grandes ciudades, es el cinematógrafo. La frase puede parecer, y lo es, una paradoja de mal gusto; pero conocéis bien el fondo de trágica verdad, de amargos frutos y de tremendos peligros que aquellas palabras encierran y representan.

## DEBER Y DIGNIDAD DE LA ORACIÓN

¿Qué significan y qué piden a todo apóstol esas condiciones tan tristes y tan dolorosas? Significan la decadencia y el olvido de la idea del alma y de Dios en el pueblo cristiano; y piden remedio para el mal, sugiriendo el camino que ha de seguirse para vencerlo, esto es, el hacer que en las conciencias, sobre todo de los hombres, reviva la saludable y necesaria convicción de que la oración no sólo es un deber del espíritu, sino también una obligación de honor. Si todo el mundo visible canta las alabanzas de Dios con potentes acordes que, desde el cielo hasta la tierra, resuenan en sublime armonía por los espacios del universo, ¿cómo podría el hombre, a quien el Creador da «ver claramente su eterna potencia y divinidad en sus obras» (*Rom.* 1, 20), sustraerse al gran coro de los cielos y de todas las criaturas, que a su alrededor están, y eximirse del deber de bendecir a Dios, de adorarle y de alabarle? Predicad a vuestros oyentes que el hombre — único que entre todas las criaturas de la tierra posee la superior dignidad de comprender la magnificencia del mundo visible y de elevarse a través de la corruptible naturaleza hasta el mundo invisible — ha de dar gracias por tal privilegio al Dador supremo. Recordadles cuántas admirables oraciones inspiró Dios mismo en el Antiguo Testamento, singularmente en los Salmos y en los Libros Sapienciales, himnos de sublimes y adorantes elevaciones a la glorificación de Dios. Enseñadles que el hombre ha sido creado con un claro designio por la sabiduría divina; que las cosas humanas no pueden ir y caminar, ni un momento siquiera, a la ventura y al acaso; y que, si todo en el mundo se halla regido por la divina Providencia, todo cuanto se refiere al hombre está particularmente sometido a las disposiciones de una sabiduría oculta y singular, porque de todas las obras de Dios es del hombre de quien el Creador quiere conseguir la mayor gloria (*Bossuet Élévations sur les mystères* 4, 5). La oración es un bien que no humilla ni rebaja, antes exalta y engrandece al hombre.

Los más excelentes artistas, esos maestros de la psicología figurada, nada han creado que tanto cautive al alma como la representación del hombre en oración. En esa actitud de orante es donde él manifiesta su más alta nobleza, de suerte que gráficamente se ha dicho que «sólo es grande el hombre cuando está arrodillado». Y ante vuestra mirada y ante vuestra estimación, ¿no os parecen engrandecerse más aún los poderosos, los altos personajes, los Ministros del Estado, cuando los veis inclinados y postrados ante Dios en las solemnidades religiosas y en los ritos de la vida y de la muerte? Viva era esa convicción entre las pasadas generaciones; y, si ha de lamentarse hoy que en gran parte se haya debilitado, culpád de ello a la acción devastadora del racionalismo, del materialismo, del filosofismo incrédulo, para los cuales la oración es algo insignificante, despreciable, nada varonil; ciencias son de falso nombre que con su gélido soplo helaron espiritualmente muchos corazones humanos con enfermizos temblores. Conviene, pues, que las mentes humanas se liberten de los errores, recuerden y vuelvan a contemplar su alta dignidad espiritual, reconozcan la enfermedad antinatural de su estado y de su espíritu, busquen su curación, y den a la oración el puesto de honor en su cotidiano trabajo.

#### ESCALA DE VALORES EN LA ORACIÓN

No es pequeño el número de ciertos cristianos, creyentes en verdad, pero cuya vida de oración se apaga y no va más allá de ciertas prácticas casi siempre exteriores, como la peregrinación a una venerable Imagen, la visita tradicional a algún santuario, no tanto por devoción y fervor en pro del alma, cuanto para implorar auxilio en cosas puramente terrenales. Ciertamente que son loables esas piadosas prácticas, cuando se realizan con recta intención y sin resabios supersticiosos, con plena sumisión a lo que Dios dispone; pero, ni son lo mejor de la vida cristiana, ni la integran por completo. ¿Qué habéis, pues, de hacer? Habéis de inculcar a los fieles que — aun pudiendo y debiendo orar por el «pan cotidiano» tam-

bién y por las necesidades de esta vida — en la oración deben pedirse las gracias terrenales y temporales después de las espirituales, y que ninguno puede estar seguro de ser escuchado en la petición de los bienes pasajeros de este mundo, porque, al ignorar si lo que desea ha de contribuir a su bien supremo, ha de entregarse necesariamente con fe y humildad a la santísima voluntad de Dios, que bien sabe qué le conviene mejor para esta vida y para la otra. Por lo tanto, en el primer lugar de toda vida cristiana, digna de tal nombre, está el adorar a Dios y el implorar de Él los bienes sobrenaturales y eternos. «Nuestra patria está en los cielos» (*Phil.* 3, 20); allá debemos alzar la mente y el deseo; acá abajo respirar la eternidad con la fe que todo lo vence, la que animaba a los primeros cristianos en medio de las persecuciones y de las angustias y que debe subyugar e inflamar también los corazones de nuestros fieles y vivificar su oración, haciéndola espiritualmente íntima y limpia de todo afecto no ordenado al fin supremo.

#### NECESIDAD DE LA ORACIÓN

Surge de aquí la luz de otra verdad, que vuestra palabra hará que penetre en la mente y en la conciencia cristiana: la absoluta necesidad de la oración. Es doctrina católica que nadie puede por largo tiempo observar la ley de Dios y evitar la culpa mortal sin el auxilio de la gracia; por otra parte, Dios nos previene con su gracia sin nuestra cooperación, pero, según las normas ordinarias de su acción salvadora, exige luego la cooperación del hombre, en primer lugar con la oración. «Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem!» (*Matth.* 26, 41). Luego podemos afirmar que la misma norma de fe no cambia de valor si, sustituyendo la palabra «oración» por el término «gracia», decimos: Sin la oración nadie puede observar por largo tiempo la ley de Dios y evitar la culpa mortal. Preguntad, amados hijos, en cuántos cristianos se halla viva, de hecho, esta verdad luminosa y fundamental, y cuántos caminan a la luz de ella, conformando a su guía los pensamientos, los afectos y las obras; y recurrid a estos

primeros e inconvencibles principios de la vida personal religiosa, cuando instruyáis a los fieles para orar bien.

## FUNESTA SEPARACIÓN ENTRE LA RELIGIÓN Y LA VIDA PÚBLICA

Hemos hecho ya mención de otra clase de hombres, de los cuales, a causa de la separación que muestran entre la vida religiosa y la pública, suele decirse que actúan como cristianos en la mañana del domingo, sin que en el resto del tiempo den señal alguna religiosa y cristiana. Víctimas como son por haberse separado la vida de la religión, el mundo de la Iglesia, viven una doble existencia contradictoria que oscila entre Dios y el mundo enemigo; triste fruto del carácter laico de la vida pública. ¿Qué hay más contrario al sentir católico que esta división práctica? A semejante fórmula de vida se opondrá la Iglesia siempre y con toda energía, consciente de su espíritu de formar al hombre completo, en todas sus relaciones de la vida cotidiana, porque el hombre sólo tiene un alma, redimida y hecha hija de Dios con la sangre de Cristo para todas las vicisitudes y circunstancias de la vida, así privada como pública. Por esto la Iglesia, según el mandato de Dios y la ley de Cristo, inicia la formación del cristiano comenzando en lo interior por medio de la vida de oración. Alta y divina es su pedagogía y el tenor de su método pedagógico, que se remonta a sus primeros días. Tomad con vuestras manos y leed las Epístolas de San Pablo, y considerad sobre todo los capítulos finales con sus normas prácticas, y veréis cómo el Apóstol pone todas las cosas bajo la voluntad de Dios, el símbolo de la redención y la oración de los fieles: el cuerpo y el alma, acciones y omisiones del cristiano, hasta la comida y la bebida: «Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (1 Cor. 10, 31); toda la vida social, matrimonio y familia, esposo y esposa, padres e hijos, amos y criados; aun la misma vida pública hasta los últimos fines del Estado: «Háganse oraciones y plegarias .. por los reyes y por todos los que ocupan altos

puestos, a fin de que pasemos una vida tranquila y sosegada con toda piedad y dignidad (*1 Tim. 2, 1-2*); en una palabra, todo: «Y todo cuanto hicieréis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él» (*Col. 3, 17*).

Hombres, en quienes la oración y el pensamiento de Dios hayan llegado a ser una segunda naturaleza y el alimento cotidiano del alma, como debe ser en cristianos de sólido temple, según enseña el Apóstol, nunca dejarán de obrar, en toda contingencia, según la norma de la ley divina, ni dejarán de conformarse a ella en sus determinaciones, ya se trate de cosas ordinarias, ya se presenten momentos de grandes decisiones en la vida pública. Ellos constituyeron el buen fermento siempre que se trató de renovar el mundo en el espíritu de Cristo. Tales, en verdad, se mostrarán también hoy; pero a vosotros, amados hijos, es a quienes toca el crear y el preparar, mediante vuestro trabajo apostólico, esa religiosa falange de orantes tan poderosos.

#### LA ORACIÓN COMÚN EN LA FAMILIA

Estos caracteres valientes, que de la oración sacan la fuerza para las luchas del bien y la defensa de la justicia, se educan y se forman en las familias, cuando éstas se basan y viven en aquella sabiduría cuyo principio es el temor de Dios; por ello os dirigimos con celo pastoral y paterno esta exhortación: Despertad en los fieles el sentimiento de la antigua y piadosa costumbre de orar juntos en familia: que en ésta, a horas determinadas, ante alguna imagen sagrada, se respire un aire de santuario; que la oración sea atenta, devota, conforme a las circunstancias del tiempo, de la actividad y del trabajo, y realizada de tal suerte que los hijos, en vez de experimentar cansancio o fastidio por ella, se sientan más bien estimulados a prolongarla. ¡Espectáculo digno de los ángeles es la oración común en el hogar doméstico! Y puesto que la vida pública, tan llena de distracciones y peligros, con demasiada frecuencia, en vez de promover, pone en peligro los más preciosos

bienes de la familia, la fidelidad conyugal, la fe, la virtud y la inocencia de los hijos, la oración en el santuario doméstico es hoy casi más necesaria que en los tiempos pasados, cuando en Roma florecía única la civilización cristiana y en las costumbres no había resucitado, por malicia de la irreligión, un encubierto paganismo. La imagen de la madre de familia, orando, es una visión de la gracia de Dios para su esposo y para sus hijos; y el recuerdo de un padre que, en su profesión, tal vez en puestos altos ha realizado grandes cosas, permaneciendo piadoso y devoto, se convierte con frecuencia en ejemplo animador y de salvación para el joven en los peligros y en las luchas espirituales de la edad más madura.

#### EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR

Pero el santuario de la familia, por bello, decoroso y bien cuidado que sea, no es la iglesia; deber vuestro es la preocupación por hacer que el domingo se convierta de nuevo en el día del Señor, y que la santa Misa sea el centro de la vida cristiana, el más sagrado alimento del descanso corporal y de la constancia virtuosa del espíritu. Debe el domingo ser el día para descansar en Dios, para adorar, suplicar, dar gracias, invocar del Señor el perdón de las culpas cometidas en la semana pasada, y pedirle gracias de luz y de fuerza espiritual para los días de la semana que comienza. Recordad al pueblo que el domingo es el perenne recuerdo del día de la resurrección del Señor, que el hombre ha de resucitar y echarse fuera de las oficinas y lugares del trabajo, de las fábricas, de los campos, donde — entre las grandes distracciones de las cosas materiales y de las múltiples ocupaciones de la jornada — apenas si puede el pensamiento elevarse a Dios y rezarle, en tanto que el aliento de vida, infundido a él por el mismo Cielo, penetra su alma haciéndole respirar la tendencia hacia una futura vida inmortal. El domingo ha de ser el día del descanso corporal y de la elevación espiritual, no el de los excesos deportivos y de los demasiados placeres, cosas todas que enervan y disipan más que el trabajo en los

días de labor, pero que no conducen a Dios, antes bien alejan de Él. ¿No es, acaso, motivo de gran tristeza el que, precisamente el domingo, se hayan ofrecido a veces — a los fieles — espectáculos y escenas que con San Agustín podríamos llamar «hanc animorum labem ac pestem, hanc probitatis et honestatis eversionem»? (*De Civit. Dei*, I, 33); espectáculos, para los que vale lo que el mismo santo Doctor decía de las representaciones inmorales de su tiempo, esto es, que no se hubieran tolerado en los primeros siglos de la antigua Roma, cuando la vida se caracterizaba todavía por una mayor naturalidad y sencillez. El domingo ha de ser el día que reúne junta a toda la familia, no el que la disgrega, día de la lectura espiritual y de la devota oración, no de la disipación.

#### LA SANTA MISA, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA

Si el cuerpo necesita el pan material que lo sustente, el alma tiene necesidad del pan sobresustancial, que sostiene, aumenta y restaura aquella fuerza que, en los diversos tiempos de la vida, es necesaria a fin de perseverar en el ejercicio de la virtud y en la victoria sobre las pasiones. A este banquete celestial llama la Iglesia de modo particular el domingo, día por excelencia de la celebración eucarística. La obligación de oír Misa en los días festivos es grave. Sin embargo, ¡con qué frecuencia están casi desiertas de hombres las iglesias, esparcidas acá y allá algunas piadosas mujeres, algunas madres preocupadas y solícitas por volver pronto a cuidar sus niños, algunas criadas devotas, que por breves momentos se sustraen a los afanes del penoso trabajo cotidiano, para encontrar allí la fuerza que las sostenga en las vicisitudes de su condición social!

Pero es indigno de un cristiano el creerse excusado de observar este mandamiento por cualquier leve e insignificante motivo, y ha de pensarse que no obrarían en tal forma los fieles, si tuvieran una idea clara, profunda y ardiente del misterio eucarístico. Explicadles, pues, este Sacrificio redentor del Hombre Dios, centro de todo el culto de la Iglesia cató-



lica, al cual están dedicadas las basílicas, templos, oratorios, altares y lugares en que se adora y se invoca al Señor, hacia el cual ascienden las súplicas de todo el pueblo cristiano, en la prosperidad y en la desventura, en los peligros y en las desgracias, en la pobreza y en la riqueza, en la calma y en la tormenta de los acontecimientos, como hacía el pueblo de Israel en torno al Arca de la Alianza en el único templo de Jerusalén, símbolo del nuevo y eterno testamento, fundado por Cristo con la verdad de su carne y de su sangre. Explicad al pueblo el significado y la dignidad del sacerdocio católico, y disponedle a que participe en el santo Sacrificio con piedad y con fruto espiritual. ¿Qué valor podría tener el culto divino público, si no fomentase la participación de cada uno y su santificación personal? La devoción es siempre, según su propia esencia, subjetiva, personal, pues lleva consigo una dedicación y casi consagración de sí mismo a Dios por medio de las prácticas de piedad y de la asistencia al Sacrificio, realizadas con la fe, con la esperanza y con la caridad, que transforman íntimamente el alma y la unen a Dios; una devoción puramente «objetiva», de la que tanto se habla hoy, sería, estrictamente hablando, un disfraz del verdadero concepto de la devoción.

Pero de todas las prácticas de piedad, la devoción máxima, la más eficaz y la más santa es la participación de los fieles en el santo Sacrificio, pues por ellos, como presentes, ruega el mismo sacerdote en el acto de ofrecer la víctima divina; participación, que puede realizarse en diferentes formas según la índole, la capacidad, la preparación y la instrucción que tan variadas son en cada uno de los fieles, hacia los cuales cuidaréis bien de mostrar comprensión y amplitud de miras. Puesto ya ese fundamento, alabamos Nos que os dediquéis a iniciar a los fieles para que entiendan y gusten la inagotable riqueza y la profunda belleza de las oraciones litúrgicas de la Misa, y que los forméis para que en ella participen activamente. Vosotros, que en el altar usáis continuamente el Misal, el máximo libro de la devoción de la Iglesia, conocéis cuánta riqueza de textos sagrados y de santas ele-

vaciones encierra, cuántos sentimientos de adoración y de alabanza y anhelos hacia Dios despierta y suscita, con qué poderosa energía mueve y eleva hacia las cosas eternas, y qué tesoros de saludables avisos ofrece a la propia vida religiosa de cada uno.

### LA FRECUENCIA DE LOS SACRAMENTOS

Os decíamos el año pasado que, en la lucha entre el bien y el mal, en que hoy se encuentra empeñada la Iglesia, ésta no puede encontrar un apoyo continuo y seguro en quienes tan sólo una vez al año se acercan a la sagrada Comunión; y entonces os aconsejamos que reunieseis y formaseis grupos de hombres y de jóvenes, que se acercaran, siquiera mensualmente, a la mesa eucarística, conduciendo a ella consigo a cuantos pudieren de sus amigos y conocidos. Nos diréis, tal vez, que es más urgente la misión de ganar, siquiera para un mínimum de oraciones y de frecuencia de Sacramentos, a aquellos otros tan numerosos que viven alejados de la religión. Mas, aun para obtener tal ventaja, ¿no serán acaso el mejor camino esos grupos de apóstoles seculares, valientes y prudentes? ¿No serán ellos más bien el único camino para hacer que vuelvan a la Iglesia los hijos separados y alejados de ella? Ese mismo camino os recomendamos y os sugerimos también para el mundo femenino. La progresiva equiparación social de la mujer con el hombre, que ha logrado tan rápidos avances, ha sacado a la mujer, y especialmente a la joven, ávida de probar fortuna, del retiro y de la familia, lanzándola, sin precaución alguna, al torbellino de la sociedad y al vórtice de la vida actual en medio de tales y tan variados peligros morales, de los que difícilmente llega a librarse sin la extraordinaria energía de una voluntad buena y animosa. La experiencia pastoral conoce bien hechos y testimonios tan dolorosos y elocuentes que hoy aparece cada vez más necesario el hacer surgir grupos eucarísticos femeninos, para de nuevo ganar a las desviadas y robustecer a las que han permanecido fieles.

## TRIPLE EXHORTACIÓN FINAL

Dejad, amados hijos, que a estas normas e indicaciones sobre la oración unamos una triple exhortación:

Si queréis que los fieles oren por propia voluntad y con piedad, precededles en la iglesia con el ejemplo, haciendo oración ante su vista. Un sacerdote arrodillado ante el tabernáculo, en actitud digna, en profundo recogimiento, es un modelo que edifica, un aviso y una invitación al pueblo para una santa emulación en el orar.

Si os preguntan los fieles, cómo podrán llegar pronto y seguramente a orar bien, respondedles que la oración tiene un apoyo efficacísimo en la abnegación de sí mismo, en la penitencia y en la misericordia para con el prójimo. Verdad ésta tan clara cuanto es cierto que las buenas obras son la condición esencial de una digna y poderosa oración.

Si, por fin, Nos preguntáis qué esperamos en este momento de Nuestros diocesanos, os responderemos: su oración y el ofrecimiento a Dios de sus sacrificios. Vive hoy la humanidad una de sus más difíciles y dolorosas horas. Navegamos por un lago, por un mar, por un tempestuoso océano combatido por vientos contrarios. La Iglesia nacida para la humanidad, terminará con ésta; pero siempre, hasta la consumación de los siglos, tendrá consigo a su divino Fundador, como Él mismo lo ha prometido: «Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi» (*Matth.* 28, 20). Por este mar avanza la nave de la Iglesia — en medio de los pueblos hacia el puerto de la eternidad, con sus Apóstoles, con su Cabeza, con su doctrina, con sus Sacramentos, con su pacífica actividad —, rodeada por las olas y por los abismos de las tormentas, en tanto que Cristo Salvador duerme misteriosamente. ¿Qué hace la Iglesia, qué hacen los Apóstoles en medio del terror del temido naufragio? Se acercan a Cristo y le despiertan con este grito e invocación: «Praeceptor, perimus» (*Luc.* 8, 24). Esa es la oración y la seguridad de la Iglesia, la cual sabe que «portae inferi non praevalerunt» (*Matth.* 16,

18). La oración es, por lo tanto, el arma más fuerte e invencible contra los peligros y asaltos todos del mundo, porque, si Cristo parece dormir, su corazón vela siempre con su amor, con su fidelidad, con su omnipotencia, y sabe alzarse en pie y mandar a los vientos y a las tempestades en el preciso momento que, establecido por su designio divino, se halla vinculado a nuestra invocación. No temamos, pero oremos. Gritemos también nosotros al Salvador: «Exsurge; quare obdormis, Domine? exsurge, et ne repellas in finem. Exsurge, Domine, adiuva nos!» (Ps. 43, 24. 27). Unamos a nuestra oración los innumerables sacrificios de esta hora triste y solemne, las lágrimas, los sufrimientos, las muertes que afligen a la humanidad. Nuestra oración se impregnará de tristes llantos y con su dolorido acento conmoverá al corazón compasivo de Jesús, que en su aparente sueño vigila por su Iglesia, por nosotros, por el mundo. ¿Cómo podría la Iglesia faltar a su misión que, en tales circunstancias, fué siempre la de implorar la gracia de Dios y su misericordia con la oración y con la penitencia, en unión con el sacrificio eucarístico del Hombre Dios?

Si ésta es la misión de toda la Iglesia, deberá ser también santa ambición de la diócesis de Roma, de Nuestra diócesis, el ir delante de todas las demás en generosidad, en celo, en piedad.

Para que esto suceda, y para que a vuestra palabra y a vuestro apostolado sea concedida la fuerza de Cristo y una sobrenatural eficacia, a vosotros, amados hijos, a vuestros cooperadores eclesiásticos, a los colaboradores seculares y a todos Nuestros queridos diocesanos, con la plenitud de Nuestro paternal corazón, concedemos la Bendición Apostólica.

## II

7 DE ABRIL DE 1943

# LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMÉSTICO

## II

### ¿QUÉ ES LA VIRTUD?

*La nueva serie de Discursos sobre las virtudes del hogar doméstico había tenido ya — Audiencia del 7 de enero de 1943 — el primer tratado, que explicó la esencia y las prerrogativas de toda casa bendecida por Dios. Sigue hoy el desarrollo — denso en doctrina y en paternal solicitud — del concepto substancial sobre cuanto es necesario, como un sol vivificante, para toda familia cristiana.*

**B**IEN venidos seáis, dilectos nuevos esposos, vosotros a quienes la fe y la esperanza hacen venir en torno a Nos para recibir, con Nuestra bendición, la bendición de Cristo sobre el hogar que habéis fundado en el amor. Bello soñáis vosotros este hogar; y no ya porque lo imaginéis completamente libre de pruebas y de lágrimas, pues sabéis que en este mundo ello sería una vana esperanza. Mas lo soñáis bello, porque, no obstante las pruebas y lágrimas, lo queréis casto, santo, amable y atractivo, irradiante, en una palabra, tal como procuramos Nos describirlo en el último discurso Nuestro a los esposos que aquí os han precedido. Mas ¿cómo realizar, cuanto mejor sea posible, un ideal tan alto? Desde el tiempo de vuestro noviazgo habéis hecho prudentes propósitos y entusiastas preparativos para construir, ordenar, organizar, hacer alegre y risueña vuestra casa: la prudencia y la previsión os lo imponían; mas por encima de todo triunfaba el deseo común de ayudaros mutuamente a perfeccionaros, a crecer en todas las virtudes, a competir en el bien y en la mutua comprensión, que son los elementos necesarios para la constitución del hogar, tal como lo deseáis.

Pero ¿qué son estas virtudes? Y más particularmente, ¿qué son las virtudes del hogar doméstico?

Verdaderamente es una desgracia que palabra tan noble como la de *virtud* haya sido profanada, no tanto, en verdad, por desprecio o burla, cuanto por el abuso y extensión que se

ha hecho de ella, atenuándola hasta hacerla equívoca, mezquina y desagradable aun a los oídos de gente verdaderamente virtuosa. En sentido propio la palabra virtud, «*virtus*», derivada de «*vir*», significa fortaleza (cf. Cicer. *Tusculan.* 2, 18, 43), y designa una fuerza apta para producir un buen efecto (cf. *S. Th.* 1-2 q. 55). Así por ejemplo, en el orden puramente físico (en el que las potencias naturales obran necesariamente según normas fijas) se habla de las *virtudes* de algunas plantas medicinales; pero en el orden humano, jurídico y social (donde los seres racionales son libres en su obrar), el superior manda en *virtud* de su autoridad, en tanto que el inferior se siente obligado en *virtud* de la ley divina o humana, natural o positiva; cualquiera puede estar obligado a realizar un acto, que podría libremente omitir, si no se reconociese obligado en *virtud* de su juramento o de su palabra de honor. También el orden *intelectual* tiene sus virtudes, la sabiduría, el entendimiento, la ciencia, la prudencia, que guían la voluntad; nuestra memoria tiene la virtud de conservar los tesoros que se le han confiado; la imaginación tiene la virtud de hacernos sensibles las formas de las cosas ausentes, lejanas o pasadas, y de representarnos las que son espirituales o abstractas; la inteligencia tiene la virtud de elevarnos por encima de los sentidos y aun de descubrirnos también lo que por ellos hemos aprehendido. Pero más comúnmente, el nombre de virtud se aplica al orden *moral*, en el que las virtudes del corazón, de la voluntad y de la mente constituyen la dignidad, la nobleza y el verdadero valor de la vida.

Nos proponemos hablaros de estas virtudes del orden moral, y en torno a ellas discurriremos en cuanto que son *virtudes del hogar* y adquieren importancia para la intimidad y la irradiación de la familia. Y, en verdad, ¿de dónde nace y resulta la verdadera vida de un hogar doméstico, sino precisamente de la reunión de estas virtudes, muy diversas, pero sólidas y encantadoras, que los dos esposos gustan de encontrar el uno en el otro y con las cuales querrían adornarse como con las joyas más preciosas?

Imaginad uno de esos hogares de modelo perfecto. Allí veis a cada uno preocupado y solícito por cumplir a conciencia y con eficacia su propio deber, por dar gusto a todos, por practicar la justicia, la sinceridad, la dulzura, la abnegación de sí mismo con la sonrisa en los labios y en el corazón, la paciencia en el sufrir y en el perdonar, la fortaleza en la hora de la prueba o bajo el peso del trabajo. Allí veis cómo los padres educan a sus hijos en el amor y en la práctica de todas las virtudes. En semejante hogar Dios es honrado, servido con fidelidad; el prójimo es tratado con bondad. ¿Hay o puede haber algo más bello y más edificante?

No habría, a decir verdad, ni podría haber nada mejor que un hogar tan bello, si Dios, que ha creado al hombre rico en facultades capaces de adquirir, perfeccionar, practicar todas estas virtudes y hacer fructificar todos estos dones, no hubiera sido todavía más soberanamente bienhechor y generoso, sobreviniendo para comunicarle una vida divina, la gracia, que lo hace hijo adoptivo de Dios, e infundirle con ella facultades, fuerzas nuevas de carácter divino, auxilios infinitamente superiores a la naturaleza humana y a la capacidad de toda naturaleza creada. Por ello estas virtudes son llamadas *sobrenaturales*, y son tales esencialmente. Cuanto a las demás, esto es, cuanto a las virtudes naturales y humanas del orden moral, la naturaleza da inclinación y disposición para ellas, pero no la perfección, y el hombre puede adquirirlas y aumentarlas con personal esfuerzo (*S. Th.* 1-2 q. 63 a. 1 et 2); pero aquella adopción divina sobrenaturaliza por la forma de la caridad todos sus actos y los hace resplandecer con un fulgor y con una eficacia que sirve para la vida eterna (*S. Th.* 2-2 q. 23 a. 8).

Estas virtudes sobrenaturales son llamadas virtudes *infusas*, porque están como echadas en el alma, unidas a la gracia santificante, desde que el alma es elevada a la vida divina y a la dignidad de hija de Dios.

Como nuestros órganos, en virtud de su oficio y de su constitución fisiológica, aseguran la conservación, el desarrollo y la salud de nuestra vida corporal; como nuestro espíritu,



en virtud de sus facultades, mantiene, alimenta, perfecciona y enriquece nuestra vida intelectual; como nuestra voluntad, en virtud de su libertad iluminada y vigilada por la conciencia, afirma y dirige nuestra vida moral, por los senderos de la justicia, hacia el bien y la felicidad de nuestra naturaleza humana, o al menos hacia lo que le parece tal; así también la actividad de una vida sobrenatural de la gracia, merced a esas facultades superiores que son las virtudes infusas, nos dirige hacia la plenitud del vigor espiritual en la tierra, hacia la participación de la felicidad divina, un día, en el cielo, por toda la eternidad.

Las virtudes infusas sobrenaturales: ved el «regalo del bautismo» que el Padre celestial hace a sus hijos.

¿Cómo? Aquel pequeño ser que, invisible antes en el santuario del seno materno, veréis cómo dentro de algunos meses derrama sus primeras lágrimas, mientras esperáis sus primeras sonrisas, que jamás brillan sino después del llanto; el día en que, orgullosos de vuestra paternidad, al volver de la iglesia, lo presentéis de nuevo a la madre, regenerado con las aguas del bautismo, para recibir de ella un beso mucho más tierno aún que los recibidos al salir de casa; este niño, ¿tendría, pues, ya virtudes tan altas y sublimes que lleguen a vencer a la naturaleza? No lo dudéis.

Desde el momento de su nacimiento, desde el primer instante mismo de su existencia, ¿no habrá tal vez recibido de vosotros un sello, en el cual muy pronto será fácil reconocer la semejanza de su doble ascendencia paterna y materna? Verdad es que en los primeros días un niño no se diferencia mucho de los otros recién nacidos. Pero luego, aun sin esperar a que hable o razone, descubriréis en sus gracias o en sus caprichos algún detalle de vuestro propio carácter; luego se despertarán, o mejor, se manifestarán su inteligencia y su voluntad, porque bien sabido es que, casi adormecidas e inactivas hasta entonces, sin embargo recogían del exterior muchas ideas y deseos de cosas con sus inquietas y ávidas miradas, con sus movimientos y sus llantos, y que no es sólo en el día de su primera manifestación cuando habéis transmitido a

vuestro hijo aquellos rasgos de fisonomía física, intelectual y moral.

No de otro modo, en el orden de la gracia, aquellas facultades divinas, que son las virtudes de fe, esperanza y caridad, han sido en él infundidas por Dios con el sacramento del bautismo que le regenera en la vida espiritual; así igualmente los gérmenes racionales e individuales que inclinan a las virtudes naturales, que vosotros le habéis comunicado por la generación, vienen, en virtud de la regeneración, a ser como protegidos y guardados hasta el uso de razón.

Ahora podéis descubrir bien en qué sentido intentamos Nos hablar de las virtudes del hogar; en el sentido de que en la familia la gracia quiere unirse a las buenas disposiciones naturales que inclinan hacia la virtud, y vencer las malas, en cuanto que «los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal ya desde la adolescencia» (*Gen.* 8, 21). Pero sobre la naturaleza triunfa la gracia y la exalta, dando el poder de hacerse hijos de Dios a aquellos que creen en el nombre de Cristo, «los cuales no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios han nacido» (*Io.* 1, 12-13). No olvidéis que todos nacemos con el pecado original, y que, si la nueva familia reúne en sí las virtudes naturales y cristianas, cultivadas antes en los nuevos esposos por la educación sana y religiosa que en su casa tuvieron, educación que ya era una como tradición mantenida y transmitida de generación en generación, ellos, los nuevos esposos, vienen de esta suerte a constituir un hogar que emula y continúa la santa belleza virtuosa de los antepasados y de las familias, de donde recibieron su vida. Pues, si el bautismo hace a los niños hijos de Dios y basta para hacerles ángeles del cielo antes del uso de la razón y del recto conocimiento del bien y del mal; su educación, en cambio, ha de iniciarse ya desde la niñez, porque las buenas inclinaciones naturales pueden desviarse, si no son bien dirigidas y desarrolladas con obras buenas, cuya repetición las transforma propiamente en virtudes, bajo la dirección del entendimiento y de la voluntad, una vez pasada la edad infantil y pueril. La disciplina

y la vigilancia de los padres, ¿no son, acaso, las que forman y determinan el carácter de los hijos? Su conducta ejemplar y virtuosa, ¿no señala acaso a los hijos mismos el camino del bien y de la virtud y guarda en ellos el tesoro de la gracia y de todas las consiguientes virtudes, recibidas en el bautismo? Pensad también que

rade volte risurge per li rami  
l'umana probitate; e questo vuole  
quei che la dà. perchè da lui si chiami

(*Purg.* 7, 121-123).

De ahí el que aun los hijos de índole buena necesiten un gran cuidado para educarse bien y convertirse en honor del hogar doméstico y del nombre de sus padres. Por lo tanto, jóvenes esposos, herederos de los hogares cristianos de vuestros padres y de vuestros abuelos, alzad a Dios vuestras devotas oraciones, a fin de que en vuestros hijos resurjan vuestras virtudes y se difunda sobre cuantos os rodean el reflejo de su luz y de su calor. ¡Cuán magnífico, en verdad, puede llegar a ser vuestro ejemplo! ¡Qué gran misión y a la par qué augusta responsabilidad! Asumidla con valor, con alegría, con humildad, en el santo temor de Dios, que hace a los héroes de las virtudes conyugales y les atrae del cielo la abundancia de las más selectas gracias. Para fin religioso tan alto, y para que os acompañe todos los días de vuestra vida, con efusión de corazón os damos Nuestra paternal Bendición Apostólica.

### III

14 DE ABRIL DE 1943

## LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMÉSTICO

### III

#### ¿CÓMO SE CULTIVAN LAS VIRTUDES?

*Luego de exponer la noción fundamental de las virtudes que han de adornar a cada una de las familias cristianas, Su Santidad pasa a indicar cómo estas dotes esenciales han de ser favorecidas y desarrolladas para el mayor bien y verdadera alegría sobre todo de los esposos, y luego de los hijos, cuya educación es el altísimo deber y honor que Dios les ha confiado.*

**D**E todos los tesoros que os habéis entregado el uno al otro, dilectos nuevos esposos, y que ponéis en común para con ellos embellecer vuestro hogar doméstico y para transmitirlos a los hijos y a las generaciones que nacerán de vosotros, no hay ninguno que tanto enriquezca, fecunde, adorne la morada y la vida familiar, como el tesoro de las virtudes: buenas disposiciones naturales heredadas de vuestros padres, de vuestros abuelos, y transformadas en virtudes por la repetición de los actos; virtudes sobrenaturales recibidas en la fuente del bautismo, a la cual vuestros mismos padres os condujeron luego de vuestro nacimiento.

Estas virtudes, que suelen compararse con las flores — lirio de la pureza, rosa de la caridad, violeta de la humildad —, es preciso cultivarlas en el hogar y para el hogar.

Mas he aquí que algunos espíritus poco instruídos o superficiales, o simplemente indolentes y ansiosos tan sólo de ahorrarse todo esfuerzo, os dicen: ¿Para qué sirve fatigarse tanto en cultivar las virtudes? Si son sobrenaturales, son un don gratuito de Dios; luego ¿qué necesidad tienen del trabajo del hombre, ni qué eficacia puede tener semejante acción, puesto que la obra es divina y no tenemos nosotros ningún poder en ella?

Mal raciocinio ése; bien lo comprendéis vosotros mismos. Y vosotros responderéis con San Pablo: «Por la gracia de Dios soy eso que soy; y su gracia, que recayó en mí, no resultó vana» (*1 Cor.* 15, 10). Verdad es que sólo Dios infunde en el alma las virtudes esencialmente sobrenaturales

de fe, esperanza y caridad; sólo Él puede injertar en las virtudes naturales la virtud de Cristo, que les comunica su vida divina convirtiéndolas en otras tantas virtudes sobrenaturales. Y ¿quién podría jamás pensar que esas flores sean comparables a las pobres flores artificiales, de papel o de seda, flores sin vida, sin aroma, sin fecundidad? Estas últimas, es verdad, no se mustian; permanecen tal como habían sido hechas. No mueren: porque, para morir, deberían ante todo haber vivido. Pero las flores naturales de nuestros jardines son delicadas muy de otro modo: el viento las seca, el hielo las abrasa, son tan sensibles al exceso como a la falta de sol o de lluvia. Precisa que el jardinero tenga un solícito cuidado para protegerlas. Necesario es que las cultive.

De manera semejante — puesto que las cosas terrenales nunca son una perfecta imagen de las divinas — también las flores sobrenaturales, con las que el Padre celestial adorna la cuna del niño recién nacido, exigen solícitos cuidados para no morir; aun los requieren más para vivir, para abrirse y producir sus frutos. Pero tienen sobre las flores naturales de los jardines terrenos la superioridad de que, por muy expuestas que se hallen a morir, están llamadas a vivir inmortales, a aumentar indefinidamente su esplendor, a ser inmarcesibles en su perdurable fecundidad, a crecer hasta que el divino jardinero se complazca en cogerlas para con ellas adornar y perfumar eternamente el jardín del paraíso.

¿Cómo, pues, deben cultivarse las virtudes? A la manera misma de las flores. Es preciso defenderlas, estas flores, contra las causas de la muerte, favorecer su abrirse y su desarrollo; un cultivo sabio y hábil llega hasta comunicarles las cualidades y hermosura de otras. También sucede lo mismo en el cultivo de las flores sobrenaturales que son las virtudes.

Vosotros, jóvenes esposos, ¿no habéis tenido acaso un gran cuidado, desde el día de vuestros esponsales hasta el de vuestra boda, en ofrecer flores a vuestras novias? Flores espléndidas o modestas, arrancadas de sus tallos y puestas en vasos llenos de agua clarísima, donde, a pesar de todo, muy pronto se marchitaban; y entonces les llevabais otras

más frescas. Mañana en casa, en un rincón del jardín, siquiera en humilde caja puesta en el antepecho de la ventana, removeréis un poco de tierra, en la que depositaréis la semilla, la regaréis; después, con una curiosidad casi ansiosa, espiaréis el aparecer de una puntita verde, del brote, de las hojas, la sonrisa del primer botón, finalmente el abrirse de la flor. ¡Cuántos cuidados le dedicaréis!

Sin duda que Dios no niega su gracia ni siquiera a un infiel; más aún, cual señor y dueño de sus dones, puede dársela para actos virtuosos hasta extraordinarios. Pero, según el orden normal de su providencia, la verdadera vida virtuosa florece y llega a plena madurez, desde que con el bautismo han sido infundidas las virtudes en el alma del niño, donde, como en una tierra buena, se desarrollarán poco a poco, siempre que sean cultivadas con cuidado.

Dios, que ha creado la tierra con sus elementos nutritivos, el sol que ilumina y calienta la planta, la lluvia y el rocío que la refrescan, ha creado también la naturaleza humana, el alma que Él une al cuerpo formado en el seno maternal, y esta naturaleza es un terreno rico en buenas disposiciones e inclinaciones. En esta misma naturaleza él coloca la luz de la inteligencia, el calor, el vigor de la voluntad y del sentimiento: pero en esta tierra, bajo esta luz y este calor, deposita él, animándolas con la vida divina, las virtudes sobrenaturales, especie de gérmenes escondidos, y mandará el sol, la lluvia y el rocío de su gracia, a fin de que el ejercicio de las virtudes y con él las virtudes mismas progresen y se desarrollen. Pero todavía es preciso que el trabajo del hombre coopere con los dones y con la acción de Dios. Ante todo, desde el primer instante, la educación del niño por parte del padre y de la madre; luego, la personal correspondencia por parte del niño mismo, a medida que se hace adolescente y hombre.

Si la cooperación de los padres con la potencia creadora de Dios, para dar la vida a un futuro elegido del cielo, es uno de los designios más admirables de la Providencia para honrar a la humanidad, ¿no es mucho más admirable aún su cooperación para formar un cristiano? Esta cooperación

es tan real y eficaz, que un autor católico ha podido escribir un hermoso libro sobre las madres de los Santos. ¿Qué padres dignos de este nombre dudarían en apreciar un honor tan grande y en corresponder a él?

Pero también en vosotros mismos — o más bien, ante todo en vosotros mismos — es preciso que cultivéis las virtudes. Vuestra misión, vuestra dignidad, lo exige. Cuanto más perfecta y santa sea el alma de los padres, tanto más delicada y rica será siempre la educación que den a sus hijos. Son los hijos «como el árbol plantado a la orilla de la corriente, que da fruto a su tiempo y nunca ve marchitarse sus hojas» (*Ps.* 1, 3). Y ¿qué poder, amados esposos, no tendrán sobre ellos vuestras costumbres y tenor de vida, que vuestros hijos tendrán incesantemente ante sus ojos, ya desde su nacimiento? No olvidéis que el ejemplo obra sobre aquellas criaturitas aun mucho antes de la edad en que podrán comprender las lecciones que recibirán de vuestros labios. Pero, aun suponiendo que Dios supla con favores excepcionales el defecto de educación, ¿cómo serían, en verdad, virtudes del hogar doméstico aquellas que, mientras florecen en el corazón del niño, estuvieran, por el contrario, marchitas o secas en el corazón del padre o de la madre?

Ahora bien; el jardinero tiene un doble oficio: colocar la planta de suerte que ésta se beneficie de las condiciones exteriores, sin sufrir por ellas; trabajar la tierra y la planta misma para favorecer su crecimiento, su florecencia y su fructificación.

Por ello vosotros tenéis el deber de preservar al niño, y a vosotros mismos, de todo cuanto podría poner en peligro vuestra vida digna, cristiana, y la de vuestros hijos; de todo cuanto podría oscurecer o amenazar vuestra fe y la de ellos, ofuscar la pureza, la claridad, el frescor de vuestras almas y de las suyas. ¡Cuán dignos de compasión son los que no tienen conciencia alguna de esta responsabilidad, ni consideran el mal que se hacen a sí mismos y a las criaturas inocentes, que han dado a luz en este mundo, cuando desconocen el peligro de tantas imprudencias de lecturas, de espectáculos,



de amistades, de costumbres, cuando no ven que un día la imaginación y la sensualidad harán revivir en el espíritu y en el corazón del joven lo que desde pequeño habían visto sus ojos sin comprender! Mas no basta preservar: es necesario caminar deliberadamente al sol, a la luz y al calor de la doctrina de Cristo, buscar el rocío y la lluvia de su gracia, para de ellos recibir la vida, el desarrollo, la fuerza.

Pero hay mucho más. Aunque no hubiese existido el pecado original, Dios habría mandado al padre y a la madre de familia, como a nuestros primeros padres, que trabajaran la tierra, que cultivaran las flores y los frutos, mas de tal suerte que entonces el trabajo hubiera sido alegre, y no gravoso, para el hombre (cf. *S. Th.* 1 q. 102 a. 3). Pero el pecado, olvidado con tanta frecuencia, práctico o desvergonzadamente negado, ha hecho penoso el trabajo: la naturaleza, como la tierra, exige ser trabajada con el sudor de la frente: preciso es incesantemente trabajar, cavar, arrancar las malas inclinaciones, los gérmenes viciosos, combatir los influjos nocivos; es menester remoldar, cortar, esto es, rectificar las desviaciones aun de las mejores tendencias; es preciso, según los casos, estimular la inercia, la indolencia en la práctica de algunas virtudes, refrenar o regular el ímpetu natural, la espontaneidad en el ejercicio de otras, a fin de asegurar el armonioso crecimiento de todas.

Esta obra es de todos los instantes de la vida: abarca el cumplimiento de los demás trabajos cotidianos, y da a éstos el único valor que importa, y a la par su belleza, su encanto y su aroma. ¡Que vuestro hogar, gracias a vuestros cuidados, procure ser semejante al de la santa Familia de Nazaret, y que sea un jardín íntimo, adonde el Maestro guste de venir para coger sus lirios! (cf. *Cant.* 6, 1). Sobre él descenderá, cual rocío, su Bendición fecundante, en prenda de la cual os damos de todo corazón Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## IV

24 DE ABRIL DE 1943

### EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA JUVENTUD FEMENINA DE ACCIÓN CATÓLICA ITALIANA

*En la mañana del Sábado Santo una densa representación de todos los centros diocesanos en Italia de la Juventud femenina de Acción Católica se reúne en la Sala de la Bendición para ofrecer un devoto homenaje a Su Santidad, al celebrarse el fausto vigésimo quinto aniversario de la vida y apostolado de tan benemérita Asociación. A las delegadas diocesanas se unen más de cinco mil jóvenes de Roma y del Lacio.*

*Grupo tan distinguido fué presentado al Padre Santo, por S. E. Rma. Mons. Evasio Colli. Obispo de Parma, Director General de la Acción Católica Italiana. Están presentes el colegio de los Consiliarios de la J. F. de A. C. I. y las que componen el Centro Nacional con su Presidenta Central, la Srta. Armida Barelli. El Augusto Pontífice, saludado por una vibrante manifestación, después de haber admirado la exposición de sacros ornamentos que en esta ocasión le ofrecían, dirige a la Asamblea un previsor Discurso, con preciosas indicaciones sobre la contribución de virtudes y obras que la joven de hoy ha de ofrecer a la sociedad cristiana.*

## ALEGRÍA Y REGALOS EN EL XXV ANIVERSARIO

**L**A alegría, amadas hijas, que brilla en vuestros ojos y resuena en vuestras voces, cual entusiasta efusión de vuestras almas, Nos parece a la vez como una irradiación de este día que ha hecho el Señor, un eco del *Alleluia* que hoy canta la Iglesia: «Haec est dies quam fecit Dominus: exsulemus et laetemur in ea» (*Ps.* 117, 24). Vosotras os alegráis y os regocijáis; y habéis querido manifestar esa alegría a la manera de las almas grandes y generosas: no os hubiese parecido plena y perfecta si no hubierais venido a ofrecernos también vuestros dones con totalidad de corazón sincero y alegre, de tal suerte que cada una de vosotras pueda repetir: «In simplicitate cordis mei, laeta obtuli universa» (cf. *1 Par.* 29, 17). Os estamos vivamente reconocidos por ello; ni ignoramos que estas ofertas, fruto de vuestras privaciones, de vuestros incesantes trabajos, de vuestras santas mañanas, simbolizan tanto mejor el don que de vosotras mismas hacéis a Dios con vuestra consagración al Vicario de Cristo y al servicio de la Iglesia.

Esta alegre reunión ante Nos es también vuestro propio *Alleluia*, que habéis cantado en el himno vibrante de vuestro vigésimo quinto aniversario, mientras le añadís la afectuosa alegría de celebrar a la par el vigésimo quinto aniversario de vuestra Presidenta central, a cuya infatigable y multiforme actividad, bendecida por Dios y por los Romanos Pontífices, se debe principalmente el floreciente desarrollo y crecimiento de vuestra Asociación. A ella y a cuantas con ella han cooperado — algunas ya desde el comienzo — en esta obra de bien,

se dirige, elogiándolas, la gratitud del Padre común. Guiadas por ellas, ahora, al terminar los primeros cinco lustros de vuestra gran familia y al entrar en los cinco siguientes, deseáis recibir Nuestro paternal estímulo y Nuestra Bendición.

#### GRAVEDAD Y DEBERES DE ESTA HORA

La fecha de los jubileos está fijada por el inexorable correr de los años; años y tiempos que varían según la sucesión de los acontecimientos y de las condiciones internas de los pueblos y de las naciones. Y así, la dulce celebración jubilar de vuestra Asociación, que surge y se propaga en medio del pueblo, participa de su vida, comparte sus alegrías y sus dolores, el peligro y la tranquilidad, lo pasado y lo por venir, pudiera haber caído en un tiempo tranquilo y pacífico, sin tener que ser un llamamiento y una invitación a excepcionales empresas. Pero, al contrario, ha coincidido con una hora de grandes resoluciones y de vastos deberes, resoluciones y deberes que os tocan también a vosotras, amadas hijas, que conocéis y sentís la gravedad de esta hora y la imponente exigencia de cooperación por parte de todos. En semejantes circunstancias, no es ya sólo vuestro filial deseo, es también Nuestro personal impulso el que Nos inclina a deciros unas palabras que os sean guía y consuelo, aviso y apoyo.

Nuestro primer pensamiento corre naturalmente hacia la guerra y hacia la posguerra, dos fases que exigen en alto grado vuestra pronta solicitud y generosidad, vuestras dotes, vuestro trabajo, vuestro amor, vuestra abnegación. Vuestro mismo programa para el curso de 1943-1944, ¿no ha señalado ya en toda su amplitud el campo de vuestra obra y de aquel concurso para el bien común que os exigirán las vicisitudes de la guerra y del tiempo que habrá de seguirla? Nuestra alma quiere, sin duda, abrirse a la esperanza e invoca del Cielo que vuelva pronto la justa paz al mundo y que cese ya ese conflicto tan sangriento y destructor. Y para ese campo de trabajo una reflexión se asoma más viva a Nuestra mente.

LA VIRGINIDAD CRISTIANA, GLORIA Y FIRMEZA  
PARA LA OBRA DEL APOSTOLADO Y PARA  
EL TRIUNFO DE LA CIVILIZACIÓN

Rara vez, entre las varias vicisitudes de la historia, tuvo la Iglesia que buscar, con preocupación semejante a la de hoy, entre sus hijos y sus hijas la falange de los que, renunciando libremente a las bodas terrenales por amor de Cristo, consagrasen todas sus propias energías a los oficios de la cura de almas, de la educación cristiana, de la caridad y de la misión en lejanas y extrañas tierras. Ved el alto fin de la Iglesia, señalado en su fundación por Cristo Hijo de Dios y de una Virgen Madre, y que en medio del pueblo cristiano, frente al sueño de la Roma pagana en torno al templo de Vesta, suscitó el ansia y el ardor del martirio y de la santidad virginal, cuando en los anfiteatros y en los circos las vírgenes cristianas, impávidas ante los tormentos, sonrojadas ante las miradas, ocultaban aun a sí mismas la hermosura que florecía en su persona para velarla con su sangre. No ignoráis hasta dónde llega el sacrificio que hacen las familias cuando sus hijos y sus hijas entran en los Seminarios, en los Monasterios y en las Congregaciones religiosas, donde el corazón se ensancha para abrazar al mundo cristiano y al pagano, y para aparecer en ellos como padres y madres en virginidad de cuerpo y de alma, atentos únicamente al bien y a la salvación de las almas redimidas por la sangre de Cristo. Así podréis comprender y considerar cómo hoy, entre tantos peligros y ruinas espirituales, el celibato eclesiástico y la virginidad religiosa se revisten de alta estima y urgente apoyo para la obra y el fin de la Iglesia, ya sea por su significado místico, como libre renuncia en unión al sacrificio del Salvador, cuando a todos toca el someterse a privaciones extremadamente graves, ya sea por ministerio apostólico y concurso social en preparar oportunas y perennes fuerzas y auxilios para el «opus grande» (2 Esdr. 6, 3), que es la difusión de la fe en el mundo y para el triunfo de la civilización cristiana,

que el Señor, según las señales de los tiempos, confía a su Iglesia. *Qui potest capere capiat*: «Entienda quien pueda entender» (*Matth.* 19, 12): Así quisiéramos Nos gritar a los jóvenes y a las jóvenes católicas, tomando las palabras de Cristo con un valor de invitación y de estímulo.

## TRANSFORMACIÓN DE LA VIDA FEMENINA EN EL PUEBLO

Considerada la gravedad de esta hora en que se celebra vuestro jubileo, conviene extender el pensamiento más allá de la guerra, hacia un fenómeno del proceso social, favorecido y acelerado por las circunstancias bélicas, pero iniciado hace ya tiempo, y que de todos modos reclama la vigilante atención e intervención de la Iglesia con todas sus fuerzas espirituales: proceso de gran importancia religiosa y moral, cual es la transformación y la subversión de la vida femenina entre las clases populares.

## LA ANTIGUA FIGURA DE LA MUJER

El carácter de la vida y la educación cultural de la mujer estaban inspirados, conforme a la más antigua tradición, por su natural instinto que como propio reino de su trabajo le señalaba la familia, siempre que por amor de Cristo no hubiese preferido la virginidad. Apartada de la vida pública y fuera de las públicas profesiones, la joven, cual flor en crecimiento, guardada y protegida, por su vocación estaba destinada a ser esposa y madre. Junto a su madre aprendía las labores femeninas, el cuidado y las faenas de la casa y participaba en la vigilancia de sus hermanos y hermanas menores, desarrollando así sus energías, su ingenio, e instruyéndose en el arte y en el gobierno del hogar doméstico. En la figura de Lucía nos presenta Manzoni la más alta y viva expresión literaria de este ideal. Las formas sencillas y naturales en que se desarrollaba la vida del pueblo; la íntima y práctica educación religiosa, que hasta muy entrado el siglo diecinueve todo lo animaba, la costumbre de contraer matri-

monio muy pronto, cosa posible entonces por las circunstancias sociales y económicas, la preeminencia que la familia tenía en el movimiento del pueblo, todo esto y otras circunstancias más, que con el correr del tiempo se han cambiado radicalmente, constituían el primer alimento y la defensa de aquel carácter y de aquel modo de ser cultural de la mujer.

### EL CARÁCTER MODERNO DE LA CULTURA FEMENINA

Hoy, por lo contrario, la antigua figura femenina hállase en rápida transformación. Veis que la mujer, y sobre todo la joven, sale de su retiro y entra en casi todas las profesiones, campo antes reservado exclusivamente a la vida y a la actividad del hombre. Comienzos tímidos en un principio, y después cada vez más fuertes, de esta evolución, se venían manifestando desde hace ya bastante tiempo, debidos principalmente al desarrollo de la industria en el progreso moderno. Pero, desde hace algunos años, cual proceloso río que, desbordando sus diques, vence toda resistencia, la falange femenina parece haber penetrado en todo el terreno de la vida del pueblo. Si tal corriente no se ha difundido con igual ritmo por todas las regiones, no es difícil encontrar su curso hasta por las más remotas aldeas montañosas; mientras que, en el laberinto de las grandes ciudades, así como en los talleres y en las industrias, las antiguas costumbres y tendencias han tenido que ceder incondicionalmente el camino al movimiento moderno.

### CONSIDERACIONES EN TORNO A LA NUEVA CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER

¿Qué cabía a la Iglesia ante esa nueva condición social de la mujer? ¿Podía negar o ignorar el hecho y no cuidarse de él? Ya en otra ocasión, y considerando su aspecto moral, señalamos las consecuencias derivadas para la virtud de las personas. Decíamos que esa nueva complicación de la vida

no es en sí un mal, pero ordinariamente no está libre de peligros. No podemos excluir ni siquiera atenuar estos peligros cuando, como hoy, queremos examinar la moderna situación de la mujer en lo que atañe al bien común y a las futuras costumbres de la propia nación o de otros pueblos.

La estructura moderna de la sociedad, que tiene por fundamento la casi absoluta paridad entre la mujer y el hombre, apóyase en un falaz supuesto. Es verdad que el hombre y la mujer son, en lo que se refiere a la personalidad, de igual dignidad y honor, consideración y estima. Pero no son iguales en todo. Determinadas dotes, inclinaciones y disposiciones naturales son propias exclusivamente del hombre o de la mujer, o les están atribuídas en grado y valor distintos, unas más al varón, otras más a la mujer, según aquella peculiar manera con que la naturaleza misma les ha dado diversos campos y oficios de actividad. No se trata aquí de la capacidad o de las disposiciones naturales secundarias, como serían la propensión o la aptitud para las letras, las artes o las ciencias; sino de las dotes de eficacia esencial en la vida de la familia y del pueblo. Y ¿quién no sabe que la naturaleza, aunque sea violentamente rechazada, siempre volverá sin embargo, *tamen usque recurret*? Queda, pues, por ver y esperar si ella misma no llegará a imponer, sea cuando fuere, una corrección a la actual estructura social.

Tal vez pudiera decirse que semejante defecto constituye ciertamente un peligro, pero tan sólo a larga distancia; un peligro que ni amenaza a la sociedad ni se presenta inmediato, sobre todo en los casos particulares, y sobre el cual, si de un modo especial se tiene buena cuenta de las dificultades del tiempo presente, conviene por ahora dar tan sólo una mirada y pasar adelante. Pero lo que preocupa es la consideración de las circunstancias en que esta subversión o transformación del carácter y de la vida de la mujer se realiza. Por un lado, hace ya bastantes decenios que la humanidad se encuentra, en los países más civilizados, en un alto grado de cultura y de laboriosidad material que tal vez no tiene ejemplo en toda la historia. Si de hecho también en otro



tiempo florecieron días luminosos de fúlgida grandeza material, como fué, en los primeros siglos de la era cristiana, el apogeo de la grandeza del Imperio romano, ¿quién no ve, sin embargo, que difícilmente pueden parangonarse aquellos siglos con lo de hoy? Los descubrimientos de los últimos doscientos años, el progreso científico, público y económico han originado en tiempos normales — no queremos referirnos al presente estado excepcional de guerra — una condición de vida media, un estado de común bienestar, que no se habrían podido concebir o soñar en épocas anteriores. Simultáneamente, de otra parte — no ciertamente por intrínseca necesidad, sino en todo caso como efecto de una concomitancia histórica —, se ha manifestado un debilitamiento del sentido religioso, de la fuerza de la fe, de la admisión de lo sobrenatural y de la preocupación por el alma. Al encontrarse esas dos tendencias, se han reforzado la una a la otra. Aunque no ciertamente en todos. Ved como una grande y valiente multitud de almas surgen y responden a la supercultura material con una convicción religiosa mucho más profunda aún. Pero otros muchos parecen tan cegados por el deslumbrante resplandor del saber y del bienestar materialista, que su interior vista intelectual se va debilitando y se va perdiendo cada vez más para cuanto es suprasensible y sobrenatural. Vacío y abismo espiritual, así abierto en ellos, que se afanan por llenar con las cotidianas representaciones y manifestaciones de la cultura terrenal, con una filosofía de sueños, con todo cuanto de distracciones, de lujo, de placeres y de goces ofrece el mundo, aun en medio de la dura vida actual.

### UN TRIPLE PELIGRO

Bien veis ya el triple peligro que caracteriza a nuestro tiempo:

#### a) *para la mujer*

Ante todo, un peligro que se refiere a la mujer. Indiquémoslo inmediatamente en su forma extrema. Conocéis la

suerte de las jóvenes que, especialmente en las grandes ciudades, apenas han llegado a la edad de la adolescencia, dejan la familia para buscarse una colocación. El espejismo es alucinador: independencia de toda sujeción, posibilidad de satisfacer el afán de lujo, libertad sin freno, facilidad para trabar amistades, para frecuentar cines, para dedicarse a los deportes, para marchar el sábado en grupos alegres, volviendo el lunes y rehuyendo siempre la mirada de los propios familiares. La alta retribución, de que gozan con frecuencia, es a veces el precio de la pérdida de su inocencia y de su pureza. ¿Dónde van a parar las fuerzas naturales, que en ellas había depositado la naturaleza para fundar más tarde un hogar? Todas se malbaratan en culpables placeres. Naturalmente que, junto a este cortejo de esas jóvenes irreflexivas y desgraciadas, hay una serie de otras, desde las que cada vez están menos atenazadas por tan gran mal, hasta las que, aun en medio de todos los peligros, saben mantenerse puras y fuertes. Ilusión, sin embargo, sería el creer que aquella extrema clase sólo se encuentra en lejanas regiones o ciudades del mundo. Por desgracia, las encontráis también en medio de nuestro pueblo, y vosotras mismas estáis viendo su fatal camino.

b) *para el matrimonio*

Nace de ahí otro peligro para el matrimonio. Jóvenes como las poco ha descritas, no son escogidas ordinariamente para el matrimonio; y aun menos para el matrimonio según la ley de Cristo. Más aún; con frecuencia son ellas mismas quienes lo rechazan como una cadena. Y ¡cuántas otras están contaminadas por el mismo mal, siquiera en menor grado! Por otra parte, también el hombre que en el vigor de su juventud ha llevado una vida disoluta, ¿cómo podría constituir con fidelidad conyugal un santo y «casto matrimonio»? (*Encicl. de S. S. Pío XI* 31 diciembre 1930). Conocéis vosotras el ideal de las bodas cristianas, que Nos mismo procuramos enseñar a los recién casados que vienen a Nos. ¿Cómo podría resplandecer y prosperar este ideal, si su

indispensable condición — la impronta cristiana en la vida y en la cultura — tendiese cada vez más a desaparecer?

c) *para el pueblo*

Finalmente, el tercer peligro se refiere al pueblo, que siempre ha sacado su fuerza, su vigor y su honor de la familia sana y virtuosa. Si a ésta se le arrebatan sus fundamentos religiosos y morales, ábrese el camino a los mayores daños para las instituciones sociales y para la misma patria.

SOBRE EL PROGRAMA PARA LOS SEGUNDOS  
VEINTICINCO AÑOS DE LA J. F. DE A. C. I.  
CONSERVACIÓN Y DEFENSA DE LA FAMILIA  
CRISTIANA

Esperáis ahora, amadas hijas, la palabra del Vicario de Cristo para los segundos veinticinco años de la Juventud Femenina de A. C. Italiana. Después de lo dicho, ella no puede resonar sino como estímulo a la conservación, preservación y defensa de la familia cristiana. Vuestra actividad podrá muy bien extenderse a una gran variedad de fines, y esforzarse por conseguirlos. Mas el primer cuidado debe, al presente, dirigirse a la familia, como lo indicáis vosotras mismas en vuestro programa. Es una consigna urgente y al mismo tiempo saturada de esperanzas. El pueblo italiano posee todavía poderosas fuerzas religiosas, así como una voluntad y un sentimiento católicos en alto grado. Confirmadas y guiadas por este pensamiento, será para vosotras una gran gloria, a la par que un vivo consuelo, el cooperar a que en vuestra patria se conserve y se robustezca firme y austero el vigor de la familia.

EDUCACIÓN CRISTIANA DE LA JUVENTUD

Mas, ¿cómo y por dónde comenzar? Vosotras mismas lo habéis señalado ya en vuestro plan para los próximos veinticinco años. Se ha de comenzar por la educación cristiana de

la juventud, que es el fruto y la raíz de la familia. ¿Podemos demorarla, por esperar, con incertidumbre, a que las sanas fuerzas de la naturaleza y el desarrollo social hayan encontrado un equilibrio ideal entre la antigua forma de la vida femenina y su actual extremo contraste? Pero lo que urge es disponerse para asegurar, en la mejor forma posible, a la grandeza de la familia cristiana, y a sus elementos esenciales y siempre indispensables según la antigua tradición católica, su propia fuerza aun en las nuevas condiciones de la vida. Para obtener esto, ¿basta quizás enseñar y explicar a los esposos, con motivo de su boda, el sentido y la dignidad del matrimonio cristiano y los deberes de los esposos católicos? Por muy importantes y eficaces que sean ese ministerio y tal enseñanza, sólo producirán ventaja profunda y duradera cuando los jóvenes a su tiempo hayan sido formados y educados en la fe viva, en la pureza moral y en el señorío de sí mismos.

#### FORMACIÓN DE LA JUVENTUD

##### a) *en la fe viva*

Educación, ante todo, en la fe; y fe viva. Entendemos Nos esta palabra en un doble sentido. En primer lugar, en el sentido de una fe constante y sentida. Pero el ejercicio de la fe y su prontitud puede variar, así en los hombres como en los tiempos y según las diversas condiciones de la sociedad. En tiempo de vuestros abuelos cada uno era como llevado e impulsado, por el caudaloso torrente de la vida religiosa, a mostrarse y obrar claramente como católico. Hoy, si no en todos los países y regiones — principalmente en Italia, dadas sus tradiciones católicas tan profundas como nobilísimas —, en muchas partes se ha debilitado el influjo público de la fe. Conviene, por lo tanto, que la juventud no sea ignorante, antes se halle muy penetrada de su fe, y que sienta tan fuertemente en su conciencia la dignidad de ser y de vivir como católica que pueda decir en la edad madura: *Scio cui credidi*: «Sé en quién he puesto la fe» (2 Tim. 1, 12).

Pero, además, la fe ha de ser, sobre todo en los jóvenes, viva; viva por la esperanza, viva por la caridad con que obra. Éste es el segundo sentido en que Nos tomamos la palabra «fe». Quien se propone llevar una vida íntegramente católica, ha de hallarse en estado de gracia, entregado a la oración y en íntima unión con Cristo. ¿No es acaso el soplo del Espíritu Santo el que resucita y reanima hoy tan sensiblemente en la cristiandad el celo de la oración y el que llama y excita a los fieles a las fuentes eucarísticas de la gracia, las cuales purifican y dominan el fermento de las pasiones en su origen y alimentan las raíces de todas las virtudes? Que vuestra palabra educadora sea una invitación y un estímulo, de tal suerte que ya desde su niñez la joven saboree la práctica de la oración como una delicia del corazón, que surge de un grave deber cotidiano.

b) *en la pureza moral — Dignidad de la mujer*

De la fe, si es fe viva, ha de proceder la pureza moral. En torno al misterio de la nueva vida y de sus fuentes naturales, edúquese la juventud para pensar siempre santamente, recordando que es obra del Creador y meditando cómo Cristo, que elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento, también santificó la maternidad y le confirió tan alta nobleza, al dignarse morar en el seno de la Virgen. De ahí podéis vosotras argüir cuán fuerte, activa y constante ha de ser la actitud de la joven católica contra las publicaciones y representaciones en cuyo desarrollo no aparece sino una audaz sensualidad, el enredo de violaciones de la fidelidad conyugal, un lenguaje equívoco, y en ocasiones también una manifiesta procacidad de escenas. Para oponerse a semejantes manifestaciones que, al menos en muchos casos, son a su vez una transgresión de las previsoras leyes del Estado, siempre hay un arma poderosa: ¡la abstención absoluta! Si a tal fin se encaminaran vuestro trabajo y vuestro apostolado junto a la juventud, vuestro celo y vuestra prudencia, ¡una gran victoria sería el premio de vuestro trabajo y de vuestro esfuerzo en pro de la tutela y de la santidad del ma-

rimonio, y, por lo tanto, del bien común de vuestra patria!

Educad, pues, a la juventud femenina católica en aquella elevada y santa dignidad en que se encuentra esa tan franca y fuerte defensa de la integridad física y espiritual. Esta virtuosa e indómita altanería y estimación es un gran valor del espíritu, que no se deja reducir a esclavitud; que refuerza el vigor moral de la mujer, la cual, intacta, no se entrega sino a su esposo para fundar una familia, o a Dios; que como orgullo y gloria suya proclama la vocación sobrenatural y eterna, según ya escribía San Pablo a los primeros cristianos: *Empti estis pretio magno. Glorificate et portate Deum in corpore vestro*: «Habéis sido comprados a gran precio; glorificad, por tanto, a Dios y llevadlo en vuestro cuerpo» (1 Cor. 6, 20).

¡Dignidad y libertad de la mujer, que no se hace esclava ni aun de la moda! Materia ésta delicada, pero atractiva, en la cual vuestra actuación incesante permite esperar éxitos bienhechores. Pero vuestro celo contra los vestidos y los modales inmodestos no se contentará con reprobar, sino que deberá edificar, mostrando prácticamente al mundo femenino cómo una joven puede armonizar muy bien en sus vestidos y en su porte las leyes superiores de la virtud con las normas de la higiene y de la elegancia. De esperar es que una parte no pequeña de las mujeres italianas, ¡y son tantas!, que se han mantenido sanas en el pensamiento y en el corazón, no tardarán ni dudarán en seguir vuestro ejemplo.

### c) *en el dominio de sí mismos*

De la fe viva y de la pureza moral ha de germinar y crecer aquel dominio de sí mismos, que niños, jóvenes y doncellas, a veces enteros sectores o Institutos, Nos han demostrado altivamente y como en competencia en las más distintas ocasiones, al ofrecernos cual rico tesoro espiritual sus pequeños sacrificios y sus mortificaciones: sacrificios y mortificaciones que, contados a veces con palabras de filial devoción y afecto, Nos han conmovido en lo más profundo del alma. En una sabia instrucción cristiana habían aprendido

aquellos niños a combatir y a vencerse a sí mismos en sus ansias y en sus deseos, en sus inclinaciones y en sus tentaciones, conquistando la palma que les confirma en el progreso del bien y de la virtud para educarse, con el auxilio de la gracia que nunca les faltará, y formarse aquel carácter de persona sincera y tenaz en sus decisiones y en su acción, que los mantenga fieles a Dios, devotos a la Iglesia, útiles a la Patria y a la familia. No, sin sacrificio no se pueden realizar grandes cosas. Los viles y los pusilánimes no conquistan el cielo. «Non enim, exclama San Ambrosio, dormientibus divina beneficia, sed observantibus deferentur» (S. Ambrosii *Exposit. in Lucam* 1. 4 n. 49 — PL 15, 1711).

#### UNA MIRADA AL PASADO Y AL PORVENIR

Amadas hijas, desde este programa de educación volved vuestra vista a lo pasado y a lo por venir. ¿Qué veis en vuestro pasado? Un torrente de fuerza desbordada durante veinticinco años, en óptimos propósitos, decidida voluntad, generosos sacrificios, rica actividad, magníficos éxitos, se derrama bienhechor sobre vosotras. Y es en este torrente donde, con vuestros recuerdos, con la veneración a las que os han precedido y a lo que ellas han hecho, con la fidelidad a vuestros propósitos e ideales, encontráis vigor y fecundáis vuestra múltiple y bienhechora actividad femenina.

Esta misma actividad se revuelve y os empuja hacia lo futuro. Contemplad impávidas ese porvenir, por muy oscuro y misterioso que pueda apareceros. Una cosa, en efecto, brilla con plena luz en aquella oscuridad: la misión que habéis de cumplir. Cada una de vosotras se adelante con su ejemplo, y con su auxilio ayude y excite a las demás. No todas lo podéis todo, ni a cada una le es dado actuar en la misma medida y con el mismo fruto; pero cada una de vosotras tiene aquel dulce y poderoso arte que puede conquistar las almas para la buena causa, la causa de Jesucristo.

EXHORTACIÓN FINAL

¡Proseguid, pues, decididas vuestro camino en nombre del Señor! Cristo Rey y la Virgen Inmaculada están con vosotras. ¡Confiad! Cristo ha vencido al mundo. Dígnese Él infundir en vuestros corazones con superabundante plenitud el consuelo, el valor, la audacia, la imperturbable esperanza en la victoria, que son los dones refulgentes y vivificadores de su triunfal Resurrección, tanto más tranquilizadora cuanto más la tristeza de los tiempos perturbe y conmueva a la humanidad en guerra. Con esta confianza, cual prenda de la abundancia de los favores celestiales, con paternal afecto os damos Nuestra Bendición Apostólica.



# V

5 DE MAYO DE 1943

## LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMÉSTICO

### LA FE

#### I

#### LOS SECRETOS DEL PADRE

*Prosiguiendo la saludable iniciativa, el Padre Santo habla hoy de la virtud colocada en la base de la vida cristiana: la fe, don inestimable que Dios infunde en el alma de cada uno de nosotros por el santo Bautismo. Es, ante todo, un exhaustivo examen de las relaciones entre el Padre celestial y sus hijos, singularmente aquellos que, al unirse por el santo Matrimonio, se convierten en especiales cooperadores suyos para las nuevas vidas llamadas a poblar el mundo y más tarde el Paraíso.*

**L**A floración de la vida humana en la familia, dilectos nuevos esposos, es un gran misterio de la naturaleza y de Dios, que envuelve al niño nacido como con una faja de enigmas y lo coloca entre dos mundos, el mundo visible de la naturaleza y el mundo invisible de Dios, creador de la naturaleza y del alma inmortal que da la vida a todo hombre. Dentro de algunos meses, si así le place al Señor, el hogar que habéis fundado se iluminará con una nueva alegría, cuando desde la cuna os sonría un niño, primer fruto de vuestro amor. Extáticos contemplaréis aquella carita; os preguntaréis qué buscan aquellos ojitos, qué desean: os buscan y os desean a vosotros, y también algo más alto; buscan y desean a Dios. Entonces la iglesia parroquial, que os ha visto cambiar mutuamente vuestro consentimiento conyugal, verá cómo el joven padre de familia lleva allá su recién nacido. El sacerdote preguntará al niño: «¿Qué pides a la Iglesia de Dios?» Y el padrino responderá por él: «La fe. — Y la fe, ¿qué te dará? — La vida eterna». Con este diálogo se inicia el rito solemne del bautismo, que purifica al niño de la culpa original, lo reviste de la gracia santificante y con el hábito de la fe le da todas las virtudes, haciéndolo hijo de Dios y de la Esposa de Cristo, la Iglesia visible.

¡Poderoso tesoro el de la fe! Todos los tesoros del mundo no son capaces de prolongar la pobre vida terrenal, que vuela cual una flecha lanzada al blanco (*Sap.* 5, 12); pero la fe con sus preciosos tesoros prepara y procura la vida

eterna al hijo del hombre convertido en hijo de Dios. Y esta vida eterna, ¿qué es? Es la vida indefectible del espíritu que reanimará aun al cuerpo hecho polvo, es el conocimiento de los íntimos beatificantes secretos de la divinidad, según dijo, dirigiéndose al Padre celestial, el Redentor del mundo, en la víspera de su pasión salvadora: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a quien tú enviaste, Jesucristo» (*Io.* 17, 3). Pero, ¿qué clase de conocimiento es éste? ¿Acaso no puede la razón humana llegar por sus fuerzas a conocer a Dios? Ciertamente lo puede, porque los cielos narran su gloria y desde las cosas creadas podemos elevarnos al conocimiento del Creador y a las perfecciones de su divina naturaleza (cf. *Rom.* 1, 20). Y, sin embargo, Cristo ha dicho también: «Ninguno conoce cabalmente al Padre sino el Hijo y aquél a quien quisiere el Hijo revelarlo» (*Matth.* 11, 27). Verdad es que la razón puede bien conocer a Dios y que el conocimiento, al cual le es dado alzarse, es altísimo, más sublime que toda la sabiduría y la ciencia humana; pero no es todavía conocimiento que penetre en la intimidad de Dios, como aquel de que goza el Eterno Hijo y que aprenden aquellos a quienes Él lo revela. Por lo tanto, ¡qué gran tesoro de conocimiento divino, superior a la razón, encierra la fe! Examinémoslo más de cerca.

La revelación es, ante todo, la confidencia paterna que de sus secretos hace Dios al hombre, secretos de su naturaleza y de su vida, de sus perfecciones, de sus magnificencias, de sus obras, de sus designios. ¿Comprendéis vosotros bien todo el amor, ternura, confianza y generosidad que semejante «confidencia» encierra en sí? Jóvenes esposos, la primera gran prueba que de vuestro afecto os habéis dado el uno al otro, ¿no ha sido precisamente el cambiaros vuestras confidencias? Haceros conocer recíprocamente, hablaros de las grandes cosas y de los pequeños detalles de vuestra vida de ayer, de vuestros más minuciosos deseos, así como de vuestras más nobles aspiraciones para la vida del mañana, de la historia, de las tradiciones, de los recuerdos de vuestras familias, ¿no ha sido, acaso, ésa la materia más interesante

de vuestros afectuosos coloquios? Y no cesaréis jamás de repetir y de continuar semejantes confidencias, sin que nunca lleguéis a decíroslo todo, porque brota del amor en que rebosa el corazón; y el día oscuro en que se detuviese semejante efusión, sería señal de que la fuente se había secado. Entre estas memorias de vuestro pasado recordaréis el momento en que vuestro padre y vuestra madre, viéndoos ya suficientemente «crecidos», os comunicaron en secreto sus pensamientos, sus negocios e intereses, sus trabajos, sus angustias y los sufrimientos que con su esfuerzo tenían que soportar a fin de prepararos una vida más hermosa, tal como la planeaban y se la prometían para vuestro porvenir. Aurora de alegría fué para vosotros aquella intimidad; comprendisteis el amor que la inspiraba y os sentisteis orgullosos de haber llegado a ser los confidentes de vuestros padres.

Elevaos, jóvenes esposos, por encima de vosotros mismos: también Dios se hace esposo de las almas; y ¿acaso no es Jesucristo el Esposo de su Iglesia y la Iglesia su amada Esposa, hecha suya con su propia sangre, depositaria y custodia de sus divinos secretos y designios? Ahora bien; ved que ese Dios de infinita bondad se humilla a las confidencias con nosotros para exaltarnos hasta Él: majestad inmensa, señor, creador, maestro soberano, juez infalible, generosísimo remunerador, se digna hacernos sus hijos, participantes de sus designios y de sus graciosos tesoros, revelándonoslos y otorgándonoslos, aunque no seamos capaces de comprenderlo todo. Usa los nombres más dulces y más queridos que se oyen dentro de la familia; y nos llama hijos, hermanos, amigos, y quiere aparecer, como padre, madre, esposo admirablemente amante y celoso de nuestro bien y de nuestra felicidad. Escuchad al Salvador cuando habla a sus apóstoles: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí os las he dado a conocer» (Io. 15, 15). ¡Qué ternura la del Dios de la verdad! ¿Y habría hombres tan desdeñosos de la luz, tan enemigos de todo más alto conocimiento revelado, tan insensibles a toda señal de amor, tan soberbios

con su pobre razón humana, que negaran y rechazaran lo que ellos llaman yugo de la fe? ¡Pobres aves nocturnas, que desde la oscuridad de su escondite compadecen al águila que en pleno mediodía fija, sin parpadear, su pupila en el sol!

Aunque no existiera más que el gran hecho de un Dios que revela sus secretos a su criatura, ¡qué maravilla sería ya la revelación! Quien tuviese el privilegio de escuchar a un Dios que revela, ¿cómo no se sentiría conmovido y no estaría orgulloso de ello? A quien con la recta razón contempla la naturaleza, ésta le enseña grandes verdades en torno al Creador: pero si el mismo unigénito Hijo de Dios, sin el cual nada se hizo de cuanto fué hecho (*Io.* 1, 3), convertido en nuestro hermano mortal y maestro, nos hablase de su Padre y de la íntima vida divina, que con él tiene común y que es inaccesible al ingenio humano, ¡cuánta alegría no suscitaría en el espíritu que busca y desea la verdad! Ahora bien: precisamente aquel Dios, que todo lo creó, se ha dignado darse a conocer al hombre por medio de su mismo Hijo. Por ello, el discípulo predilecto de Jesús hubo de proclamar así: «A Dios nadie ha visto jamás; el Unigénito Hijo, el que está en el regazo del Padre, él es quien nos lo dió a conocer» (*Io.* 1, 18). Sí; es un hecho, una maravilla, una enseñanza, una revelación; pero no es sino el principio y el preludio de más maravillosos hechos y transformaciones espirituales en la regeneración del hombre elevado a participar de la naturaleza divina.

A la vida hemos salido del profundo y eterno consejo de Dios, y todavía no aparece lo que seremos; pero lo que fuimos y lo que seamos en el tiempo tendrá su cumplimiento en el mañana de la eternidad. Hijos de Dios, transformados en su viva semejanza, le contemplaremos cara a cara tal como es en su gloria. Si, durante el curso de nuestra vida mortal, esto no es visible aún en nosotros, desde ahora, sin embargo, por la fe y por la gracia de Dios, somos no tan sólo de nombre, sino en realidad hijos de Dios. «Somos llamados y somos hijos de Dios... Ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha mostrado qué seremos. Sabemos que, cuando se mos-

trare, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es» (1 Io. 3, 1-2). Así hablaba el apóstol San Juan a los primeros fieles. La revelación, la confidencia de Dios es, por lo tanto, al mismo tiempo que una promesa, una esperanza para nosotros. Esperemos también confiados el cumplimiento en la vida eterna; pero Dios, ya desde ahora, en esta vida que pasa, nos ha hecho conocer y gustar de antemano, digámoslo así, la imagen y belleza de su alta idea y de su designio, dándonos como una prenda de ella en la fe que es *sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* (Hebr. 11, 1). En efecto, ¿qué es la fe sino creer lo que no vemos?

Le profonde cose.  
che mi largiscon qui la lor parvenza,  
agli occhi di laggiù son sì nascose,  
che l'esser loro v'è in sola credenza;  
sovra la qual si fonda l'alta spene,  
e però di sustanza prende intenza.

(Par. 24. 70-75).

El amor que Dios nos tiene, como si no pudiera esperar el rasgarse del pleno día, se hace vislumbrar en la aurora de la revelación. ¡Oh librepensadores! Vosotros que no creéis en el amor que Dios nos tiene, pobres ciegos voluntarios, caminantes con ojos cerrados entre las tinieblas y sombras de la muerte, no os compadezcáis de nosotros los cristianos que, si todavía no se nos ha dado en este mundo contemplar el sol, sin embargo movemos nuestros pasos hacia él, bajo el rosicler del alba, en la sonrisa de la aurora, con la esperanza de verlo muy pronto, luminoso y radiante, en un mediodía que ya no conoce el ocaso. Nosotros seguimos a Cristo, creemos en Él, que es el Verbo, la Palabra, el Hijo de Dios, la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Pero no se le escucha; las tinieblas no le quieren recibir, porque los hijos de las tinieblas rehuyen el sol y a la luz prefieren la noche. Este Hijo de Dios, bajado del cielo para traernos la verdad que tanto nos eleva, se preguntaba un día, con tristeza, si, cuando volviera Él, encontraría toda-

vía fe sobre la tierra (cf. *Luc.* 18, 8). Duras parecen esas palabras de Cristo a los hombres sin fe; pero Pedro, en nombre de todos los creyentes que fueron, son y serán, proclama su fe y su fidelidad, fuera de las cuales no hay sino vértigo de ignorancia y ruina de las costumbres morales: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (cf. *Io.* 6, 68-69).

La vida eterna es la vida, que Cristo ha revelado al hombre para elevar su espíritu inmortal sobre la materia de la que fué sacado. Como el cuerpo es un velo del alma, así la palabra de la fe es un velo de la verdad divina, que cubre su resplandor nacido de los secretos de la eterna sabiduría vislumbrados, entre resplandores de relámpagos, como fuentes de toda belleza. La palabra de la revelación dice la verdad de Dios aun a quienes no poseen sino las compendiadas frases del Catecismo. Elevando incomparablemente el espíritu por encima de las groseras concepciones sobre los dioses del paganismo; por encima de los conceptos más nobles, pero defectuosos en su vuelo, en torno a la divinidad, a los que se alzó la razón de un Sócrates y de un Platón, de un Aristóteles y de un Cicerón; aun por encima de la misma antigua y santa, pero incompleta revelación, que Dios había hecho a su pueblo escogido, el mensaje de Cristo, maestro de su pueblo y de todas las gentes, nos descubre a Dios viviendo, no en una fría soledad, sino en la infinita felicidad de su pensamiento y de su amor fecundo, en el esplendor de su inefable Trinidad: sublime mensaje, de incomparable luz, que nos muestra a Dios creando con un simple acto de su voluntad — no para adquirir un bien, sino para manifestar la inagotable difusión de su bondad — el universo con todas sus maravillas, comunicando a todas las naturalezas — en el océano del ser — el instinto, las leyes y el impulso que las guíen en su desarrollo hacia distintos puertos, sembrando, a través de los días de siglos, la vida sobre la tierra y por doquier a fin de preparar para el hombre, el último llegado, una morada feliz en la que viviese, antes de ascender a la gloria y de hacerse feliz en el gozo de su Señor. Pero la verdad en torno al hombre, que nos

ha sido declarada por la revelación, es triste a la vez que consoladora. Dios le había dotado de preciosos dones sobrenaturales y preternaturales, y el hombre cae de la misteriosa participación de la naturaleza divina (cf. *2 Petr.* 1, 4); pero Dios, con su paterna bondad, no le abandonó y decidió alzarle de nuevo a la dignidad perdida. Y ved ahí la admirable historia de la inefable redención humana: ved al Hijo de Dios, hecho hombre, convertido en hermano nuestro, guía nuestro, amigo nuestro, modelo y maestro nuestro de verdad y de virtud, pan nuestro de vida eterna; al Hombre Dios, que, muriendo sobre una cruz y resucitando del sepulcro, asciende a la gloria como Abogado nuestro junto al Padre, para prepararnos en el cielo nuestra eterna morada de felicidad, mandando a la tierra el Espíritu Santo, espíritu de amor infinito del Dios creador y redentor, para habitar en nosotros, alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, voz de nuestra oración, alivio de nuestros afanes. ¿Qué más? En la tierra nuestro Salvador dejó su Iglesia, esposa de su sangre, indefectible depositaria de la palabra infalible y dispensadora de la misericordia que repara, para preservar a los hombres del error, para levantarles de toda caída, para confirmarles en el bien y en el recto sendero, para hacerles fuertes en el dolor y en el ocaso de su vida. Más allá de nuestro ocaso, ¿qué será de nosotros? La revelación nos habla de nuestro porvenir y de nuestro destino: nos dice que seremos juzgados, y ¿por quién? Por aquel mismo Salvador, que murió para darnos la vida; por aquel Hijo, que constituyó a su Madre en Madre nuestra y Abogada de eficacísima intercesión junto a Él. La revelación promete a nuestro arrepentimiento la remisión de los pecados; a nuestro cuerpo, sujeto a tantas miserias, indócil compañero y tirano insidioso del alma, la resurrección de entre el polvo al que volverá, para con ella reunirse inmortal en una vida de felicidad imperecedera, con tal que un obstinado desprecio de la salvación no cierre para siempre al hombre la puerta del gozo del Señor.

En el camino de la salvación siempre luce por delante la fe, antorcha resplandeciente en lugar caliginoso (*2 Petr.* 1,



19), la cual, con la esperanza y la caridad, guía, sostiene y fortifica a la voluntad en el camino del bien y de la virtud, que es también, oh nuevos esposos, vuestro camino. Ella inunda el matrimonio y la familia con una luz y un calor, en comparación de los cuales una idea exclusivamente natural y terrena de aquel sagrado vínculo no parece difundir sino fría sombra y luz crepuscular. Vosotros, que os habéis unido en el matrimonio cristiano, por la fe y por el bautismo sois hijos de Dios, no como Cristo, Hijo de Dios engendrado *ab aeterno* por el Padre de la misma naturaleza divina, sino hijos por adopción, regenerados por la gracia del Espíritu Santo con el agua de la salvación. El esposo a quien tú, joven esposa, has dado tu consentimiento ante el altar, es hermano de Cristo y coheredero suyo de la gloria eterna (cf. *Rom.* 8, 17, 29). Y la esposa cuya mano has tomado tú, joven esposo, es una hermana de María, y por amor a la Madre de Dios ha de ser sagrada y venerada. Estáis llamados a ayudaros mutuamente, a guiaros y conducirlos en la peregrinación hacia la patria celestial y eterna. Los hijos que Dios os concederá no tienen destino distinto del vuestro: al nacer, el agua del bautismo les espera para hacerlos, como a vosotros, hijos de Dios y un día ciudadanos del cielo. Aunque un recién nacido muriese inmediatamente de nacer y ser bautizado, no proclaméis vanos los deseos, los dolores, los cuidados y los sufrimientos de la madre. ¡Oh madre dolorida y llorosa por la pérdida de tu hijito, no llores sobre aquel cuerpecito: estás llorando a un ángel del paraíso, que desde el cielo te sonríe y que eternamente te agradecerá la vida de felicidad que gozará viendo a Dios, junto al cual te espera allá arriba con los hermanos y con la familia. ¿No son éstos los supremos consuelos de la fe, las grandes verdades que endulzan los sufrimientos en el áspero y doloroso camino de este mundo, las esperanzas que no fallan en el feliz puerto de la eternidad? Creced en la fe, dilectos esposos, no sólo para vosotros mismos, mas también para vuestros hijitos: sed sus primeros maestros con la palabra y con el ejemplo.

## LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMÉSTICO: LA FE (I)

¡Feliz el hogar que, iluminado por estas verdades divinas, vive de ellas y las irradia en torno a sí, y que aun en todo ocaso, que ocurra dentro de sus muros, ve el alba de una aurora eterna!

¿Qué deseos más hermosos, más altos, más santos y qué mejor oración podríamos Nos hacer que ascienda por vosotros hacia el Padre celestial? Con la esperanza y la confianza de que el Señor escuche Nuestra súplica, os damos de corazón Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## VI

12 DE MAYO DE 1943

# LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMÉSTICO

## LA FE

### II

#### LA ADHESIÓN FILIAL

*Luego de haber recordado a los oyentes anteriores que escucharon las maravillas realizadas por la gracia mediante la virtud de la fe, el auditorio es conducido a meditar — en este día — sobre los deberes principales que de ella se derivan hacia la Divina Bondad. El Sumo Pontífice guía como por la mano a sus amados hijos para examinar cómo se debe corresponder al don sobrenatural, sobre todo por un pleno conocimiento de las virtudes reveladas y por la plena correspondencia de la vida entera con cuanto aquéllas enseñan.*

**T**ODAS las familias cristianas de las distintas naciones, que tienen una misma fe, dilectos nuevos esposos, forman la gran familia espiritual, en la cual el Esposo es Cristo, la Esposa es la Iglesia, y la cabeza visible es el Vicario de Cristo en la tierra, el Romano Pontífice, en torno al cual os ha reunido aquí vuestra piedad, y cuya palabra deseáis escuchar, aquella palabra de la fe divina revelada por el Redentor del mundo, a la cual os adherís filialmente. Sobre esta disposición de vuestra alma deseamos conversar hoy con vosotros, reservándonos para otras Audiencias el tratar del don sobrenatural de la fe y de su justificación frente a la razón natural. De esa adhesión filial a la verdad revelada nace la fortaleza y el valor de la fe, como la sentían los primeros cristianos, dispuestos a sellarla con su sangre, convencidos como estaban de que Cristo, Hijo de Dios, nos ha revelado los secretos del Padre celestial, conocidos por Él, Sabiduría de Dios, a la manera de quien desde la cima de un altísimo monte contempla la extensión de los mares lejanos, los señala a quienes viven en el fondo del valle y se confían a su verdadera palabra. Sin indagar ya más, segura por la autoridad infalible de quien habla, el alma fiel cree lo que Dios ha revelado y le enseña la Iglesia, guardiana de la palabra divina.

Si consideráis, amados hijos, por una parte las verdades a nosotros reveladas por Dios, y por otra la docilidad de los fieles, una admirable e inmensa escena se ofrece a vuestra mirada en la gran familia católica; escena cuya pálida pero delicada imagen encontráis en aquellos dulces coloquios des-

arrollados en la intimidad del hogar doméstico, cuando la madre y los hijos, reunidos en torno al padre, escuchan su palabra con atención y afecto respetuoso. ¿Qué dice, qué les cuenta él? Tal vez les refiere antiguos recuerdos de su juventud; o les comunica su experiencia y su saber de la edad adulta; o bien les explica alguna maravilla de la naturaleza, de la técnica, de la ciencia o del arte. Si estuvo en los campos de batalla o en cautiverio, al mostrar las cicatrices de sus heridas, les contará sus sacrificios y sus sufrimientos soportados por amor, pensando en ellos, en el querido hogar lejano que debía defender. ¡Cuántas cosas vienen espontáneamente a los labios de un padre para la instrucción, la alegría, el consuelo, la formación de sus hijos! Contemplad su rostro iluminado por el amor, mientras expresa lo que tiene en la memoria, en la mente, en el corazón. Mirad después el porte, la actitud de la madre y de los hijos: gozad de aquel encantador espectáculo, pero procurad también interpretar los sentimientos que se manifiestan y se suceden en sus rostros y en sus miradas. ¿Qué leéis en ellos? Una constante atención y un vivo interés, a la vez que una adhesión perfecta, sin duda, sin reserva alguna, a todo cuanto escuchan. Los hijos están pendientes de los labios paternos; y si uno de ellos, demasiado pequeño para comprender bien, parece interrogar ansioso con su mirada, ved a la madre inclinarse hacia él, explicárselo todo y hacérsele solícita y afectuosa maestra de todo cuanto ha dicho el padre.

¿Es, acaso, necesario aclarar la aplicación de esta escena a la vida humana y a la vez tan deliciosa? ¿No habéis reconocido en ella a Jesucristo Nuestro Señor, Esposo de la Iglesia y fundador de la familia cristiana; a la Iglesia, vuestra Madre; a vosotros mismos, que del Esposo recibís la palabra y de la Madre las explicaciones, de que tienen necesidad la humana debilidad, la humana ignorancia y la humana corrupción? ¿No es justo que pueda leerse en vuestros ojos la misma devota atención y la misma adhesión inquebrantable y condescendiente? ¿Hay, acaso, alguna materia que pueda interesaros más que estos altos y profundos secretos de Dios, que en el

cielo forman la intuitiva felicidad de los Angeles y de los Santos; cuando os revela lo que Él es desde toda la eternidad antes del comienzo de las cosas; cuando os descubre las bellezas invisibles de la creación y da a las que son visibles y materiales la transparencia de un ligero velo, a través del cual se os da a conocer; cuando el Verbo divino os enseña cómo, hecho semejante a vosotros en la Encarnación, fué niño pequeño, y después pasó haciendo el bien y curando a los desgraciados; cuando os dice lo que ha sufrido por vuestra salvación y os muestra las señales de su pasión; cuando os narra su muerte, su resurrección, su gloria, su reino presente, el anuncio de su reino futuro, donde os ha preparado vuestro puesto y donde os espera? Sí, vuestro Redentor y el Pastor de vuestras almas os cuenta todas estas verdades inefables y estos sublimes misterios de su amor, y, por ser Dios. omnisciente y grandioso en su omnipotencia, tiene otros millares y millares de secretos beatificantes que descubrirnos.

Es, por lo tanto, completamente legítimo, y aun habremos de decir divinamente natural, que os reunáis y estrechéis en torno a Él, ávidos por escuchar todas estas narraciones, todas estas confidencias de un encanto incomparable, y al mismo tiempo de una soberana necesidad y provecho para vosotros; como es, además, completamente obvio y necesario que en la humana ignorancia, en la humana incapacidad de comprender cuanto desearíais, interroguéis a vuestra Madre, la santa Iglesia, para que ella os transmita lo que Dios ha dicho y os lo explique, adaptándolo, en cuanto sea posible, a vuestra inteligencia. Pero es por igual conveniente y necesario que a esta palabra revelada y a estas lecciones de la Madre os adhiráis con pleno corazón, sin sombra de duda, de incertidumbre o de vacilación. Así un verdadero hijo escucha a su padre, a pesar de que es falible, como todo hombre, y limitado en su acción, y que por lo tanto podría alterar, exagerar o atenuar los hechos de que habla, aun tan sólo por cubrir su incompetencia o por embellecer y animar su conversación. Y, no obstante, ¿qué hijo se atrevería jamás a suponer en su padre semejante alteración de la verdad, o bien que caiga en error

o enseñe cosas ignoradas por él? Cuando, por lo contrario, quien habla y revela es Dios, la misma Sabiduría y Verdad, ¿no os dice vuestra razón que es imposible que Él se engañe u os engañe en cosa alguna, por minima que fuera? Especialmente si consideráis que todo cuanto sucede está en sus manos, que Él mismo lo prevé, lo permite o lo realiza y lo ordena, de suerte que suele decirse que «ni una hoja se mueve sin que Dios lo quiera».

Ahora imaginad, por un instante, una sombra en el cuadro que antes os hemos descrito. Sea esta sombra uno de los hijos, uno de aquellos que han superado la ingenuidad de los pequeños y que todavía no ha alcanzado la reserva y la reverencia de los mayores, que espera, con cara aburrida, el término de la conversación, impaciente por marchar a juntarse de nuevo con sus compañeros y reanudar sus juegos, aparentando no tomar parte alguna en lo que se dice. Sus hermanos, ¿no se darían por ofendidos, indignados o escandalizados? ¿No aparecería una nube en la frente de la madre? ¿No parece, quizás, que aquel hijo ha perdido la inteligencia o el corazón, o tal vez ambos?

También esta sombra tiene un paralelo en la adhesión a la revelación y a la fe. Las verdades reveladas, objeto de la fe, amplían hasta lo infinito, más allá de los límites de la ciencia humana, el horizonte de nuestros conocimientos acerca de Dios y de las obras divinas en la elevación y en la reparación del género humano, ensanchan el campo de nuestra actividad religiosa y moral, estimulan y avivan el corazón con la firmeza de la esperanza, lo encienden y lo confortan con el vínculo de la caridad divina; y, sin embargo, un gran número de cristianos no presta a la palabra de Dios, a las confidencias de Cristo, de las que están llenos los Evangelios, ningún cuidado, ninguna atención, no ocupándose sino en cosas pasajeras, momentáneas y materiales, en lecturas y en discursos frívolos, en diversiones y pasatiempos, en las novelas e historias más inútiles para la vida y para la actuación. Han perdido el candor de los niños, sin adquirir la austera docilidad de las almas vigorosas.

Y en verdad, ¿no es la docilidad, para quien la considere en su sentido primitivo y profundo, la señal del vigor que anima, sostiene y forma un espíritu suficientemente abierto para conocer la limitación del saber humano, y dispuesto y pronto a recibir con reconocimiento y adhesión la doctrina de quien sabe y tiene autoridad para enseñar? Nada más legítimo que con amoroso entendimiento procurarse la convicción, fundada en la certeza, de que la palabra escuchada es revelación de Dios; prestarle el razonable homenaje mediante la aplicación de la mente y de las ciencias humanas, deseando y afanándose por mejor entenderla y profundizarla, por más gustarla y amarla y practicar sus enseñanzas: nada hay más laudable. Pero ¡qué contraste, si contemplamos la actitud de no pocos pretendidos espíritus fuertes, desdeñosos en recibir nada de lo revelado, si antes no lo pesan con sus falsas balanzas! Nada admiten, sino examinándolo con la crítica de su incompetente juicio y reduciéndolo a la miopía de su inteligencia, incapaz de ver los propios límites y de comprender que la verdad es más amplia que la mente y la ciencia humana y que, más allá de los secretos de la naturaleza que a aquélla se le escapan, hay otros misterios más altos, conocer los cuales es perfección sublime del ingenio humano; inclinarse a ellos, honor; y aun sólo vislumbrarlos, sabiduría y contentamiento del alma. Esos espíritus soberbios los encontráis por las calles de las ciudades, en las cátedras y en las universidades: son aquellos que en la perplejidad de la fe, en las dudas, en la mala inteligencia, en las objeciones que sienten y les perturban, no saben acudir a Cristo, autor de la fe, y decirle como el padre del lunático: «Credo, Domine; adiuva incredulitatem meam» (*Matth.* 17, 14; *Marc.* 9, 24). Porque «la fe ha de prevenir a la razón en lo que se cree — como dice San Ambrosio —: a fin de que no parezca que pedimos explicaciones a Dios, como a un hombre cualquiera: si se piensa cuán indigno es creer a los hombres que se hacen testigos de otros, y no creer a Dios que en sus oráculos se hace testigo de sí mismo» (S. Ambrosii *De Abraham*, l. 1 c. 3 n. 21 — PL 14, 450):



a Dios, que no puede jurar sino por sí mismo, porque no tiene otro superior a sí.

Pero ¿dónde está entonces la lógica de esos espíritus fuertes, que se creen los más razonables y los paladines de la razón humana contra la fe y contra Dios? Las afirmaciones más arriesgadas e infundadas son con frecuencia las mejor acogidas y creídas sin examen ni prueba alguna, aunque sean bebidas en fuentes poco genuinas y puras. Verdad es que, en la práctica y en la vida social, en aras de la tranquilidad y convivencia recíproca, conviene creer al prójimo por su palabra, mientras no nos dé prueba manifiesta de su incompetencia, ligereza o deslealtad. Pero la dignidad y la rectitud de la conciencia, ¿no se indignarían y se rebelarían al comprobar que, en tal modo de obrar no se hace excepción sino tan sólo contra Dios y contra la Iglesia, al negarles aquella fe que se otorga a los hombres?

Dad, pues, a la fe en Dios aquella adhesión filial que, para decirlo más claramente, no es sino el asentimiento de la inteligencia a las verdades reveladas por Dios, asentimiento imperado por la voluntad humana bajo el influjo de la gracia, porque no se puede creer si no se quiere creer, pues la fe es libre asentimiento de nuestra mente, que prestamos a Dios a causa de su autoridad infalible. Creemos en Él sin ver lo que creemos, porque la fe es de las cosas que no se ven.

Jóvenes esposos, que os apoyáis en la mutua confianza; futuros padres, que aspiráis a gozar las confidencias de vuestros hijos; vosotros, cuya aspiración a ser dignos de ellas, será aguijón y ayuda para vencer todas las debilidades humanas; ya desde la aurora de vuestra vida común, haced que vuestro hogar se halle animado y regocijado por una fe viva y por una franca obediencia a Dios y a su santa Iglesia. Si queréis que vuestros hijos os demuestren amor agradecido y pronta devoción, no ceséis vosotros mismos de manifestar respeto y amor a Dios y a quienes le representan. Y si alguna vez aconteciese que os encontréis con sufrimientos y dolores que perturban algún tanto vuestra fe y vuestra

conformidad a los divinos beneplácitos; entonces, como los apóstoles que decían a Cristo: «*Adauge nobis fidem*» (*Luc.* 17, 5), invocad también vosotros del cielo aquel aumento, aquel ardor, aquel poder de la fe, que engendra heroísmos en el sufrimiento, en la desgracia, en los sinsabores, en los peligros, en el sacrificio mismo de la vida. La fe crece con las obras, con los Sacramentos, con la purificación del alma, con aquella esperanza y aquel amor que os unen a Dios y os hacen fuertes en el sufrir y en el trabajar por vosotros, por vuestra familia, por el prójimo, por la patria, por la Iglesia. Con el ejemplo visible de la prontitud y de la constancia en la fe educaréis, mejor que con muchas palabras, a vuestros hijos en la observancia no sólo del cuarto, sino también de los tres primeros mandamientos de Dios; y ellos, de esta suerte, aun a través de las tempestades de la vida, ¡se mantendrán obedientes a vosotros, fieles a Cristo!

Con este deseo y con la confianza de verlo escuchado por el Redentor divino, autor y consumidor de la fe, os damos de todo corazón Nuestra Bendición Apostólica.

## VII

2 DE JUNIO DE 1943

### AL SACRO COLEGIO EN EL DÍA ONOMÁSTICO DE SU SANTIDAD

*A los miembros del Sacro Colegio reunidos en selecta delegación — todos los Emmos. Cardenales presentes en la Curia — y que, por un devotísimo discurso de su venerable Cardenal Decano, Emmo. Jenaro Granito Pignatelli di Belmonte, renuevan al Supremo Pastor — en la fiesta de San Eugenio — sus sentimientos de felicitación, el Padre Santo les responde con palabras de gratitud, hablando luego al insigne Auditorio sobre la obra realizada por él y por la Sede Apostólica, tanto más excelsa cuanto cada vez era más feroz el conflicto que desgarraba al mundo.*

## CELEBRACIÓN ANUAL

**H**ACE ahora un año, Venerables Hermanos y amados Hijos, la vigilia de la Ascensión coincidía con el vigésimo quinto aniversario de Nuestra consagración episcopal, eterno y sacrosanto sello de Nuestra alma. En aquella sazón hubimos Nos de aprovechar la oportunidad de dirigir una palabra a todos Nuestros hijos, oprimidos por graves angustias, sedientos de verdad y necesitados de consuelo, para señalar a ellos y a la humanidad entera los caminos que conducen a las «fuentes de la salvación» (*Is.* 12, 1), de las que brotan, perennes y abundantes, a la sombra de la roca de Pedro, las aguas que sacian, purifican y vivifican.

Este año, en cambio, aquella misma vigilia está unida a la festiva conmemoración del dulce y santo Pontífice Eugenio I, Nuestro Predecesor y Patrono, en honor de cuya venerada memoria el amor generoso de los fieles del Orbe católico ha dado los medios para erigir un templo, digno de la Ciudad Eterna, en uno de los barrios de la Urbe, allí donde vive, se aglomera y crece un nuevo pueblo, en beneficio del cual podrá ejercerse así con mayor eficacia el ministerio pastoral. Y desde esta misma aurora resuena el eco de las voces que, con la procesión de las Rogativas, se alzan suplicantes y son una singular manifestación de piedad y de amor. A tan sacros recuerdos Vosotros, al hacernos el grato don de vuestra presencia, habéis querido añadir — por boca del venerable Decano del Sacro Colegio, a quien casi un siglo no ha quitado ni disminuído el fuego de su actividad y de su celo — fervidos y devotos deseos, unidos en

armonía con las oraciones litúrgicas de estos días, que, en las vetustas basílicas y hasta en las más apartadas iglesias, ascienden hasta el trono de Dios, como aromático incienso, para aplacar su justicia e invocar su clemencia, infundiendo la dulce esperanza de que la súplica del pueblo cristiano sea escuchada.

#### ANTE LOS FUTUROS ACONTECIMIENTOS

En estos tiempos tan angustiosos para el mundo entero, Venerables Hermanos y amados Hijos, ¿cómo no acogeremos con viva gratitud vuestras plegarias y vuestros deseos, como regalo espiritual y como consuelo, pues prevemos pruebas cada vez más difíciles, a las cuales hasta la misma Iglesia podrá encontrarse expuesta? Pero seguros de la abnegación y de la fidelidad inquebrantable de vuestro espíritu en todo cuanto la Esposa de Cristo siente, quiere y realiza, Nos, animosos y plenamente confiados, vamos al encuentro de los futuros acontecimientos, sin cansarnos ni desfallecer en el socorro y consuelo a Nuestros hijos de la humanidad entera, señalándoles el estrecho sendero que lleva a la tierra prometida de un porvenir bendecido por Dios y digno del hombre, en el cual — querriamos no tardara demasiado — pueda la Iglesia repetir con el corazón lleno de alegría y gratitud: «*In columna nobis ductor eorum fuisti per diem, et in columna ignis per noctem*» (2 *Esdr.* 9, 12).

#### SOLICITUDES DE LA IGLESIA A CAUSA DE LA PROLONGACIÓN DEL CONFLICTO ARMADO

Pero la prolongación de la guerra, el belicismo febrilmente creciente, el progresivo aumento en la intensidad de los métodos bélicos dan lugar a que la misión sobrenatural y pacificadora de la Iglesia halle en contra de sí obstáculos, dificultades e incomprensiones que, desconocidos e insospechados en esa proporción en los tiempos pasados, se convierten en peligros para ella y para su actividad.

Frente a tales obstáculos, la Iglesia, sin olvidar la responsabilidad que le incumbe por la cura de las almas, siente vivo el deber de defenderse y de rechazar toda tentativa de quien pretendiese empañar la pureza de su doctrina y de su enseñanza, limitar la universalidad de su misión, negar el claro desinterés de su amor, que, sin embargo, con igual solitud se extiende a todos los pueblos, como si ella se dejase atraer y envolver en el torbellino de ideales exclusivamente terrenales y en el vórtice de las luchas puramente humanas. Por ello, a la perspicacia de vuestro entendimiento y a la intensidad de vuestro amor y de vuestra fidelidad, Venerables Hermanos y amados Hijos, no le será difícil ponderar y medir mejor que otros cuánto ha crecido en gravedad, en semejantes circunstancias, el peso de Quien con el nombre de Cristo y por su mandato tiene la misión de hacerse todo para todos, en medio de la «lucha de todos contra todos», a fin de ganarlos a todos para Dios.

Convencidos y conscientes de la universalidad de estos Nuestros paternos sentimientos, habiéndonos confiado el gobierno de la Iglesia de Dios en un tiempo en que maduran los amargos frutos de las falsas teorías antiguas y modernas, creemos ser Nuestra más alta y principal preocupación la de defender y salvar la herencia espiritual de Nuestros santos e iluminados Predecesores y la de denunciar, con verdad pero con amor, los errores encerrados en la raíz de tantos males, para que los hombres se guarden de ellos y vuelvan al camino de la salvación. Y, al obrar así, como también al dirigirnos en Nuestros Mensajes al mundo entero, no es — ni fué jamás — Nuestra intención lanzar un acto de acusación, sino hacer que los hombres se volvieran hacia el sendero de la verdad y hacia la salvación; Nuestra voz era la del centinela vigilante, alzado y puesto por Dios para defensa de la familia humana; era, en vísperas del feroz conflicto, el grito desbordado del corazón paternal, angustiado y desgarrado por la previsión de la catástrofe inminente, pero inspirado por el amor a todos los pueblos sin distinción alguna, por el amor de Cristo que lo vence todo, y todo lo supera

y que a Nos mismo empuja e inflama (cf. 2 *Cor.* 5, 14). Hoy, cuando todos ven y comprueban a qué tragedias tan espantosas ha conducido la guerra, muchas inteligencias y muchos espíritus, que antes consideraban y defendían el acudir a las armas como más prometedor de ventajas y más honroso que un prudente acuerdo y la cooperación (por medio de mutuas y leales concesiones) a una noble concordia, dan quizá entrada a nuevos criterios y a muy diversos sentimientos.

Cuando todavía callaban el fermento y la violencia de las pasiones y en la vida de los pueblos aleteaba un mayor sentido de fraternidad y de confianza, la voz del Supremo Pastor podía llegar libremente a todos los fieles, ya directamente, ya también por la cuidada predicación de sus Obispos, sin que aquélla fuera oscurecida, ni mutilada, ni deformada; y la evidencia misma de los hechos, no menos que la claridad misma del lenguaje, servían y eran suficientes para aniquilar y hacer vanos todos intentos de alterar o tergiversar la palabra del Vicario de Cristo. Si esto se realizara también hoy sin impedimento, todos los hombres honrados y de buena voluntad tendrían modo y facilidad para ver que el Papa tiene para todos los pueblos, indistintamente y sin excepción, tan sólo «pensamientos de paz y no de aflicción» (*Ier.* 29, 11).

#### SUFRIMIENTOS DE LOS PUEBLOS POR SU NACIONALIDAD O RAZA. LAS NACIONES MENORES

Por otra parte, Venerables Hermanos y amados Hijos, no os maraville si Nuestro ánimo responde con intensa y solícita preocupación a las peticiones de quienes se dirigen a Nos con mirada de suplicante ansiedad cuando sufren, por razón de su nacionalidad o de su raza, mayores desgracias y dolores más agudos y más graves, y se ven destinados a veces, hasta sin propia culpa, a penalidades exterminadoras. ¡No olviden los gobernantes de los pueblos que quien «lleva la espada» (usaremos el lenguaje de la Sagrada Escritura) no puede disponer de la vida y de la muerte de los

hombres sino según la ley de Dios, de quien viene todo poder! (cf. *Rom.* 13, 4).—Nuestro pensamiento y Nuestro afecto vuelan hacia las pequeñas naciones que, por su posición geográfica y geopolítica, dado el actual incumplimiento de las normas morales y jurídicas internacionales, se hallan expuestas y llamadas a ser envueltas en los encuentros de las grandes Potencias, y a asistir en su territorio, convertido en teatro de devastadoras luchas, a horrores indecibles aun entre los no combatientes y al sacrificio de su florida juventud y de sus ciudadanos más relevantes. No esperaréis que exponamos ahora en detalle todo cuanto hemos intentado y procurado realizar a fin de suavizar sus sufrimientos, mejorar su condición moral y jurídica, defender sus imprescriptibles derechos religiosos, socorrer sus miserias y necesidades. Cada palabra, dirigida por Nos con ese fin a las competentes Autoridades, y cada indicación Nuestra hecha en público, tenían que ser ponderadas y medidas seriamente por Nos en beneficio de los mismos que sufrían, para no hacer, sin quererlo, más grave e insufrible su situación. Por desgracia las mejoras, visiblemente obtenidas, no corresponden a la grandeza de la solicitud maternal de la Iglesia en favor de esos grupos particulares, sometidos a sufrimientos los más acerbos; y, a la manera que Jesús hubo de exclamar, dolorido, a la vista de su ciudad: *Quoties volui!... et noluisti!* (*Luc.* 13, 34), así también su Vicario, aun solicitando sólo la compasión y una vuelta sincera a las normas elementales del derecho y de la humanidad, hase encontrado, a veces, ante puertas que ninguna llave era capaz de abrir.

#### GRANDEZAS. DOLORES Y ESPERANZAS DEL PUEBLO POLACO

Al confiaros estas amargas experiencias, que han hecho sangrar Nuestro corazón, no olvidamos ni a uno solo de los pueblos que sufren, antes bien recordamos a todos y a cada uno con paternal compasión y amor, bien que en este momento de nuevo llamamos singularmente vuestra atención sobre la



trágica suerte del pueblo polaco, el cual, rodeado de poderosas Naciones, se halla sometido a las alternativas y vaivenes de un turbulento drama guerrero. Nuestras enseñanzas y Nuestras declaraciones -- tantas veces repetidas -- no dejan lugar a duda sobre los principios con que la conciencia cristiana ha de juzgar semejantes actos, quienquiera que aparezca como responsable de ellos. Nadie, que conozca la historia de la Europa cristiana, puede ignorar u olvidar hasta qué punto los santos y los héroes de Polonia, sus hombres de ciencia y sus pensadores, han concurrido a formar el patrimonio espiritual de Europa y del mundo, y todo aquello con que aun el simple y fiel pueblo polaco ha contribuido al desarrollo y a la conservación de una Europa cristiana, mediante el silencioso heroísmo de sus sufrimientos a través de los siglos. Nos, pues, suplicamos a la Reina celestial que a este pueblo tan duramente probado, y a los demás que como él han tenido que beber el amargo cáliz de esta guerra, les sea reservado un porvenir que equipare la legitimidad de sus aspiraciones con la grandeza de sus sacrificios, en una Europa renovada sobre fundamentos cristianos, y en una convivencia de Estados, libre de los errores y extravíos del tiempo pasado.

**RENOVADA EXHORTACIÓN PARA QUE SE  
OBSERVEN LAS LEYES MORALES Y LOS  
PRINCIPIOS DE HUMANIDAD EN LAS AC-  
CIONES BÉLICAS**

No menos penoso y lamentable, Venerables Hermanos y amados Hijos, es el hecho de que frecuentemente, en esta guerra, el juicio moral sobre determinadas acciones, opuestas al derecho y a las leyes de la humanidad, se haga depender de que su autor pertenezca a una u otra de las partes contendientes, sin tener en cuenta alguna la conformidad o disconformidad con las normas sancionadas por el Eterno Juez. Por otra parte, la exacerbación de la técnica de la guerra, el progresivo afianzamiento de la utilización de medios de lucha, que no hacen distinción entre los llamados

«objetivos» militares y los no militares, hacen fijar la atención en los peligros que lleva consigo la maliciosa e inexorable competencia entre la acción y la represalia, con perjuicio no menos de cada uno de los pueblos que de la comunidad entera de las Naciones.

Nos, que ya desde el principio hemos hecho todo cuanto estaba en Nuestro poder para mover a los beligerantes a que respetasen las leyes de la humanidad en la guerra aérea, creemos ser Nuestro deber, en beneficio de todos, el exhortarles una vez más a que las observen. Es más, en este momento en que el espectro de más horripilantes instrumentos de destrucción y de muerte se presenta tentador a las mentes humanas, no es superfluo poner en guardia al mundo civilizado de que camina al borde de un abismo de indecibles desgracias.

#### INVOCACIÓN A LA PAZ

Y ¿cómo, Venerables Hermanos y amados Hijos, de tales métodos de guerra podría surgir el día de mañana una paz de justicia, de inteligencia, de humanidad y de fraternidad? Sin embargo, no creemos equivocarnos al pensar que el deseo y la voluntad de semejante paz une con un vínculo espiritual, que trasciende toda barrera de confines, de lengua y de raza, a un gran número de almas dispuestas al sacrificio y a la concordia; desengañadas acerca de los frutos de la violencia, muchas de ellas se han encaminado, en la intimidad de su pensamiento, hacia la idea de una paz que respete la dignidad humana y las leyes morales. ¡Oh paz, oh paz! ¿Cuándo resonará de unas tierras a otras, de un mar a otro mar, tu nombre y resplandecerá tu rostro sobre la faz de la tierra? ¿Cuándo la aurora de tu sonrisa alegrará a los pueblos y a las Naciones? Y ¿cuándo, depuestas ya las armas y silenciosos ya los cañones, te encontrarás con la justicia, y con sincero y concorde afecto la besarás en la frente? No dudéis, Venerables Hermanos y amados Hijos: vendrá también la hora de Dios, de Aquel que dijo al mar: «Llegarás hasta aquí, y no continuarás; aquí se romperá la soberbia de tus

olas» (*Iob* 38, 11). Subsiste aun hoy la hora de la sumisión a los impenetrables y sabios designios de Dios: es la hora de invocar, con perseverancia, la multitud y la grandeza de su misericordia. Por eso deseamos Nos y esperamos que aquella parte sana, que es buen fermento de concordia en todos los pueblos, y especialmente los que se hallan unidos por el nombre de Cristo y cifran en la oración sus mejores esperanzas, cuando llegue el momento propicio, no dudarán en desplegar todas las energías de su celo y de su voluntad para de las ruinas del odio sacar a vida y promover en lo futuro el nacimiento de un mundo nuevo, en el que todas las naciones, sanadas ya de las heridas abiertas por la violencia, reconózcanse hermanas y avancen con armonía por el camino del bien.

Verdad es que de momento no domina ese espíritu en el mundo ni aletea sobre la humanidad que continúa en la lucha; tampoco se ve aún surgir la aurora de aquel día; contra toda ansia y deseo de vida, vivimos y sufrimos todavía en medio de la muerte. Por ello, íntimamente persuadidos, como lo estamos, de la debilidad e insuficiencia de todos los medios terrenales y de las soluciones humanas, junto con Vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, con todo el Episcopado, con los sacerdotes y fieles del Orbe católico, Nos volvemos con tanta mayor confianza al Sacratísimo Corazón de Jesús, «horno ardiente de caridad», «rey y centro de todos los corazones», a quien la Iglesia consagra el mes que acaba de comenzar. «¡El incendio del sumo amor (S. Bonaventurae *De praeparatione ad Missam* c. 1 par. 3 n. 10 ed. Quaracchi t. 8 p. 102), que arde en aquel Corazón divino, cual *columna ignis per noctem* señale el camino de la verdadera paz a un mundo en guerra!» Y Aquel «cui omne cor patet, et omnis voluntas loquitur, et quem nullum latet secretum», ilumine e inflame las mentes y los corazones de quienes en su mano tienen los destinos de las naciones, para que reconozcan que nada pueden ofrecer más grande a los pueblos, nada más noble y más necesario, nada más glorioso y más benéfico, que el ramo de olivo de aquella paz, que, junto con la máxima y segura

## AL SACRO COLEGIO EN EL DÍA ONOMÁSTICO DE SU SANTIDAD

tranquilidad, defienda a todos contra la renovación del sangriento diluvio de la guerra y garantice, cual iris de un imperturbable porvenir, el acuerdo justo y equitativo por la acción generosa de cuantos ansían colaborar con lealtad noble y consciente en establecer la fraternidad universal del género humano.

Con este deseo y con esta oración, os damos a Vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, a todos cuantos a Nos se hallan espiritualmente unidos, y sobre todo al grupo innumerable de los que sufren, de los angustiados y oprimidos, que caminan resignados por las sendas del dolor, con la plenitud de Nuestro paternal corazón, y como prenda de copiosas gracias divinas, la Bendición Apostólica.

## VIII

13 DE JUNIO DE 1943

### A LA IMPONENTE REPRESENTACIÓN DE LOS TRABAJADORES DE ITALIA

*Una de las más significativas manifestaciones promovidas por el homenaje reverente hacia el Padre Santo Pío XII, con motivo del XXV aniversario de su Consagración Episcopal, es la de los obreros que, en muy densas delegaciones — intervinieron más de 20.000 — de Roma y de las demás diócesis de Italia, se reúnen, el Domingo de Pentecostés, en torno al Vicario de Jesucristo en el patio del Belvedere en el Vaticano. Acto filial, solemne y concorde como nunca se vió.*

*A tan imponente masa, representativa de todo el pueblo de la amada nación, que le aclamaba, respondía Su Santidad, luego de haber confirmado una vez más las constantes solicitudes de la Iglesia para acelerar la vuelta de la paz al mundo, trazando las normas precisas para la colaboración de las clases — segura defensa de un eficaz renacimiento social.*

## PATERNAL ALEGRÍA

VUESTRA grata presencia, amados hijos e hijas, que pasáis horas y días en el trabajo con que ganáros la vida para vosotros y vuestras familias, suscita en Nos un gran pensamiento y un gran misterio: el *pensamiento* de que el trabajo fué impuesto por Dios al primer hombre, después del pecado, para que de la tierra sacara el pan con el sudor de su rostro; y el *misterio* de que el Hijo de Dios, al descender del Cielo para salvar al mundo y al hacerse hombre, se sometió a aquella ley del trabajo y pasó su juventud trabajando en Nazaret junto a su Padre putativo, de suerte que fué llamado y creído «el Hijo del carpintero» (*Matth.* 13, 55). ¡Misterio sublime, que Él comenzase a trabajar antes que a enseñar, y que fuera humilde operario antes que maestro de todos los pueblos! (cf. *Act.* 1, 1).

Habéis venido a Nos como al *Padre*, que tanto más gusta de conversar con sus hijos, cuanto más penoso e incesante es su trabajo cotidiano, y cuanto más difícil y gravada por angustias y preocupaciones es su vida. Habéis venido a Nos como al *Vicario de Cristo*, que experimenta en sí, perpetuado por inefable participación del poder divino, aquel sentimiento de ternura y de piedad hacia el pueblo, que movió a nuestro Redentor a exclamar un día: *Misereor super turbam!* (*Marc.* 8, 2), «¡Tengo compasión de este pueblo!» Habéis venido a Nos como al *Pastor*, que en vosotros y por encima de vosotros dirige su mirada sobre la porción mucho más numerosa de la grey que le ha sido confiada por el amor de Dios, y que en vuestra adhesión y en vuestra devoción ve fielmente repre-

sentados los sentimientos, los deseos y el amor de tantos hijos suyos lejanos.

Con todo el corazón os damos gracias por esta alegría tan viva, que también Nos ofrece la ocasión de deciros una palabra de íntima benevolencia y de estímulo, una palabra que os sea guía, apoyo y consuelo en estos días atormentados por preocupaciones y por llantos.

### PREVISORAS REFORMAS SOCIALES

La numerosa clase obrera, aunque más agravada y afligida que otras, no es la única a quien las penosas circunstancias actuales hacen sentir su peso; todas las clases han de llevar su propia carga, más o menos agobiadora y molesta. El estado social de los trabajadores y de las trabajadoras no es tampoco el único que pide retoques y reformas, porque la estructura total e íntegra de la sociedad tiene necesidad de rectificaciones y de mejorías, dada la profunda conmoción que afecta a su misma entraña. Mas ¿quién no ve que la cuestión obrera, por la dificultad y variedad de los problemas que implica, y por el vasto número de los miembros a quienes afecta, es tal y de tan gran necesidad e importancia, que merece más atento, vigilante y previsor cuidado? Cuestión delicada como ninguna otra; punto neurálgico, podríamos decir, del cuerpo social, pero a veces también terreno movedizo e insidioso, expuesto a fáciles ilusiones y vanas esperanzas irrealizables, para quien ante los ojos de la inteligencia y el impulso del corazón no tenga la doctrina de la justicia, equidad, amor, recíproca consideración y convivencia, que inculcan la ley de Dios y la voz de la Iglesia.

### LA IGLESIA, DEFENSORA DE LAS JUSTAS ASPIRACIONES DEL PUEBLO TRABAJADOR

En verdad que no ignoráis vosotros, amados hijos e hijas, que la Iglesia os ama entrañablemente con ardor y afecto maternal que no datan sólo de ahora, y que con un vivo sentido

de la realidad de las cosas ha considerado las cuestiones que más particularmente os tocan; Nuestros Predecesores y Nos mismo, con repetidas enseñanzas, no hemos dejado ocasión alguna de hacer que todos comprendan vuestros afanes y vuestras necesidades, tanto personales como familiares, proclamando como exigencias fundamentales de la concordia social aquellas aspiraciones que tanto os preocupan: un salario que asegure la existencia de la familia, de suerte que haga posible a los padres el cumplimiento de su natural deber de criar una prole cabalmente alimentada y vestida; una habitación digna de personas humanas; la posibilidad de procurar a los hijos una suficiente instrucción y una conveniente educación; y la de prever y proveer para los tiempos de dificultades, de achaques y de vejez. Estas condiciones de previsión social han de llevarse a la realidad, si se quiere que la sociedad ya no se vea de tiempo en tiempo sacudida por turbidos fermentos y por peligrosas convulsiones, antes bien, se apacigüe y progrese en la armonía, en la paz y en el mutuo amor.

Ahora bien; por muy laudables que sean las diversas providencias y concesiones de los poderes públicos, así como el sentir humano y generoso que anima a no pocos patronos, ¿quién podría afirmar y defender con verdad que semejantes ideales se hayan logrado doquier? Por lo demás, los trabajadores y las trabajadoras, conscientes de su gran responsabilidad ante el bien común, sienten y ponderan el deber de no agravar el peso de las extraordinarias dificultades, que oprimen a los pueblos, presentando clamorosamente y con movimientos inoportunos sus reivindicaciones en esta hora de universales e imperiosas necesidades; antes bien, persisten en el trabajo y continúan en él con disciplina y con calma. llevando un apoyo inestimable a la tranquilidad y al bienestar de todos en la convivencia social. Os tributamos Nuestro elogio por esa pacífica concordia de ánimos, a la par que os invitamos y exhortamos paternalmente a que perseveréis en ella con firmeza y dignidad; pero que esto no induzca a nadie a pensar, como ya lo previnimos en Nuestro último Mensaje



navideño, que todas las cuestiones puedan considerarse ya resueltas.

### LOS FALSOS PROFETAS

La Iglesia, guardiana y maestra de la verdad, al proclamar y defender con valentía los derechos del pueblo trabajador, se ha visto obligada muchas veces, en su lucha con el error, a dar la voz de alerta contra el peligro de dejarse alucinar por el espejismo de especiosas y fatuas teorías y visiones de bienestar futuro y por los engañosos alicientes y excitaciones de falsos maestros de la prosperidad social, que al mal llaman bien y al bien, mal; los cuales, proclamándose amigos del pueblo, no consienten entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros, aquellos mutuos acuerdos que mantienen y promueven la concordia social para el progreso y utilidad de todos. A esos amigos del pueblo ya les habéis escuchado en las plazas, en los casinos, en los congresos; habéis conocido sus promesas por los periódicos; les habéis sentido en sus cantos y en sus himnos; pero, ¿cuándo los hechos han respondido a sus palabras o las esperanzas se han traducido en alegre realidad? Engaños y desilusiones tan sólo experimentaron y experimentan los individuos y los pueblos que les prestaron fe y les siguieron por caminos tales que, lejos de mejorar, empeoran y agravan las condiciones de la vida y del adelanto material y moral. Esos falsos pastores hacen creer que el bienestar no puede proceder sino de una revolución que transforme toda la consistencia social o revista, siquiera, un carácter nacional.

### NO REVOLUCIÓN SOCIAL...

La revolución social se gloria de alzar la clase obrera al poder; ¡frase vana y simple apariencia de imposible realidad! De hecho bien veis que el pueblo trabajador permanece atado, subyugado y uncido a la fuerza del capitalismo del Estado, el cual somete y oprime a todos, así a las familias como a las conciencias, y transforma a los obreros en una gigantesca máquina de trabajo. Al igual que otros sistemas

y ordenaciones sociales, que pretende combatir, todo lo agrupa, ordena y obliga hasta formar un formidable instrumento de guerra, que reclama no sólo la sangre y la salud, sino también los bienes y la prosperidad del pueblo. Y si los dirigentes se enorgullecen de alguna que otra ventaja o mejora conseguidas en el campo del trabajo, cuales pregonan y difunden con ruidosa jactancia, ese provecho material nunca llega a compensar dignamente las renunciaciones impuestas a cada uno, en detrimento de los derechos de la persona, de la libertad en la dirección de la familia, en el ejercicio de la profesión, en la condición de ciudadano, y especialmente en la práctica de la religión y hasta en la vida misma de la conciencia.

No, no es en la revolución donde se encuentra, amados hijos e hijas, vuestra salvación; y es contra la genuina y sincera profesión cristiana el tender — pensando tan sólo en las ventajas exclusivamente propias y de orden material, por otra parte siempre inciertas — a una revolución que proceda de la injusticia y de la insubordinación pública, y el hacerse a sabiendas culpables de la sangre de los conciudadanos y de la destrucción de los bienes comunes. ¡Ay de quienes olvidan que una verdadera convivencia nacional incluye la justicia social, exigiendo una equitativa y conveniente participación de todos en los bienes del país! Bien entendéis que, de otro modo, terminaría la nación no siendo sino una ficción sentimental, un pretexto desvariado, encubridor de determinados grupos a fin de sustraerse a los sacrificios indispensables para conseguir el equilibrio y la tranquilidad pública. Entonces os convenceríais de cómo, si faltara en el concepto de sociedad nacional la nobleza que Dios le ha conferido, las rivalidades y las luchas internas se convertirían en una temible amenaza para todos.

### ... SINO CONCORDE Y BIENHECHORA EVOLUCIÓN

No es en la revolución, sino en una armónica evolución donde se hallan la salvación y la justicia. La violencia nunca hizo otra cosa que derribar, en vez de levantar; encender

las pasiones, en vez de calmarlas; acumular odios y ruinas, en vez de hermanar a los contendientes; y ha precipitado hombres y partidos a la penosa necesidad de reconstruir lentamente, después de dolorosas pruebas, sobre las ruinas de la discordia. Tan sólo una evolución progresiva y prudente, valiente y acomodada a la naturaleza, iluminada y guiada por las santas normas cristianas de la justicia y de la equidad, puede conducir a que se cumplan los deseos y las justas exigencias del obrero.

No destruir, pues, sino edificar y consolidar; no abolir la propiedad privada, fundamento de la estabilidad de la familia, sino promover su difusión como fruto del trabajo consciente de todo trabajador o trabajadora, de suerte que por ello vayan disminuyendo poco a poco esas masas del pueblo inquietas y audaces, que, unas veces por sombría desesperación, y otras por ciegos instintos, se dejan arrastrar por todo viento de falaces doctrinas, o por engañosos recursos de agitadores desprovistos de toda moral. — No malbaratar el capital privado, sino fomentar su ordenación con prudente vigilancia, como medio y apoyo para lograr y aumentar el verdadero bienestar material de todo el pueblo. — No ahogar ni dar exclusivas preferencias a la industria, sino procurar su armónica coordinación con la artesanía y con la agricultura, que hace fructificar la multiforme y necesaria producción del suelo nacional. — No tener, al utilizar los progresos técnicos, como única mira la mayor ganancia posible, sino aprovechar los frutos derivados de ellos para mejorar también las condiciones personales del obrero, para hacer menos arduo y duro su trabajo y reforzar los vínculos de su familia en la tierra que habita, en el trabajo de que vive. — No empeñarse en hacer que la vida de los individuos dependa exclusivamente de la voluntad del Estado, sino más bien procurar que el Estado, cuya obligación es promover el bien común con instituciones sociales, como son las sociedades de seguros y de previsión social, supla, favorezca y lleve a cabo todo cuanto ayude a confirmar en su actividad a las asociaciones obreras, y especialmente a los padres y

a las madres de familia, que por medio del trabajo aseguran su vida y la de los suyos.

LA FE EN CRISTO Y LA FIDELIDAD A LA IGLESIA, RAÍCES PROFUNDAS DE VERDADERA FRATERNIDAD

Tal vez digáis que ésta es una hermosa visión de la realidad; pero ¿cómo se la podrá llevar a la práctica y darle vida en medio del pueblo? Se necesita, ante todo, una gran probidad en la intención y una perfecta lealtad en los ideales y en la actividad para la organización y gobierno de la vida pública, tanto por parte de los ciudadanos como por parte de las autoridades. Es preciso que un espíritu de verdadera concordia y hermandad anime a todos, superiores e inferiores, directores y obreros, grandes y pequeños; en una palabra, a todas las clases del pueblo.

Esta vuestra reunión en torno a Nos, amados hijos e hijas, realzada por el hecho de haberse reunido aquí, en la casa del Padre común, representantes de todos los grupos, procedentes de los más diversos campos vuestros de actividad, es para Nos la prueba y el testimonio de que conocéis, sentís y comprendéis dónde tiene sus raíces profundas el sentido social, divinamente genuino, de «hermanos, unidos por un pacto», «hechos todos a semejanza de uno Solo, hijos todos de un solo rescate»; esto es, en la santa común religión, en la misma profesión de fe en el Redentor de todos, Jesucristo, en la igual fidelidad a su santa Iglesia y a su Vicario. Y Nos elevamos a Dios ferviente Nuestra oración para que todo el vasto e inmenso pueblo de trabajadores y trabajadoras participen de vuestra fe; de suerte que el Señor conceda que, aun a través de las diferencias de opiniones y de medios, se abra, en justicia y caridad, un camino hacia aquel progreso, bienhechor y pacífico, por Nos tan ardientemente deseado, que haga a Italia próspera y fuerte mediante una organización inmovible y cristiana.

## MONSTRUOSA CALUMNIA

Pero Nos no ignoramos — y vosotros mismos lo habéis podido comprobar — cómo, en estos tiempos penosos y difíciles para la vida familiar y la pública, las pasiones humanas aprovechan la ocasión para volver a levantar su cabeza y suscitar sospechas y tergiversaciones de frases y de hechos. Y así es como una propaganda de espíritu antirreligioso va difundiendo entre el pueblo, y sobre todo en la clase obrera, que el Papa ha querido la guerra, que el Papa mantiene la guerra y procura dinero para continuarla, y que el Papa nada hace por la paz. ¡Nunca, tal vez, fué lanzada una calumnia más monstruosa y absurda que ésta! ¿Quién no sabe, quién no ve, quién no puede comprobar que ninguno se ha opuesto con mayor insistencia que Nos, por todos los medios que Nos estaban permitidos, a que la guerra se desencadenara y luego a que prosiguiera o se extendiese; que ninguno más continuamente que Nos ha invocado y amonestado: *¡paz, paz, paz!*; que nadie ha procurado más que Nos el mitigar sus horrores? Las cantidades de dinero que la caridad de los fieles pone a Nuestra disposición no están destinadas ni sirven para alimentar la guerra, sino para enjugar las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, para consolar las familias ansiosamente angustiadas por sus seres queridos, lejanos o dispersos; para socorrer a los que sufren, a los pobres y a los necesitados. Testigos de todo esto son Nuestro corazón y Nuestros labios, que no se contradicen entre sí, porque Nos no negamos con los hechos lo que decimos, y tenemos la conciencia de la falsedad de todo cuanto los enemigos de Dios están propagando insidiosamente para perturbar a los obreros y al pueblo, y sacar de las penas de la vida que ellos sufren un argumento contra la fe y la religión, la cual, sin embargo, es el único consuelo y la única esperanza que sostienen, en el dolor y en la desventura, al hombre sobre la tierra. No; Nuestros Discursos y Nuestros Mensajes nadie los podrá borrar o desfigurar en

su intención y en su contenido. Todos han podido escucharlos como palabra de verdad y de paz, como ímpetus de Nuestra alma para la tranquilidad del mundo y para iluminar a los poderosos. Son testigos irrefutables de los deseos incontenibles de Nuestro corazón, para que en esta tierra, dada al hombre cual morada de paso a una vida mejor e imperecedera, domine la ordenada concordia de todo el género humano. La Iglesia no teme la luz de la verdad, ni por lo pasado, ni por lo presente, ni por lo futuro. Cuando las circunstancias de los tiempos y las pasiones de los hombres permitan y reclamen la publicación de Documentos, que todavía no son del dominio público, relativos a la constante actuación pacificadora de la Santa Sede, nunca temerosa de las negativas y de las resistencias, durante esta ingente guerra, entonces aparecerá a la luz más que meridiana la necedad de semejantes acusaciones que proceden, más que de la ignorancia, de la irreligión y del desprecio a la Iglesia, que arraiga sólo en algunos corazones humanos, por desgracia más inclinados y dispuestos a pervertir las intenciones rectas y benignas que animan a la Esposa de Cristo que a favorecer al pueblo, a calmar y suavizar las dificultades de la vida y a sostener los espíritus en medio de las graves condiciones de la hora presente. Decid a los difamadores de la Iglesia que la verdad brillará, como ya brilla hoy en vuestros corazones, en todos los que rinden razonable homenaje a cuanto comprenden del bien, y que no creen en la mentira y en la calumnia. La clara realidad de los hechos y de Nuestra obra confundirá a todos cuantos con su engañosa palabra se afanan para arrojar sobre el Papado la responsabilidad de toda la sangre de las batallas terrestres y de las ruinas de las ciudades, de los combates aéreos y de las catástrofes en los mares.

#### EL CONSUELO DE LA ORACIÓN

Elevad, cristianos obreros y obreras, vuestra fe con el pensamiento de la mente y con el sentimiento del corazón,

confirmándoos y renovándoos cada día con el consuelo de la oración, que comience, santifique y cierre vuestra jornada de trabajo; pensamiento y sentimiento que iluminen y enervoricen vuestras almas, sobre todo en el descanso de los domingos y de las fiestas, y que os acompañen y os guíen en la asistencia a la santa Misa. Nuestro Redentor, hecho obrero, como vosotros, durante su vida terrenal, habiendo sido obediente al Padre hasta la muerte, renueva perpetuamente sobre el altar, incruento Calvario, el sacrificio de Sí mismo en pro del mundo, distribuye sus gracias y pan de vida a las almas que le aman y que en sus trabajos recurren a Él para ser aliviadas. Ante el altar, en la Iglesia, todo trabajador cristiano renovará su voluntad de actuar dócil a la ley divina del trabajo, cualquiera que sea, intelectual o manual; de procurar con sus trabajos y privaciones el pan para los suyos; de tener como ideal el fin moral de la vida en este mundo y la eterna felicidad, conformando sus intenciones con las del Salvador y armonizando su trabajo como un himno de alabanzas a Dios.

#### LA OBSERVANCIA DE LA LEY DE DIOS EN LA VIDA DE LAS FÁBRICAS

En todas las cosas y en todos los tiempos, amados hijos e hijas, mantened y guardad vuestra dignidad personal. La materia que tratáis con vuestras manos, creada por Dios ya desde el principio del mundo y modificada por Él a través del continuo laborar de los siglos en las entrañas y en la superficie de la tierra mediante cataclismos, combinaciones, estallidos y transformaciones, a fin de preparar la mejor morada para el hombre y para su trabajo, ha de ser para vosotros un continuo recuerdo de la mano creadora de Dios y ha de elevar vuestra alma hacia Él, Legislador supremo, cuyas normas han de ser observadas también en la vida de las fábricas. Tal vez junto a vosotros se hallan y trabajan muchachos y muchachas. Acordaos de que a los niños y a los inocentes se les debe una gran reverencia, y de que

Jesucristo declaró con relación a quien los escandalizara que le sería mejor el que se le pusiera al cuello una piedra de molino para arrojarle a lo profundo del mar (cf. *Matth.* 18, 6). ¡Oh padres y madres, con qué angustias y con qué temores seguís los pasos de vuestros hijos y de vuestras hijas en las fábricas! Vosotros, obreros, llenad las veces de aquéllos en custodiar y vigilar la inocencia y la pureza de esos jóvenes, cuando la profesión y las necesidades de la familia les obliguen a estar lejos de la amorosa mirada de sus padres. Del ejemplo que den los más avezados, así como de la voluntad enérgica y decidida de los directores de las fábricas en exigir una honesta disciplina depende que, en los talleres, la juventud se conserve sana, física y espiritualmente, o que, en cambio, se corrompa con la inmoralidad, con la avidez de placeres y con la prodigalidad, poniendo en peligro aun las futuras generaciones. De vuestros labios no deberá salir ninguna palabra, ningún donaire, ninguna historieta, que ofenda los oídos de los jóvenes que os escuchan. Que la juventud obrera pueda encontrar entre el Clero, entre las Congregaciones religiosas femeninas y entre los miembros de la Acción Católica personas que, en armonía con los dirigentes, se prodiguen con toda su energía física y moral en su favor, incluso en la misma vida cotidiana de la fábrica.

Pero que jamás cesen el mutuo afecto y respeto, el buen ejemplo, la palabra amonestadora y alentadora, el auxilio, aunque sea modesto, entre los mismos obreros.

### IMPLORACIÓN DE LAS DIVINAS GRACIAS

Dejad, por fin, que Nuestra palabra vuelva al punto donde comenzó, y que de nuevo os señale el divino modelo del obrero cristiano, Jesucristo carpintero (*Marc.* 6, 3) en el taller de Nazaret, quien, siendo Hijo de Dios y restaurador de la gracia perdida en Adán, derrama sobre vosotros aquella paciencia, aquella virtud, que os hace grandes ante Él, la más excelsa imagen del obrero que vosotros podéis admi-



rar y adorar. En vuestras fábricas, en vuestros talleres, bajo el sol de los campos, en la oscuridad de las minas, entre las llamas de los hornos, entre el frío de los hielos, doquier que os llame el mandato de quienes os dirigen, vuestro arte, la necesidad de los hermanos, de la patria y de la paz, descienda sobre vosotros la abundancia de Sus favores, que os sirva de ayuda, de salvación, de consuelo y que transforme en mérito para una felicidad ultraterrena ese duro trabajo, en el que empleáis y sacrificáis vuestra vida en este mundo. No lo dudéis: ¡Cristo está siempre con vosotros! Pensad que lo veis en los sitios de vuestro trabajo, dando vueltas entre vosotros, observando vuestro cansancio, escuchando vuestras conversaciones, consolando vuestros corazones, apaciguando vuestras discusiones; y veréis el taller transformado en el santuario de Nazaret, y que, entre vosotros, reina aquella confianza, aquel orden, aquella concordia, que son un reflejo de la bendición del Cielo, la cual derrama sobre este mundo y sostiene la justicia y la buena voluntad de los hombres firmes en la fe, en la esperanza y en el amor de Dios.

Por todo ello, mientras invocamos la protección divina sobre vosotros, amados obreros y obreras, sobre vuestras familias, sobre cuantos os dirigen y os guían en el trabajo, sobre vuestros mismos talleres, a fin de que Dios los guarde de todo peligro y daño, de todo corazón os damos, cual prenda de las más selectas gracias, Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## IX

26 DE JUNIO DE 1943

### AL NUEVO MINISTRO DE FINLANDIA

*En dicho día, S. E. el Dr. Prof. Harry Holma, nuevo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Finlandia, presenta las Cartas Credenciales al Sumo Pontífice, acompañándolas de un discurso de profunda admiración hacia el apostólico celo de Pío XII y con ardientes deseos por su parte, así como por el gobierno y el pueblo finlandés. El Padre Santo responde con un Discurso, en el cual confirma una vez más la necesidad de la solución de los problemas esenciales, ligados a la verdadera paz de la humanidad; y reitera su benevolencia y simpatía por Finlandia.*

*El Discurso suscitó vastísima resonancia en aquella noble nación, cuya prensa, unánime, lo hizo objeto de sus comentarios y admiración.*

SEÑOR MINISTRO:

**A** PENAS si ha pasado un año desde que se restablecieron las relaciones oficiales entre la Santa Sede y la República de Finlandia; y, sin embargo, ese espacio de tiempo, tan corto, pero tan lleno de graves acontecimientos, ha bastado para elevar dichas relaciones a un alto grado de mutua comprensión y de confianza recíproca. En Nuestra alegría de comprobar tal hecho, ventajoso por igual para la Iglesia y para el Estado, no queríamos dejar pasar la ocasión, que Nos ofrece la solemne inauguración de vuestro alto e importante cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, sin expresar Nuestra íntima satisfacción por ello y sin dar a los deseos de bienvenida, que Nos dirigimos a Vuestra Excelencia, un sello de cordialidad que corresponda a las relaciones felizmente existentes entre los dos Poderes.

Al manifestarnos por vuestra mediación su adhesión a Nuestros incesantes esfuerzos por la restauración de la felicidad del mundo sobre las verdaderas bases que, colocadas por el mismo Creador, permanecen inmutables a través de toda la variedad de formas y organizaciones sociales, Su Excelencia el Señor Presidente de la República se ha servido de términos que Nos han alegrado vivamente. En sus palabras, en efecto, encontramos una prueba de que los ojos de los gobernantes que velan por los destinos de la noble nación finlandesa, en medio de las dificultades actuales y bajo el grave peso de sus responsabilidades, tienen puesta su mirada en los problemas morales esenciales, cuya solu-

ción señala el primer paso hacia la salvación de los individuos, de los pueblos y de la comunidad de naciones.

Tales principios, que brillan como la estrella polar en la oscura noche de los presentes acontecimientos, señalan a los pueblos errantes y desorientados los designios del Eterno; de su clara inteligencia, de la resolución en traducirlos a la práctica ante el próximo porvenir, dependerá en último término, que el demonio de la discordia, hoy soberano, ceda su lugar al ángel de la sincera concordia y de la bienhechora fraternidad.

En la declaración del jefe del Estado finlandés hemos apreciado muy singularmente el hecho, puesto de relieve por Vuestra Excelencia, de que la actividad desarrollada por la Santa Sede en la causa de la paz y de la prosperidad de todos los pueblos, encuentra el asentimiento unánime de la Nación. La cálida emoción, que anima de modo muy especial esta parte de vuestro discurso, Nos es un testimonio del sentido moral, serio y delicado, con el que vuestro pueblo reconoce y quiere poner en vigor estas leyes, estos valores espirituales, fruto precioso de la concepción cristiana de la vida.

Nos hacemos los más ardientes votos para que, al terminar esta gigantesca lucha, fuente de indecibles dolores para el corazón de tantos de sus hijos, la Nación finlandesa, después de haber vencido todas las dificultades y todos los obstáculos de su larga y a veces penosa carrera a través de los siglos, se encuentre por fin en presencia de una conciencia mundial que, instruída por la experiencia de los pasados errores, aspire únicamente a la paz fundada sobre los principios eternos de una justicia franca y leal, resuelta a reaccionar contra la mentira y la funesta primacía de la fuerza, y a usar de una misma medida para el respeto de los derechos de los demás y para la reivindicación de su propio derecho.

La llegada y la preparación de esa tal disposición de los espíritus constituye el objeto de Nuestras continuas preocupaciones. Únicamente en esta atmósfera serena es donde, simultáneamente, las necesidades del espacio vital y las exi-

gencias de las relaciones de buena vecindad valdrán por igual para los grandes y para los pequeños, para los fuertes y para los débiles. La conquista espiritual de esta sana concepción jurídica, purificada de toda traza de instintos no domados de la violencia y del lucro, debe ante todo e inmediatamente madurar en lo interior de un pueblo para que luego pueda él esperar ver cómo, más allá de sus fronteras, los corazones acogen este mensaje elevado y saludable, pero que exige sacrificios.

Con la confianza de que la bendición del cielo no ha de faltar al esfuerzo tendido hacia tan alto ideal y tan difícil de alcanzar, respondemos Nos con todo corazón por Nuestros propios votos a los que Su Excelencia el Señor Presidente de la República Nos ha expresado tanto para Nuestra persona como para el ejercicio de Nuestro cargo Apostólico; y Nos invocamos la protección del Todopoderoso sobre las clases todas de la Nación finlandesa y singularmente sobre su juventud, y sobre todos cuantos más participan en los dolores y sacrificios de esta guerra.

Cuanto a vos, Señor Ministro, estad bien seguro de que, en el cumplimiento de vuestra elevada Misión, encontraréis junto a Nos toda la comprensión, la benevolencia y el concurso afectuoso que tiene derecho a esperar el muy digno y docto representante de una Nación tan noble, tan probada y tan querida de Nuestro corazón.

## X

4 DE JULIO DE 1943

### AL COMITÉ NACIONAL ITALIANO PARA EL XXV ANIVERSARIO DE LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL DEL PADRE SANTO

*Uno de los homenajes más elocuentes e importantes que el Comité Nacional Italiano ha promovido, en recuerdo del XXV aniversario de la Consagración Episcopal de Su Santidad Pío XII, es el grandioso volumen en el que se han recogido escritos de literatos, de estudiosos, de juristas, así como nobles manifestaciones de artistas, en honor del 262.º Sucesor de Pedro, y del Pontificado Romano. Al acoger la presentación, que le fué hecha — en la solemne Audiencia del domingo 4 de julio de 1943 — por el Decano del Sacro Colegio y Presidente honorario del Comité Central, Emmo. Card. Jenaro Granito Pignatelli di Beimonte — en nombre del Emmo. Card. Lavitrano, Arzobispo de Palermo, retenido en su Sede por los acontecimientos bélicos —, en presencia de los miembros del Comité y de los ilustres cooperadores de tan gran obra, el Padre Santo se complace en poner de relieve ésta y otras iniciativas que han florecido en la católica nación en tan fausta celebración. A las paternales expresiones de gratitud y de reconocimiento se añaden los más fervientes deseos para el porvenir del amado pueblo italiano.*

**S**i de Nuestros labios sale siempre con grata emoción una palabra de complacencia para las numerosas multitudes de fieles que con filial devoción vienen a reunirse en torno a Nos; hoy, en este momento, de lo más profundo de Nuestro ánimo brota más intensa y amplia la alegría, porque surge del recuerdo, imborrable como el carácter sacerdotal, de Nuestra consagración episcopal, recuerdo que condensa en Nuestra mente toda Nuestra vida y las vicisitudes que la han acompañado. El benemérito Comité Nacional Italiano — del que vosotros, Venerables Hermanos y amados hijos, habéis formado parte — ha querido penetrar hasta esa profundidad de Nuestro corazón y vencer el silencio en que hubiéramos querido ocultar los sentimientos de Nuestro espíritu ante la meditación de la grandeza y de la misericordia de Dios hacia Nos. ¿Cómo, pues, no saludaremos con particular gratitud y reconocimiento, reunidos aquí en torno a Nos, conducidos por el venerable Señor Cardenal Decano del Sacro Colegio, a la Presidencia y a los Miembros del Comité, que en tiempos difíciles ha sabido mostrarse tan entusiasta y activo, hasta obtener en Italia cooperación tan amplia para avivar el homenaje a la Cátedra de Pedro, para preparar la erección de un templo a Nuestro santo Predecesor y Patrono Eugenio I y para procurar la publicación de un volumen que armónicamente reuniese el arte, la ciencia y la religión? De estas pruebas de afecto hacia Nos y de exaltación de la Iglesia ha hablado, con elocuencia, el devoto y nobilísimo discurso del señor Cardenal Lavitrano, Presidente del Comité. ¡Oh!, y

**S**i de Nuestros labios sale siempre con grata emoción una palabra de complacencia para las numerosas multitudes de fieles que con filial devoción vienen a reunirse en torno a Nos; hoy, en este momento, de lo más profundo de Nuestro ánimo brota más intensa y amplia la alegría, porque surge del recuerdo, imborrable como el carácter sacerdotal, de Nuestra consagración episcopal, recuerdo que condensa en Nuestra mente toda Nuestra vida y las vicisitudes que la han acompañado. El benemérito Comité Nacional Italiano — del que vosotros, Venerables Hermanos y amados hijos, habéis formado parte — ha querido penetrar hasta esa profundidad de Nuestro corazón y vencer el silencio en que hubiéramos querido ocultar los sentimientos de Nuestro espíritu ante la meditación de la grandeza y de la misericordia de Dios hacia Nos. ¿Cómo, pues, no saludaremos con particular gratitud y reconocimiento, reunidos aquí en torno a Nos, conducidos por el venerable Señor Cardenal Decano del Sacro Colegio, a la Presidencia y a los Miembros del Comité, que en tiempos difíciles ha sabido mostrarse tan entusiasta y activo, hasta obtener en Italia cooperación tan amplia para avivar el homenaje a la Cátedra de Pedro, para preparar la erección de un templo a Nuestro santo Predecesor y Patrono Eugenio I y para procurar la publicación de un volumen que armónicamente reuniese el arte, la ciencia y la religión? De estas pruebas de afecto hacia Nos y de exaltación de la Iglesia ha hablado, con elocuencia, el devoto y nobilísimo discurso del señor Cardenal Lavitrano, Presidente del Comité. ¡Oh!, y



¿por qué no está aquí presente? Su iluminada y valerosa solicitud por el pueblo a él confiado le ha retenido en su archidiócesis, cual infatigable Pastor y consolador de su grey, tan duramente herida y afligida. Él, aunque lejos de aquí, pone un sello a la clausura del año que recuerda la plenitud de Nuestro sacerdocio, hállese presente junto a Nos con su espíritu, mientras interpreta abiertamente el pensamiento, las aspiraciones, los anhelos del pueblo católico italiano.

El año que acaba de cumplirse Nos alza hacia Dios y Nos hace contemplar como en una visión, entre las tempestades de los acontecimientos humanos, una fuente exuberante de favores celestiales y de bienes sobrenaturales, tanto más ajustados a la necesidad y más ardientemente invocados cuanto más oprimidos han sido los espíritus por toda clase de dolores y de angustias.

Ante esta consideración, Nos, por un lado, elevamos un cántico de gratitud a la infinita liberalidad y providente generosidad del Señor, el cual no permite que la tribulación supere a nuestras fuerzas, antes quiere que de la tentación saquemos provecho espiritual; por otro, a vosotros, miembros del Comité Nacional, y a vuestros colaboradores damos un «gracias» afectuoso y paternal, y os alabamos por las variadas y devotas iniciativas, la plena consagración, la inteligencia fraternal con que os habéis dedicado, según era Nuestra intención, a hacer de este año un *annum placabilem* (Is. 61, 2), un año de resurgimiento y de renovación religiosa, de purificación y de altura espiritual. Dirigido a aplacar la justicia de Dios, ese año no podía desarrollarse en cosas externas, en manifestaciones públicas de alegría y en aquello que hubieran permitido otros tiempos tranquilos, antes precisaba ser un año de perfección toda interior sujeta y sostenida por la gracia de Dios, de suerte que el progreso espiritual del pueblo cristiano se mostrase, sobre todo, en el ejercicio de la piedad, de la virtud, de la caridad hacia el prójimo, de la unión con Dios y con la Iglesia.

Esta Nuestra súplica ha sido escuchada.

De mil modos se han manifestado una nobleza de sentimientos y una generosidad de acciones, que han hecho madurar frutos de bien en innumerables corazones, desde la Ciudad Eterna hasta el rincón más escondido del mundo católico; con inusitada vehemencia el Espíritu Santo ha hecho sentir el ardiente fuego del amor y del fervor de la gracia en todas partes hasta tal punto que las obras promovidas y suscitadas crecieron en tan gran número, que bien podemos hacer Nuestras, en sentido diverso, exaltando la bondad del Señor, aquellas palabras: «In nationes gratia Spiritus Sancti effusa est» (*Act.* 10, 45).

Y en medio de todas las naciones, Italia, de Nos tan amada por aquella fe que nunca falta a través de los siglos desde la venida de Pedro a Roma, ha sabido encontrar, aun entre las congojas de la hora actual, estímulos para mayores ascensiones de pensamientos y de obras virtuosas. Esas innumerables manifestaciones de fe pronta en todo peligro, de tierno amor desbordado de las fuentes más profundas del corazón, de confianza que la crueldad de los tiempos, en vez de mortificar, ha revigorizado y robustecido. vosotros no sólo las habéis registrado y consignado en los documentos del Comité Central, sino que las habéis impreso y esculpido indeleblemente en Nuestro ánimo; el cual se alegra ante el pensamiento de que esa tan fervorosa renovación espiritual haya reanimado tantos corazones, en todas las regiones de la Península, desde los Alpes hasta el mar que la rodea, desde las moradas de los ricos hasta las casuchas de los pobres, y en magnífica armonía ha hecho resucitar y dominar, por encima de toda distinción en clases y en rentas, el ritmo melódico de un amor que se dirigía hacia la Cátedra de Pedro con un ímpetu semejante al de las olas espumosas que corren con gran prisa hasta descansar en las orillas.

En este año, más que en otros tiempos, hemos comprobado cómo la católica Italia mantiene vivos y potentes los vínculos santos que la unen a la roca de Pedro y a Aquel que ha de guardar y acrecentar su santa herencia, vínculos que no proceden de la tierra, sino del cielo, de aquella fe, de aquella

esperanza y de aquella caridad que la estrechan con Cristo y su Iglesia. ¿Acaso no habéis visto cómo, entre los mejores de este pueblo, Obispos, sacerdotes, seglares, eminentes personajes e insignes cultivadores de las artes y ciencias, cuyos nombres llevados por la admiración y la fama trascienden con frecuencia las fronteras nacionales, no conocen honor más noble que el de unir, compacta e inquebrantablemente, el amor a su pueblo con la providencial misión, confiada a Roma, de ser la Sede de la Cátedra de Pedro, el centro vital de la Iglesia universal?

¿Quién no vuelve a contemplar también aquí, en Roma, la admirable escena de Cristo resucitado que, aparecido en la orilla del lago de Genesaret, cumple la promesa hecha a Pedro de edificar sobre él su Iglesia y en presencia de los demás discípulos le constituye Pastor de los corderos y de las ovejas? (Io. 21, 15-17). Por designio divino el Apóstol hizo de Roma el último descanso de sus fatigas y de su martirio, y a ella trajo la Cruz para plantarla en el Capitolio, en lugar del águila romana, cual nueva águila de conquista imperecedera, que extiende sus brazos a guisa de dos alas, y en su «título» tiene un nombre que triunfa y triunfará sobre toda la historia del género humano, para entrar glorioso en la eternidad. Después que la navecilla de Pedro sesgó las velas hacia la ciudad entonces señora y dominadora del orbe, asistió el mundo a singulares acontecimientos de arcano misterio: a la brillante victoria de la Cruz sobre el cetro de los Césares; al silencioso germinar de la semilla cristiana que transformó las conciencias, arrancándolas de las ideas paganas y volviéndolas hacia las sobrenaturales normas evangélicas; al nacimiento de una nueva Roma, la cual, a la par que enviaba sus apóstoles para anunciar a todas las gentes la palabra de salvación, reconstruía un imperio indestructible y guardaba celosamente y difundía hacia las futuras generaciones todo cuanto de noble y grande había en la tradición de la Urbe antigua.

Comprendéis bien, por esto, cuánto consuelo — por el cual humildemente damos conmovidos gracias al Señor, que

dirige e ilumina los corazones — Nos produce ver cómo el íntimo pensamiento, el amor y la fidelidad a la misión de la Iglesia se hallan profundamente impresos en el alma de los católicos de Italia, habiendo alcanzado tal grado de persuasión y de ardor, que pueden parangonarse con cualquier otra época de la historia. Quienes están habituados a mirar, más allá de las apariencias, en el fondo de las cosas, difícilmente dejan de ver en este despertar de la devoción más sentida y más intensa a la Esposa de Cristo un rasgo singularmente benévolo de la Providencia divina, en estos tiempos en que cada vez se revela más y más en el mundo la caducidad de los poderes y de las instituciones meramente terrenales y la ineficacia de los medios y recursos humanos para la misma convivencia civil.

Nos complace volver a ver una clara prueba de tales sentimientos, así en la ojeada del álbum — ahora mismo entregado a Nos — que contiene los devotos discursos de Magistrados y Autoridades, como en la amplia contribución para reunir ofertas con que construir la iglesia de San Eugenio, contribución en la que han querido participar ricos y pobres, compitiendo noblemente en generosidad y en amor. La primera piedra de esa iglesia, bendecida por Nos sobre el sepulcro del primer Papa, ha sido arrancada de la mística oscuridad de las Grutas Vaticanas, de aquella antigua basílica de Constantino, por cuyas venerables naves avanzaba majestuosa y dulce la figura de Eugenio I. Esa piedra, con la inscripción grabada en ella, predica a las generaciones actuales y a las futuras la irrompible continuidad espiritual entre lo pasado y lo presente; firme sobre el inquebrantable fundamento de los Apóstoles, exhorta a permanecer fieles, a vigilar, a luchar; promete nuevas victorias y nuevas coronas, cual galardón de las pruebas y de los sufrimientos valerosamente sostenidos.

Pero una prueba profundamente estimable de la adhesión interior a esta Primera Sede es el volumen, magnífico hasta en su ropaje tipográfico, que se Nos acaba de presentar, en el que la ciencia, el arte y el trabajo se funden con la religión

como en un solemne himno de fe, donde triunfan el fulgor de la verdad cristiana y la majestad de la humana sabiduría. A sus autores tributamos Nos el merecido elogio junto con la expresión de Nuestra estima y de Nuestra gratitud. La simple y rápida ojeada que ahora mismo hemos podido dar al contenido del volumen, que se abre con el capítulo «Tu es Petrus» y se cierra con el de la misión universal de la Iglesia, Nos ha hecho apreciar el gran valor de ese regalo, cual precioso monumento construido por la mente y el corazón de una selecta pléyade de ilustres colaboradores, monumento al que la pericia de la profesión, la alteza del pensamiento y el esplendor del arte le añaden singular autoridad y belleza. Ni la libre elección de los temas, ni la franca exposición de las propias convicciones disminuyeron jamás la viveza de la fe y la llama del amor a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, fe y amor que desde el rico y variado contenido del volumen se irradiarán sobre todos cuantos quieran recorrerlo con un criterio honrado y libre de prejuicios, y, en sus recuerdos, comparen tiempos no muy lejanos con las nuevas orientaciones actuales.

Gran alegría Nos producirá y Nuestra complacencia crecerá con la plena lectura del libro y al escuchar cómo resuena en él la antigua y perseverante tradición del alma itálica, tradición que se ha ido afirmando y arraigando inmutable entre las varias vicisitudes de los siglos densos en historia y en acontecimientos, defendida y sostenida contra todas las asechanzas, desviaciones y asaltos que se maquinaban contra la común firmeza y unidad de la fe. Con estas páginas se avivará en Nos la confianza de que la actual ratificación de adhesión y unión al fundamento y a la columna de la verdad, que en Roma se alza como faro del mundo, será válido auxilio y baluarte contra los engaños y las luchas que se urdieren y se encendieren en daño de su divino patrimonio.

Pero ¿acaso no es verdad que la Iglesia y el mundo entero están en las manos de Dios que todo lo gobierna? Tan sólo elevándose sobre las perturbaciones de la esfera terrestre y sobre las disputas humanas y fijando la mirada en Dios, es

posible asegurar la armonía y tranquilidad de los pueblos y de las naciones, establecer y consolidar la grandeza y la prosperidad de las sociedades políticas, íntimamente enlazadas e indisolublemente ligadas a la civilización que toma su nombre de Cristo, Redentor del género humano y renovador de la vida pública: esa civilización, de la que han vivido Europa y la mayor parte del mundo y que tiene su centro en Roma. Protegido por este recinto espiritual, levantado por el concierto de la secular sabiduría romana y cristiana, seguro e impávido en esa fortaleza guarnecida y defendida por generosos espíritus y por heroicos pechos, el pueblo italiano tornará a vivir el ardiente celo de los primeros siglos de la Iglesia y sabrá preservarse de toda contaminación y error.

Cuando la tempestad y el huracán, que hoy invaden doquier océanos y continentes, se aplaquen y se tranquilicen bajo la mano de Dios, que aun el mal lo torna en bien, entonces, como todos los pueblos, también el pueblo italiano sentirá la necesidad de una luz superior que le ponga de relieve la suma de los grandes deberes con los que habrá de enfrentarse, deberes que le exigirán limpieza de pensamiento, pureza de conceptos morales y jurídicos, amor e inteligencia fraternales, perdón y olvido de las ofensas. La Iglesia, guardiana de la justicia y de la paz, no sólo entre los pueblos, sino también entre las clases de un mismo pueblo, ejercerá doquier que posible le fuere su misión sobrenatural, abanderada como es de la verdad, defensora de las normas del derecho, protectora de la santa disciplina y de la honestidad moral, sabia y maternal educadora de la juventud, promotora de la concordia en la convivencia social, valiente promulgadora de una concepción de la vida consciente y responsable de los propios deberes. Entonces veréis crecer generaciones, jóvenes y hombres impávidos ante los peligros, a cuyo heroico valor no dudará en acudir la patria, así en los tiempos serenos y tranquilos como en los días oscuros y borrascosos de la Nación.

Por esto veréis bien cómo los recuerdos que en Nuestra alma habéis avivado son para Nos un consuelo que Nos levanta hacia la bondad de Dios. Y Nos de lo íntimo del corazón os lo agradecemos y en vosotros abrazamos al pueblo italiano de todas las regiones. Lo que habéis dicho, lo que habéis hecho, permanecerá no sólo en Nuestros más dulces recuerdos, sino también en vosotros, que cuidaréis de llevar a las diversas clases sociales la seguridad de Nuestra gratitud y continuaréis aquella laboriosa actividad de fe, de caridad, de socorro, que aun en la misma Italia tiene campo tan ancho de sufrimientos y consuelo.

Este año transcurrido ha sido ciertamente un *annus placibilis*, un año de benevolencia y de gracia divina. ¡Ojalá que verdaderamente aplaque a la justicia de Dios! Las obras de bien que habéis realizado, el fervor religioso resucitado, la santa porfía de la vida espiritual aun entre los dolores y las lágrimas, asciendan hasta el trono del Altísimo; abran los tesoros de sus favores y de sus bendiciones; vuelvan a conducir hacia los sentimientos y hacia la práctica de la fe a quienes todavía se encuentran alejados de ella; donde hay desolación y ruina, hagan surgir el alivio y la serenidad del espíritu; donde el llanto no cesa, sobrevenga la resignación que tranquiliza; donde hay esperanza, sonría el gozo de la feliz realidad; donde la caridad se multiplica en mil formas, la abundancia del premio divino entreteja sus coronas.

Con el deseo de que a vosotros, espiritual vanguardia de un pueblo consciente de su tradición religiosa, os sea pronto concedido el vivir y obrar en una atmósfera de paz, según las normas de la humanidad, de la justicia, y de la fraternidad, Nos os concedemos, Venerables Hermanos y amados hijos, como también a todo el pueblo italiano, y sobre todo a quienes por las pruebas crecientes de la guerra y sus sufrimientos tienen un título particular a Nuestra solicitud y a Nuestra tierna y activa compasión, con profundo amor paternal la Bendición Apostólica.

## XI

8 DE JULIO DE 1943

### AL PONTIFICIO COLEGIO ESPAÑOL

*Como clausura del cincuentenario de la fundación del Pontificio Colegio Español de Roma, el Padre Santo se digna admitir a su augusta presencia a los superiores y a los alumnos de institución eclesiástica tan notable, presentados por el Rector, Rdmo. don Jaime Flores. Su Santidad dirige a tan distinguida reunión el siguiente venerable Discurso. Traza en él un programa bienhechor del sagrado ministerio que, terminada la sólida y entusiasta preparación en Roma, habrán de desarrollar los elegidos ministros de Dios en su querida patria renovada.*



**A** MADÍSIMOS Superiores, antiguos y actuales colegiales de Nuestro Colegio Español de San José:

Dos motivos, dignos de vuestro afecto y de vuestra piedad, os han traído, con tan grande consuelo de Nuestra alma, ante Nos; habéis querido hacernos saber que en el común coro de oraciones elevadas hasta el cielo, según Nuestras intenciones, no faltan nunca las vuestras; habéis deseado clausurar dentro de la casa del Padre común las conmemoraciones del primer medio siglo de vida de vuestro hermoso Colegio. A vuestras oraciones correspondemos con Nuestra paterna gratitud y a vuestra alegría unimos cordialmente la de Nuestro corazón, en el que tan grande puesto tiene vuestro Colegio, por Pontificio y por Español; vuestro Colegio, cuajado precisamente al calor de dos grandes corazones, el de un Pontífice, inmortal Predecesor Nuestro, León XIII, y el de un español, gloria del sacerdocio hispano, don Manuel Domingo y Sol.

Ellos plantaron la semilla y nosotros la vemos convertida, por la divina gracia, en planta robusta, cuyas flores, iluminadas con resplandores de martirio, esparcen su benéfico aroma — *bonus odor Christi* — por toda España; pues los que un día bebieron del agua de la fe, que brota de la roca de Pedro, y templaron sus almas con el ejemplo de los campeones del Cristianismo, que con su testimonio sangriento hicieron ilustre ante los siglos el nombre de la Eterna Ciudad, no aprendieron en vano la lección. Imitadlos, colegiales carí-

simos, *ut non segnes efficiamini, verum imitatores eorum, qui fide et patientia hereditabunt promissiones* (Hebr. 6, 12).

Vuestra Patria, convaleciente todavía, tiene necesidad de vuestro superior ministerio, juntamente con el de vuestros hermanos, salidos de las demás Universidades Pontificias eclesiásticas; de aquel ministerio que consistirá probablemente en transmitir a los futuros apóstoles de vuestro pueblo los tesoros de piedad y de ciencia fatigosamente depositados en vuestra alma por vuestros celosos y edificantes Superiores — Nuestros amadísimos hijos los Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús — y por vuestros piadosos y cultos maestros, los profesores de Nuestra Universidad Gregoriana. Dios, en sus maravillosos designios, os llamó para promover en vuestra querida Patria la alta cultura católica y esta vocación exigirá probablemente mucho. Requerirá toda la selección que ya se ha puesto al enviaros a Roma; reclamará en vuestros educadores todo aquel espíritu de sacrificio, de amor y de ciencia, que Nos nos complacemos ya en reconocer; necesitará un ambiente propicio en vuestros seminarios, para que podáis desarrollar en ellos vuestra labor; pedirá comprensión en los que deben procuraros el modo de transmitir lo que habéis con tantos sudores atesorado; y supondrá en vosotros mismos toda aquella gracia de lo alto, todo aquel deseo y aquel serio esfuerzo y cooperación que han de hacer de cada uno de vosotros *bonus... minister Christi, enutritus verbis fidei et bonae doctrinae* (1 Tim. 4, 6), varón eminente en la vida y en la piedad, plasmador de los futuros obreros evangélicos con el ejemplo y con la palabra, en el aspecto doctrinal y literario tanto como en el ascético y moral, sin descuidar la preparación de guías capacitados, aptos para ponerse al frente del potente resurgir espiritual de su Patria y encauzar el amplio movimiento religioso cultural, cuyos perfiles ya se dibujan en el mundo seglar español.

Este es vuestro trabajo, esta vuestra labor: *Attende lectioni... et doctrinae. Noli negligere gratiam, quae in te est* (1 Tim. 4, 13-14). Daos con toda vuestra alma juvenil a la virtud y a la ciencia; y antes que a la ciencia a la virtud:

*Amate scientiam, sed anteponite caritatem* (S. Aug. Serm. 354 c. 6 - PL t. 39, col. 566). Y si queréis modelos, contemplad vuestros grandes ejemplos domésticos: aquel Apóstol de Andalucía, que sabía recomendar la mejor parte del día para la oración y el resto para el estudio y el ejercicio del celo sacerdotal; o aquel luminar de la ciencia eclesiástica, Jaime Balmes, que, como destaca su mejor biógrafo, superó precisamente el momento más difícil de su carrera apoyándose antes que nada en la vida sobrenatural y luego en el estudio y en la honesta ocupación.

Tal lo que Dios y vuestra Patria de vosotros esperan. Nuestra Bendición, que de todo corazón os otorgamos, quiere ser un impulso más en el camino de vuestro futuro apostolado en la patria de San Leandro, San Isidoro y San Ildefonso, de San José Oriol y del Beato Juan de Ávila: bendición que vuela a confortar a vuestros hermanos mayores, los que sobre el campo combaten ya la buena batalla en tan diversos puestos y con tanta honra del Colegio; bendición que sirva de justo premio a los que tan sacerdotalmente se afanan en vuestra íntegra formación; bendición para vuestra Patria, para vuestras familias, para todo lo que en este momento lleváis en el pensamiento y en el corazón y de modo muy especial, para vuestros proyectos apostólicos; bendición, finalmente, para vosotros, queridos colegiales, que sea prenda de los más altos auxilios divinos, en vuestra labor de hoy y en vuestro trabajo de mañana, para mayor gloria de Dios, provecho de vuestra católica Patria y honor de Nuestro y vuestro Colegio Español de San José.

## XII

1 DE SEPTIEMBRE DE 1943

### EL RADIOMENSAJE EN EL IV ANIVERSARIO DEL COMIENZO DE LA GUERRA MUNDIAL

*En dicho día, cuarto aniversario del comienzo de la luctuosa conflagración, el Sumo Pontífice dirige al mundo entero un Radiomensaje suyo. El Padre Santo, recordando sus oportunas intervenciones para alejar tan grave prueba, así como su incesante actividad en el suavizar los indecibles sufrimientos presentes, exhorta en él con nuevos ardientes llamamientos y autorizados avisos a quienes "corresponde promover una conversación y un acuerdo para la paz", a que aceleren el día de la reconciliación y de la justicia entre las naciones.*

CUATRO años se cumplen hoy desde aquel horrendo día que dió comienzo a la más formidable, destructora y devastadora guerra de todos los tiempos, cuya visión aterra a cuantos en su pecho abrigan alma y sentimientos de humanidad.

Ante el presentimiento de tan universal desgracia, que amenazaba a la gran familia humana, Nos hubimos de dirigir, pocos días antes de la ruptura de hostilidades, el día 24 de agosto de 1939, a los Gobernantes y a los pueblos un cálido llamamiento y una suplicante amonestación: ¡Nada — dijimos — se ha perdido con la paz; todo puede perderse con la guerra!

Nuestra voz llegó a los oídos, pero no iluminó los entendimientos ni descendió a los corazones. El espíritu de la violencia triunfó sobre el espíritu de la concordia y de la armonía: una victoria que fué una derrota.

Hoy, en el umbral del quinto año de guerra, aun los que entonces contaban con rápidas operaciones bélicas y con una inminente paz victoriosa, al volver la mirada a cuanto les rodea dentro y fuera de su patria, ya no sienten sino dolores, ya no contemplan sino ruinas. A muchos que se hicieron sordos a Nuestras palabras, una tristísima experiencia y el espectáculo a que hoy asisten, enseñan hasta qué punto Nuestra amonestación y presagio correspondieron a la futura realidad.

Nuestras palabras se inspiraban entonces en un amor imparcial a todos los pueblos sin excepción y en una preocu-

pación vigilante por su bienestar. El mismo amor y la misma preocupación Nos mueven en esta hora grave y angustiosa, y en Nuestros labios ponen palabras que quieren ser en beneficio de todos y sin daño para nadie, mientras, con todo fervor, suplicamos a Dios Omnipotente que les abra el camino a los corazones y a las decisiones de los hombres en cuyas manos se hallan los destinos de la afligida humanidad.

A través de gigantescas luchas, las vicisitudes exteriores de la guerra se aproximan y confluyen a su punto culminante.

La exhortación de la Sagrada Escritura: «¡Aprended, oh jueces de la tierra!» (*Ps. 2, 10*), jamás fué tan invocada y tan apremiante como en estos momentos en que a todos habla una trágica realidad.

Por doquier los pueblos se concentran en sí mismos para meditar, fijos sus ojos en las ruinas. Sabiduría verdadera es alentarlos y sostenerlos en medio de sus pruebas. Desanimarlos sería una funesta ceguera.

Ya por todas partes, el alma de los pueblos se aparta del culto a la violencia, y en la hórrida mies de la muerte y de la destrucción contempla su merecido castigo.

Por todas las naciones crece la aversión a la brutalidad de los métodos de una guerra total, que empuja a sobrepasar todo digno límite y toda norma de derecho divino y humano.

Tormentosa como nunca penetra intensa en la mente y en el corazón de los pueblos y les consume la duda de si la continuación de la guerra, y de una guerra como ésta, es y puede decirse todavía conforme a los intereses nacionales, razonable y justificable ante la conciencia cristiana y humana.

Después de tantos tratados anulados, después de tantos acuerdos desgarrados, después de tantas promesas incumplidas, después de cambios tan contradictorios en los sentimientos y en las actuaciones, la confianza entre las naciones se ha ido debilitando y se ha hundido tan profundamente que quita todo ánimo y valor para cualquier resolución generosa.

Por ello Nos dirigimos a todos aquellos a quienes corresponde promover una conversación y un acuerdo para la paz, con una súplica que brota de lo más íntimo de Nuestro dolorido corazón, y les decimos:

La verdadera fuerza no ha de temer el ser generosa. Ella posee siempre los medios para asegurarse contra toda falsa interpretación de su buena disposición y voluntad de paz y contra otras posibles repercusiones.

No perturbéis ni oscurezcáis el ansia de los pueblos por la paz con hechos que, en lugar de alentar la confianza, más bien vuelven a encender los odios y aferran la voluntad a resistir.

Dad a todas las naciones la fundada confianza de una paz digna, que no ofenda ni a su derecho a la vida ni al sentimiento de su honor.

Haced que en sumo grado resplandezca una leal correspondencia entre vuestros principios y vuestras decisiones, entre las afirmaciones de una paz justa y los hechos.

Sólo así será posible crear una atmósfera serena, dentro de la cual los pueblos menos favorecidos, en un momento dado, por la suerte de la guerra puedan creer en el renacimiento y crecimiento de un nuevo sentimiento de justicia y de comunidad entre las naciones, y puedan sacar de esta fe las naturales consecuencias de una mayor confianza para lo por venir, sin verse obligados a temer que se ponga en peligro la conservación, la integridad y el honor de su país.

Benditos quienes con recta voluntad ayudan a preparar el terreno en el que germine y florezca, se vigorice y madure el sentido de la veracidad y de la justicia internacional.

Benditos quienes — a cualquier grupo beligerante que pertenezcan — con voluntad no menos recta y con la mirada fija en la realidad, cooperan a superar el punto muerto en que hoy está parada la fatal balanza entre la guerra y la paz.

Benditos quienes se conservan a sí mismos y conservan a sus pueblos libres de la estrechez de opiniones preconcebidas, del influjo de indómitas pasiones, del egoísmo desordenado, de la ilegítima sed del poder.

Benditos quienes escuchan las voces suplicantes de las madres, que han dado la vida a sus hijos para que crecieran en la fe y en las buenas acciones, y no para que mataran y se hicieran matar; quienes prestan oído a las súplicas angustiosas de las familias heridas de muerte por las separaciones forzadas, a los gritos cada vez más insistentes del pueblo, el cual, después de tantos sufrimientos, privaciones y lutos, ya no pide para su vida sino paz, pan, trabajo.

Benditos, finalmente, todos cuantos comprenden que la gran obra de una nueva y verdadera ordenación de las naciones no es posible sin alzar y tener fija la mirada en Dios que, regidor y ordenador de todos los acontecimientos humanos, es fuente suprema, custodio y vengador de toda justicia y de todo derecho.

Pero ¡ay de los que en este tremendo momento no se alzan a la plena conciencia de su responsabilidad por la suerte de los pueblos; que alimentan odios y conflictos entre las gentes; que edifican su poder sobre la injusticia; que oprimen y dañan a los indefensos y a los inocentes (cf. *Ier.* 22, 13): la ira de Dios vendrá sobre ellos hasta el fin! (cf. *I Thess.* 2, 16).

¡Quiera el Redentor Divino, en cuyos labios resonaron las palabras «Bienaventurados los pacíficos», iluminar a los poderosos y a los conductores de los pueblos, dirigir sus pensamientos, sus sentimientos y sus deliberaciones, hacerles interior y exteriormente fuertes y firmes contra los obstáculos, las desconfianzas y los peligros que cierran el camino a la preparación y realización de una paz justa y duradera! Que su prudencia, su moderación, su fuerza de voluntad y el vivo sentimiento de humanidad tengan poder para que caiga un rayo de consuelo sobre el umbral, bañado por sangre y lágrimas, del quinto año de guerra, y que dé a las víctimas sobrevivientes del feroz conflicto, encorvadas bajo la opresión del dolor, la alegre esperanza de que este mismo año no termine en el signo y oscuridad de la ruina y de la destrucción, sino que sea el principio y la aurora



## **RADIOMENSAJE EN EL IV ANIV. DEL COMIENZO DE LA GUERRA**

de la nueva vida, de la fraternal reconciliación, de la concorde y activa reconstrucción.

Con esa confianza damos a todos Nuestros amados hijos e hijas del Orbe católico, así como a todos cuantos se sienten unidos a Nos en el amor y en el trabajo por la paz, Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## XIII

31 DE OCTUBRE DE 1948

### RADIOMENSAJE AL III CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL DEL PERÚ

*En la fiesta de Cristo Rey, al clausurarse en Trujillo el tercer Congreso Eucarístico del Perú — celebrado bajo la presidencia del Legado Pontificio S. E. Rdma. Mons. Fernando Cento, Nuncio Apostólico en Lima —, el Padre Santo se complace en dirigir a aquel pueblo católico un Radiomensaje suyo, que fué acogido, por las muchas personalidades y por los innumerables fieles que intervinieron en tan imponente asamblea, con manifestaciones de renovada gratitud, de aplauso y de adhesión filial.*

**V**ENERABLES Hermanos y amados hijos que, reunidos en torno a la persona de Nuestro Legado para clausurar el Tercer Congreso Eucarístico Nacional del Perú, escucháis Nuestra voz, llevada en alas de las ondas impalpables:

Si la contemplación de un espectáculo, como el que en este momento vosotros grandiosamente presentáis, es siempre motivo de consuelo para cualquier corazón recto — «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis» (*Luc.* 10, 23) — ¿cuánto más no lo será en esta hora triste, para Nuestra alma atribulada de Padre común, cuya mirada apenas encuentra dónde posarse sin sentirse salpicar por el barro de las batallas y por la sangre fraternal, furiosamente esparcida?

Se conforta, sí, Nuestro corazón con esta visión de amor y de paz, y doblemente se goza al pensar que tan magnífico triunfo tiene como escenario la amadísima República del Perú, uno de los más claros retoños del recio y catolicísimo tronco hispánico, en donde el Dios escondido bajo los velos sacramentales pareció derramar de manera particular su riqueza y su hermosura, manifestadas en los encantos únicos, de una tierra bendecida, que besan las olas del mar en las playas dilatadas, mientras esconde entre las nubes las cabezas de sus humeantes cimas; Perú, foco de civilización cristiana, justamente orgulloso un día de sus honores y privilegios, pero consciente, antes que nada, de que la mejor página del testamento recibido de la Madre Patria es la que

le otorga el legado de aquella robusta fe que, para proclamar la gloria del Rey Eucarístico, os juntó no hace mucho en Lima — la histórica Ciudad de los Reyes —, os reunió más tarde en Arequipa — la blanca, la que parece dormir tranquila a las orillas del manso Chili — y hoy finalmente os ha congregado en Trujillo — la vetusta, la hidalga, la cuna de la libertad — entre cantos armoniosos y nubes de cienso.

*Filius sapiens doctrina patris* (Prov. 13, 1) y prez fué empre de la hidalguía la fidelidad a la herencia. Con la Eucaristía fortalecieron sus almas Pizarro, Almagro y Luque antes de escribir la primera página de vuestra historia; fundador de la Archicofradía del Santísimo Sacramento quiso ser el mismo Pizarro en la Ciudad primogénita; almas eucarísticas fueron un Toribio de Mogrovejo, un Francisco Solano, un Martín de Porres, una Rosa de Santa María; y hoy vosotros, dignos nietos de vuestros abuelos, entre el esuendo bélico de un mundo enfurecido, corréis al Dios de los altares, para suplicarle que «conceda a su Iglesia los dones de la unidad y de la paz» (*Miss. in Fest. Ssmi. Corporis Christi - Secreta*), y con ellos el remedio de las heridas que tan profundamente amenazan la vida privada, la vida familiar y la vida social.

¡Pobre vida privada si falta la Eucaristía! A lo largo del sendero el alma debilitada no soportará el peso del egoísmo, de la sensualidad y de la indiferencia; no habrá comunión con Dios — *ut et nos in Christo, et Christus in nobis* — (S. Hilar. *De Trinit.* 8, 14 - PL 10, 247); no se vivirá del espíritu de Dios: *Fiant corpus Christi, si volunt vivere de spiritu Christi* (S. Aug. *In Io. Ev.* tract. 26, 6, 13 - PL 35, 1612). ¡Y está escrito, Señor, «que los que de Ti alejan, perecerán»! (*Ps.* 72, 27).

Y cuando el pobre peregrino no pueda sufrir sobre sus espaldas anémicas, por falta de alimento espiritual, la carga del propio deber, cuando se doble marchito como el heno que sienta árido su corazón por haberse olvidado de comer su pan (cf. *Ps.* 101, 5), ¿cómo hemos de admirarnos si la de-

bilidad del individuo — padre o hijo, esposo o esposa — se convierte en dolencia de la familia y la célula fundamental de la sociedad amenaza deshacerse y pulverizarse, como un bloque de cemento mal fraguado, precisamente porque le falta santidad, le falta unión con el Dios Eucarístico, sin la cual ni siquiera es posible la coordinación mutua de los diversos elementos, no es realizable la armonía y con la armonía la paz?

Seca el alma como un erial, resquebrajado el edificio familiar, todo el complejo social, lejos de esta fuente de la vida, no tardaría en dar señales de disolución, como un cuerpo muerto, en el que cada elemento parece pugnar por destacarse de los demás para volver rebelde a su inorgánica independencia. ¡Oh, si pudierais conseguir vosotros con vuestras oraciones, amadísimos congresistas del Perú, que los hombres dejaran producir finalmente a la Eucaristía sus efectos, en especial como principio y raíz de la unidad, recordando a todos la obligación de amarse, de unirse como hermanos si es que quieren presentarse ante un mismo altar, ofrecer una misma ofrenda, beber de un mismo cáliz, comer de un mismo pan y elevar al cielo — *meum ac vestrum Sacrificium* — una súplica común! Porque «he aquí el plan que ha imaginado el Hijo de Dios... para que podamos unirnos con Dios y entre nosotros... Él bendice en un solo Cuerpo, en el suyo, a los creyentes, mediante la mística comunión. Y así, tanto con Él, como entre ellos, les hace *concorporales*» (S. Cyr. Alex. *In Io. Evang.* 11 - PG 74, 559).

En una palabra, Venerables Hermanos y amados hijos, en este celestial banquete, en esta realísima unión con Dios, ha de encontrar principalmente su fuerza la santidad; de esta unión y de esta santidad han de recibir vigor y consistencia el vínculo familiar, el social y el internacional; para que, finalmente, en la santidad y en la unidad florezca el don precioso de la paz: «Te rogamos, Señor, concedes propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, místicamente designados por los presentes que te ofrecemos» (*loc cit.*).

Pedid, pedid sin reparo; no se trata ahora de la sombra de una Cruz cercana, que nos hace esperar una gracia — «Señor, acuérdate de mí» (*Luc.* 23, 43); ¡no nos contentamos con alcanzar el ruedo de su vestido (cf. *Matth.* 9, 20-22) para tocarlo con un dedo!

No sombra de tu Cuerpo, o fimbria tuya,  
sino tu Cuerpo mismo, ¿cuál efecto  
hará en el alma que a tu Mesa llega?  
¿Qué reino pedirá, qué salud suya  
que Tú la niegues, si con dulce afecto  
tan cerca te ama, abraza, goza y ruega?

(Lope de Vega, *Rimas sacras*, soneto XLVII.  
*Colección de las obras sueltas*. Madrid, 1777,  
edic. Sancha, t. 13, pág. 198.)

Acercaos sin temor, hijos amadísimos, y bebed en este torrente, que nunca se agota, la firmeza de vuestra fe, la pureza de vuestras costumbres, el debido respeto al sagrado vínculo conyugal. Pedid a este Dios omnipotente sacramentado santos y celosos sacerdotes, que os enseñen el camino de los altares y os distribuyan el pan de los Angeles con sus manos puras. Impetrad, antes que nada, la mutua unión de todos los creyentes, la santa caridad entre todos los hijos de Dios, la paz, esa paz que vuestros abuelos imploraban, entre cantos, con aquellas bellísimas letanías, atribuidas a Santo Toribio de Mogrovejo, primer ramo de flores que la América católica colocó a los pies de la Madre de Dios: *Ut cuncto populo christiano pacem et salutem impetrare digneris*. ¡Para que Tú, madre de misericordia; para que Tú, Virgen de la Puerta, solemnemente coronada el pasado miércoles; para que Tú, Nuestra Señora del Socorro, que desde las playas de Huanchaco robas los corazones de todos los buenos hijos de esa región privilegiada, consigas al pueblo cristiano la paz y la salvación!

Que Nuestra Bendición sirva para acelerar sobre vosotros, sobre toda vuestra amadísima Patria y sobre todo el mundo la hora de Dios, que es la hora de la paz fundada en la ver-

dad, en la justicia y en la caridad. Se ha dicho con frase feliz, que la República del Perú, en la estupenda y amenísima diversidad de sus climas, de sus altitudes y de sus productos, viene a ser como un gracioso resumen y cifra de toda América. Que Dios bendiga a la Nación peruana, a su fervoroso Episcopado — y de manera especial al dignísimo Pastor de esta Archidiócesis —, juntamente con su clero, al ilustre Jefe del Estado, a su Gobierno, a todas las representaciones y autoridades civiles, que con su presencia han querido dar realce al triunfo del Soberano Eucarístico; a todo el catolicísimo pueblo peruano; y bendiciendo a la República del Perú bendiga a toda América; y bendiciendo a toda América bendiga al mundo todo, haciendo que muy pronto los rayos ardientes de caridad, contenidos apenas por las blancas especies en el volcán de amor de la Hostia santa, irrumpan sobre la humanidad entera y la abrasen fundiéndola en un solo bloque de amor y de cristiana fraternidad, para remedio de Nuestros dolores, corona de Nuestras esperanzas y grande gloria suya.

## XIV

4 DE DICIEMBRE DE 1943

### PARA CLAUSURA DE LOS SANTOS EJERCICIOS ESPIRITUALES EN EL VATICANO

*En dicho día, sábado, al terminar los Ejercicios Espirituales, predicados en la Capilla Matilde del Palacio Apostólico Vaticano por el Rdm. P. Ambrosio Fiocchi, S. I., el Padre Santo — que había tomado parte en práctica tan piadosa — se digna iluminar ante los Emms. Cardenales, Arzobispos, Obispos y Prelados que asistieron a las meditaciones y pláticas, la indefectibilidad de la Iglesia en el mundo y el luminoso ejemplo que los más altos Dignatarios de la Iglesia han de dar siempre, cual sello de los íntimos coloquios entre alma y Dios en aquellos días de bendición.*



**E**N estos devotos Ejercicios, que terminan en la mañana de hoy, todos nosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, hemos escuchado la voz de Dios, cuya providencia siempre benigna nos ha conducido a la soledad para hablarnos al interior, mientras en el mundo exterior la tormentosa hora presente perturba los ánimos y no deja tranquilo rincón alguno de la tierra. Hemos hecho el silencio dentro de nosotros a fin de penetrar por todos los escondrijos de nuestro corazón con mirada de espiritual introspección y poder oír lo que Dios nos había de decir, pues la soledad suele ser madre de la meditación e inspiradora de los grandes pensamientos y de los santos propósitos.

El Señor, que rige el universo, también nos gobierna a nosotros y dirige todos los destinos del género humano con su impenetrable consejo. Pero entre los misterios de la Providencia, inescrutables a nuestro entendimiento, quiso Dios que uno lo tocásemos en cierto modo casi con la mano: el misterio visible de la indefectibilidad de la Iglesia en el mundo, mientras a su lado, ¡oh!, cuántos tronos e imperios y públicas instituciones han ido cayendo, sembrando con las ruinas y los restos de su grandeza el sendero que hace ya veinte siglos recorre la Iglesia, para conducir al Pastor divino las ovejuelas descarriadas o perdidas por los caminos del error, purificar, perfeccionar y santificar a las que viven ya dentro del redil de Cristo y se alimentan con su cuerpo y su sangre. Esta misión, que ella confía amorosamente a sus sacerdotes, impone a éstos, principalmente ahora, gravísimas obligaciones hacia sí mismos, responsabilidades y deberes altísimos hacia los fieles confiados a su solicitud.

La Iglesia católica es el gran misterio *visible*, porque visible es su Cabeza en la tierra, el Vicario de Cristo, visibles son sus ministros, visible su vida, visible su culto, visible su obra y actividad para la salvación y la perfección de los hombres. Visible es también su indefectibilidad, puesto que es objeto de demostración histórica, mientras su camino recorrido es garantía de su porvenir. Por ello un gran historiador no católico del siglo pasado, luego de haber reconocido, aun contra su voluntad, que la Iglesia católica ha quedado «llena de vida y de vigor juvenil», observaba: «Si reflexionamos en los tremendos asaltos a que ella ha sobrevivido, resulta hasta muy difícil aun sólo el pensar que pueda perecer de algún modo» (Macaulay, *Critical and Historical Essays*, von Ranke - Londres, 1860, 2. 128-131). Pero si tal indefectibilidad puede ser demostrada por la experiencia, es, sin embargo, un *misterio*, porque no se puede explicar naturalmente, sino tan sólo por el hecho, que nos es conocido por la divina revelación, de que Cristo, su fundador, está con ella en todos los peligros hasta el final de los siglos.

Gracia señalada es, por lo tanto, el retiro espiritual, que la providencia del Señor nos ha concedido en este tiempo de tantas miserias intelectuales y morales, aislándonos como en un escollo seguro, cuando por todo el rededor truenan las tormentas y los huracanes que se echan sobre las regiones todas de la tierra y braman las olas que impetuosas azotan todas las playas y todos los puertos. Es una gracia que se dirige a nuestra santificación personal en los días que corren tan angustiosos; una gracia, que nos ha hecho entrar en nosotros mismos y examinar el pasado de nuestros deberes con las deficiencias y omisiones en que hemos incurrido, a fin de repararlas en lo por venir a la luz de las enseñanzas de Cristo, que nos ha llamado al sublime servicio de su Esposa inmaculada la Iglesia y a inmolarnos por la salvación de las almas. Él, hablando a nuestro corazón, nos ha dado luces para proseguir santamente nuestro camino, y auxilios para fortificar nuestro espíritu; Él, que en su Iglesia y en sus carismas ha puesto la suma de consuelos para nuestros dolores y de

remedios para nuestros defectos. Confiamos en Él, que ha vencido al mundo, y que está con todos nosotros hasta la consumación de los siglos sobre nuestros altares por aquel sacrificio incruento que en el Cenáculo precedió a su cruento sacrificio en la Cruz, y que cada día se repite en el correr de todos los tiempos y entre todos los pueblos.

Desde la eternidad el Verbo divino había predestinado a la Iglesia como dispensadora de las gracias para nuestra santificación en todos los combates y pruebas a que nos habíamos de ver sujetos; y había predeterminado que por su vida de Hijo de Dios hecho hombre, y por su doctrina enseñada al mundo, en Él encontrásemos el ejemplo y la guía para vencer a los enemigos de nuestra alma y avanzar cada vez más en santificarnos ante Él y en servir a su Iglesia. Pensad cómo la Providencia — que desde hace veinte siglos vela por la Esposa de Cristo en medio de tantas luchas, peligros y dificultades, según atestigua la historia —, nos protege, confortándonos con aquel cúmulo de gracias y favores que ya hemos experimentado y que nos está preparando aun para lo futuro, si no dejamos de estar unidos a Dios y de poner en su amor toda la fuerza de nuestra fe y de nuestra esperanza. El amor de Dios hacia nosotros es omnipotente, y nos pide, en cambio, un ardiente amor filial, que podemos aprender y alcanzar del Corazón dulce y humilde de Cristo por la oración, por la abnegación de nosotros mismos, por las obras de penitencia, por los sacrificios que por Él hacemos en el exacto y perfecto cumplimiento de nuestro deber. ¿Cristo mismo, Hijo de Dios, no nos ha enseñado acaso ese amor filial, al hacernos invocar a Dios nuestro Padre que está en los cielos? Hombre de oración es el sacerdote; y gran fruto será para nosotros la unión con Dios por la oración, porque como sacerdotes hemos sido elevados en todo cuanto a Dios se refiere, de suerte que podemos transformar todos nuestros trabajos en mérito y oferta de oración; y, reformando mejor cada una de nuestras acciones, enmendar sus defectos, crecer en fervor y en aquel ardor de amor filial que también redunde en beneficio y provecho de los mismos fieles. Las

miradas del Orbe cristiano se vuelven fijas hacia la Curia Romana y hacia esta Ciudad del Vaticano, pues de aquí han de salir no sólo el gobierno y la doctrina católica, sino también el ejemplo del espíritu de caridad y de sacrificio, en medio de tan penosas privaciones y tan amargos sufrimientos de los pobres y de los pueblos, así como el esplendor de todas las virtudes que han de imitar luego los creyentes.

Para la consideración de verdades tan saludables, voz de Dios y de su providencia nos ha sido, en estos días sagrados, la voz del ilustre Predicador, maestro de ascética y de sabiduría filosófica, el cual, aun siguiendo fielmente la guía de los Ejercicios espirituales de San Ignacio, ha elevado nuestra alma, nuestro pensamiento y nuestra voluntad hacia el misterio de la divina Providencia, que regula y ordena todos los acontecimientos humanos, por muy dolorosos que sean, para que de ellos saquemos en beneficio nuestro espiritual los propósitos que nos sostengan en los presentes sufrimientos. Él, que con tanto celo nos ha dirigido en nuestras meditaciones y en la renovación de nuestro espíritu, reciba como testimonio de gratitud la oración que ofrecemos al Señor, para que con la abundancia de sus gracias sature y extienda la eficacia de su ministerio sacerdotal.

Sobre vosotros, Venerables Hermanos e Hijos carísimos, descienda, pues, Nuestra Bendición Apostólica. El Padre de las luces, «de quien viene toda dádiva buena y todo don perfecto» (*Iac.* 1, 17), Cristo, su Hijo amado, el Espíritu Santo, Espíritu del amor, que hemos recibido, sean con nosotros, obren en nosotros las maravillas de su infinita misericordia, para que, al vivir Cristo cada vez más íntimamente en nosotros, podamos llegar a aquella perfección del amor que nos hace ser una cosa con Cristo, con el Espíritu del amor y con el Padre que nos ha dado su Hijo Unigénito como prenda de su amor infinito, y con el Hijo el Espíritu Santo, la Persona del amor, que ruega, que obra, que ama en nosotros, para poder sumergirnos en el inmenso océano de la Santísima Trinidad y vivir la verdadera vida del amor de nuestro Dios. Así sea.

## XV

24 DE DICIEMBRE DE 1943

# LA ALOCUCIÓN DE LA VIGILIA DE NAVIDAD AL SACRO COLEGIO Y A LOS PRELADOS ROMANOS

*La quinta Navidad de guerra vió reunirse junto al Trono del Vicario de Jesucristo, con devoción cada vez más encendida y con confianza más íntima en su providencial actividad, a los Emmos. Sres. Cardenales y a los Prelados pertenecientes a la Curia Pontificia — en la mañana de aquel día —, para presentar las felicitaciones navideñas al Jefe Augusto de la Cristiandad. Al admirable y entusiasta discurso, leído por el venerable Decano del Sacro Colegio, Su Eminencia Rdma. el señor Cardenal Jenaro Granito Pignatelli di Belmonte, responde Su Santidad con una inspirada Alocución, que pone de relieve los sublimes deberes, presentes y futuros, de la Iglesia de Dios.*

**U**NA tradicional y dulce costumbre ha procurado de nuevo a nuestra alma la alegría de ver hoy, reunidos una vez más, en torno a Nos, a los miembros del Sacro Colegio y a los Prelados Romanos, y la de oír de labios del Señor Cardenal Decano — que desempeña su elevado oficio con tan admirable plenitud de fuerza como vigor de mente —. los sentimientos de inquebrantable fidelidad y ejemplar devoción con que Nos ofrecen el don de su felicitación y oraciones en esta aurora del misterio de Navidad.

«UN SOLO CORAZÓN Y UN ALMA SOLA»

En los difíciles y ásperos tiempos en que, sin saber cuál será su desarrollo y su conclusión, sólo de Dios conocida, vivimos y sufrimos Nos junto con vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, y con los fieles de Nuestra Ciudad episcopal de Roma, en profunda comunidad de pensamientos y de intenciones con los católicos de todo el mundo, es de gran consuelo para el Vicario de Cristo, oprimido por el peso de tantas ineludibles responsabilidades, el ver cómo en el grupo de sus inmediatos consejeros y colaboradores en el Gobierno de la Iglesia universal domina aquel «cor unum et anima una» que ha inspirado las palabras de vuestro eminente y venerable intérprete.

Este «cor unum et anima una», que reunía a los primeros seguidores de Cristo, fué la inflamada arma espiritual de la pequeña grey de la primitiva Iglesia que, sin medios terrenales, con la palabra, con el amor desinteresado y con el

sacrificio aun de la propia vida, inició y llevó a feliz término su victoriosa acción frente a un mundo hostil. Contra la fuerza de resistencia, de celo, de desprecio de los sufrimientos y de la muerte de un corazón tan grande y de una tan grande alma, nada pudieron, antes se estrellaron, las artes y los ataques de los poderes adversos, que combatían su existencia, su doctrina, su difusión y su consolidación.

Y así, de la unión de los corazones y de las almas de todos los fieles se formaba como un solo corazón y una sola alma que la propagación de la fe en todos los tiempos extendió y extiende todavía por tantas regiones y pueblos; y ese vínculo tan hermoso de corazones y de almas llega desde todas las tierras y desde todos los mares hasta Nos, y se renueva más vivo y fuerte en el tiempo presente de comunes aflicciones y plegarias y de comunes deseos y esperanzas, gracias al divino Espíritu Vivificador y Santificador, que hace y conserva a la Esposa de Cristo siempre la misma en su unidad y en su universalidad, aun en medio de las catástrofes que destruyen a las naciones.

Por ello, con gratitud conmovida, Venerables Hermanos y amados Hijos, acogemos Nos la expresión de vuestros sentimientos, tan conformes a las antiguas tradiciones cristianas, como un don de la Providencia y una clara señal de que también la Iglesia militante de hoy experimenta la eficacia de la gracia sacerdotal de Cristo: «Pater sancte, serva eos in nomine tuo..., ut sint unum, sicut et Nos unum sumus» (Io. 17, 11-22).

#### DESGRACIAS PRESENTES Y EXHORTACIÓN A LA CARIDAD Y A LA PAZ

Durante este año la tormenta de la guerra se ha acercado cada vez más aún a la Ciudad Eterna, y penosos sufrimientos han caído sobre muchos de Nuestros diocesanos. Entre los más pobres, no pocos han visto destruido su hogar por ataques aéreos. Un Santuario, predilecto al corazón de la Roma cristiana y verdadera joya de una venerable antigüedad, fué alcanzado y recibió heridas difícilmente sanables.

De alarmante manera se han extendido la confusión y la perturbación en el campo económico y en el espiritual. Si la interrupción y las dificultades en la producción normal de lo necesario para la vida hubiese de proseguir a tenor del ritmo actual, es de temer que, a pesar de las solícitas preocupaciones de las autoridades competentes, el pueblo de Roma y gran parte de la población italiana llegarían a encontrarse, dentro de no mucho tiempo, en condiciones de indigencia tales como la memoria humana no recuerda que hayan tenido lugar y se hayan sufrido en esta tierra ya tan probada.

A todos, pero singularmente a los habitantes de la Urbe, recomendamos con insistencia que conserven la calma y la moderación y que se abstengan de todo acto inconsiderado, cuyo único efecto sería el de provocar desgracias aun mayores.

Ante un porvenir tan oscuro, Nos parece necesaria hoy más que nunca la prudencia, inherente a la naturaleza de Nuestro ministerio pastoral y que hemos mantenido Nos siempre a través de tantas vicisitudes de los conflictos terrenales, con tal de evitar que la actuación de la Santa Sede, dirigida al bien de las almas, corra el peligro, por interpretaciones falsas o infundadas, de verse envuelta o expuesta a los ataques del fuego cruzado de las luchas políticas.

Pero bien comprenderéis vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, cómo pesan en Nuestro ánimo la tristeza y la miseria que angustian a los pueblos, y cómo la magnitud de las necesidades siempre crecientes aflige a Nuestro corazón. Por ello Nos proponemos, en el acostumbrado Mensaje navideño que hoy mismo pronunciaremos, no sólo dirigir una nueva y cálida exhortación a aquellos de cuya perspicacia y rectitud dependerá esencialmente la consecución de una paz verdadera y justa, sino también llamar la atención del mundo sobre la miseria que a tantas naciones de la tierra atormenta, e invocaremos la generosidad y el auxilio de todos cuantos, aun en medio de las exigencias y restricciones impuestas por la guerra, todavía tienen posibilidad de apoyar eficazmente a una grandiosa obra de amor cristiano y de humana frater-



nidad. Día por día, hora por hora, llega a Nuestros oídos, con una insistencia cada vez mayor, la voz suplicante de los más pobres entre los pobres. y sentimos Nos la amargura del contraste entre el gigantesco número de las peticiones y la penosa limitación de Nuestros medios, que las barreras económicas del tiempo de guerra hacen cada vez más reducidos.

#### DIFICULTADES E IMPEDIMENTOS EN EL EJERCICIO DEL MINISTERIO APOSTÓLICO

No menos dolorosas que la miseria causada por el feroz conflicto en muchas partes de la Iglesia universal, y que los impedimentos puestos a la actuación de la caridad cristiana, son las dificultades que, de año en año, día por día, de lugar en lugar, se han hecho más difíciles de superar, para el normal ejercicio y desarrollo del supremo ministerio apostólico, precisamente cuando en un mundo dividido y desgarrado por el odio, por las luchas, por el egoísmo y por la violencia, las fuerzas del amor, de la concordia, del espíritu fraterno y de la justicia sienten más viva la necesidad de unirse y agruparse a fin de prodigar con eficacia el alivio y el socorro.

¿Qué sería de la sociedad humana después de la guerra, si cuantos se honran con el nombre de cristianos, por no unirse en la interior unidad de pensamiento y de voluntad, no fueran capaces de conjurar el peligro de una paz efímera, apoyada y mantenida en los inconsistentes fundamentos de la violencia?

¿No sería éste un triste y un lamentable error, no sólo en el aspecto puramente humano, sino también a la luz de la conciencia cristiana?

Si las vías del contacto espiritual con una parte importante (no podemos decir con todas las regiones) del mundo católico han quedado hasta ahora sin daños demasiado graves, o al menos no son totalmente impracticables; aun más, si la obligada separación del centro de vida, de movimiento y acción de la Iglesia ha excitado y animado el corazón de los mejores y de los más fieles a llenar tal vacío, atribuimos Nos ese bien tan grande en medio de tantos infortunios, después de a la gracia consoladora y vigilante del Todopoderoso, a la

sabia previsión y prudencia de un activo Episcopado, al celo y al espíritu asiduo y pronto de un clero que siente profundamente su oficio sacerdotal, a la fuerza de convicción de seglares cada vez más probados por las dificultades y los sufrimientos; todos los cuales tanto más íntimamente afirman y públicamente profesan la profunda eficacia del «sentire cum Petro», cuanto más estrechos y difíciles se han hecho los caminos que exteriormente los unen con la Santa Sede Apostólica.

### INCURSIÓN AÉREA CONTRA LA CIUDAD DEL VATICANO

Señalada esta unión perenne de los fieles con el Vicario de Cristo, Nos sentimos movidos a dar gracias a Dios por la protección que con su poder infinito Nos otorgó cuando, pocas semanas ha, se realizó, contra la Ciudad del Vaticano, una incursión aérea, cuya sola noticia provocó unánime indignación en las conciencias honradas del mundo entero. Ese ataque — preparado con tanta deliberación cuanto con poco honor y eficacia ocultado bajo el velo del anónimo volador — sobre un territorio sacro para los cristianos, santificado por la sangre del primer Pedro, centro del mundo aun por sus obras maestras de cultura y de arte, y garantizado por un solemne tratado, es un síntoma difícilmente superable del grado de la convulsión espiritual y de la decadencia moral de conciencia a que algunos espíritus han llegado en su desvarío.

### NO DEJARSE ABATIR POR LA TRISTEZA DE LOS TIEMPOS

Ante tales perturbaciones bien se comprende cuánto conviene que cada uno se mantenga fuerte y animoso en la práctica moral de la vida, cuando no pocos cristianos, aun de los que están al servicio de la Iglesia y del santuario, se dejan espantar por la tristeza de los tiempos, por la amargura de las privaciones y de los sacrificios requeridos, por la cadena ininterrumpida de desilusiones, que aprieta y cae sobre ellos: de suerte que no se libran del peligro de desanimarse y

perder aquella lozanía y agilidad de espíritu, aquella robustez de voluntad, aquella serenidad y aquella alegría de emprender y llevar a término lo que se intenta, sin las cuales no es posible una fecunda obra de apostolado.

A los pusilánimes, a los desconfiados, a los débiles, una mirada al pesebre de Belén y al Redentor, que inicia la renovación espiritual y moral del género humano con una pobreza sin ejemplo, con la casi total separación del mundo de los poderosos de entonces, les debe recordar y amonestar que los caminos del Señor no son los caminos iluminados por la falsa luz de una sabiduría meramente terrenal, sino por los rayos de una celestial estrella que la prudencia humana desconoce. Si desde la gruta de Belén se dirige la mirada a la historia de la Iglesia, todos deberán convencerse de que lo dicho sobre su divino Fundador: «Sui eum non receperunt» (Io. 1, 11), ha sido siempre la dolorosa divisa de la Esposa de Cristo en el correr de los siglos, y que muchas veces los tiempos de una dura lucha prepararon grandiosas victorias de importancia definitiva para largas épocas posteriores.

#### CORAZONES GENEROSOS

Si Nos es permitido penetrar en la visión de los designios de Dios, de los cuales es luz lo pasado, las difíciles y cruentas condiciones del momento presente tal vez no son sino el preludio de una aurora de nuevas perturbaciones en las cuales la Iglesia, destinada a todos los pueblos y para todos los tiempos, habrá de encontrarse frente a deberes desconocidos para otras épocas, que tan sólo ánimos valientes y decididos podrán llevar a cabo: corazones que no teman el asistir a la repetición y renovación del misterio de la Cruz del Redentor en el camino de la Iglesia sobre la tierra, sin pensar con los discípulos de Emaús en darse a una huída de la amarga realidad; corazones conscientes de que las victorias de la Esposa de Cristo, y singularmente las definitivas, están preparadas y logradas *in signum cui contradicetur*, esto es, en contraste con todo cuanto la humana mediocridad y vanidad se empeña en

oponer a la penetración y al triunfo de lo espiritual y de lo divino.

DEL PESEBRE DE BELÉN A LA CRUZ DEL  
GÓLGOTA

«Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta» (*Hebr. 12, 2*), escribe el Apóstol de las Gentes acerca del celestial Niño que ahora yace en el pesebre, Maestro del género humano y luz del mundo. Desde el pesebre hasta la Cruz del Gólgota corre y resplandece el sendero trillado por el Redentor; y sobre Belén y sobre el Gólgota domina la unidad de la ley de vida, que el arte cristiano sintió en toda su majestad. Tras el leño del pesebre de Belén se alza gigantesco el leño salvador de la Cruz. Visión ya familiar a la fe de los antiguos cristianos, puesto que en la tapa de un vetusto sarcófago, encontrado recientemente en las Grutas Vaticanas cerca de la Confesión, esculpía, frente a los Magos que llevaban dones al Redentor recién nacido y detrás del trono de la Virgen Madre con el Niño, una gran Cruz: tipo arqueológico único en su género, a la par que prueba de cuán profundamente los cristianos de aquella edad se hallaban penetrados del conocimiento de esta ley fundamental del Salvador y de cuantos habían de salvarse. Señal de salud y de victoria es la Cruz, bandera de Cristo y de salvación, la cual, como brilla ahora en lo alto de nuestros sagrados templos, en los que oramos y nos preparamos para la eternidad, así será hasta aquel grandioso momento en que, al abrirse el cielo y al cerrarse las puertas de la vida en este camino terrenal, aparecerá la señal del Hijo del hombre, y ante Él, eterno Juez, todo el género humano se dividirá, separándose en benditos del Padre — los que, «confusione contempta», permanecieron fieles a la Cruz —, y en réprobos — los que se escandalizaron de su aparente locura y se perdieron en el camino.

Si hoy tenemos que ayudar a nuestro tiempo, si la Iglesia ha de ser para los equivocados y para los afligidos por las angustias espirituales y temporales de nuestros días una Madre que auxilia, aconseja, preserva y redime, ¿cómo podría ella atender a tantas necesidades si no contara con una

*acies ordinata*, escogida entre las almas generosas que, por encima de la dulce visión del recién nacido Niño, no tienen miedo ni se olvidan de alzar su mirada al Señor Crucificado, que sobre el Calvario consuma el sacrificio de su vida para la regeneración del mundo, y que toman como fuerza y valor de su vivir y de su obrar la suprema ley de la Cruz? Aunque sean simples fieles estos espíritus generosos, junto a los ministros del santuario emulen el ardor de su celo y el vigor de su actividad; y, a semejanza de ellos, nunca desmayen por la aspereza de los tiempos, antes bien crezcan en ella y con ella maduren «in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi» (*Eph.* 4. 13).

#### CONFIANZA EN LA INFALIBILIDAD DE LAS DIVINAS PROMESAS

Por estas consideraciones en lo íntimo del alma Nos sentimos movidos a implorar para vosotros, en días de tanto penar, pero a la vez de férvida esperanza y de vigilante espera, aquella valerosa prontitud que os haga fuertes ante los sufrimientos y ante las luchas que se encierran en los misterios del Pesebre y de la Cruz, fuentes del inefable amor divino que se desborda del corazón de Cristo, junto con aquella seguridad en la victoria, que se nutre de las inefables promesas del Dios que ha vencido al mundo y nos exhortó a confiar en Él. Nos oramos por el género humano — atado y ligado por las cadenas del error, del odio y de la discordia, como en una cárcel que él mismo se ha construido —, repitiendo la invocación de la Iglesia en el sagrado Adviento: «O clavis David et sceptrum domus Israel; qui aperis, et nemo claudit; claudis, et nemo aperit: veni, et educ vinctum de domo carceris, sedentem in tenebris et umbra mortis!»

Nos, con esta oración en los labios os damos a vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos, a vuestros trabajos tan saturados de dificultad como llenos de responsabilidad, a cuantos lleváis en vuestras oraciones y en vuestros afectos, cual prenda de la abundante gracia del recién nacido Hijo de Dios. Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## XVI

21 DE DICIEMBRE DE 1943

### EL RADIOMENSAJE NAVIDEÑO A LOS PUEBLOS DEL MUNDO ENTERO

*En el mismo día, y por medio de la Radio Vaticana, el Supremo Pastor, con ansiosa solicitud de Padre, se dirige a todos los pueblos de la gran familia humana; y su palabra, repleta de consuelo y de luz, llega a todos los corazones, sobre todo a los que más sufren a causa del sangriento conflicto.*

*El Radiomensaje — escuchado en todas las partes del mundo con reconocida devoción — fué luego repetido, traducido a las lenguas principales, por la misma estación de Radio; y luego fué publicado y propagado con la mayor intensidad.*

## NAVIDAD DE GUERRA

**P**OR quinta vez, amados hijos e hijas de todo el mundo, la gran familia cristiana se prepara para celebrar la magnífica solemnidad de la paz y del amor, que redime y hermana, todavía en una sombría atmósfera de muerte y de odio; también este año siente ella y convive la amargura y el horror del irreconciliable contraste entre el dulce mensaje de Belén y la feroz crueldad con que se despedaza la humanidad.

Dolorosos eran los años pasados, perturbados por el fiero rumor de las armas, pero las campanas de Navidad, al elevar los ánimos, despertaban y hacían surgir tímidas esperanzas, suscitaban cálidos y poderosos anhelos de paz.

Por desgracia, cuando el mundo mira en su derredor, aun tiene que contemplar con espanto una realidad de lucha y de ruinas que, al hacerse cada día más extensa y más cruel, aniquila sus esperanzas mientras con helada y dura experiencia aprieta y ahoga sus más ardientes impulsos.

Y, en verdad, ¿qué vemos sino que el conflicto degenera en una forma de guerra tal que excluye toda limitación y respeto, como si fuera un producto apocalíptico engendrado por una civilización, en la que con el progreso siempre creciente de la técnica corre parejas un decrecimiento cada vez más profundo del espíritu y de la moralidad, una forma de guerra, que avanza sin descanso por su horrendo camino, y amontona tales ruinas que en su comparación palidecen las páginas más ensangrentadas y espantosas de los tiempos pasados? Los pueblos han tenido que asistir con terror a una nueva e inmensa perfección de los medios y artes de destrucción y ser

al mismo tiempo espectadores de una decadencia interior, que desde el enfriamiento y la desviación de la sensibilidad moral se va precipitando cada vez más hacia el abismo que aniquila todo sentimiento de humanidad y hacia un oscurecimiento tal de la razón y del espíritu, que dan realidad a las palabras de la Sabiduría: «Con una misma cadena de tinieblas estaban todos atados» (*Sap.* 17. 17).

#### LA LUZ DE LA ESTRELLA DE BELÉN

Mas en medio de esta tenebrosa noche resplandece para los fieles la luz de la estrella de Belén, que les señala e ilumina el camino hacia Aquél, de cuya plenitud de gracia y de verdad todos nosotros hemos recibido (*Io.* 1, 16), el camino hacia el Redentor, que por su venida a este mundo se hizo esencialmente Príncipe de la paz, y paz nuestra: «Ipse enim est pax nostra» (*Eph.* 2, 14).

Cristo tan sólo puede alejar los funestos espíritus del error y del pecado, que han sojuzgado a la humanidad con una tiránica y envilecedora esclavitud, haciéndola sierva de un pensamiento y de una voluntad dominados y movidos por la insaciable ansia de bienes sin fin.

Cristo tan sólo, que nos ha arrancado de la triste esclavitud de la culpa, puede enseñar y allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, apoyada y mantenida sobre una verdadera rectitud y una conciencia moral.

Cristo tan sólo, «sobre cuyas espaldas reposa el dominio» (cf. *Is.* 9, 6), puede con su auxiliadora omnipotencia levantar y sacar al género humano de las angustias sin nombre que lo atormentan en el curso de esta vida, y encaminarlo hacia la felicidad.

Un cristiano, que se alimenta y vive de la fe de Cristo, con la certeza de que sólo Él es el camino, la verdad y la vida, lleva su parte de sufrimientos y angustias del mundo al pesebre del Hijo de Dios, y ante el Niño recién nacido encuentra un consuelo y un apoyo que, desconocido para el mundo, le da ánimo y fuerza para resistir y mantenerse imperturbable,



sin desanimarse ni desfallecer, aun en medio de las pruebas más graves y atormentadoras.

## I. A LOS DESILUSIONADOS

Triste y doloroso es, amados hijos, pensar que innumerables hombres, aun sintiendo, cuando buscan una felicidad que en este mundo les tranquilice, la amargura de falaces ilusiones y de penosos desengaños, se han cerrado el camino a toda esperanza, y, al vivir alejados de la fe cristiana, no aciertan a descubrir la ruta hacia el *pesebre* y hacia aquel consuelo que hace sobreabundar en gozo a los héroes de la fe en todas sus tribulaciones. Contemplan hecho pedazos el edificio de las creencias, en que humanamente tuvieron confianza y pusieron su ideal, pero nunca llegaron a encontrar aquella única verdadera fe, que hubiera podido darles consuelo y les hubiera renovado el alma. Caminando en estas dudas intelectuales y morales, caen en una deprimente incertidumbre de espíritu y viven en un estado de inercia que les oprime el alma, y que puede profundamente entender y fraternalmente compadecer tan sólo quien tiene la dicha de vivir en el alegre ambiente familiar de una fe sobrenatural, que vence a las tormentas de todas las contingencias temporales. para fijarse en la eternidad.

### a) LOS QUE PUSIERON SU CONFIANZA EN LA EXPANSIÓN MUNDIAL DE LA VIDA ECONÓMICA

En la legión de esos amargados y desilusionados no es difícil señalar a los que pusieron toda su confianza en la expansión mundial de la vida económica, que juzgaban ser la única capaz de unir fraternalmente a los pueblos, y de cuya grandiosa organización, cada vez más perfeccionada y refinada, se prometían inauditos e insospechados progresos de bienestar para la sociedad humana.

¡Con cuánta complacencia y con qué orgullo contemplaban el crecimiento mundial del comercio, el intercambio, más

allá de los continentes, de todos los bienes y de todos los inventos y productos, el camino triunfal de la extensa técnica moderna, que sobrepasa todos los límites del espacio y del tiempo!

Hoy, por lo contrario, ¿qué experimentan en la realidad? Ya ven cómo esta economía, que con sus gigantescas relaciones y vínculos mundiales y con su superabundante división y multiplicación del trabajo cooperaba en mil maneras a generalizar y agravar más aún la crisis de la humanidad, que, al no ser corregida por freno alguno moral, y sin una mirada ultraterrena que la iluminase, no podía dejar de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana y de la naturaleza, en una desgraciada y pavorosa indigencia por una parte y una soberbia y provocativa opulencia por la otra, en una tempestuosa e implacable separación entre privilegiados y desposeídos: lamentables resultados que no han sido los últimos en la cadena tan larga de las causas productoras de la inmensa tragedia actual.

No teman presentarse ante el *pesebre* del Hijo de Dios esos desilusionados de la ciencia y del poderío económico. ¿Qué les dirá el Niño, que allí ha nacido y que es adorado por María y por José, por los Pastores y por los Angeles? Sin duda que la pobreza del establo de Belén es condición escogida por Él únicamente para sí mismo, y así ella no lleva consigo condenación alguna ni repulsa de la vida económica, en todo cuanto fuere necesario para el progreso y para la perfección física y natural del hombre. Pero esa pobreza del Señor y Creador del mundo, elegida deliberadamente por Él, que le acompañará también en el taller de Nazaret y durante todo el tiempo de su vida pública, significa y manifiesta aquel señorío y superioridad que tenía Él sobre las cosas materiales, indicando así con poder y eficacia la natural y esencial ordenación de los bienes terrenales a la vida del espíritu y a una más alta perfección social, moral y religiosa, necesaria al hombre razonable. Quienes del mecanismo del mercado económico mundial esperaban la salvación de la sociedad han quedado así desengañados, pues se habían convertido no en señores y amos, sino en esclavos de las riquezas materiales,

a las cuales habían servido, arrancándolas del fin superior del hombre y convirtiéndolas en fin de sí mismas.

b) LOS QUE SEÑALARON LA FELICIDAD EN LA CIENCIA SIN DIOS

No de otra manera obraron y pensaron otros desengañados de lo pasado, que colocaban la felicidad y el bienestar tan sólo en una ciencia y cultura tales que se negaban a reconocer al Creador del mundo; adalides y discípulos, no de la verdadera ciencia que es admirable reflejo de la luz de Dios, sino de una ciencia engreída que, al no dar puesto alguno a la obra de un Dios personal, independiente de toda limitación y superior a todo cuanto es terrenal, se gloriaba de poder explicar los acontecimientos del mundo por sólo el rígido y determinista encadenamiento de las férreas leyes naturales.

Pero semejante ciencia no puede dar la felicidad y el bienestar. La apostasía del Verbo divino, por el cual fueron hechas todas las cosas, ha conducido al hombre a la apostasía del espíritu, haciéndole difícil el encaminarse hacia los ideales y los fines altamente intelectuales y morales. Y así, esta ciencia, apóstata de la vida espiritual, que se hacía la ilusión de haber adquirido plena libertad y autonomía porque había renegado de Dios, se ve hoy castigada con la más humillante esclavitud, al haberse convertido en esclava y casi en automática ejecutora de criterios y órdenes para los cuales no tienen valor alguno los derechos de la verdad y de la persona humana. Lo que a dicha ciencia le parecía libertad fué vínculo de humillación y de envilecimiento, y, destronada como está, no volverá a recobrar su primitiva dignidad sino volviéndose de nuevo hacia el Verbo eterno, fuente de la sabiduría, tan locamente abandonado y olvidado.

Precisamente a esa vuelta invita el Hijo de Dios, que es camino, verdad y vida, camino de la felicidad, verdad que realza, vida que inmortaliza al hombre; invita con lenguaje mudo y penetrante, por su misma venida al mundo, a aquellos

desengañados, porque Él no engaña al alma humana, antes la comunica un ímpetu que la lleva hacia Él.

## II. A LOS DESOLADOS SIN ESPERANZA

Junto a quienes viven profundamente desconcertados por el fracaso de las tendencias sociales e intelectuales, ampliamente seguidas por políticos y hombres de ciencia, se halla el grupo, no menos numeroso, de quienes se ven en gran malestar y sufrimiento por haber fracasado el ideal propio y personal de su vida.

### a) LOS QUE TENÍAN EL TRABAJO COMO FINALIDAD DE LA VIDA

Es el gran número de los que tenían el trabajo como finalidad de su vida, y como meta de sus fatigas un cómodo vivir material, pero que en la lucha por alcanzar aquel fin habían relegado lejos las ideas religiosas y descuidado el dar a su existencia una orientación sana y moral. La guerra los ha arrancado de esa habitual y predilecta actividad, que era la razón y el apoyo de su vida, los ha desarraigado de su profesión y de su oficio, hasta hacerles experimentar en sí mismos un pavoroso vacío. Aunque algunos pueden todavía dedicarse a su actividad, la guerra les ha impuesto condiciones de trabajo y de vida en las cuales desaparece toda característica personal, se debilita y ya no es posible una vida familiar ordenada, ni se encuentra ya aquella satisfacción del alma que sólo comunica el trabajo tal como ha sido ennoblecido y querido por Dios.

Trabajadores, ¡acercaos al *pesebre* de Jesús! Que no os parezca hórrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios: no ya por casualidad, sino por profundo e inefable designio encontraréis allí tan sólo sencillos trabajadores: María, la Virgen Madre, de familia trabajadora; José, el padre de familia trabajador; los pastores guardianes de los rebaños, y, finalmente, los Sabios llegados del Oriente: trabajadores manuales, trabajadores vigilantes en la noche, traba-

jadores del pensamiento, ellos se inclinan y adoran al Hijo de Dios, que con su silencio consciente y dulce, mucho más fuerte que la palabra, explica a todos la naturaleza y la virtud del trabajo. Este no es tan sólo el cansancio de los miembros humanos, desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, mérito de eternal descanso. Trabajadores, alzad y mantened muy alta vuestra frente. Contemplad al Hijo de Dios, que con su eterno Padre creó y ordenó el universo, y que, hecho hombre, semejante en todo a nosotros menos en el pecado, al crecer en edad, entra en la gran comunidad del trabajo, y, en su misión salvadora, sufre al consumir su vida terrenal; Él, Redentor del género humano, que con su gracia, que penetra nuestro ser y nuestro obrar, eleva y ennoblece todo honrado trabajo, alto y bajo, grande y pequeño, agradable y penoso, material e intelectual, hasta un valor meritorio y sobrenatural ante Dios, uniendo de esta suerte todas las formas de la multiforme actividad humana en una constante glorificación del Padre celestial.

b) LOS QUE PUSIERON SU ESPERANZA EN EL GOZAR DE LA VIDA TERRENAL

Desventurados son también todos aquellos que ven fallida su esperanza de felicidad, soñada y colocada tan sólo en gozar de la pasajera vida terrenal, concebida exclusivamente o como plenitud de energías corporales y belleza de formas y de persona, o como opulencia y superabundancia de comodidad, o como gozo de la fuerza y del poder.

Mas ved que hoy, en el torbellino de la guerra, el vigor y la hermosura de tanta juventud que había crecido y se había adiestrado en los campos de deporte, se consumen y se marchitan en los hospitales militares, mientras muchos jóvenes vagan, revolviéndose mutilados o enfermizos física y moralmente, por los caminos de una patria desolada que se ve reducida a un cúmulo de ruinas en varias ciudades de sus

mejores regiones a causa de los bombardeos aéreos y de las operaciones guerreras.

Si una parte de la juventud masculina ya no tiene fuerza para sufrir y para trabajar, las futuras madres de la próxima generación, forzadas como se ven a un trabajo excesivo que sobrepasa toda justa medida y todo límite de tiempo, están perdiendo la posibilidad de ofrecer al pueblo desangrado aquel sano crecimiento de cuerpo y de espíritu que favorece la vida y educación de los hijos, sin el cual aun el mismo porvenir de la patria se halla amenazado por un triste ocaso.

La penosa irregularidad del trabajo y de la vida lejos de Dios y de su gracia, y halagada a la par que extraviada por el mal ejemplo, excita y prepara un pernicioso relajamiento en las relaciones conyugales y familiares, de suerte que el tóxico de la lujuria trata de envenenar hoy mucho más que antes la sagrada fuente de la vida. Por estos dolorosos hechos y peligros se comprueba con una penosa evidencia cómo, mientras muchas naciones consideraban el robustecimiento de la familia y del pueblo como una de sus preocupaciones más nobles, se difunden, por lo contrario, y aumentan en progresión espantosa una depauperación física y una perversión espiritual, que tan sólo una acción curativa y educadora durante varias generaciones podrá lentamente, siquiera en parte, hacer que desaparezcan. Si el conflicto guerrero ha causado en tantas personas tan vastas ruinas de cuerpo y de espíritu, tampoco ha perdonado a los ávidos de riquezas y del puro placer de la vida, los cuales permanecen ahora mudos y perplejos ante las destrucciones que, cual huracán devastador, han caído también sobre sus bienes: riquezas y hogares aniquilados por el hierro y por el fuego, vida cómoda y de placeres ya desaparecida, trágico el presente, pocas esperanzas y muchos temores para el porvenir.

Más triste aún es la visión que perturba y atemoriza a quienes aspiraban a poseer la fuerza y el predominio: con terror contemplan ahora el océano de sangre y de lágrimas que baña al mundo, las tumbas y las fosas de cadáveres multiplicadas y desparramadas por todas las regiones de la tierra

y por las islas de los mares, el lento apagarse de la civilización, la progresiva desaparición aun del mismo bienestar material, la destrucción de insignes monumentos y de edificios muy notables de arte magnífico, que podían considerarse patrimonio común del mundo civilizado; el agudizarse de odios cada vez más profundos que encienden a los pueblos unos contra otros y que nada bueno dejan esperar para lo futuro.

### III. A LOS FIELES

#### EL CONSUELO DE LA FE ANTE LAS DESGRACIAS PRESENTES

Venid ahora, oh cristianos, vosotros, oh fieles, ligados por un inefable vínculo sobrenatural con el Hijo de Dios hecho pequeño por nosotros, guiados y santificados por su Evangelio, alimentados por la gracia, fruto de la pasión y de la muerte del Redentor. También vosotros sentís el dolor, pero con la esperanza de un consuelo que viene de vuestra fe.

Las presentes desgracias son también las vuestras; en su destrucción, la guerra os visita y atormenta también a vosotros, vuestros cuerpos y vuestras almas, vuestras posesiones, vuestros bienes, vuestra casa y vuestro hogar. La muerte os ha despedazado el corazón y os ha inferido heridas muy tardas en cicatrizar. El pensamiento en las amadas tumbas lejanas, que tal vez permanecen desconocidas, la ansiedad en torno a los desaparecidos y los dispersos, el ardiente deseo de volver a abrazar a vuestros queridos prisioneros o deportados, os sumergen en una pena que agobia vuestro espíritu, mientras un porvenir grave y oscuro se cierne sobre todos, padres e hijos, jóvenes y ancianos.

Todos los días, pero hoy más que nunca, Nuestro corazón de Padre, con profundo e inmutable afecto se siente junto a cada uno de vosotros, amados hijos e hijas, doloridos y angustiados. Pero todos Nuestros esfuerzos no pueden hacer que desaparezca de repente esta horrenda guerra. Ni que sea devuelta la vida a vuestros queridos muertos. Ni que se reconstruya vuestro hogar destruído. Ni que se os libre plenamente

de vuestra angustia. Mucho menos está en Nuestro poder el manifestaros lo futuro, cuya clave sólo está en las manos de Dios, que rige la marcha de los acontecimientos a los que tiene señalado un final pacífico.

Dos cosas, sin embargo, podemos Nos y queremos realizar. La primera es, que Nos hemos hecho y haremos siempre cuanto está en Nuestras fuerzas materiales y espirituales para aligerar las tristes consecuencias de la guerra, por los prisioneros, por los heridos, por los dispersos, por los errantes, por los necesitados, por todos los que sufren y padecen, de cualquier lengua y nación que fueren.

La segunda es que, mientras dura el malvado tiempo de la guerra, queremos Nos que recordéis sobre todo el gran consuelo que nos inspira la fe, al enseñarnos cómo la muerte y los sufrimientos de esta vida terrenal pierden su dolorosa amargura para quienes con tranquila y serena conciencia hacen suya la conmovedora oración de la Iglesia en la Misa por los difuntos: «A tus fieles, oh Señor, la vida se les cambia, no se les quita; y, una vez deshecha la morada de esta habitación terrenal, en el cielo está preparada una eterna morada» (*Praef. Miss. pro def.*). Mientras los demás, los que no tienen esperanza, se encuentran ante un espantoso abismo, y sus manos, tratando de buscar un punto de apoyo, tocan la nada, no de su alma inmortal, sino de una felicidad ultraterrena que se les escapa, vosotros, por lo contrario, por la gracia y liberalidad de Dios misericordioso, más allá de la muerte cierta, «certa moriendi conditio», tenéis el inefable consuelo divino de la promesa de la inmortalidad, «futuræ immortalitatis promissio».

Gracias a esa fe conseguís vosotros una serenidad interior, una confiada fortaleza moral, que no sucumben ni siquiera ante los más crueles sufrimientos. Gracia sublime ésta e inestimable privilegio, que habéis de atribuir a la benignidad del Salvador; gracia y privilegio que exige de vosotros que respondáis con acción de ejemplar constancia y requiere de vosotros un cotidiano apostolado, que tienda a devolver la confianza a quien la haya perdido y encaminar hacia la salvación



espiritual a aquellos que, como náufragos en el océano de las presentes desventuras, están a punto de hundirse y perecer.

DEBERES DE LOS CRISTIANOS EN LA HORA PRESENTE

El camino de la Humanidad en la presente confusión de ideas ha sido un camino sin Dios: más aún, contra Dios; sin Cristo: más aún, contra Cristo. Con esto no queremos ni pretendemos ofender a los que yerran: ellos son y siguen siendo nuestros hermanos.

Conviene, sin embargo, que también la cristiandad considere la parte de responsabilidad que en las presentes pruebas le toca. O ¿acaso muchos cristianos no han hecho concesiones a aquellas falsas ideas y normas de vida tantas veces desaprobadas por el magisterio de la Iglesia?

Toda tibieza y toda inconsiderada transacción con el respeto humano en la profesión de la fe y de sus principios, toda pusilanimidad y vacilación entre el bien y el mal en la práctica de la vida cristiana, en la educación de los hijos y en el gobierno de la familia; todo pecado oculto o manifiesto, todo esto, y mucho más que se podría añadir, ha sido y es una deplorable contribución a la desventura que hoy trastorna al mundo. Y ¿quién tendría jamás el derecho a creerse sin culpa alguna? La reflexión sobre vosotros mismos y vuestras obras y el humilde reconocimiento de esa responsabilidad moral, os hará vislumbrar y sentir en lo profundo del alma cuán obligada y santa os debe ser una oración y una acción que aplaque e implore la misericordia de Dios y coopere a salvar a los hermanos, devolviendo a Dios aquel honor, que por tantos decenios le ha sido negado, al conquistar y obtener para los hombres aquella paz interior que no se puede encontrar sino al acercarse a la luz espiritual de la Gruta de Belén.

¡AMADOS HIJOS, A LA OBRA!

¡A la obra, pues, y al trabajo, amados hijos! Estrechad vuestras filas. No decaiga vuestro valor, no permanezcáis

inertes en medio de tantas ruinas. Salid de ellas a fin de reconstruir un nuevo mundo social para Cristo.

Brille sobre vosotros la estrella que guió el camino de los Magos hasta Jesús. El espíritu, que de Él emana, no ha perdido nada de su fuerza y de su poder capaz de volver a sanar a la humanidad caída. Si Él triunfó un día sobre el dominante paganismo, ¿por qué no habría de triunfar también hoy, cuando penas y desengaños de toda clase muestran a tantas almas la vanidad y los extravíos de los senderos seguidos hasta aquí en la vida pública y en la privada? Gran número de inteligencias van rebuscando nuevos ideales políticos y sociales, privados y públicos, científicos y educativos, y experimentan muy íntima el ansia de satisfacer las exigencias de su corazón. Que les sirva de guía el ejemplo de vuestra vida cristiana, que vuestra ardiente palabra los sacuda. En tanto que pasa la figura de este mundo, mostradles que la verdadera vida consiste en «que te conozcan a Ti, el único verdadero Dios, y a Aquel que Tú enviaste, Jesucristo» (Jo. 17, 3).

#### INVOCACIÓN DE SOCORRO

Que por vuestra palabra renazca en vuestros hermanos el conocimiento del Padre celestial, el cual, aun en los tiempos de terrible miseria, gobierna al mundo con su sabia y pródiga bondad; experimenten la tranquila felicidad que viene de una vida encendida en el amor de Dios. Pero el amor de Dios hace al alma delicadamente sensible aun a las necesidades de los hermanos, dispuesta a ayudar espiritual y materialmente, preparada para toda renuncia, a fin de que en los corazones de todos vuelva a florecer fervoroso y activo el amor.

¡Oh fuerza de la caridad de Cristo! Nos la sentimos vibrante en la ternura de Nuestro corazón de Padre que, abierto e inclinado por igual hacia todos, Nos hace inculcar con el grito de Nuestra palabra las obras de misericordia y del amor que socorre.

¡Cuántas veces hemos tenido que repetir, con el alma destrozada, la exclamación del divino Maestro: «Misereor super

turbam, 'Tengo compasión de este pueblo», y cuántas también hubimos Nos de añadir: «Non habent quod manducent, No tienen qué comer» (*Marc.*, 8, 2), especialmente mirando a muchas regiones devastadas y desoladas por la guerra! Jamás hubo ocasión o momento alguno en que no sintiéramos apenados el contraste entre Nuestra escasez de medios, insuficientes para el socorro, y la gigantesca extensión de las necesidades de muchos que hasta Nos hacen llegar su voz suplicante y su doloroso gemido, antes desde regiones lejanas, ahora ya aun desde las más vecinas.

Frente a esa indigencia, que aumenta cada día, dirigimos Nos al mundo cristiano un insistente grito de paternal invocación de auxilio y de compasión: «Ecce sto ad ostium et pulso, Ved que estoy a la puerta y doy aldabadas» (*Apoc.* 3, 20).

Y con la confianza que Dios Nos inspira no dudamos en dirigirnos al sentimiento humano y cristiano de aquellos pueblos y de aquellas Naciones, que Dios ha libertado hasta ahora de sufrir directamente los horrores de la guerra, o que, aun hallándose en guerra, viven todavía en condiciones que les permiten desahogar generosamente su misericordia y ayudar y sostener a quienes, encontrándose sumidos en las duras pruebas del conflicto y sin socorro exterior, hoy se sienten ya faltos de lo necesario, que aun habrá de faltarles más en lo futuro.

Nos impulsa a tal llamamiento, y en él Nos sostiene, la esperanza de que encontrará eco profundo en los corazones de los fieles y de cuantos en su pecho sienten el vivo espíritu de humanidad, en tanto que, entre los choques ocasionados y agudizados por el conflicto mundial, aparece cada día con luz más clara un consolador desarrollo de pensamientos y de propósitos: Nos referimos al despertar de una responsabilidad solidaria ante los problemas del general empobrecimiento causado por la guerra. Las destrucciones y devastaciones, que la han seguido, exigen imperiosamente en toda la extensión de los daños ocasionados una obra de reconstrucción y de auxilio. Los errores de un pasado no muy lejano se convierten para los espíritus independientes e iluminados en avisos, a

los cuales, no sólo por razones de prudencia, sino también por sentimientos de humanidad, de ningún modo pueden permanecer sordos. Ellos consideran que el restablecimiento espiritual y la restauración material de los pueblos y de los Estados es un conjunto orgánico, en el que nada sería tan pernicioso como el dejar que anidaran focos de infección, de los que el día de mañana podría nacer una nueva ruina. Sienten ellos que, en una nueva ordenación de la paz, del derecho y de la actividad, no deberían — al tratar a algunos pueblos de un modo no conforme a la justicia, a la equidad y a la prudencia — surgir peligros o subsistir lagunas, en la estructura del conjunto de la organización, que pusieran en peligro su consistencia y su estabilidad.

#### EN ESPERA DE LA PAZ

En Nuestro deseo de permanecer unidos y fieles a la obligada imparcialidad de Nuestro ministerio pastoral, expresamos el deseo de que Nuestros amados hijos no omitan nada para hacer triunfar los principios de una inteligente y ecuaníme justicia y fraternidad en cuestiones tan fundamentales para la salvación de los Estados. Es, en verdad, virtud propia de los espíritus prudentes y de los verdaderos amigos de la humanidad el comprender que una paz conforme a la dignidad del hombre y a la conciencia cristiana no deberá ser nunca una dura imposición de la espada, sino el fruto de una previsorá justicia y de una responsable equidad para con todos.

Pero si, mientras se espera esa paz que tranquilice al mundo, vosotros, amados hijos e hijas, continuáis sufriendo amargamente en el alma y en el cuerpo bajo los golpes del malestar y de la injusticia, no debéis mañana manchar aquella paz ni volver injusticia por injusticia o cometer, tal vez, una injusticia todavía mayor.

En esta víspera de Navidad, vuélvanse vuestros corazones y vuestras mentes al divino Niño del pesebre. Ved y medita cómo en aquella gruta abandonada, expuesta al frío y a los vientos, Él participa de vuestra pobreza y de vuestra miseria:

Él, Señor de cielos y tierra y de todas las riquezas, por las que combaten los hombres. Todo es suyo: y, sin embargo, ¡cuántas veces también Él ha tenido que abandonar, en estos tiempos, iglesias y capillas destruídas, incendiadas, derrumbadas o que amenazaban ruina! Tal vez allí, donde la devoción de vuestros antepasados le había dedicado magníficos templos de atrevidos arcos y de aéreas bóvedas, no podéis ofrecerle vosotros, en medio de las ruinas, sino una mísera morada en una capilla provisional o en casas particulares. Os alabamos Nos y os estamos agradecidos, Sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, porque, muchas veces y sin reparar en el peligro de vuestra vida, habéis guardado y custodiado en sitio seguro al Señor y Salvador eucarístico. Vuestro celo no quería que se cumpliese una vez más lo que fué dicho de Cristo: «Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron» (Io. 1, 11). Y así el Señor no ha rehusado el venir en medio de vuestra pobreza: Él, que en otro tiempo prefirió Belén a Jerusalén, el establo y el pesebre al grandioso templo de su Padre. Amargas son la pobreza y la miseria, pero se tornan dulces cuando en sí mismo se conserva a Dios, al Hijo de Dios, Jesucristo, y su gracia y verdad. Él permanece con vosotros, mientras en vuestro corazón viven vuestra fe, vuestra esperanza, vuestro amor, vuestra obediencia y devoción.

Nos, juntamente con vosotros, amados hijos e hijas, depositamos Nuestras oraciones a los pies del Niño Jesús e imploramos de Él que sea ésta la última Navidad de guerra, y que la humanidad pueda celebrar en el año que viene la solemne fiesta navideña entre los resplandores de luz y de gozo de una paz verdaderamente cristiana.

#### PRINCIPIOS PARA UN PROGRAMA DE PAZ

Y ahora todos vosotros, todos cuantos tenéis responsabilidad, vosotros todos, los que por disposición o permisión de Dios tenéis en vuestras manos el poder sobre el destino de vuestro pueblo y de los demás pueblos, escuchad el suplicante *Erudimini!*, que desde el sangriento y ruinoso abismo de esta

tremenda guerra resuena en vuestro oído: bramido y amonestación para todos, toque de trompeta del futuro juicio, que anuncia la condenación y el castigo para quienes se hicieron sordos a la voz de la humanidad, que es también la voz de Dios.

Vuestros planes bélicos, con la conciencia de vuestra fuerza, pueden ciertamente haber abrazado enteros países y continentes. La cuestión sobre la responsabilidad de la presente guerra y la exigencia de reparaciones pueden también inducirnos a alzar vuestra voz. Hoy, sin embargo, las devastaciones que el conflicto mundial ha causado en todos los campos de la vida, materiales y espirituales, llegan ya a tan incomparable proporción y extensión, y el temido peligro de que con la continuación de la guerra se vean aumentadas por infames horrores para ambas partes beligerantes, y para cuantos, aun sin quererlo, han sido envueltos en ella, aparece a Nuestra mirada tan negro y amenazador, que Nos, por el bien y aun por la existencia misma de todos y cada uno de los pueblos, os decimos y conjuramos:

Elevaos sobre vosotros mismos, sobre toda estrechez de ideas y de miras, sobre toda jactancia de superioridad militar, sobre toda afirmación unilateral de derecho y de justicia. Reconoced también las verdades desagradables y educad a vuestros pueblos para que las miren cara a cara con seriedad y fortaleza.

La verdadera paz no es el resultado aritmético, por decirlo así, de una proporción de fuerzas, sino, en su último y más profundo significado, una acción moral y jurídica.

En realidad, la paz no puede lograrse sino mediante el empleo de la fuerza, y su misma consistencia tiene necesidad de apoyarse sobre una normal medida de poder. Pero la función propia de esta fuerza, si ha de ser moralmente recta, ha de servir para protección y defensa, no para disminución u opresión del derecho.

Una hora como la presente — capaz no menos de poderosos y eficaces progresos que de funestos fracasos y errores — jamás se ha visto en la historia de la humanidad.

Y esta hora exige con imperiosa voz que los fines de guerra y los programas de paz estén dictados por el más elevado sentido moral. El fin supremo, a que han de encaminarse, no puede ser otro que una labor de inteligencia y de concordia entre los pueblos beligerantes, una labor que deje a cada Nación, consciente de su obligada unión con toda la familia de los Estados, la posibilidad de asociarse dignamente, sin renunciar a sí misma ni destruirse, a la gran futura acción mundial de restablecimiento y de reconstrucción. Naturalmente que la conclusión de tal paz no significaría abandono alguno de las necesarias garantías y sanciones ante cualquier atentado de la fuerza contra el derecho.

No pretendáis de ningún miembro de la familia de los pueblos, por pequeño y débil que fuere, la renuncia de substanciales derechos y necesidades vitales, que vosotros mismos, si hubiera de aplicarse a vuestro pueblo, juzgaríais imposible de realizar.

Dad pronto a la humanidad angustiada una paz que rehabilite al género humano ante sí y ante la historia. Una paz, sobre cuya cuna no salten vengadores los relámpagos del odio ni los instintos de un desenfrenado deseo de represalia, sino que haga brillar la aurora de un nuevo espíritu de solidaridad mundial, nacido del universal dolor. Un espíritu de solidaridad que, sostenido por las indispensables fuerzas divinas de la fe cristiana, será el único capaz de preservar a la humanidad, después de esta lamentable guerra, de la indecible desgracia de una paz edificada sobre equivocados fundamentos, y, por lo tanto, efímera y engañosa.

Animados por esta confianza, Nos, con paternal afecto, a vosotros, amados hijos e hijas, sobre todo a cuantos sufren de manera particularmente dolorosa los daños y las penalidades de la guerra y tienen necesidad de divinos consuelos, y de manera singular a todos los que, respondiendo a Nuestra invocación, abren el corazón al amor eficaz y misericordioso, o, rigiendo los destinos de los pueblos, están ansiosos por tranquilizarles con el olivo de la paz, damos, como prenda de abundantes favores celestiales. Nuestra Bendición Apostólica.

## XVII

29 DE DICIEMBRE DE 1943

### A LA GUARDIA NOBLE PONTIFICIA

*En el coro de las filiales felicitaciones, que se presentan al Augusto Pontífice con motivo de las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, siempre ocupan un puesto de honor las de quienes pertenecen a su Guardia Noble.*

*En dicho día, al acoger el reverente homenaje del Capitán Comandante, S. E. el Príncipe D. Francisco Chigi della Rovere, Su Santidad manifiesta, con palabras de alto encomio, su propia satisfacción por la admirable conducta de tan selecta milicia en el cumplimiento de su misión; y, luego de recordar sus peculiares glorias, describe las dotes de singulares virtudes que ha de tener.*



**E**L tradicional homenaje que, por la voz de vuestro ilustre Capitán Comandante, Nos habéis ofrecido, amados hijos, en ocasión de estas Fiestas navideñas y del Año Nuevo, aunque previsto y esperado, conserva para Nos, no obstante su acostumbrada repetición, el genuino encanto y la suave armonía que brota de un *canticum novum*. En las palabras de amor nunca puede faltar la excelencia de su nativa dulzura; porque el amor del Padre a sus hijos y de los hijos al Padre no pierde con el correr de los años la ingenua vivacidad de la juventud, y las vicisitudes del tiempo, que va pasando, en vez de enfriarlo, comunican al amor, que siempre es el mismo, nuevos motivos de manifestarse y renovadas expresiones de afecto.

Y ¿qué circunstancias tienen mayor poder para estrechar más aún la unión de los corazones que las pruebas comunes? Habéis dado una mirada a los acontecimientos, que por todas partes acosan y apremian; habéis comprendido que la época presente tiene caracteres que otros tiempos no conocieron; por ello habéis aprovechado esta ocasión navideña para testimoniarnos, con una demostración más concreta y sensible que en las horas tranquilas y serenas, el homenaje y la adhesión a la Santa Sede Apostólica, tradicionales en vuestras familias e infundidos en vuestros corazones ya desde los primeros años.

Ninguna duda teníamos de ello, amados hijos; conocíamos vuestros nobles y francos sentimientos; y os lo asegurábamos el año pasado en esta misma fiesta, cuando, al

responder a vuestra felicitación, y señalándoos el horizonte mundial que se perturbaba y se oscurecía cada vez más, os poníamos de relieve Nuestra confianza en vosotros, si alguna vez en el curso de los acontecimientos llegaran a surgir días singularmente llenos de dificultades y de luchas. Tales días no tardaron en llegar: Roma misma, la ciudad sagrada, Nuestra diócesis, ha sido objeto de fuertes ataques aéreos dos veces; y el territorio de este Nuestro Estado de la Ciudad del Vaticano, destinado a tutelar, hasta con su pequeñez, la libertad e independencia de Nuestro ministerio espiritual, fué audazmente violado por una incursión aérea, que, en vez de quedar oculta en el anónimo con que soñaban sus autores, suscitó estupor e indignación en el mundo civilizado.

Mas vosotros, a medida que se desarrollaban, seguíais el sucederse de vicisitudes tan trágicas, y sin esperar el grito de alarma, estabais prontos y vigilantes en vuestro puesto. No Nos maravillamos, pues, cuando espontáneamente y con insistencia, deseasteis y obtuvisteis que se extendiera e intensificase vuestro oficio, suspirando por unir al servicio de honor, en modo más efectivo, la Guardia del Cuerpo, de suerte que Nos os hemos encontrado y visto, discretamente y con vigilante mirada presentes, doquier que Nos llevaban Nuestros pasos. Sabíamos ya que podíamos contar con vosotros; pero la experiencia comprobada Nos ha persuadido más aún de ello, mostrándonos en plena luz vuestro celo de perspicaz vigilancia y el fervor de vuestra consagración al Romano Pontífice.

Tendrá fin también esta guerra tan extensa y tan terrible. Cuando de nuevo se alce el sol sobre un mundo regenerado por la paz, por la concordia y por la caridad, y vuelvan a resplandecer sus rayos, que confortan y consuelan de todos los dolores sufridos, Nos no olvidaremos lo que habéis realizado, recordaremos la guardia y la defensa que habéis sido para Nos. Y tenemos seguridad en el ánimo de que, si hubiéramos de atravesar — Dios no lo quiera — días todavía más negros y turbados, Nos tendremos entonces en vosotros la

firme y devota defensa que un Padre encuentra siempre en medio de sus hijos.

Si Nuestro corazón os está agradecido por cuanto habéis hecho y hacéis, también Nos insinúa vigorosamente que el imperio del deber nace en vosotros del gran impulso de la fe, que anima, eleva y ennoblece cada una de vuestras acciones, las transforma en méritos ante Dios y los hombres, inspira vuestros sentimientos y vuestra conducta hacia Nos. Y esta vuestra fe en el Vicario de Cristo, ¿no os hace contemplar a Cristo mismo y consagrarle vuestra constancia y vuestro ardor para servirle y exaltarle?

Sí, Cristo invita a los corazones nobles a defenderlo, como cuando Niño Él, el Omnipotente, quiso tener necesidad de ser defendido contra las insidias que le amenazaban. No hablamos ahora — sola o principalmente — de los peligros materiales, a que permite sean a veces expuestas las Sacras Especies, bajo las cuales Él se esconde; como sucede cuando, entre las llamas de incendios, o bajo los bombardeos, fieles heroicos, con peligro de su vida, salvan el copón sacándolo del tabernáculo, que ya está ardiendo u oprimido por escombros. Pero hay otros peligros permanentes, menos visibles: Cristo, vida del alma, está amenazado y perseguido en las almas. Las ilusiones, los prejuicios de la ignorancia, la falsa ciencia, las calumnias, las insinuaciones malévolas contra su Iglesia y su doctrina, contra la piedad de los fieles y la frecuencia de los Sacramentos, perturban y trastornan la mente y el espíritu y conducen a la infidelidad. Y no conducen a menor daño las pasiones, las tentaciones, las seducciones, que, al pervertir los corazones, arrojan de ellos a Cristo. ¿Qué habéis de hacer vosotros, amados hijos? Defended a Cristo con la palabra, con el ejemplo, con la práctica de la virtud, a que os guía y empuja el fervor de vuestra fe; pero defendedlo y guardadlo sobre todo en vosotros mismos, pues nadie puede ilusionarse o presumir de hallarse libre de todo peligro. ¡Grande sería el triunfo de los enemigos de Cristo, si alguna vez llegaran a desterrarlo del corazón y del alma de sus más valientes con el error y con

el pecado! Mantener la defensa de Cristo en vosotros os hará más fuertes y firmes para continuarla en los demás con la elevada dignidad de vuestra vida personal, con la caridad que se difunde y con la edificante bondad de vuestro rango social.

Guardia Noble — pues los sois — del Vicario de Cristo: Sea vuestro orgullo estar en primera línea en el servicio del divino Maestro, Rey de vuestros corazones, y renunciar de buen grado a vuestros gustos, a vuestros placeres, a vuestro amor propio, para cumplir plena y perfectamente el deber de cristianos y de Cuerpo escogido.

Guardia de honor, llamada a defender y guardar la integridad y la independendencia de Nuestro pequeño Estado, el respeto de Nuestra soberanía moral, espiritual y sobrenatural sobre los fieles de todo el mundo: ¿Cuál no ha de ser vuestro ardor en haceros dignos campeones y promotores del reino universal de Cristo? Cristo, Señor y dueño del universo, tiene un reino, que no es de las armas ni del poderío que venga de la tierra, sino de la verdad y de la gracia; reino, que Él quiere puesto en la mente y en el corazón de los hombres. para alzar en ellos su trono de salvación y de paz; y entre tanto, el mundo, en su afán de destronar a Cristo de la vida de las almas y de la sociedad, no ha hecho sino sembrar la causa profunda de los males presentes y exponerse a sí mismo a la perturbación y al desorden que lo conducen a la ruina.

El *adveniat regnum tuum*, que de vuestros corazones salta vibrante a vuestros labios, ha de ser para vosotros no sólo una ferviente oración y un cálido deseo, sino también un *santo y seña*, el santo y seña de cada uno de vuestros días y de toda vuestra vida.

Con este deseo y con particular afecto os concedemos, amados hijos, a vosotros y a vuestras queridas familias, como prenda de las más selectas gracias celestiales, Nuestra paternal Bendición Apostólica.

ÑO 1944

## XVIII

19 DE ENERO DE 1944

### AL PATRICIADO Y A LA NOBLEZA ROMANOS

*La felicitación del Año Nuevo por parte del Patriciado y de la Nobleza Romanos, fue presentada al Padre Santo, en la solemne Audiencia de dicho día, por numerosos representantes de las más ilustres Casas de la Urbe, mediante un devotísimo discurso del Príncipe Asistente al solio Pontificio, S. E. Don Marcantonio Colonna. He aquí la venerable respuesta de Su Santidad que, con otras cosas, contiene importantes detalles sobre los deberes que se derivan de una tradición auténtica, indefectible y activa.*

**N**UNCA pensasteis, amados hijos e hijas, que las pruebas presentes que interrumpen y perturban la serena marcha de la vida familiar y social hubieran de impedirlos venir, como otros años, a ofrecernos con devoción filial el homenaje de vuestra navideña felicitación. Este período trágico y doloroso, lleno de angustias y de preocupaciones, impone graves deberes, determinaciones y propósitos para la reconstrucción de la sociedad humana cuando, en un pacífico mañana, se termine y apacigüe el gigantesco cataclismo mundial. Jamás las oraciones han sido más necesarias; jamás los deseos más oportunos. Os damos gracias Nos, con todo el afecto de Nuestra alma, por lo que Nos habéis presentado por boca de vuestro ilustre intérprete, y más aún por el concurso de intenciones y de acciones que estamos siempre seguros de encontrar en vosotros. Cuando una casa está en llamas, la primera preocupación obliga a pedir socorro para apagar el fuego; pero, después de la ruina, es preciso reparar los daños y volver a levantar el edificio.

#### PASADO, PRESENTE Y PORVENIR

Asistimos ahora a uno de los más grandes incendios de la historia, a uno de los más profundos trastornos políticos y sociales que los anales del mundo registran, pero al cual habrá de suceder un nuevo orden, cuyo secreto todavía está oculto en el consejo y en el corazón de Dios, providente regidor del curso de los acontecimientos humanos y de su desenlace. Las cosas terrenales corren como un río por el lecho del tiempo: necesariamente lo pasado cede su puesto y el

camino a lo por venir, y lo presente no es sino un instante fugaz que une al uno con el otro. Es un hecho, es un movimiento, es una ley; no es en sí un mal. Un mal sería si este presente, que debería ser una ola tranquila en la continuidad de la corriente, se convirtiese en una tromba marina que todo lo destruyese como un huracán o un tifón en su marcha, y con su furiosa destrucción y violencia excavase un abismo entre lo que fué y lo que ha de seguirle. Esos bruscos saltos, que da la historia en su curso, constituyen y determinan lo que se llama una crisis, es decir, un paso peligroso, que puede terminar o en la salvación o en una irreparable ruina, pero cuya solución todavía se halla envuelta en el misterio, dentro de la oscuridad que envuelve a las fuerzas en lucha.

Quien bien considera, estudia y enjuicia lo pasado más cercano a nosotros, no puede negar que el mal ya llevado a cabo hubiera podido evitarse y la crisis pudiera haberse conjurado con un proceder normal, en el que cada uno hubiera cumplido digna y valientemente la misión que la Providencia divina le tenía señalada.

La sociedad humana, ¿no es acaso, o al menos no debería ser, semejante a una máquina bien ordenada cuyos órganos todos concurren al funcionamiento armónico del conjunto? Cada uno de ellos tiene su propia función, cada uno debe aplicarse al mejor progreso del organismo social, debe buscar su perfección, según sus propias fuerzas y su propia virtud, si en verdad ama a su prójimo y tiende razonablemente al bienestar y al beneficio común.

#### LA TRADICIÓN

Ahora bien; ¿qué parte se os ha confiado de manera especial a vosotros, amados hijos e hijas? ¿Qué función singular se os ha atribuído? Precisamente la de facilitar este desarrollo normal; la que en la máquina desempeña y realiza el regulador, el volante, el reóstato, los cuales participan de la actividad común y reciben su parte de la fuerza motriz para garantizar el movimiento que rige al aparato. En otros



términos: vosotros, el patriciado y la nobleza, representáis y continuáis la tradición.

Bien sabido es que esta palabra no suena bien a muchos oídos; desagrada, con razón, cuando ciertos labios la pronuncian. Algunos la comprenden mal; otros la convierten en falsa divisa de su inactivo egoísmo. Ante tal desacuerdo y equívoco tan dramático, no pocas voces envidiosas, a veces hostiles y de mala fe, con mayor frecuencia ignorantes o engañadas, os preguntan y os apostrofan con descaro: ¿Para qué servís? Antes de responderles, conviene ponerse de acuerdo sobre el verdadero significado y valor de esta tradición, cuyos principales representantes queréis ser vosotros.

Muchos espíritus, aun sinceros, se imaginan y creen que la tradición no es sino un recuerdo, el pálido vestigio de un pasado que ya no existe, que ya no puede volver, que a lo sumo viene con cierta veneración, hasta con cierta gratitud, a ser relegado y conservado en un museo que sólo visitan algunos aficionados o amigos. Si en esto consistiese o a ello se redujera la tradición, y si consigo llevara la negación o el desprecio del camino hacia lo por venir, habría razón para negarle respeto y honor y habrían de ser mirados con compasión los soñadores de lo pasado, retardatarios frente a lo presente y a lo futuro y, con mayor severidad aún los que, movidos por intenciones menos respetables y puras, no son sino desertores de sus propios deberes en un tiempo tan luctuoso.

#### TRADICIÓN Y PROGRESO

Pero la tradición es una cosa muy distinta del simple apego a un pasado ya desaparecido; es todo lo contrario a una reacción que desconfía de todo sano progreso. Su misma palabra, etimológicamente, es sinónima del caminar y del avanzar. Sinonimia, no identidad. Y, en verdad, mientras el progreso indica tan sólo el hecho del camino hacia adelante, paso a paso, buscando con la mirada un incierto porvenir, la tradición significa también un camino hacia adelante, pero un camino continuo que se desarrolla al mismo tiempo tran-

quilo y activo, según las leyes de la vida, huyendo de la angustiosa alternativa: «Si jeunesse savait, si vieillesse pouvait!»; semejante a aquel Señor de Turena, de quien se dijo: «Il a eu dans sa jeunesse toute la prudence d'un âge avancé, et dans un âge avancé toute la vigueur de la jeunesse» (Fléchier *Oraison funèbre*, 1676). Gracias a la tradición, la juventud, iluminada y guiada por la experiencia de los ancianos, avanza con un paso más seguro, la vejez transmite y entrega confiada el arado a manos más vigorosas que prosiguen el surco comenzado. Como indica con su nombre, la tradición es el don que pasa de generación en generación, la antorcha que el corredor pone, a cada relevo, en manos de otro corredor, confiándosela de suerte que la carrera no se detenga ni disminuya. Tradición y progreso se completan mutuamente con tanta armonía que, así como la tradición sin el progreso se contraría a sí misma, así el progreso sin la tradición sería una empresa temeraria, un salto en el vacío.

No, no se trata de remontar la corriente ni retroceder hacia formas de vida y de acción propias de épocas ya pasadas, sino más bien, tomando y siguiendo lo mejor del pasado, de avanzar cara al porvenir con un vigor de inmutable juventud.

Mas, procediendo así, vuestra vocación resplandece ya bosquejada, grande y laboriosa, y debería mereceros la gratitud de todos y haceros superiores a las acusaciones que os fueran dirigidas de una o de otra parte.

Mientras apuntáis previsoraamente a ayudar el verdadero progreso hacia un futuro más sano y feliz, sería injusticia e ingratitud el reprocharos y el censuraros por el culto de lo pasado, el estudio de su historia, el amor de las santas costumbres, la incommovible fidelidad a los principios eternos. Los ejemplos gloriosos o infaustos de quienes precedieron a la época presente son una lección y una luz ante vuestros pasos; y con razón se ha dicho que las enseñanzas de la historia hacen de la humanidad un hombre que camina sin cesar y que jamás envejece. Vivís en la sociedad moderna, no a manera de emigrados en país extranjero, sino como ciuda-

danos beneméritos e insignes, que quieren y desean trabajar y colaborar con sus contemporáneos a fin de preparar el restablecimiento, la restauración y el progreso del mundo.

### AUSCULTAR LAS ANGUSTIAS DEL PUEBLO

Existen males de la sociedad como existen los de los individuos. Gran acontecimiento fué, en la historia de la medicina, cuando el célebre Laënnec, hombre genial y creyente, inclinado ansiosamente sobre el pecho de los enfermos, armado con el estetoscopio inventado por él, un día los auscultó distinguiendo e interpretando los más débiles soplos, los fenómenos acústicos apenas perceptibles de los pulmones y del corazón. ¿No es acaso una función social de primer orden y de gran interés la de penetrar en medio del pueblo y auscultar las aspiraciones y el malestar de los contemporáneos, de escuchar y discernir las palpitaciones de sus corazones, de buscar remedio a los males comunes, de tocar delicadamente sus llagas para curarlas y salvarlas de la infección que pudiera sobrevenir por falta de cura, evitando el irritarlas con un contacto demasiado rudo?

Comprender, amar con la caridad de Cristo al pueblo de vuestro tiempo; dar prueba, con los hechos, de esta comprensión; ved el modo y manera de hacer el mayor bien que podéis no sólo directamente a quienes están en vuestro derredor sino en una esfera casi ilimitada, cuando vuestra experiencia se convierte en un beneficio para todos. Y en esta materia, ¡qué magníficas lecciones dan tantos espíritus nobles ardiente y valerosamente dedicados a difundir y suscitar un orden social cristiano!

No menos ofensivo para vosotros, no menos dañoso para la sociedad, sería el prejuicio infundado e injusto, que no dudase en hacer creer e insinuar que el patriciado y la nobleza faltarían al propio honor y a la dignidad de su propio rango por tener y practicar funciones y oficios que los pusieran a la par de la actividad general. Es muy cierto que en tiempos antiguos el ejercicio de las profesiones no se juz-

gaba ordinariamente digno de los nobles, exceptuada la de las armas, pero aun entonces no pocos de ellos, apenas cesaba la defensa armada, no dudaban en dedicarse a obras intelectuales o a trabajos manuales. Por ello en nuestro tiempo, cambiadas las condiciones políticas y sociales, ya no es raro encontrar nombres de familias nobles asociadas a los progresos de la ciencia, de la agricultura, de la industria, de la administración pública, del gobierno; tanto más perspicaces observadores de lo presente y seguros y atrevidos precursores de lo por venir, cuanto con mano más firme están fijos en lo pasado, dispuestos a sacar provecho de la experiencia de sus predecesores, prestos a librarse de ilusiones o de errores que ya fueron causa de muchos pasos falsos y nocivos.

#### DEBER Y HONOR DE SALVAR LA SOCIEDAD

Pues queréis ser los guardianes de la verdadera tradición que honra a vuestras familias, os pertenece el deber y el honor de contribuir a la salvación de la sociedad humana, preservándola ya de la esterilidad a que la condenarían los melancólicos contempladores demasiado celosos de lo pasado, ya de la catástrofe a que la encaminarían y conducirían los temerarios aventureros o los profetas alucinados por un falaz y engañoso porvenir. En vuestra actuación aparecerá sobre vosotros y en vosotros como una imagen de la Providencia divina, que con su fuerza y dulzura dispone y dirige todas las cosas hacia su perfección (*Sap.* 8, 1), mientras la locura del orgullo humano no se entrometa a torcer sus designios, que, por lo demás, siempre se hallan muy por encima del mal, del acaso y de la fortuna. Con semejante actuación seréis también excelentes colaboradores de la Iglesia, la cual, aun en medio de las agitaciones y de los conflictos, no cesa de promover el progreso espiritual de los pueblos, ciudad de Dios sobre la tierra que prepara a la ciudad eterna.

Sobre esta santa y fecunda misión vuestra, a la cual continuaréis correspondiendo, estamos seguros de ello, con firme propósito, obrando con celo y con plena entrega, necesarios

## AL PATRICIADO Y A LA NOBLEZA ROMANOS

más que nunca en estos días tan difíciles, imploramos las más abundantes gracias celestiales, mientras que a vosotros y a vuestras amadas familias, a los cercanos y a los lejanos, a los sanos y a los enfermos, a los prisioneros, a los dispersos, a aquellos que se encuentran expuestos a los más acerbos dolores y peligros, con todo el corazón concedemos Nuestra paternal Bendición Apostólica.

## XIX

23 DE FEBRERO DE 1944

### A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS DE ROMA

### SOBRE LA OBSERVANCIA DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS

*La serie de los Discursos del quinto año de Pontificado, iniciada el 13 de marzo de 1943 con la anual Alocución a los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma, se cierra igualmente con la encendida palabra dirigida a la misma Asamblea.*

*En semejante circunstancia el Supremo Pastor, tomando como tema la tercera parte — De praeceptis decalogi — del Catechismus ex decreto Concilii Tridentini ad parochos, dicta saludables y muy detalladas instrucciones sobre la observancia de los mandamientos de Dios.*

## PATERNALES COMPLACENCIAS Y CONSUELOS

**E**L inescrutable designio de Dios, que sin mérito alguno Nuestro quiso hacernos Padre común de los fieles, Nos concedió en lo pasado, con generosidad, la alegría de acoger a Nuestros queridos hijos e hijas de naciones lejanas, ansiosos por escuchar una palabra Nuestra, un aviso Nuestro, un aliento Nuestro, una Nuestra exhortación al bien. Hoy, por lo contrario, las molestias de los viajes y la dificultad de los hospedajes han determinado que Nos veamos privado de consuelo tan grato, y que ya no podamos tampoco saludar aquí aquellos grupos de recién casados que en los años pasados se reunían numerosos en torno a Nos para escuchar de Nuestros labios la doctrina de la Iglesia sobre el gran Sacramento del matrimonio y la vida conyugal, y para suplicar el apoyo de la protección divina sobre los comienzos de su convivencia familiar. Por lo demás, si algunos no pudieron escuchar aquí mismo Nuestra palabra, tenemos motivos para esperar que, siquiera de lejos les haya llegado la voz paternal de Nuestros mensajes y de Nuestras bendiciones, que acercaban sus corazones al Nuestro por encima de las vicisitudes todas de la guerra.

Pero, si Nos afligen estas privaciones que el tiempo presente Nos impone, tanto mayores son la alegría y el consuelo de veros aquí reunidos, junto con los predicadores del tiempo cuaresmal, a vosotros, amados hijos, a quienes, bajo la experta y prudente dirección del Venerable Hermano Nuestro Cardenal Vicario, está confiada la cura espiritual de los

fieles de esta Nuestra diócesis. Vuestra presencia es para Nos la visión moral del pueblo de Roma, ciudad eterna, más que en el tiempo, en el destino indefectible de la Iglesia que aquí tiene su Cabeza visible y su centro de vida y de expansión de la fe, de la esperanza y de la caridad en el mundo, con aquella autoridad y aquella ley en que están comprendidos los más altos mandamientos que Cristo mismo confirmó con su voz y renovó con su Evangelio. Él no había venido, según afirmó, a cancelar y abolir la ley, sino a cumplirla y perfeccionarla (*Matth.* 5, 17); y con su doctrina y con sus enseñanzas fueron completados los diez mandamientos que Dios había proclamado sobre el Sinaí para el pueblo de Israel.

#### EL PRECEPTO DE LA CARIDAD

Mandamiento de Cristo, en el cual se encierra el más excelente camino y en el que todo viene a resumirse, es el precepto de la caridad (cf. *Rom.* 13, 8-10; *1 Cor.* 12, 31); y aun se conmueve Nuestro ánimo al recordar cómo en el pasado año os mantuvo más particularmente unidos a Nos la caritativa actividad con la que tratamos de hacer cuanto por Nuestra parte fué posible — siquiera en forma harto limitada — para aliviar las miserias que junto con los desgraciados confluían a Roma, solicitando no menos de Nuestro corazón que de Nuestras manos palabras de consuelo y ayuda de socorro, miserias y desgraciados que cada mes han ido siempre creciendo y extendiéndose. Os agradecemos Nos vuestra compasiva colaboración; y Nos es grato que vuestra presencia en este lugar Nos sea motivo para dirigir una palabra de viva gratitud y de alabanza a todos aquellos sacerdotes de las ciudades y de las regiones azotadas por la guerra que, como pastores fieles, han permanecido en medio de su grey a pesar de todos los peligros y sufrimientos. ¿Cómo podía no llenarnos de consuelo y alegría el escuchar cuán animoso, valiente y solícito en prestar socorro se ha mostrado en tantos lugares, en su parte mejor, el Clero, aun a costa de los más graves peligros — ¡un hermano vuestro, párro-



co de Roma, entregó su misma vida en el cumplimiento de su ministerio! — en las horas difíciles y entre las más amargas angustias? A los necesitados habéis distribuido el pan y el alimento que sustentan el cuerpo; pero el hombre tiene no menor necesidad de un manjar y un pan espiritual que alimento su alma.

## EL ALIMENTO ESPIRITUAL

Vosotros, párrocos que tenéis el cuidado de las almas, y vosotros, sagrados oradores, daréis ese alimento y esa sólida comida al pueblo de Roma, para que también el espíritu, que anima al cuerpo, se vigorice con la doctrina de Cristo y con la exhortación a la práctica del bien y a la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, en lo que consiste el crecer y el acercarse a Dios con aquella perfección de virtud y de justicia que exige el fuerte carácter del cristiano. Pan en verdad sobresustancial es la palabra de Dios que, como preparación a la sagrada Pascua, resuena todos los años en las iglesias al oído de cuantos todavía sienten su alma hambrienta de aquella doctrina que es la luz del entendimiento para conocer los propios deberes, para vencer las pasiones, para elevarse sobre este mundo material, erizado de mil peligros, que tantos obstáculos pone al camino de la salvación.

## I. SOBRE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS EN GENERAL

### CULTURA RELIGIOSA Y OBSERVANCIA DE LOS MANDAMIENTOS

Para las predicaciones cuaresmales de este año se os ha mandado explicar a los fieles el decálogo y exhortarles a su observancia. Los diez mandamientos son una ley dada por el mismo Dios, en la que se refleja hasta el vigor de la razón humana y de la inteligencia de los sabios (cf. *S. Th.* 1-2 q. 100 a. 3); pero, quien examine las condiciones religiosas y morales de la hora presente, ¿qué echará de ver sino un penoso contraste entre el más alto grado de formación religiosa que hoy se ofrece al pueblo, por un lado, y, por otro,

el menor provecho que se saca de ella y el impulso, aun menos eficaz, que de ella se deriva para la práctica de la vida? En épocas precedentes de la historia de la Iglesia era, en general, mucho más sencilla la enseñanza religiosa corriente; pero la suplía el hecho de que todo el proceso de la vida humana estaba como dominado e impregnado, mediante un gran número de santas prácticas, por el temor de Dios y por el ineludible deber de sus mandamientos.

Desde mediados del pasado siglo, no sólo se ha venido extendiendo cada vez más, con admirable impulso, la ciencia católica, sino que aun el mismo magisterio eclesiástico ha expuesto y aclarado de modo amplio y grandioso, acaso como nunca, la fe católica en todos sus aspectos, y ha proporcionado normas morales para las más variadas condiciones de la vida, así de los particulares como de la sociedad, cuidando, por todas las formas posibles, de llevar y difundir en las almas riqueza tan grande de luz espiritual. Pero, cuando se pregunta si se ha elevado a la par en el pueblo católico el grado de la instrucción religiosa y el de la conducta moral, la respuesta no puede, por desgracia, ser afirmativa. En lamentable oposición con aquel desarrollo doctrinal tan alto, han venido debilitándose y suprimiéndose la eficacia y la fuerza del impulso religioso.

No negaremos, antes aparece claramente, que no han faltado ni faltan católicos ejemplarmente fieles a los mandamientos de Dios; ni escasea el heroísmo cristiano y la santidad. En este campo nuestra época no cede a tiempos anteriores, y no tememos decir que a no pocos hasta los supera. Pero, dirigid una mirada a las opiniones, condiciones e instituciones públicas; y encontraréis, por desgracia, que han sido más o menos descristianizadas, en tanto se han difundido con toda intensidad un desdén del modo de vivir cristiano y un continuo alejamiento de él. Una arrolladora corriente antirreligiosa se opone a los creyentes que quieren informar toda su vida personal, familiar y pública con la ley de Dios; encuentran ellos graves dificultades e impedimentos para dar a conocer y hacer estimar sus convicciones;

y, por ello, no pocos sucumben o languidecen en la práctica de la religión. Para respirar el aire corrompido de las grandes ciudades modernas y vivir en ellas cristianamente sin absorber su veneno, se necesita un profundo espíritu de fe y una fuerza de resistencia propia de mártires.

De esas condiciones sociales tratamos el año pasado, señalando y demostrando lo que se requiere para orar bien e invocar dignamente el auxilio divino. Pero, si era necesario tenerlas muy presentes en la mente al hablar de la vida de oración, es doblemente indispensable recordarlas cuando se trata de estimular a que se practiquen los mandamientos de Dios en toda la conducta de los hombres.

#### ERRÓNEAS DOCTRINAS SOBRE LA NATURALEZA DEL PECADO GRAVE

Un hecho que se repite siempre en la historia de la Iglesia es que, cuando la fe y la moral cristianas se encuentran con fuertes corrientes opuestas de errores o de apetitos viciados, surgen intentos de vencer las dificultades mediante algún cómodo compromiso, o de esquivarlas y eludirlas como quiera que sea.

También en lo que toca a los mandamientos de Dios se ha creído haber encontrado una solución. En materia moral, se ha dicho, hay enemistad con Dios, pérdida de la vida sobrenatural, grave culpa en sentido propio, exclusivamente cuando el acto del cual hay que responder se ha puesto no sólo con la clara conciencia de que es contra el mandamiento de Dios, sino también con la expresa intención de ofender con él al Señor, de romper la unión con Él, de negarle el amor. Si ha faltado esta intención, es decir, si el hombre expresamente no ha querido romper la amistad con Dios, el acto en sí — se dice — no puede dañarle. Pongamos un ejemplo: los múltiples extravíos del sexto mandamiento no serían ninguna falta grave, ni importarían culpa mortal para el creyente, siempre que él quisiera mantenerse unido a Dios y conservarse siendo amigo suyo. ¡Estupefactiva so-

lución! ¿Quién no ve cómo en el conocimiento claro de que un determinado acto humano va contra el mandamiento de Dios, se incluye la imposibilidad de que sea dirigido al fin de la unión con Él, precisamente porque contiene la aversión, o sea, el alejamiento del alma, de Dios y de su voluntad (*aversio a Deo fine ultimo*), aversión que destruye la unión y la amistad con Él, como precisamente hace la culpa grave? ¿No es, acaso, verdad que la fe y la teología enseñan que todo pecado es una ofensa a Dios y que tiende a ofenderle, porque la intención encerrada en la culpa grave es contra la voluntad de Dios expresada en aquel mandamiento suyo que se viola? Cuando el hombre dice *sí* al fruto prohibido, dice *no* a Dios que lo prohíbe; cuando se antepone — él y su propia voluntad — a la ley de Dios, aleja de sí a Dios y a la divina voluntad: en esto consiste la aversión de Dios y la íntima esencia de la culpa grave. La malicia del acto humano viene de que éste no se halla conforme a su regla, la cual es doble: una, próxima y homogénea, a saber, la misma razón humana; otra, la regla primera, es decir, la ley eterna, que es como la razón de Dios, cuya luz brilla en la conciencia humana, cuando hace ver la distinción entre el bien y el mal (cf. *S. Th.* 1-2 q. 71 a. 6). El verdadero creyente no ignora que la intención que tiende al objeto de la culpa mortal es inseparable de la intención que viola la voluntad y la ley divina y rompe toda amistad con Dios, el cual bien sabe conocer las rectas y las malas intenciones de los actos humanos y premiarlas o castigarlas con su penetrante justicia.

Ved, pues, cómo tal solución es nociva para la verdad y la santidad cristiana. Creemos — en honor mismo de quienes la han inventado y la defienden — que ellos mismos la repudiarían si se quisiera sacar sus consecuencias lógicas y aplicarlas a otras materias, por ejemplo, al perjurio y al asesinato deliberado; porque también estos pecados, en la mayor parte de los casos, se cometen con la intención de servir como medios a un fin, cual sería, por ejemplo, la necesidad de salir de una situación en extremo difícil.

OBSERVANCIA DE LOS MANDAMIENTOS SEGÚN LA PALABRA  
DEL REDENTOR

Por lo demás, conocéis bien aquellas palabras de Cristo: «Si guardareis bien mis mandamientos permaneceréis en mi amor, como yo mismo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (*Io.* 15, 10). Luego no hay sino un camino para llegar al amor de Dios y mantenerse en su unión y amistad: la observancia de sus preceptos. Poco importan las palabras; lo que vale son los hechos, y por eso decía el Redentor: «No todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; mas el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos» (*Matth.* 7, 21). Confesar a Dios con el cumplimiento de su santa voluntad en todos sus mandamientos y conformar con ella, y hasta unificar con ella, nuestra voluntad: éste y sólo éste es el camino del cielo. Con enérgica forma proclama San Pablo este axioma de la vida moral: «No os forjéis ilusiones: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que pecan contra la naturaleza, ni los ladrones, ni los codiciosos, ni los que se dan a la embriaguez, ni los ultrajadores, ni los salteadores heredarán el reino de Dios» (*1 Cor.* 6, 9-10; cf. *Gal.* 5, 19-20). El Apóstol de las Gentes tenía ante su mirada no sólo el separarse de Dios por la formal negación de la fe o el odio formal de Él, sino también toda lesión grave de las virtudes morales, y su palabra no se refería tan sólo al hábito de pecar, sino también a cada uno de los actos particulares contra la moral y la justicia, que son pecados mortales y llevan consigo la condenación eterna. Dar precisamente al hombre religioso una especie de carta de inmunidad contra toda culpa en todo cuanto hiciera contra los mandamientos de Dios, ciertamente que no podría estimarse y ser la redención de la miseria moral, con cuya desaparición se enfrenta la Iglesia en los momentos presentes.

RECTILÍNEA CONDUCTA DE LA IGLESIA CONTRA LOS EXTRAVÍOS  
DEL PAGANISMO

Hoy parece haber renacido el paganismo, y hasta muchos lo han exaltado ya en sus volúmenes y en sus poemas, contraponiéndolo al cristianismo; pero la Iglesia, ya desde su aparición en el mundo, se levantó para luchar contra todo sofisma y toda persecución artera o abierta del gentilismo: eran sus armas la doctrina del Evangelio y la heroica virtud de sus Apóstoles y de sus creyentes. Su lucha fué llevada siempre de frente, oponiendo a los desvaríos paganos la iluminadora fuerza de los preceptos y de las virtudes cristianas. No ya sólo las Epístolas de San Pablo dan clarísimo testimonio de la altura de los deberes morales impuestos por la religión de Cristo y de la lucha que los fieles tenían que sostener para cumplirlos; hasta en el final mismo de la edad apostólica, las Cartas del Apocalipsis a las siete Iglesias son una expresión no menos manifiesta de ello con aquel continuo repetir: «*Vincenti... Qui vicerit...*», «Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida, le daré del escondido maná, acreditaré su nombre en presencia de mi Padre y en presencia de sus ángeles. El vencedor no será ofendido por la segunda muerte» (*Apoc.* 2, 7. 11. 17. 26; 3, 5. 12. 21).

## LA VIDA MORAL DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

En los primeros siglos el fervor de los cristianos les inclinaba a profesar abiertamente su fe, más bien con exceso que con defecto; tanto, que a veces su rigor moral traspasó los límites mismos de la medida razonable requerida por el espíritu del Evangelio. Los Padres de la Iglesia no dudaron en combatir, con gran severidad, habida cuenta de los desórdenes que causaban, los espectáculos, las luchas de gladiadores, los teatros, las danzas, las fiestas y diversiones, que, sin embargo, parecían naturales a la sociedad pagana (cf. Hefele — *Beiträge zur Kirchengeschichte, Archäologie und Liturgik*, Tübingen 1864, t. 1, *Über den Rigorismus in dem Leben und*

*den Ansichten der alten Christen*, p. 16 ss.). No causa, por ello, ninguna extrañeza que la fe gradualmente transformara y mejorara radicalmente las costumbres de los que a ella se llegaban; y así, ya Orígenes podía, en el siglo III, echar en cara a los enemigos del cristianismo y decirles que quienes en el seno de la Iglesia eran menos observantes, si se les comparaba con los otros, resultaban siempre, sin embargo, mejores que los paganos. Quien luego hubiese comparado el Jefe de una iglesia con los Gobernantes de las ciudades, habría reconocido que entre los moderadores de la Iglesia de Dios, aun aquellos que, comparados con los más exactos cumplidores, podrían ser tenidos por negligentes, sobrepasaban, sin embargo, en virtudes a los magistrados civiles (cf. Origen. *Contra Celsum* 3, 29-30). Luego, si con tanta frecuencia se levanta hoy el grito de ¡Vuelta al primitivo Cristianismo!, comiéntese norabuena practicándolo con la enmienda y la reforma de las costumbres; que semejante grito no sea en esta sazón una voz vana, sino una vuelta seria y efectiva como la que reclaman, necesaria y adecuada a nuestros tiempos, las exigencias de las acciones y de la vida moral.

#### LUCHA CONTRA EL PECADO. — DAÑOS DEL QUIETISMO

En siglos que fueron siguiendo, la Iglesia continuó siempre en el mismo camino; aun hoy no procede de otra manera. ¿Quién ignora que Nuestro Predecesor Pío X, de santa memoria, abrió ampliamente a los fieles, y especialmente a los niños, las puertas hacia las fuentes eucarísticas de la gracia? Funesta ilusión sería, sin embargo, el creer que la eficacia del sacramento, el *opus operatum*, excuse a las almas de su cooperación en trabajar por su salvación. Uno de los efectos de la Santísima Eucaristía, «*tanquam antidotum, quo liberemur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservemur*» (*Conc. Trident.* Sess. XIII, c. 2), consiste precisamente en dar fuerza para la lucha contra el pecado. La vida del cristiano, informada en el ejemplo de Cristo, es una vida de combate contra el demonio, el mundo y la carne. Darse al quietismo nunca fué un bien, y mucho menos lo es hoy, ni en

la Iglesia como sociedad, ni en la vida religiosa de cualquier persona. Bien está que los fieles, al escuchar la palabra de Dios predicada desde los púlpitos, abran con ávido anhelo sus espíritus al conocimiento de la verdad y de la vida sobrenatural que se les ofrece; pero es necesario que a tal conocimiento hagan seguir la observancia de los Mandamientos y que, mediante la perseverancia en las buenas obras, crezcan y se fortalezcan en la gracia.

Tampoco es Nuestra intención favorecer a un duro rigorismo. Quienes tienen cura de almas saben con benévola comprensión tener buena cuenta de las personas y de las circunstancias, cuando aconsejan suavidad y adaptación en las cosas no esenciales. Pero la inflexibilidad de la razón y del deber posee un ancho campo irreductible donde imperan los preceptos de Dios, que obligan siempre y doquier a la voluntaria sumisión y abnegación de sí mismos y de las propias pasiones, al dominio de las malas inclinaciones y al robustecimiento de la propia voluntad plenamente consciente para los momentos de las más graves resoluciones.

Cristo no encontró heroísmo en todos; a los que manifestaban siquiera un rasgo de buena voluntad, les tendía la mano y les daba aliento; pero al mismo tiempo no se abstuvo de proclamar las más profundas exigencias: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz cada día y sígame» (*Luc. 9, 23*). «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Matth. 5, 48*). Para conducir a los hombres a tan alto ideal, la Iglesia socorre a todos en su afán de acercar cada vez más a la perfección del Padre celestial a cuantos creen en Cristo y practican sus enseñanzas y mandamientos.

#### EL DECÁLOGO, FUNDAMENTO DEL ORDEN MORAL

Ella está sobre el monte, visible para todos cual «madre de los santos, imagen de la ciudad celestial»; y, entre tanto, se echa de ver cómo la descristianización ha ganado y gana terreno en torno a ella. Pero este hecho, por muy doloroso que sea, ¿deberá acaso desalentaros en vuestro ministerio



y en vuestro apostolado? Aquí está la Iglesia sobre su fundamento, inflexible ante las defecciones y las persecuciones, porque ella es la fuerza de Dios y de Cristo. Se dijo que, si Dios no existiese, habría que inventarlo (cf. Fiódor Dostojévski *Los hermanos Karamázov* [traducción del ruso] l. 2 n. 6 y l. 5 n. 3); sin un Dios, que haya señalado a los hombres la distinción y los límites entre el bien y el mal, no brillaría para la razón una ley de moralidad en este mundo. Donde domina la fe en un Dios personal, permanece firme el orden moral, determinado por los diez preceptos del decálogo; en otro caso, más tarde o más temprano, desgraciadamente se derrumba. Sólo donde este orden ilumina la mente, dirige el corazón e impera a las pasiones, la vida de cada uno de los individuos y de la comunidad tiene firmeza y vigor y se muestra digna de la criatura racional. Porque sólo asegura y ennoblece a la dignidad humana aquel orden cuyos rasgos se identifican con los del decálogo; de suerte que, tan sólo si obra dentro de este orden, dentro del límite de los diez mandamientos, es cuando la voluntad libre crece en virtud y se engrandece con sus actos, siendo

lo maggior don, che Dio per sua larghezza  
fesse creando

(Par. 5, 19-20)

al hombre. En cambio, cuando se sale de aquellos límites y tiene por lícito todo capricho suyo (cf. *Inf.* 5, 56), la veis cambiarse en torrente impetuoso que ha abandonado su cauce y, rotos sus diques, se desborda a través de toda la campiña, llevando consigo la devastación y la muerte. ¿Acaso no es cierto que, sin aquellos lazos, la voluntad libre es más peligrosa y audaz que el instinto natural de los animales salvajes o feroces? Las masas humanas que no reconocen a Dios por la religión, a la larga no pueden ser contenidas ni regidas sino por el terror; mas el terror es el fin y la muerte de la dignidad y de la libertad humana.

Actualmente la humanidad, que ya no desconoce los movimientos sociales, ve y contempla ese encadenamiento de tristes causas y efectos con sus amargas y dolorosas consecuencias.

Si la elevada prosperidad material de las últimas generaciones mantuvo hasta cierto punto alejados los ruinosos males derivados del apartamiento de Dios, o al menos los ocultó cuando, humanamente hablando, podría haber motivos para el desaliento; al presente, en este tiempo de tremenda miseria que no encuentra auxilio, que ha hecho desaparecer toda elevada prosperidad económica, ved cómo en medio de la ruina del orden público, cuando la sociedad humana tendría una necesidad mucho mayor de las fuerzas religiosas y morales, se deja sentir, en cambio, tristemente, la disminución de la fe en Dios y de la observancia de sus mandamientos. Esto, que nos enseñan la experiencia y la contemplación de esta hora trágica, es como una lección intuitiva de aquella advertencia de la Sagrada Escritura, la cual proclama que el hombre, libre para determinarse, ha de saber lo que elige, agua o fuego, vida o muerte, porque le será dado lo que él quiera (cf. *Eccli.* 15, 17-18). El tiempo, que tan ferozmente envuelve y arrastra consigo en sangre y en dolor a tantos pueblos y naciones, es, en verdad, muy a propósito para que se hagan escuchar los mandamientos de Dios, no como voces de molesta coacción, según placía representarlos en tiempos de prosperidad exterior y de bienestar material, sino cual nueva alegre, cual promesa de protección, salvación y redención: ¡ojalá que así podáis vosotros anunciarlos al pueblo!

## II. SOBRE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS EN PARTICULAR

### EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

Si ahora examinamos particularmente los mandamientos de Dios, puede decirse muy bien que cada uno de ellos es un grito de alarma, que cada uno de ellos señala graves peligros morales. Los tiempos pasados han visto también serios desórdenes: ¿quién podría negarlo? Pero algunas columnas que sostenían el orden moral, ante todo la fe en Dios, la autoridad de los padres y de los poderes públicos, permanecían todavía sólidas e intactas. Hoy bien veis cómo

todo el edificio de la moral está minado, acechado y atacado. Señal característica de tal decadencia es que, al faltar la fe en Dios, y con la simultánea exageración y el abuso que muchas veces se hace del poder público, no sólo las formas concretas, sino hasta el principio mismo de autoridad se convierten en «piedras de escándalo», que se termina por rechazar.

Creemos, sin embargo, que dos remedios contribuirían de modo singular a que se pudiera curar de nuevo y mejorar tal estado de cosas. En primer lugar, restitúyase la autoridad de los padres en todos sus derechos, aun allí donde éstos hubieran sido restringidos o absorbidos, por ejemplo, en lo que a la escuela y a la educación se refiere. En segundo lugar, todos cuantos tienen una autoridad pública, todas las clases directoras, hasta los patronos que dan trabajo y los educadores de la juventud, vayan delante ellos mismos dando el ejemplo de una vida timorata y ejerzan el poder moral, inherente a su oficio, con arreglo a las leyes de la justicia y del amor. Ante modelo tal de probidad quedaría admirado el mundo, al ver los prodigios de tranquilidad pública y de mutua confianza que de ello se derivaría.

#### EL RESPETO DEL DERECHO Y DE LA VIDA HUMANA

En el terreno de la recíproca lealtad y veracidad reina y se extiende un aire viciado, dentro del cual las personas de buena fe sienten ahogarse la respiración. ¿Quién podía esperar que después de esa presuntuosa civilización y cultura superior, orgullo de las épocas ya pasadas, iba a encontrarse el respeto al derecho con peligros, riesgos y violaciones sólo conocidos en los períodos más oscuros de la historia? Pero, también en esta materia, la clave de toda solución nos la da la fe en un Dios personal, que es fuente de justicia y que se ha reservado para sí el derecho sobre la vida y sobre la muerte. Sólo esta fe podrá comunicar aquella fuerza moral que obligue a observar los debidos límites frente a todas las insidias y tentaciones de sobrepasarlos; teniendo muy en

cuenta que, fuera de los casos de la legítima defensa privada, de la guerra justa y practicada con métodos justos, y de la pena de muerte infligida por la autoridad pública para delitos gravísimos bien determinados y probados, la vida humana es intangible.

Largo en demasía fuera el que Nos quisiéramos ahora tratar con vosotros de cada mandamiento en particular; por ello Nos limitaremos a algunas indicaciones que Nos parecen figurar, en el momento presente, entre las más importantes para la cura espiritual de los fieles. Sobre los mandamientos llamados «de la primera tabla», que se refieren a Dios (cf. *Catech. ad parochos*, p. 3, 4 praecept. n. 3), estimamos oportunas dos observaciones:

#### EL CULTO QUE HA DE DARSE A DIOS

La primera se refiere al sentido mismo del culto que a Dios debe tributarse, sentido que en los últimos cien años se ha ido oscureciendo aun entre los mismos fieles. Si ya de por sí en todo tiempo acontece que, en el santuario de la vida religiosa personal, los hombres buscan y se afanan por hacer que prospere su propio interés, esto se ve sobre toda medida cumplido y probado bajo el influjo de la orgullosa y vanidosa civilización materialista que ha dominado en las generaciones modernas. Se quiso reducir las relaciones entre Dios y el hombre al auxilio de Dios en las necesidades materiales y terrenas; para todo lo demás, el hombre quiso bastarse a sí mismo, como si ya no tuviera necesidad del apoyo divino. El culto de Dios se trocó en un concepto utilitario; la religión se precipitó de la esfera del espíritu a la de la materia. La práctica de la religión era necesaria tan sólo para suplicar favores al cielo en orden a las necesidades de este mundo, como si se ajustaran cuentas con Dios: la fe vacilaba cuando el auxilio conseguido no correspondía al deseo. Que la religión y la fe significan ante todo adoración y servicio de Dios; que hay mandamientos de Dios que obligan siempre, en todo lugar y en toda circunstancia; que para el cristiano la vida futura debe dominar y determinar la te-

renal; estos conceptos y estas verdades, que rigen y guían el entendimiento y la voluntad del creyente, habían llegado a ser extraños al pensamiento y al sentimiento del espíritu humano.

¿Qué remedio poner a semejante desorden? Es preciso que las grandes verdades y los grandes conceptos de la fe retornen, como vida y realidad, a todas las clases del pueblo, más aún a las altas que a las desheredadas y probadas por la indigencia y por la miseria de este mundo. Tal vez al presente no haya necesidad más urgente que ésta en la educación religiosa; el momento actual no solamente lo exige, sino que hasta invita acuciante a proveer a ella, ya que todos los males y desventuras que la humanidad experimenta actualmente a causa de la decadencia de la moral y de la justicia, vienen a ser una corrección terriblemente clara y dolorosa de la falsa idea de Dios y de la religión falsificada en su práctica.

Se ha dicho que el milagro de estos años son los millones de fieles que honran a Dios y le sirven, obedientes a sus mandamientos, aunque hayan llegado a encontrarse en condiciones de peligros indecibles. Ciertamente que existen cristianos tan devotos e impávidos, orgullo de la Iglesia, y vosotros mismos, amados hijos, conocéis no pocos de ellos; empleaos con celo para que cada vez sea mayor su número entre los fieles confiados a vuestros cuidados.

#### LA SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS

El culto a Dios, que en el curso de la vida humana debería comenzar y cerrar cada día, impone, sin embargo, deberes especiales para la santificación de las fiestas; y a ello se refiere Nuestra segunda observación. No se puede, ciertamente, reprochar a la Iglesia que trate de aplicar el precepto dominical con excesivo rigor, pues lo concreta y regula con aquella *benignitas et humanitas* (cf. *Tit.* 3, 4) cuyo ejemplo le dió su divino Fundador. Pero contra la profanación y el disfraz laico del sagrado día del domingo, al que con ritmo creciente se le viene despojando de su carác-

ter religioso, alejando así a los hombres de Dios, la Iglesia —guardiana de la ley divina— tiene que oponerse y dar la cara con santa firmeza. También aquí la actividad celosa de la cura de almas, aun usando toda benignidad en los casos de necesidad y todo miramiento para con las situaciones económicas y sociales anormales, que no es posible cambiar de repente, ha de ser amplia y proceder en la siguiente dirección: Suspensión de las obras serviles en el domingo y en las demás fiestas de precepto, especialmente en público. Las horribles destrucciones causadas por la guerra aparecen a la piedad cristiana como una espantosa manifestación de los daños que la profanación del domingo ha traído consigo. Pero si de la vida pública pasamos a la privada, ¿quién no ve cuánto conviene educar también a la familia para que limite el trabajo dominical a lo estrictamente necesario, de suerte que permita y conceda a todos, aun a los criados, el descanso festivo?

La Iglesia tiene que oponerse a esa absorción y distracción que se derivan del excesivo *deporte*, hasta el punto de que ya no queda tiempo para la oración, para el recogimiento y para el descanso; los miembros de la familia se ven forzosamente separados el uno del otro; los hijos se mantienen alejados y fuera de la vigilancia de los padres. Oponerse sin temor contra esas diversiones que, como el cinematógrafo inmoral, convierten el domingo en un día de pecados. Finalmente, ha de darse el debido descanso y solaz festivo que resulta, ante todo, en provecho de la elevación religiosa, de la renovación espiritual y del progreso armónico de la vida de familia.

Es verdad que la vuelta a la santificación de las fiestas en las grandes ciudades modernas exige de quien tiene cura de almas un celo heroico y un trabajo casi sobrehumano; pero de tal vuelta depende mucho aquel aumento y aquel mejoramiento que redundan no sólo en salud de las almas de los fieles, sino también en salvación de la familia y en restaurar la vida social contra las fuerzas disolventes del

descontento, de la irritación y de la decadencia del espíritu hacia las cosas puramente terrenas y materiales.

ROMA, CENTRO Y MADRE DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA.

PELIGROS QUE LA AMENAZAN

Para la ciudad de Roma la santificación de las fiestas representa también y posee una nota característica y un aspecto especial suyo. Roma es el centro de la Iglesia católica; ciudad santa — por la abundancia de sus monumentos cristianos y de sus recuerdos históricos, por sus Basílicas, por sus funciones sagradas y solemnes — a la cual, en tiempo de paz, de todas partes afluyen los fieles, que en su mente y en su corazón la veneran como inspiradora, animadora y glorificadora de la santidad. ¿Qué penosa desilusión no sería para todos aquellos, en cuya patria es plenamente respetado, observado y mantenido el precepto dominical, si aquí en Roma no encontraran sino una de tantas grandes ciudades que con su profanación de las fiestas son por igual responsables en el desequilibrio del orden mundial cristiano?

Confiamos que nunca llegue a cumplirse daño tan grande y que el genuino y verdadero pueblo romano jamás cesará de brillar como ejemplo de religión y de piedad. Pero al conversar con vosotros, y ante la creciente amenaza que se cierne sobre la Urbe, no podemos menos de decir con toda claridad: Si las metrópolis de Atenas y del Cairo, por razones históricas y religiosas fueron preservadas de los ataques bélicos por mutuo acuerdo de las dos Partes beligerantes, Nos no renunciaremos a la confiada esperanza de que ellas querrán y sabrán comprender y reconocer bien cuánto mayor derecho tiene la Ciudad Eterna a reclamar un igual respeto a su incolumidad. Ante los siglos venideros sería una mancha y un deshonor imposible de borrar, si a la postre también Roma, única e incomparable en el desarrollo político y cultural del género humano, y ya por casi veinte siglos centro y madre de la civilización cristiana, tuviera que caer como víctima de la furia devastadora de esta terrible guerra, por motivos, consideraciones o dificultades

militares, que siempre y en todo caso son superables con una buena voluntad; y eso, después que ya tantos edificios maravillosos, en Italia y en el extranjero, en uno y en otro campo de los combatientes (última en el tiempo, pero no en el altísimo valor de recuerdos antiguos, la célebre Abadía de Monte Cassino), han quedado, muchas veces ya sin remedio posible, dañados o destruidos.

«NON MOECHABERIS». — EL «MATRIMONIO DE PELÍCULA»

Dios, el nombre de Dios y el culto de Dios constituyen la «primera tabla»; el prójimo, los deberes y los derechos de la vida humana aparecen en la «segunda tabla», la cual, con la primera, forma el decálogo, del mismo modo que el amor de Dios y el amor del prójimo se unen para constituir un solo amor que desde Dios se vuelve hacia el prójimo. Los preceptos contenidos en esta «segunda tabla», que merecerían muchas observaciones, son más numerosos; pero, ¿cómo podremos Nos omitir el recuerdo de las palabras *Non moechaberis?* (*Exod.* 20, 14). ¿Será mucho decir si Nos lamentamos de que contra tal mandamiento precisamente aquellas naciones, que se enorgullecen de ser más civilizadas, presentan un aspecto de más profunda devastación moral, y si añadimos que sus efectos son visibles hasta en la Ciudad Eterna? Bien sabemos — y de ello hablamos ampliamente en otra ocasión — cuánto conviene que las reformas económicas y sociales influyan eficazmente para salvar el matrimonio y la familia; pero esta salvación, en fin de cuentas, sigue siendo un deber y una obligación religiosa, cuyo proceso curativo ha de comenzar por la raíz. El concepto íntegro del campo de la vida, que se encuentra en el sexto mandamiento, está infectado por lo que se podría llamar «el matrimonio de película», que no es sino un irreverente y desvergonzado ejemplar de las contaminaciones del matrimonio y de las infidelidades conyugales, que inclinan a ver las nupcias desligadas de todo vínculo moral, tan sólo como escena y fuente del placer sensual, y no como obra de Dios, como santa institución, deber natural y felicidad pura, en la



que siempre vence y domina el elemento espiritual, escuela y al mismo tiempo triunfo de un amor fiel hasta la tumba, hasta las puertas de la eternidad. Hacer que semejante visión cristiana del matrimonio reviva entre los fieles, ¿no es, acaso, un deber de la cura de almas?

Es necesario que la vida conyugal sea de nuevo revestida y rodeada de aquel respeto con que la adornaron desde el principio la sana e incorrupta naturaleza y la revelación: respeto a las fuerzas que Dios ha infundido maravillosamente en la naturaleza para suscitar nuevas vidas, para establecer la familia, para la conservación del género humano. La educación de los jóvenes en la castidad de los pensamientos y de los afectos, en la continencia antes del matrimonio, no es la última meta a que tiende y mira la pedagogía cristiana, sino la demostración de su eficacia para formar el espíritu contra los peligros que acechan a la virtud. El joven que afronta y sostiene victoriosamente la lucha por la pureza, observará también los demás mandamientos de Dios y será apto para fundar una familia según los planes del Creador. ¿Cómo se podría, en cambio, esperar castidad y fidelidad conyugal de un joven que nunca supo vencerse a sí mismo y dominar sus pasiones, despreciar las perversas invitaciones y los malos ejemplos y que antes de su boda se ha permitido toda clase de desórdenes morales?

Si el que tiene cura de almas quiere — según es obligación suya sagrada ante Dios y la Iglesia — obtener la victoria contra ese doble cáncer de la familia, a saber, el abuso del matrimonio y la violación de la fidelidad conyugal, debe formar, educar e instruir con las luces de la fe una generación que ya desde los primeros años haya aprendido a pensar santamente, a vivir castamente, a dominarse a sí misma.

Pensar santamente, sobre todo acerca de la mujer. El «matrimonio de película» ha ejercido en esta materia, tal vez, el más funesto influjo; ha quitado al hombre el respeto a la mujer, y después a la mujer el respeto a sí misma. ¡Ojalá puedan la educación y la cura de almas volver las mentes y los corazones al antiguo y puro ideal de la mujer, al mos-

trarles la Inmaculada, Virgen y Madre de Dios, María, cuya tierna y confiada devoción ha sido siempre la conservación y la defensa del honor femenino!

## EL SÉPTIMO MANDAMIENTO

Una última palabra hemos de añadir sobre el séptimo mandamiento, al considerar las presentes circunstancias económicas que el torbellino de la guerra ha trastornado tan desastrosamente. En esta materia plácenos hacer Nuestra la severa advertencia de San Pablo: «Nadie oprima o engañe al propio hermano en los negocios, porque el Señor juzga con justicia estas cosas» (*1 Thess.* 4, 6). Si una advertencia tal sería oportuna en una tranquila y normal condición de la vida social, resulta mucho más conveniente y necesaria en las confusas y agitadas circunstancias de la convivencia actual entre los hombres por un doble motivo.

Primeramente, los tiempos de sacudidas y perturbaciones económicas, cuales son los presentes, exigen por doble razón la exacta observancia del séptimo y del quinto mandamientos, tocantes a los bienes y a la vida del prójimo, porque de otro modo resulta demasiado grande el peligro de que la lealtad y la fidelidad en los trabajos y relaciones mutuas se desvanezcan de tal suerte que resulte poco menos que imposible e insoportable la vida social. Cuando un dique amenaza romperse por el ímpetu de la corriente, no se le debilita sino que se le refuerza.

En segundo lugar, en las inmensas miserias, en la falta de habitación y de alimentos, a que las atrocidades de la guerra han precipitado a millones de seres humanos, no causa maravilla que la poca honradez en el manejo de los negocios, el temerario y perverso abuso de las dificultades presentes y especialmente la imposición de precios exorbitantes y el ilícito acaparamiento de las cosas necesarias para la vida, lleguen a convertirse, mucho más fácilmente que en épocas quietas y pacíficas, en ultraje a la comunidad social y en violaciones de la justicia que claman ante Dios. Todos ven y comprenden cuán necesario es prevenir semejantes tentaciones y vigilarse a sí mismos, no sólo con una concien-

zuda probidad en las relaciones del *mío* y *tuyo*, sino además con un imperturbable y vivo sentido y generosa mano para todo aquello a que inclina e invita la caridad cristiana y que la justicia social exige.

¿De las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, visitar al enfermo y al encarcelado — ¡oh cómo resuenan a nuestros oídos en la hora presente todos estos dolores y afanes de la vecina realidad! —, no dependen, acaso, según la solemne garantía de Cristo, la bendición o la maldición en el juicio final, la alegría o el dolor por toda la eternidad? (*Matth.* 25, 34-46). Sí; la omisión o el ejercicio de la misericordia conduce a la gloria o a la desgracia eterna; y eso mismo creemos puede afirmarse en lo que se refiere a las obras de la justicia social, según que se cumplieren o fueren omitidas.

#### LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Ponemos también esto de relieve refiriéndonos a algunas nuevas y peligrosas doctrinas y tendencias, que encuentran eco y acogida entre no pocos jóvenes que se proclaman católicos. Queremos esperar que ellos, al dejarse arrastrar por dichas ideas, se mueven por una recta intención; pero Nos vemos en la necesidad de recordarles aquel grave aviso de Nuestro inmortal Predecesor Pío XI en su encíclica *Quadragesimo anno*: «Qui apostoli esse volunt inter socialistas, christianam veritatem plenam atque integram aperte et sincere profiteantur oportet, neque ulla ratione erroribus conniveant. Id imprimis satagant, si vere Evangelii praecones esse velint, ut socialistis ostendant eorum postulata, quatenus iusta sint, ex principiis christianae fidei multo validius defendi et ex viribus christianae caritatis multo efficacius provehi».

La Iglesia, sociedad universal de los fieles de toda lengua y de toda nación, tiene su propia doctrina social elaborada profundamente por ella desde los primeros siglos hasta la edad moderna, y estudiada en su desarrollo y perfeccionamiento desde todos los puntos de vista y en todos los aspectos.

El valor y la dignidad de la naturaleza humana, redimida y elevada al orden superior por la sangre de Cristo y por la gracia divina que la destina al cielo, están siempre fijos ante los ojos de la Iglesia y de los católicos, aliados y defensores constantes de todo lo que sea según la naturaleza; y por eso han considerado siempre como hecho innatural que una parte del pueblo — llamada con duro nombre, que recuerda antiguas distinciones romanas, *proletariado* — tenga que permanecer en una continua y hereditaria inseguridad de vida. Aquéllos pueden reivindicar para sí el honor de haber combatido en primera fila siempre que se ha tratado de mitigar o mejorar aquel ínfimo estado del pueblo por medio de las leyes. Pero la Iglesia, al ser la amiga y custodia de todo bienestar familiar, aun alabando y acogiendo todas las medidas de ayuda y de socorro, aspira, más allá de éstas, a que se establezca un tal orden económico que por su misma estructura proporcione a la clase trabajadora una condición de vida segura y estable; y todo esto según las máximas de la justicia social, expresadas y expuestas por Nuestro mismo Predecesor: «Sua igitur cuique pars bonorum attribuenda est: efficiendumque, ut ad boni communis seu socialis iustitiae normas revocetur et conformetur partitio bonorum creatorum, quam hodie ob ingens discrimen inter paucos praedivites et innumeros rerum inopes gravissimo laborare incommodo cordatus quisque novit». Los Papas en múltiples Documentos, y los católicos dedicados a la doctrina y a la acción social, han señalado luminosamente, con no menor fuerza de convicción que madurez de reflexión y de juicio, cuáles son los caminos que a semejante meta conducen.

Pero lo que más importa es que la generalidad de los fieles, dentro ya de su amplia actividad propia, se decida a poner resuelta y animosamente en práctica los principios de la doctrina social de la Iglesia y sepa defenderlos y propagarlos, de suerte que — según hicimos notar antes, a propósito de la discrepancia entre el conocimiento religioso y la conducta religiosa — no vaya a suceder en esto que los ideales sociales de los católicos sean fuertes y su acción social sea

débil. Que a ningún fiel se le dé motivo u ocasión para recurrir a otros maestros de dudosa fe y de falsa ciencia y para buscar en otra parte lo que ofrece la Iglesia tan abundante: el campo, los planes, el orden, el ejemplo de la actividad social y de la cristiana caridad para salvar al género humano de su profunda miseria y para renovarlo en el espíritu y en la fuerza de Jesucristo.

### EL DECÁLOGO, PRENDA DE SALVACIÓN EN EL MOMENTO PRESENTE

Hora apocalíptica es la presente, que como huracán destructor y como sangrienta lluvia pasa sobre la tierra: quien considere bien sus efectos religiosos y morales, no puede menos de considerarla como necesitada de una nueva proclamación del decálogo que el divino Maestro, cuando respondía a quien le había interrogado cuál era el mayor mandamiento de la ley, compendió con su infinita sabiduría en dos preceptos, diciendo que el máximo y primero es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; pero que el segundo es semejante al primero: amar al prójimo como a sí mismo, porque en estos dos mandamientos gravitan toda la ley y los profetas (*Matth.* 22, 34-40). En esta hora Dios y el hombre, todo lo que es religioso y espiritual, que permanecía como fuera del mundo y de la visión de los hombres, parece resurgir y volver a adquirir, en medio de los universales dolores y lamentos, una especial vivacidad y un sentido más profundo que penetran y sacuden los más oscuros pliegues del corazón y los más recónditos pensamientos de las mentes. Las verdades religiosas más sencillas y en otro tiempo indiscutibles para todos — la divina Providencia que gobierna al mundo, la justicia entre las gentes que preocupa a pensadores y a pueblos — se han convertido en grandes cuestiones, en «piedras de escándalo», en torno a las cuales debaten, se dividen y discrepan los entendimientos y las voluntades activas de los espíritus, que, por defenderlas y sostenerlas, por informar en ellas su propia vida, sienten la necesidad de un gran valor y de una suma urgencia.

En el mundo de hoy los diez mandamientos de Dios son los diez escalones para escalar la montaña de la vida cristiana y de la perfección, siguiendo a Cristo: penosos y macizos escalones que, una vez subidos, realzan al hombre sobre el oscuro abismo de la decadencia moral. Son como montes que se elevan uno sobre otro, hacia los cuales la humanidad, que quiere salvarse y ascender a la conquista de la vida, ha de levantar y tener fija su mirada, porque únicamente de escalarlos con el auxilio divino puede venir la salvación y la gloria del triunfo. A vosotros toca, queridos hijos, contribuir a que los hombres se hagan aptos para recibir esta salvación, conduciéndolos al monte del Señor, para que Él les muestre sus caminos y ellos sigan sus pensamientos (cf. *Mich.* 4, 2).

¡Dígnese el Espíritu Santo, *dator munerum, lumen cordium*, en su inmensa liberalidad, poner sobre vuestros labios las palabras más exactas y apropiadas que iluminen las mentes como antorchas de verdad y conmuevan los corazones como llamas de amor, y hacerlas fructificar con la plenitud de su gracia!

Con este deseo, y en prenda de los más selectos favores celestiales, os damos a todos vosotros, amados hijos aquí presentes, a todo el clero de Roma, a todos Nuestros queridos diocesanos, con particular afecto, Nuestra paternal Bendición Apostólica.

# APÉNDICE

# I

## CARTA ENCÍCLICA «MYSTICI CORPORIS CHRISTI»

*El día 29 de junio, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el Sumo Pontífice dirige al Episcopado de todo el mundo la Carta Encíclica: De Mystico Iesu Christi Corpore deque nostra in eo et cum Christo coniunctione (Sobre el Cuerpo Místico de Jesucristo y sobre nuestra unión en Él con Cristo). El sabio documento constituye un don inestimable que el Supremo Pastor ofrece a Sus hijos, al terminar el vigésimo quinto aniversario de su Consagración Episcopal.*

*He aquí la versión española, con arreglo al texto oficial latino de la Encíclica.*



A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIARCAS, PRIMADOS,  
ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS EN PAZ Y  
COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA : SOBRE EL CUERPO  
MÍSTICO DE JESUCRISTO Y SOBRE NUESTRA UNIÓN EN  
ÉL CON CRISTO

PÍO PAPA XII

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

INTRODUCCIÓN

**L**a doctrina sobre el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia (cf. *Col.* 1, 24), recibida primeramente de labios del mismo Redentor, por la que aparece en su propia luz el gran beneficio, nunca suficientemente alabado, de nuestra estrechísima unión con tan excelsa Cabeza, es a la verdad de tal índole que, por su excelencia y dignidad, invita a su contemplación a todos y cada uno de los hombres movidos por el Espíritu divino, e ilustrando sus mentes, los mueve en sumo grado a la ejecución de aquellas obras saludables que están en armonía con sus mandamientos. Hemos, pues, creído Nuestro deber hablaros de esta materia en la presente Carta encíclica, desenvolviendo y exponiendo principalmente aquellos puntos que atañen a la Iglesia militante. A hacerlo así Nos mueve no solamente la sublimidad de esta doctrina, sino también las presentes circunstancias en que la humanidad se encuentra.

Nos proponemos, en efecto, hablar de las riquezas encerradas en el seno de la Iglesia, que Cristo ganó con su propia sangre (*Act.* 20, 28) y cuyos miembros se glorían de tener una Cabeza ceñida con corona de espinas. Lo cual ciertamente es claro testimonio de que todo lo más glorioso y eximio no nace sino de los dolores, y que, por tanto, hemos de alegrarnos cuando participamos de la pasión de Cristo, a fin de que nos gocemos también con júbilo cuando se descubra su gloria (cf. *1 Pet.* 4, 13).

Ante todo ha de advertirse que, así como el Redentor del género humano fué vejado, calumniado y atormentado por aquellos mismos

cuya salvación había tomado a su cargo, así la sociedad por Él fundada se parece también en esto a su divino Fundador. Porque, aun cuando no negamos, antes bien lo confesamos con ánimo agradecido a Dios, que, incluso en esta nuestra turbulenta época, hay no pocos que, si bien separados de la grey de Cristo, miran con todo a la Iglesia como a único puerto de salvación; sin embargo, no ignoramos que la Iglesia de Dios no sólo es despreciada, y soberbia y hostilmente rechazada, por aquellos que, menospreciada la luz de la sabiduría cristiana, vuelven misérrimamente a las doctrinas, costumbres e instituciones de la antigüedad pagana, sino que muchas veces es ignorada, despreciada y aun mirada con cierto tedio y enojo, hasta por muchísimos cristianos, atraídos por la falsa apariencia de los errores, o halagados por los alicientes y corruptelas del siglo. Hay, pues, motivo, Venerables Hermanos, para que Nos, por la obligación misma de Nuestra conciencia y asintiendo a los deseos de muchos, celebremos, poniéndolas ante los ojos de todos, la hermosura, alabanzas y gloria de la Madre Iglesia, a quien después de Dios debemos todo.

Y abrigamos la esperanza de que estas Nuestras enseñanzas y exhortaciones han de producir frutos muy abundantes para los fieles en los momentos actuales, pues sabemos que tantas calamidades y dolores de esta borrascosa edad como acerbamente atormentan a una multitud casi innumerable de hombres, si se reciben como de la mano de Dios con ánimo resignado y tranquilo, levantan con cierto natural impulso sus almas de lo terreno y deleznable a lo celestial y eternamente duradero y excitan en ellas una misteriosa sed de las cosas espirituales y un intenso anhelo que, con el estímulo del Espíritu divino, las mueve y en cierto modo las impulsa a buscar con más ansia el Reino de Dios. Porque, a la verdad, cuanto más los hombres se apartan de las vanidades de este siglo y del desordenado amor de las cosas presentes, tanto más aptos se hacen ciertamente para penetrar la luz de los misterios sobrenaturales. En verdad, hoy se echa de ver, quizá más claramente que nunca, la futilidad y la vanidad de lo terrenal, cuando se destruyen reinos y naciones, cuando se hunden en los vastos espacios del océano inmensos tesoros y riquezas de toda clase, cuando ciudades, pueblos y las fértiles tierras quedan arrasados bajo enormes ruinas y manchados con sangre de hermanos.

Confiamos, además, que cuanto a continuación hemos de exponer acerca del Cuerpo Místico de Jesucristo no sea desagradable ni inútil aun a aquellos que están fuera del seno de la Iglesia Católica. Y ello no sólo porque cada día parece crecer su benevolencia para con la Iglesia, sino también porque, viendo como ven al presente levantarse una nación contra otra nación y un reino contra otro reino y crecer sin medida las discordias, las envidias y las semillas de enemistad; si vuelven sus ojos a la Iglesia, si contemplan su unidad recibida del Cielo — en virtud de la cual todos los hombres de cualquier estirpe

que sean se unen con lazo fraternal a Cristo — sin duda se verán obligados a admirar una sociedad donde reina caridad semejante, y con la inspiración y ayuda de la gracia divina se verán atraídos a participar de la misma unidad y caridad.

Hay también una razón peculiar, y por cierto gratísima, por la que vino a Nuestra mente la idea de esta doctrina, y en grado sumo la recrea. Durante el pasado año, XXV aniversario de Nuestra Consagración Episcopal, hemos visto con gran consuelo algo especial, que ha hecho resplandecer de un modo claro y significativo la imagen del Cuerpo místico de Cristo en todas las partes de la Tierra. Hemos observado, en efecto, cómo, a pesar de que la larga y homicida guerra deshacía miserablemente la fraterna comunidad de las naciones, Nuestros hijos en Cristo, todos y en todas partes, con una sola voluntad y caridad levantaban sus ánimos hacia el Padre común, que, recogiendo en sí las preocupaciones y ansiedades de todos, guía en tan calamitosos tiempos la nave de la Iglesia. En lo cual ciertamente echamos de ver un testimonio no sólo de la admirable unidad del pueblo cristiano, sino también de cómo mientras Nos abrazamos con paternal corazón a todos los pueblos de cualquier estirpe, desde todas partes los católicos, aun de naciones que luchan entre sí, alzan los ojos al Vicario de Jesucristo, como a Padre amantísimo de todos, que con absoluta imparcialidad para con los bandos contrarios y con juicio insobornable, remontándose por encima de las agitadas borrascas de las perturbaciones humanas, recomienda la verdad, la justicia y la caridad y las defiende con todas sus fuerzas.

Ni ha sido menor el consuelo que Nos ha producido el saber que espontánea y gustosamente se había reunido la cantidad necesaria para poder levantar en Roma un templo dedicado a Nuestro santísimo Antecesor y Patrono Eugenio I. Así, pues, como con la erección de este templo, debida a la voluntad y ofertas de todos los fieles, se ha de perpetuar la memoria de este faustísimo acontecimiento, así deseamos que se patentice el testimonio de Nuestra gratitud por medio de esta Carta encíclica, en la cual se trata de aquellas piedras vivas que, edificadas sobre la piedra viva angular, que es Cristo, se unen para formar el templo santo, mucho más excelso que todo otro templo hecho a mano, es decir, para morada de Dios por virtud del Espíritu (cf. *Eph.* 2, 21-22; 1 *Pet.* 2, 5).

Nuestra pastoral solicitud, sin embargo, es la que Nos mueve principalmente a tratar ahora con mayor extensión de esta excelsa doctrina. Muchas cosas, a la verdad, se han publicado sobre este asunto; y no ignoramos que son muchos los que hoy se dedican con mayor interés a estos estudios, con los que también se deleita y alimenta la piedad de los cristianos. Y este efecto parece que se ha de atribuir principalmente a que la restauración de los estudios litúrgicos, la costumbre introducida de recibir con mayor frecuencia el manjar Eucarístico,

y por fin el culto más intenso al Sacratísimo Corazón de Jesús, de que hoy nos gozamos, han encaminado muchas almas a la contemplación más profunda de las inescrutables riquezas de Cristo que se guardan en la Iglesia. Añádase a esto que los documentos publicados en estos últimos tiempos acerca de la Acción Católica, por lo mismo que han estrechado más y más los lazos de los cristianos entre sí y con la jerarquía eclesiástica, y en primer lugar con el Romano Pontífice, han contribuido sin duda no poco a colocar esta materia en su propia luz. Mas, aunque con justo motivo podemos alegrarnos de las cosas arriba señaladas, no por eso hemos de ocultar, que no sólo esparcen graves errores en esta materia los que están fuera de la Iglesia, sino que entre los mismos fieles de Cristo se introducen furtivamente ideas o menos precisas o totalmente falsas, que apartan a las almas del verdadero camino de la verdad.

Porque mientras por una parte perdura el falso *racionalismo*, que juzga absolutamente absurdo cuanto trasciende y sobrepuja las fuerzas del entendimiento humano, y mientras se le asocia otro error afín, el llamado *naturalismo vulgar*, que ni ve ni quiere ver en la Iglesia nada más que vínculos meramente jurídicos y sociales; por otra parte, se insinúa fraudulentamente un *falso misticismo*, que, esforzándose por suprimir los límites inmutables que separan a las criaturas de su Creador, adultera las Sagradas Escrituras.

Ahora bien: estos errores, falsos y opuestos entre sí, hacen que algunos, movidos de cierto vano temor, consideren esta profunda doctrina como algo peligroso y por esto se retraigan de ella como del fruto del Paraíso, hermoso, pero prohibido. Pero, a la verdad, no rectamente: pues no pueden ser dañosos a los hombres los misterios revelados por Dios, ni deben, como tesoro escondido en el campo, permanecer infructuosos; antes bien, han sido dados por Dios, para que contribuyan al aprovechamiento espiritual de quienes piadosamente los contemplan. Porque, como enseña el Concilio Vaticano, «la razón ilustrada por la fe, cuando diligente, pía y sobriamente busca, alcanza con la ayuda de Dios alguna inteligencia, ciertamente fructuosísima, de los misterios, ya por la analogía de aquellas cosas que conoce naturalmente, ya también por el enlace de los misterios entre sí y con el último fin del hombre», por más que la misma razón, como lo advierte el mismo santo Concilio, «nunca llega a ser capaz de penetrarlos a la manera de aquellas verdades, que constituyen su propio objeto» (Sessio III *Const. de fide cath.*, c. 4).

Pesadas maduramente delante de Dios todas estas cosas; a fin de que resplandezca con nueva gloria la soberana hermosura de la Iglesia; para que se dé a conocer con mayor luz la nobleza eximia y sobrenatural de los fieles que en el Cuerpo de Cristo se unen con su Cabeza; y, por último, para cerrar por completo la entrada a los múltiples errores en esta materia, Nos hemos juzgado ser propio de Nuestro cargo

pastoral proponer por medio de esta Carta encíclica a toda la grey cristiana la doctrina del Cuerpo místico de Jesucristo y de la unión de los fieles en el mismo Cuerpo con el divino Redentor, y al mismo tiempo sacar de esta suavísima doctrina algunas enseñanzas, con las cuales el conocimiento más profundo de este misterio produzca siempre más abundantes frutos de perfección y santidad.

## PARTE PRIMERA

### LA IGLESIA ES EL CUERPO MISTICO DE CRISTO

Al meditar esta doctrina, Nos vienen, desde luego, a la mente las palabras del Apóstol: «Donde abundó el delito, allí sobreabundó la gracia» (*Rom.* 5, 20). Consta, en efecto, que el padre del género humano fué colocado por Dios en tan excelsa condición, que habría de comunicar a sus descendientes, junto con la vida terrena, la vida sobrenatural de la gracia. Pero después de la miserable caída de Adán, todo el género humano, viciado con la mancha original, perdió la participación de la naturaleza divina (cf. *2 Pet.* 1, 4); y quedamos todos convertidos en hijos de ira (*Eph.* 2, 3). Mas el misericordiosísimo Dios «de tal modo... amó al mundo, que le dió su Hijo Unigénito» (*Io.* 3, 16), y el Verbo del Padre Eterno con aquel mismo único divino amor asumió de la descendencia de Adán la naturaleza humana, pero inocente y exenta de toda mancha, para que del nuevo y celestial Adán se derivase la gracia del Espíritu Santo a todos los hijos del primer padre; los cuales, habiendo sido por el pecado del primer hombre privados de la adoptiva filiación divina, hechos ya por el Verbo Encarnado hermanos, según la carne, del Hijo Unigénito de Dios, recibieran el poder de llegar a ser hijos de Dios (cf. *Io.* 1, 12). Y por esto Cristo Jesús pendiente de la cruz no sólo resarcíó a la justicia violada del Eterno Padre, sino que nos mereció además como a consanguíneos suyos una abundancia inefable de gracias. Y bien pudiera en verdad haberla repartido directamente por sí mismo al género humano, pero quiso hacerlo por medio de una Iglesia visible en que se reunieran los hombres, para que todos cooperasen, con Él y por medio de aquélla, a comunicarse mutuamente los divinos frutos de la Redención. Porque así como el Verbo de Dios, para redimir a los hombres con sus dolores y tormentos, quiso valerse de nuestra naturaleza, de modo parecido en el decurso de los siglos se vale de su Iglesia para perpetuar la obra comenzada (cf. Conc. Vat. Const. de Eccl. prol.).

Ahora bien : para definir y describir esta verdadera Iglesia de Cristo

— que es la Iglesia santa, católica, apostólica, Romana (cf. Conc. Vat. *Const. de fide cath.* cap 1) —, nada hay más noble, nada más excelente, nada más divino que aquella frase con que se la llama «*el Cuerpo místico de Cristo*»; expresión que brota y aun germina de todo lo que en las Sagradas Escrituras y en los escritos de los Santos Padres frecuentemente se enseña.

## LA IGLESIA ES UN «CUERPO» único, indiviso, visible

Que la Iglesia es un cuerpo lo dice muchas veces el sagrado texto. «Cristo — dice el Apóstol — es la cabeza del cuerpo de la Iglesia» (Col. 1, 18). Ahora bien; si la Iglesia es un cuerpo, necesariamente ha de ser uno e indiviso, según aquello de San Pablo: «Muchos formamos en Cristo un solo cuerpo» (Rom. 12, 5). Y no solamente debe ser uno e indiviso, sino también algo concreto y claramente visible, como en su encíclica *Satis cognitum* afirma Nuestro Predecesor León XIII, de f. m.: «Por lo mismo que es cuerpo, la Iglesia se ve con los oíos» (cf. A. S. S. 28, 710). Por lo cual se apartan de la verdad divina aquellos que se forjan la Iglesia de tal manera, que no pueda ni tocarse ni verse, siendo solamente un ser *neumático*, como dicen, en el que muchas comunidades de cristianos, aunque separadas mutuamente en la fe, se junten, sin embargo, por un lazo invisible.

Mas el cuerpo necesita también multitud de miembros, que de tal manera estén trabados entre sí, que mutuamente se auxilien. Y así como en este nuestro organismo mortal, cuando un miembro sufre, todos los otros sufren también con él, y los sanos prestan socorro a los enfermos, así también en la Iglesia los diversos miembros no viven únicamente para sí mismos, sino que ayudan también a los demás, y se ayudan unos a otros, ya para mutuo alivio, ya también para edificación cada vez mayor de todo el cuerpo.

## compuesto «orgánicamente» y «jerárquicamente»

Además de eso, así como en la naturaleza no basta cualquier aglomeración de miembros para constituir el cuerpo, sino que necesariamente ha de estar dotado de los que llaman órganos, esto es, de miembros que no ejercen la misma función, pero están dispuestos en un orden conveniente; así la Iglesia ha de llamarse Cuerpo, principalmente, por razón de estar formada por una recta y bien proporcionada armonía y trabazón de sus partes, y provista de diversos miembros que convenientemente se corresponden los unos a los otros. Ni es otra la manera como el Apóstol describe a la Iglesia cuando dice: «Así como... en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miem-

brotes tienen la misma función, así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros» (Rom. 12, 4).

Mas en manera alguna se ha de pensar que esta estructura ordenada u «orgánica» del Cuerpo de la Iglesia, se limita o reduce solamente a los grados de la jerarquía; o que, como dice la sentencia contraria, consta solamente de los *carismáticos*, los cuales, dotados de dones prodigiosos, nunca han de faltar en la Iglesia. Se ha de tener, eso sí, por cosa absolutamente cierta, que los que en este Cuerpo poseen la sagrada potestad, son los miembros primarios y principales, puesto que por medio de ellos, según el mandato mismo del divino Redentor, se perpetúan los oficios de Cristo, doctor, rey y sacerdote. Pero, sin embargo, con toda razón los Padres de la Iglesia, cuando encomian los ministerios, los grados, las profesiones, los estados, los órdenes, los oficios de este Cuerpo, no sólo tienen ante los ojos a los que han sido iniciados en las sagradas órdenes; sino también a todos los que, habiendo abrazado los consejos evangélicos, llevan una vida de trabajo entre los hombres, o escondida en el silencio, o bien se esfuerzan por unir ambas cosas según su profesión, y no menos a los que, aun viviendo en el siglo, se dedican con actividad a las obras de misericordia en favor de las almas, o de los cuerpos, así como también a aquellos que viven unidos en casto matrimonio. Más aún, se ha de advertir que sobre todo en las presentes circunstancias los padres y madres de familia y los padrinos y madrinan de bautismo, y, especialmente, los seglares que prestan su cooperación a la jerarquía eclesiástica para dilatar el reino del divino Redentor tienen en la sociedad cristiana un puesto honorífico, aunque muchas veces humilde, y que también ellos con el favor y ayuda de Dios pueden subir a la cumbre de la santidad, que nunca en la Iglesia ha de faltar, según las promesas de Jesucristo.

#### dotado de los medios vitales de santificación o sea de los Sacramentos

Y así como el cuerpo humano se ve dotado de sus propios recursos con los que atiende a la vida, a la salud y al desarrollo de sí y de sus miembros, del mismo modo el Salvador del género humano, por su infinita bondad, proveyó maravillosamente a su Cuerpo místico, enriqueciéndole con los sacramentos, por los que los miembros, como gradualmente y sin interrupción, fueran sustentados desde la cuna hasta el último suspiro, y asimismo se atendiera abundantísimamente a las necesidades sociales de todo el Cuerpo. En efecto, por medio de las aguas purificadoras del Bautismo, los que nacen a esta vida mortal no solamente renacen de la muerte del pecado y quedan constituidos en miembros de la Iglesia, sino que además, sellados con un carácter espiritual, se tornan capaces y aptos para recibir todos los otros sacra-

mentos. Por otra parte, con el crisma de la Confirmación se da a los creyentes nueva fortaleza, para que valientemente amparen y defiendan a la Madre Iglesia y la fe que de aquélla recibieron. A su vez, con el Sacramento de la Penitencia se ofrece a los miembros de la Iglesia caídos en pecado una medicina saludable, no solamente para mirar por la salud de ellos mismos, sino también para apartar de otros miembros del Cuerpo místico el peligro de contagio, e incluso para proporcionarles un estímulo y ejemplo de virtud. Y no es esto sólo: porque por la sagrada Eucaristía los fieles se nutren y robustecen con un mismo manjar y se unen entre sí y con la Cabeza de todo el Cuerpo por medio de un inefable y divino vínculo. Y, por último, por lo que hace a los enfermos en trance de muerte, viene en su ayuda la piadosa Madre Iglesia, la cual por medio de la sagrada unción de los enfermos, si, por disposición divina, no siempre les concede la salud de este cuerpo mortal, da a lo menos a las almas enfermas la medicina celestial, para trasladar al Cielo nuevos ciudadanos — nuevos protectores para aquélla —, que gocen de la bondad divina por todos los siglos.

De un modo especial proveyó además Cristo a las necesidades sociales de la Iglesia por medio de dos sacramentos instituidos por Él. Pues por el Matrimonio, en el que los cónyuges son mutuamente ministros de la gracia, se atiende al ordenado y exterior aumento de la comunidad cristiana, y, lo que es más, también a la recta y religiosa educación de la prole, sin la cual correría gravísimo riesgo el Cuerpo místico. Y con el Orden sagrado se dedican y consagran a Dios los que han de inmolar la Víctima Eucarística, los que han de nutrir al pueblo fiel con el Pan de los Ángeles y con el manjar de la doctrina, los que han de dirigirle con los preceptos y consejos divinos, los que finalmente han de confirmarlos con los demás dones celestiales.

Respecto de lo cual es de advertir que, así como Dios al principio del tiempo dotó al hombre de riquísimos medios corporales para que sujetara a su dominio todas las cosas creadas, y, para que multiplicándose llenara la tierra, así también en el comienzo de la era cristiana proveyó a su Iglesia de todos los recursos necesarios, para que, superados casi innumerables peligros, no sólo llenara todo el orbe, sino también el reino de los cielos.

#### formado por miembros determinados

Pero entre los miembros de la Iglesia sólo se han de contar de hecho los que recibieron las aguas regeneradoras del Bautismo y, profesando la verdadera fe, no se hayan separado, miserablemente, ellos mismos, de la contextura del Cuerpo, ni hayan sido apartados de él por la legítima autoridad a causa de gravísimas culpas «Porque todos nosotros — dice el Apóstol — somos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo Cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos



vos, ya libres» (1 *Cor.* 12, 13). Así que, como en la verdadera congregación de los fieles existe un solo Cuerpo, un solo Espíritu, un solo Señor y un solo Bautismo, así no puede haber sino una sola fe (cf. *Eph.* 4, 5); y, por lo tanto, quien rehusare oír a la Iglesia, según el mandato del Señor, ha de ser tenido por gentil y publicano (cf. *Mat.* 18, 17). Por lo cual, los que están separados entre sí por la fe o por la autoridad, no pueden vivir en este único Cuerpo ni tampoco, por lo tanto, en su único Espíritu.

#### sin excluir a los pecadores

Ni hay que pensar que el Cuerpo de la Iglesia, por el hecho de honrarse con el nombre de Cristo, aun en el tiempo de esta peregrinación terrena, consta únicamente de miembros eminentes en santidad, o se forma solamente de la agrupación de los que han sido predestinados a la felicidad eterna. Porque la infinita misericordia de nuestro Redentor no niega ahora un lugar en su Cuerpo místico a quienes en otro tiempo no negó la participación en el convite (*Mat.* 9, 11; *Marc.* 2, 16; *Luc.* 15, 2). Puesto que no todos los pecados, aunque graves, separan por su misma naturaleza al hombre del Cuerpo de la Iglesia, como hacen el cisma, la herejía o la apostasía. Ni la vida se aleja completamente de aquellos que, aun cuando hayan perdido la caridad y la gracia divina pecando, y, por lo tanto, se hayan hecho incapaces de mérito sobrenatural, retienen, sin embargo, la fe y esperanza cristianas, e iluminados por una luz celestial son movidos por las internas inspiraciones e impulsos del Espíritu Santo a concebir en sí un saludable temor, y excitados por Dios a orar y a arrepentirse de su caída.

Aborrezcan todos, pues, el pecado, con el cual quedan mancillados los miembros del Redentor; pero, quien miserablemente hubiere pecado, y no se hubiere hecho indigno por la contumacia de la comunión de los fieles, sea recibido con sumo amor, y con una activa caridad véase en él un miembro enfermo de Jesucristo. Pues vale más, como advierte el Obispo de Hipona, «que se curen permaneciendo en el cuerpo de la Iglesia, que no que sean cortados de él como miembros incurables» (S. Aug. *Epist.* 157, 3, 22 PL 38, 686). «Porque no es desesperada la curación de lo que aun está unido al cuerpo; mientras que lo que hubiere sido amputado no puede ser ni curado ni sanado» (S. Aug. *Serm.* 137, 1 PL 38, 754).

#### LA IGLESIA ES EL CUERPO «DE CRISTO»

Hasta aquí hemos visto, Venerables Hermanos, que de tal manera está constituida la Iglesia, que puede compararse a un cuerpo; resta que expongamos ahora clara y cuidadosamente por qué hay que llamarla no un cuerpo cualquiera, sino el Cuerpo de Jesucristo. Lo cual

se deduce del hecho de que Nuestro Señor es el Fundador, la Cabeza, el Sustentador y el Salvador de este Cuerpo místico.

### Cristo fué el «Fundador» de este Cuerpo

Al querer exponer brevemente cómo Cristo fundó su cuerpo social, Nos viene ante todo a la mente esta frase de Nuestro Predecesor León XIII, de f. m. : «La Iglesia que, ya concebida, nació del mismo costado del segundo Adán, como dormido en la Cruz, apareció a la luz del mundo de una manera espléndida por vez primera el día faustísimo de Pentecostés» (Enc. *Divinum illud* : A. S. S. 29, 649). Porque el divino Redentor comenzó la edificación del místico templo de la Iglesia cuando con su predicación expuso sus enseñanzas ; la consumó cuando pendió de la Cruz glorificado ; y, finalmente, la manifestó y promulgó cuando de manera visible envió el Espíritu Paráclito sobre sus discípulos.

#### a) AL PREDICAR EL EVANGELIO

En efecto, mientras cumplía su misión de predicar, elegía Apóstoles, enviándolos, así como Él había sido enviado por el Padre (*Io.* 17, 18), a saber, como maestros, jefes y santificadores en la comunidad de los creyentes ; les nombraba el Príncipe de ellos y Vicario suyo [de Cristo] en la tierra (cf. *Mat.* 16, 18-19), y les manifestaba todas las cosas que había oído al Padre (*Io.* 15,15 coll. 17, 8 et 14) ; establecía además el Bautismo (cf. *Io.* 3, 5), con el cual los futuros creyentes se habían de unir al Cuerpo de la Iglesia ; y, finalmente, al llegar el ocaso de su vida, celebrando la última cena, instituía la Eucaristía, admirable sacrificio y admirable sacramento.

#### b) AL SUFRIR SOBRE LA CRUZ

Los testimonios incesantes de los Santos Padres, al atestiguar que en el patíbulo de la Cruz consumó su obra, enseñan que la Iglesia nació — en la Cruz — del costado del Salvador, como una nueva Eva, madre de todos los vivientes (cf. *Gen.* 3, 20). Dice el gran Ambrosio, tratando del costado abierto de Cristo : «Y ahora se edifica, ahora se forma, ahora... se figura, y ahora se crea..., ahora se levanta la casa espiritual para constituir el sacerdocio santo» (S. Ambros. *In Luc.* 2, 87 PL 15, 1585). Quien devotamente quisiere investigar tan venerable doctrina, podrá sin dificultad encontrar las razones en que se funda.

Y en primer lugar, con la muerte del Redentor, a la Ley Antigua abolida sucedió el Nuevo Testamento ; entonces en la sangre de Jesucristo, y para todo el mundo, fué sancionada la Ley de Cristo con sus misterios, leyes, instituciones y ritos sagrados. Porque, mientras nuestro divino Salvador predicaba en un reducido territorio — pues no

había sido enviado sino a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel (cf. *Mat.* 15, 24) — tenían valor, contemporáneamente, la ley y el Evangelio (cf. *S. Thom.* 1. 2ae. 108, 3 ad 2); pero en el patíbulo de su muerte Jesús abolió la Ley con sus decretos (cf. *Eph.* 2, 15), clavó en la Cruz la escritura del Antiguo Testamento (cf. *Col.* 2, 14), y constituyó el Nuevo en su sangre, derramada por todo el género humano (c. *Mat.* 26, 28 et 1 *Cor.* 11, 25). Pues, como dice San León Magno, hablando de la Cruz del Señor, «de tal manera en aquel momento se realizó un paso tan evidente de la Ley al Evangelio, de la Sinagoga a la Iglesia, de los muchos sacrificios a una sola hostia, que al exhalar su espíritu el Señor, se rasgó inmediatamente de arriba abajo aquel velo místico que cubría a las miradas el secreto sagrado del templo» (*S. Leo M. Serm.* 68,3 PL 54, 374).

En la Cruz, pues, murió la Ley Vieja, que en breve había de ser enterrada y resultaría mortífera (cf. *S. Hier.* et *S. Aug. Epist.* 112, 14 et 116, 16 PL 22, 924, 943; *S. Thom.* 1. 2ae. 3 ad 2, 4 ad 1; *Conc. Flor. pro Iacob.* Mansi 31, 1738), para dar paso al Nuevo Testamento, del cual Cristo había elegido como idóneos ministros a los apóstoles (cf. 2 *Cor.* 3, 6); y desde la Cruz nuestro Salvador, aunque constituido, ya desde el seno de la Virgen, Cabeza de toda la familia humana ejerce plenísimamente sobre la Iglesia sus funciones de Cabeza, «porque precisamente en virtud de la Cruz — según la sentencia del Angélico y común Doctor — mereció el poder y dominio sobre las gentes» (cf. *S. Thom.* 3, 42,1); por la misma aumentó en nosotros aquel inmenso tesoro de gracias que, desde su reino glorioso en el cielo, otorga sin interrupción alguna a sus miembros mortales; por la sangre derramada desde la Cruz hizo que, apartado el obstáculo de la ira divina, todos los dones celestiales, y, en particular, las gracias espirituales del Nuevo y Eterno Testamento, pudiesen brotar de las fuentes del Salvador para la salud de los hombres, y principalmente de los fieles; finalmente en el madero de la Cruz adquirió para sí a su Iglesia, esto es, a todos los miembros de su Cuerpo místico, pues no se incorporarían a este Cuerpo místico por el agua del Bautismo si antes no hubieran pasado al plenísimo dominio de Cristo por la virtud salvadora de la Cruz.

Y si con su muerte nuestro Salvador fué hecho, en el pleno e íntegro sentido de la palabra, Cabeza de la Iglesia, de la misma manera, por su sangre la Iglesia ha sido enriquecida con aquella abundantísima comunicación del Espíritu, por la cual, desde que el Hijo del hombre fué elevado y glorificado en su patíbulo de dolor, es divinamente ilustrada. Porque entonces, como advierte San Agustín (cf. *De pecc. orig.* 25, 29 PL 44, 400), rasgado el velo del templo, sucedió que el rocío de los carismas del Paráclito — que hasta entonces solamente había descendido sobre el vellón de Gedeón, es decir sobre el pueblo de Israel —, regó abundantemente, secado y desechado ya el vellón, toda la tierra,

es decir, la Iglesia Católica, que no había de conocer confines algunos de estirpe o de territorio. Y así como en el primer momento de la Encarnación, el Hijo del Padre Eterno adornó con la plenitud del Espíritu Santo la naturaleza humana que había unido a sí substancialmente, para que fuese apto instrumento de la divinidad en la obra cruenta de la Redención, así en la hora de su preciosa muerte quiso enriquecer a su Iglesia con los abundantes dones del Paráclito, para que fuese un medio apto e indefectible del Verbo Encarnado en la distribución de los frutos de la Redención. Puesto que la llamada misión jurídica de la Iglesia y la potestad de enseñar, gobernar y administrar los sacramentos deben el vigor y fuerza sobrenatural, que para la edificación del Cuerpo de Cristo poseen, al hecho de que Jesucristo pendiente de la Cruz abrió a la Iglesia la fuente de sus dones divinos, con los cuales pudiera enseñar a los hombres una doctrina infalible y los pudiese gobernar por medio de Pastores ilustrados por virtud divina y rociarlos con la lluvia de las gracias celestiales.

Si consideramos atentamente todos estos misterios de la Cruz, no nos parecerán oscuras aquellas palabras del Apóstol, con las que enseña a los Efesios que Cristo, con su sangre, hizo una sola cosa a judíos y gentiles, «destruyendo en su carne... la pared intermedia» que dividía a ambos pueblos; y también que abolió la Ley Vieja «para formar en sí mismo de dos un solo hombre nuevo», esto es, la Iglesia, y para reconciliar a ambos con Dios en un solo Cuerpo por medio de la Cruz (cf. *Eph.* 2, 14-16).

#### c) AL PROMULGAR LA IGLESIA EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS

Y a esta Iglesia, fundada con su sangre, la fortaleció el día de Pentecostés con una fuerza especial bajada del cielo. Puesto que, constituido solemnemente en su excelso cargo aquel a quien ya antes había designado por Vicario suyo, subió al Cielo, y sentado a la diestra del Padre, quiso manifestar y promulgar a su Esposa mediante la venida visible del Espíritu Santo con el sonido de un viento vehemente y con lenguas de fuego (cf. *Act.* 2, 1-4). Porque así como Él mismo, al comenzar el ministerio de su predicación, fué manifestado por su Eterno Padre por medio del Espíritu Santo que descendió en forma de paloma y se posó sobre Él (cf. *Luc.* 3, 22; *Marc.* 1, 10), de la misma manera, cuando los Apóstoles habían de comenzar el sagrado ministerio de la predicación, Cristo nuestro Señor envió del cielo a su Espíritu, el cual, al tocarlos con lenguas de fuego, como con dedo divino indicase a la Iglesia su misión sublime.

#### Cristo es la «Cabeza» del Cuerpo

En segundo lugar, se prueba que este Cuerpo místico, que es la Iglesia, lleva el nombre de Cristo, por el hecho de que Él ha de ser

considerado como su Cabeza. «Él — dice San Pablo — es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia» (Col. 1, 18). Él es la Cabeza, partiendo de la cual todo el Cuerpo, dispuesto con debido orden, crece y se aumenta, para su propia edificación (cf. Eph. 4, 16 coll. Col. 2, 19).

Bien conocéis, Venerables Hermanos, con cuán convincentes argumentos han tratado de este asunto los Maestros de la Teología Escolástica, y principalmente el Angélico y común Doctor; y sabéis perfectamente que los argumentos por él aducidos responden fielmente a las razones alegadas por los Santos Padres, los cuales, por lo demás, no hicieron otra cosa que referir y con sus comentarios explicar la doctrina de la Sagrada Escritura.

#### a) POR RAZÓN DE EXCELENCIA

Nos place, sin embargo, para común utilidad, tratar aquí sucintamente de esta materia. Y en primer lugar, es evidente que el Hijo de Dios y de la Bienaventurada Virgen María se debe llamar, por la singularísima razón de su excelencia, Cabeza de la Iglesia. Porque la Cabeza está colocada en lo más alto. Y ¿quién está colocado en más alto lugar que Cristo Dios, el cual, como Verbo del Eterno Padre, debe ser considerado como «primogénito de toda criatura»? (Col. 1, 15). ¿Quién se halla en más elevada cumbre que Cristo hombre, que nacido de una Madre inmune de toda mancha, es Hijo verdadero y natural de Dios, y por su admirable y gloriosa resurrección, con la que se levantó triunfador de la muerte, «es primogénito de entre los muertos»? (Col. 1, 18; Apoc. 1, 5). ¿Quién, finalmente, está colocado en cima más sublime que Aquel que como «único... mediador de Dios y de los hombres» (1 Tim. 2, 5), junta de una manera tan admirable la tierra con el cielo; que, elevado en la Cruz como en un solio de misericordia, atrajo todas las cosas a sí mismo (cf. Io. 12, 32); y que, elegido — de entre infinitos millares — hijo del hombre, es más amado por Dios que todos los demás hombres, que todos los ángeles y que todas las cosas creadas? (cf. S. Cyr. Alex. *Comm. in Io.* 1, 4 PG 73, 69; S. Thom. 1.<sup>a</sup>, 20, 4 ad 1).

#### b) POR RAZÓN DE GOBIERNO

Pues bien: si Cristo ocupa un lugar tan sublime, con toda razón es el único que rige y gobierna la Iglesia; y también por este título se asemeja a la cabeza. Ya que, para usar las palabras de San Ambrosio, así como la cabeza es la «ciudadela regia del cuerpo» (*Heraem.* 6, 55 PL 14, 265), y desde ella, por estar adornada de mayores dotes, son dirigidos naturalmente todos los miembros a los que está sobrepuesta para mirar por ellos (cf. S. Aug. *De agone christ.* 20, 22 PL 40, 301); así el divino Redentor rige el timón de toda la sociedad cristiana y gobierna sus destinos. Y puesto que regir la sociedad huma-

na no es otra cosa que conducirla al fin que le fué señalado con medios aptos y rectamente (c. S. Thom. 1.<sup>a</sup>, 22, 1-4), es fácil ver cómo nuestro Salvador, imagen y modelo de los buenos Pastores (cf. *Io.* 10, 1-18; *1 Pet.* 5, 1-5), ejercita todas estas cosas de manera admirable.

Porque Él, mientras moraba en la tierra, nos instruyó, por medio de leyes, consejos y avisos, con palabras que jamás pasarán, y serán para los hombres de todos los tiempos espíritu y vida (cf. *Io.* 6, 68.) Y además concedió a los Apóstoles y a sus sucesores la triple potestad de enseñar, regir y llevar a la santidad a los hombres; potestad que, determinada con especiales preceptos, derechos y deberes, fué establecida por Él como ley fundamental de toda la Iglesia.

*arcano y extraordinario*

Pero también directamente dirige y gobierna por sí mismo el divino Salvador la sociedad por Él fundada. Porque Él reina en las mentes y en las almas de los hombres y doblega y arrastra hacia su beneplácito aun las voluntades más rebeldes. «El corazón del rey está en manos del Señor; lo inclinará adonde quisiere» (*Prov.* 21, 1). Y con este gobierno interior, no solamente tiene cuidado de cada uno en particular, como «pastor y obispo de nuestras almas» (cf. *1 Pet.* 2, 25), sino que además mira por toda la Iglesia, ya iluminando y fortaleciendo a sus jerarcas para cumplir fiel y fructuosamente los respectivos cargos, ya también suscitando del seno de la Iglesia, especialmente en las más graves circunstancias, hombres y mujeres eminentes en santidad, que sirvan de ejemplo a los demás fieles para el provecho de su Cuerpo místico. Añádase a esto que Cristo desde el Cielo mira siempre con particular afecto a su Esposa inmaculada, desterrada en este mundo y cuando la ve en peligro, ya por sí mismo, ya por sus ángeles (cf. *Act.* 8, 26; 9, 1-19; 10, 1-7; 12, 3-10), ya por Aquella que invocamos como Auxilio de los Cristianos y por otros celestiales abogados, la libra de las oleadas de la tempestad, y, tranquilizando y apaciguando el mar, la consuela con aquella paz «que supera todo sentido» (*Phil.* 4, 7).

*en modo visible y ordinario a través del Romano Pontífice*

Ni se ha de creer que su gobierno se ejerce solamente de un modo invisible (cf. Leon XIII *Satis cognitum*: A. S. S. 28, 725) y extraordinario, siendo así que también de una manera patente y ordinaria gobierna el divino Redentor, por su Vicario en la tierra, a su Cuerpo místico. Porque ya sabéis, Venerables Hermanos, que Cristo Nuestro Señor, después de haber gobernado por sí mismo durante su mortal peregrinación a su «pequeña grey» (*Luc.* 12, 32), cuando estaba para dejar este mundo y volver a su Padre, encomendó el régimen visible de la sociedad por Él fundada al Príncipe de los Apóstoles. Ya que,

sapientísimo como era, de ninguna manera podía dejar sin una cabeza visible el cuerpo social de la Iglesia que había fundado. Ni para debilitar esta afirmación puede alegarse que, a causa del Primado de jurisdicción establecido en la Iglesia, este Cuerpo místico tiene dos cabezas. Porque Pedro, en fuerza del Primado, no es sino el Vicario de Cristo, por donde no existe más que una Cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo; el cual, sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que, después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en Él, sino también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna además visiblemente por aquel que en la tierra representa su persona. Que Cristo y su Vicario constituyen una sola Cabeza, lo enseñó solemnemente Nuestro predecesor Bonifacio VIII, de i. m., por las Letras Apostólicas *Unam sanctam* (Cf. *Corp. Iur. Can. Extr. comm.* 1, 8, 1), y nunca desistieron de inculcar lo mismo sus Sucesores.

Hállanse, pues, en un peligroso error quienes piensan poder abrazar a Cristo, Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra. Porque quitando esta cabeza visible, y rompiendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman el Cuerpo místico del Redentor, de tal manera, que los que andan en busca del puerto de salvación no pueden verlo ni encontrarlo.

*en cada una de las Iglesias a través de los Obispos*

Y lo que en este lugar Nos hemos dicho de la Iglesia universal, debe afirmarse también de las particulares comunidades cristianas tanto orientales como latinas, de las que se compone la única Iglesia Católica: por cuanto ellas son gobernadas por Jesucristo con la palabra y la potestad del Obispo de cada una. Por lo cual los Obispos no solamente han de ser considerados como los principales miembros de la Iglesia universal, como quienes están ligados por un vínculo especialísimo con la Cabeza divina de todo el Cuerpo — y por ello con razón son llamados «partes principales de los miembros del Señor» (S. Greg. M. *Moral.* 14, 35, 48 PL 75, 1062) —, sino que, por lo que a su propia diócesis se refiere, apacientan y rigen como verdaderos pastores, en nombre de Cristo, la grey que a cada uno ha sido confiada (cf. Conc. Vat. *Const. de Eccl.* cap. 3). Pero haciendo esto, no son completamente independientes, sino que están puestos bajo la autoridad del Romano Pontífice, aunque gozan de jurisdicción ordinaria, que el mismo Sumo Pontífice directamente les ha comunicado. Por lo cual han de ser venerados por los fieles como sucesores de los Apóstoles por institución divina (cf. C. I. C. can. 329, 1), y más que a los gobernantes de este mundo, aun los más elevados, conviene a los Obispos, adornados como están con el crisma del Espíritu Santo, aquel dicho: «No toquéis a mis ungidos» (1 Par. 16, 22; Ps. 104, 15).

Por lo cual Nos sentimos grandísima pena cuando llega a Nuestros oídos que no pocos de Nuestros Hermanos en el Episcopado, sólo porque son verdaderos modelos del rebaño (cf. 1 *Pet.* 5, 3), y por defender fiel y enérgicamente, según su deber, el sagrado «depósito de la fe» (cf. 1 *Tim.* 6, 20) que les fué encomendado; sólo por mantener celosamente las leyes santísimas, esculpidas en los ánimos de los hombres, y por defender, siguiendo el ejemplo del supremo Pastor, la grey a ellos confiada, de los lobos rapaces, no sólo tienen que sufrir las persecuciones y vejaciones dirigidas contra ellos mismos, sino también — lo que para ellos suele ser más cruel y doloroso — las levantadas contra las ovejas puestas bajo sus cuidados, contra sus colaboradores en el apostolado, y aun contra las vírgenes consagradas a Dios. Nos, considerando tales injurias como inferidas a Nos mismo, repetimos las sublimes palabras de Nuestro Predecesor, de i. m., San Gregorio Magno: «Nuestro honor es el honor de la Iglesia Universal; Nuestro honor es la firme fortaleza de Nuestros hermanos; y entonces Nos sentimos honrados de veras, cuando a cada uno de ellos no se le niega el honor que le es debido» (cf. *Ep. ad Eulog.* 30 PL 77, 933).

c) POR RAZÓN DE LA MUTUA RELACIÓN

Mas no por esto se vaya a pensar que la Cabeza, Cristo, al estar colocada en tan elevado lugar, no necesita de la ayuda del Cuerpo. Porque también de este místico Cuerpo cabe decir lo que San Pablo afirma del organismo humano: «No puede decir... la cabeza a los pies: no necesito de vosotros» (1 *Cor.* 12, 21). Es cosa evidente que los fieles necesitan del auxilio del divino Redentor, puesto que Él mismo dijo: «Sin Mí nada podéis hacer» (*Io.* 15, 5), y, según el dicho del Apóstol, todo el crecimiento de este Cuerpo en orden a su desarrollo proviene de la Cabeza, que es Cristo (cf. *Eph.* 4, 16; *Col.* 2, 19). Con todo, ha de afirmarse, aunque parezca completamente extraño, que Cristo también necesita de sus miembros. En primer lugar, porque la persona de Cristo está representada por el Sumo Pontífice, el cual, para no sucumbir bajo la carga de su oficio pastoral, tiene que llamar a participar de sus cuidados a otros muchos, y diariamente tiene que ser ayudado por las oraciones de toda la Iglesia. Además, nuestro Salvador, como no gobierna la Iglesia de un modo visible quiere ser ayudado por los miembros de su Cuerpo místico en el desarrollo de su misión redentora. Lo cual no proviene de necesidad o insuficiencia por parte suya, sino más bien de que Él mismo así lo dispuso para la mayor honra de su Esposa inmaculada. Porque, mientras moría en la Cruz, concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de la redención, sin que ella pusiese nada de su parte; en cambio, cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancha la obra de la santificación, sino que quiere que en alguna manera provenga de ella.



Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con lo que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador.

A las razones expuestas para probar que Cristo Nuestro Señor es Cabeza de su Cuerpo social, hemos de añadir ahora otras tres, íntimamente ligadas entre sí.

#### d) POR RAZÓN DE LA SEMEJANZA

Comencemos por la mutua conformidad que existe entre la Cabeza y el Cuerpo, siendo como son de la misma naturaleza. Para lo cual es de notar que nuestra naturaleza, aunque inferior a la angélica, por la bondad de Dios supera a la de los ángeles: «Porque Cristo, como dice el Aquinate, es cabeza de los ángeles. Y por ello Cristo es superior a los ángeles, aun en cuanto a la humanidad... Además, en cuanto es hombre ilumina a los ángeles e influye en ellos. Pero en cuanto a la conformidad de la naturaleza, Cristo no es cabeza de los ángeles, porque no asumió la naturaleza angélica sino — según dice el Apóstol — el linaje de Abraham» (*Comm. in Ep. ad Eph.* cap. 1, lect. 8; *Hebr.* 2, 16-17). Y no solamente asumió Cristo nuestra naturaleza, sino que además en un cuerpo frágil, pasible y mortal se ha hecho consanguíneo nuestro. Pues si el Verbo «se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo» (*Phil.* 2, 7), lo hizo para hacer participantes de la naturaleza divina a sus hermanos según la carne (cf. *2 Pet.* 1, 4), tanto en este destierro terreno por medio de la gracia santificante, cuanto en la patria celestial por la eterna bienaventuranza. Por esto el Hijo Unigénito del Eterno Padre quiso hacerse hombre, para que nosotros fuéramos conformes a la imagen del Hijo de Dios (cf. *Rom.* 8, 29) y nos renovásemos según la imagen de aquel que nos creó (cf. *Col.* 3, 10). Por lo cual, todos los que se glorían de llevar el nombre de cristianos, no sólo han de contemplar a nuestro divino Salvador como un excelso y perfectísimo modelo de todas las virtudes, sino que, además, por el solícito cuidado de evitar los pecados y por el más esmerado empeño en ejercitar la virtud, han de reproducir de tal manera en sus costumbres la doctrina y vida de Jesucristo, que cuando apareciere el Señor sean hechos semejantes a Él en la gloria, viéndole tal como es (cf. *1 Io.* 3, 2).

Y de la misma manera que quiere Jesucristo que todos los miembros sean semejantes a Él, así quiere también que lo sea todo el Cuerpo de la Iglesia. Lo cual, en realidad, se consigue cuando ella, siguiendo las huellas de su Fundador, enseña, gobierna e inmola el divino sacrificio. Ella, además, cuando abraza los consejos evangélicos, reproduce en sí misma la pobreza, la obediencia y la virginidad del Redentor.

Ella, por las múltiples y variadas instituciones que son como adornos con que se embellece, muestra en alguna manera a Cristo, ya contemplando en el monte, ya predicando a los pueblos, ya sanando a los enfermos y convirtiendo a los pecadores; ya finalmente haciendo bien a todos. No es, pues, de maravillar que la Iglesia, mientras se halla en esta tierra, padezca persecuciones, molestias y trabajos, a ejemplo de Cristo.

e) POR RAZÓN DE LA PLENITUD

Es también Cristo Cabeza de la Iglesia, porque, al sobresalir Él por la plenitud y perfección de los dones celestiales, su Cuerpo místico recibe algo de aquella su plenitud. Porque — como notan muchos Santos Padres — así como la cabeza de nuestro cuerpo mortal está dotada de todos los sentidos, mientras que las demás partes de nuestro organismo solamente poseen el sentido del tacto, así de la misma manera todas las virtudes, todos los dones, todos los carismas que adornan a la sociedad cristiana resplandecen perfectísimamente en su Cabeza, Cristo. «Plugo [al Padre] que habitara en Él toda plenitud» (Col. 1, 19). Brillan en Él los dones sobrenaturales que acompañan a la unión hipostática: puesto que en Él habita el Espíritu Santo con tal plenitud de gracia, que no puede imaginarse otra mayor. A Él ha sido dada «potestad sobre toda carne» (cf. Io. 17, 2); en Él están abundantísimamente «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col. 2, 3). Y posee de tal modo la ciencia de la visión beatífica, que tanto en amplitud como en claridad supera a la que gozan todos los bienaventurados del Cielo. Y, finalmente, está tan lleno de gracia y santidad, que de su plenitud inexhausta todos participamos (cf. Io. 1, 14-16).

f) POR RAZÓN DEL INFLUJO

Estas palabras del discípulo predilecto de Jesús, Nos mueven a exponer la última razón por la cual se muestra de una manera especial que Cristo Nuestro Señor es la Cabeza de su Cuerpo místico. Porque así como los nervios se difunden desde la cabeza a todos nuestros miembros, dándoles la facultad de sentir y de moverse, así nuestro Salvador derrama en su Iglesia su poder y eficacia, para que con ella los fieles conozcan más claramente y más ávidamente deseen las cosas divinas. De Él se deriva al Cuerpo de la Iglesia toda la luz con que los creyentes son iluminados por Dios, y toda la gracia con que se hacen santos, como Él es santo.

*al iluminar*

Cristo ilumina a toda su Iglesia; lo cual se prueba con casi innumerables textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. «A Dios nadie jamás le vió; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer» (cf. Io 1, 18). Viniendo de

Dios como maestro (cf. *Io.* 3, 2), para dar testimonio de la verdad (cf. *Io.* 18, 37), de tal manera ilustró a la primitiva Iglesia de los Apóstoles, que el Príncipe de ellos exclamó: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (cf. *Io.* 6, 68); de tal manera asistió a los Evangelistas desde el cielo, que escribieron, como miembros de Cristo, lo que conocieron como dictándoles la Cabeza (cf. S. Aug. *De cons. evang.* 1, 35, 54 PL 34, 1070). Y aun hoy día es para nosotros, que moramos en este destierro, autor de nuestra fe, como será un día su consumidor en la patria celestial (cf. *Hebr.* 12, 2). Él infunde en los fieles la luz de la fe: Él enriquece con los dones sobrenaturales de ciencia, inteligencia y sabiduría a los Pastores y a los Doctores, y principalmente a su Vicario en la tierra, para que conserven fielmente el tesoro de la fe, lo defiendan con valentía y lo expliquen y corroboren piadosa y diligentemente; Él, por fin, aunque invisible, preside e ilumina los Concilios de la Iglesia (cf. S. Cyr. Alex. *Ep.* 55 *de Symb.* PG 77, 293).

#### *al dar la santidad*

Cristo es autor y causa de santidad. Porque no puede obrarse ningún acto saludable que no proceda de Él como de fuente sobrenatural. «Sin mí, nada podéis hacer» (cf. *Io.* 15, 5). Cuando por los pecados cometidos nos movemos a dolor y penitencia, cuando con temor filial y con esperanza nos convertimos a Dios, siempre procedemos movidos por Él. La gracia y la gloria proceden de su inexhausta plenitud. Todos los miembros de su Cuerpo místico y sobre todo los más importantes reciben del Salvador dones constantes de consejo, fortaleza, temor y piedad, a fin de que todo el cuerpo aumente cada día más en integridad y en santidad de vida. Y cuando los Sacramentos de la Iglesia se administran con rito externo, Él es quien produce el efecto interior en las almas (cf. S. Thom. 3.<sup>a</sup>, 64, 3). Y asimismo Él es quien, alimentando a los redimidos con su propia carne y sangre, apacigua los desordenados y turbulentos movimientos del alma; Él es el que aumenta las gracias y prepara la gloria a las almas y a los cuerpos. Y estos tesoros de su divina bondad los distribuye a los miembros de su Cuerpo místico, no sólo por el hecho de que los implora como hostia eucarística en la tierra y glorificada en el Cielo, mostrando sus llagas y elevando oraciones al Eterno Padre, sino también porque escoge, determina y distribuye a cada uno las gracias peculiares, «según la medida de la donación de Cristo» (*Eph.* 4, 7). De donde se sigue que, recibiendo fuerza del divino Redentor, como de manantial primario, «todo el cuerpo trabado y concertado entre sí recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo, para su perfección, mediante la caridad» (*Eph.* 4, 16; cf. *Col.* 2, 19).

### Cristo es el «Sustentador» del Cuerpo

Lo que acabamos de exponer, Venerables Hermanos, explanando breve y concisamente la manera como quiere Cristo Nuestro Señor que de su divina plenitud afluyan sus abundantes dones a toda la Iglesia a fin de que ésta se le asemeje en cuanto es posible, sirve no poco para explicar la tercera razón con la que se demuestra que el Cuerpo social de la Iglesia se honra con el nombre de Cristo; la cual consiste en el hecho de que nuestro Salvador sustenta, Él mismo, de manera divina a la sociedad por Él fundada.

Como sutil y agudamente advierte Belarmino (cf. *De Rom. Pont.* 1, 9; *De Conc.* 2, 19), este nombre de Cuerpo de Cristo no solamente proviene del hecho de que Cristo debe ser considerado Cabeza de su Cuerpo místico, sino también de que así sustenta a su Iglesia, y así vive en cierta manera en ella, que ésta subsiste casi como una segunda persona de Cristo. Lo cual, ciertamente, lo afirma el Doctor de las Gentes escribiendo a los Corintios, cuando sin más aditamento llama «Cristo» a la Iglesia (cf. 1 *Cor.* 12, 12), imitando en ello al divino Maestro que a aquel que perseguía a la Iglesia le habló de esta manera: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (cf. *Act.* 9, 4; 22, 7; 26, 14). Más aún, si creemos al Niseno, el Apóstol con frecuencia llamó «Cristo» a la Iglesia (cf. S. Greg. Nyss. *De vita Moysis* PG 44, 385); y no ignoráis, Venerables Hermanos, aquel dicho de San Agustín: «Cristo predica a Cristo» (cf. *Serm.* 354, 1 PL 39, 1563).

#### a) POR SU MISIÓN JURÍDICA

Sin embargo, tan excelso nombre no se ha de entender como si aquel vínculo inefable, por el que el Hijo de Dios asumió una concreta naturaleza humana, se hubiera de extender a la Iglesia universal; sino que significa cómo nuestro Salvador de tal manera comunica a su Iglesia los bienes que le son propios, que la Iglesia, en todos los órdenes de su vida, tanto visible como invisible, reproduce en sí lo más perfectamente posible la imagen de Cristo. Porque por la misión jurídica, con la que el divino Redentor envió a los Apóstoles al mundo, como Él mismo había sido enviado por el Padre (cf. *Io.* 17, 18 et 20, 21), Él es quien por la Iglesia bautiza, enseña, gobierna, desata, liga, ofrece, sacrifica.

#### b) POR EL ESPÍRITU DE CRISTO

Y por aquel don más elevado, interior y verdaderamente sublime, de que arriba hablamos, describiendo cómo influye la Cabeza en los miembros, Cristo Nuestro Señor hace que la Iglesia viva de su misma vida divina, da vida a todo el Cuerpo con su virtud infinita, y alimenta y sustenta a cada uno de los miembros, según el lugar que en el Cuerpo

ocupan, como la vid, si a ella están unidos, nutre sus sarmientos y hace que fructifiquen (cf. *Leo XIII Sapientiae christianae*: A. S. S. 22, 392; *Satis cognitum*: ibid. 88, 710).

Y si consideramos atentamente este principio de vida y de virtud dado por Cristo, en cuanto constituye la fuente misma de todo don y de toda gracia creada, entenderemos fácilmente que no es otro sino el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y que de una manera peculiar se llama «Espíritu de Cristo o Espíritu del Hijo» (*Rom.* 8, 9; *2 Cor.* 3, 17; *Gal.* 4, 6). Por obra de este Espíritu de gracia y de verdad el Hijo de Dios adornó su alma en el seno inmaculado de la Virgen; este Espíritu tiene sus delicias en habitar en el alma bienaventurada del Redentor como en su amadísimo templo; este Espíritu nos lo mereció Cristo con su sangre derramada en la Cruz; este Espíritu, finalmente, alentado sobre sus Apóstoles, lo concedió a la Iglesia para la remisión de los pecados (cf. *Io.* 20, 22); y mientras sólo Cristo recibió este Espíritu sin medida (cf. *Io.* 3, 34), a los miembros de su Cuerpo místico se les da de la plenitud de Cristo, sólo en la medida de la donación del mismo Cristo (cf. *Eph.* 1, 8; 4, 7). Y después que Cristo fué glorificado en la Cruz, su Espíritu se comunica a la Iglesia con una efusión abundantísima, a fin de que Ella y cada uno de sus miembros se asemejen cada día más a nuestro divino Salvador. El Espíritu de Cristo es el que nos hizo hijos adoptivos de Dios (cf. *Rom.* 8, 14-17; *Gal.* 4, 6-7), para que algún día «todos nosotros, contemplando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, nos transformemos en la misma imagen suya, de gloria en gloria» (cf. *2 Cor.* 3, 18).

#### c) PORQUE ES EL ALMA DEL CUERPO MÍSTICO

A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto entre sí, como con su excelsa Cabeza, estando como está todo en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros; en los cuales está presente, asistiéndoles de muchas maneras y según sus diversos cargos y oficios, según el mayor o menor grado de perfección espiritual de que gozan. Él, con su celestial hálito de vida, ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo místico. Él, aunque se halle presente por sí mismo en todos los miembros y en ellos obre con su divino influjo, se sirve del ministerio de los superiores para actuar en los inferiores. Él, finalmente, mientras engendra cada día nuevos miembros a la Iglesia con la acción de su gracia, rehusa habitar con la gracia santificante en los miembros totalmente separados del Cuerpo. Presencia y operación del Espíritu de Cristo, que significó breve y concisamente Nuestro sapientísimo Predecesor León XIII, de i. m., en su encíclica *Divinum illud*.

con estas palabras: «Baste afirmar esto: que mientras Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma» (A. S. S. 29, 650).

Pero si consideramos esta virtud y fuerza vital, con la que toda la comunidad cristiana es sustentada por su Fundador, no ya en sí misma, sino en los efectos creados que de ella nacen, veremos que consiste en los dones celestiales que nuestro Redentor concede a la Iglesia juntamente con su Espíritu y produce a una con este mismo dador de la luz sobrenatural y autor de la santidad. Así que la Iglesia, lo mismo que todos sus santos miembros, pueden hacer suya esta sublime frase del Apóstol: «Y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (Gal. 2, 20).

### Cristo es el «Salvador» del Cuerpo

Nuestra exposición en torno a la «Cabeza mística» (cf. S. Ambros. *De Elia et ieiunio* 10, 36-37 et *In Ps.* 118 *Serm.* 20, 2 PL 14, 710 et 15, 1483) quedaría incompleta, si no tratáramos, siquiera brevemente, de aquel texto del Apóstol: «Cristo es la Cabeza de la Iglesia: Él es el Salvador de su Cuerpo» (Eph. 5, 23). Porque con estas palabras se indica su última razón por la que el Cuerpo de la Iglesia se honra con el nombre de Cristo, a saber: que Cristo es el Salvador divino de este Cuerpo. Él, con toda justicia, fué llamado por los samaritanos «Salvador del mundo» (Io. 4, 42); más aún, sin ninguna vacilación debe ser llamado «Salvador de todos», aunque con San Pablo hay que añadir: «mayormente de los fieles» (cf. 1 Tim. 4, 10). Es decir, que con preferencia sobre los demás adquirió con su sangre aquellos sus miembros que constituyen la Iglesia (Act. 20, 28). Pero, habiendo expuesto ya estas cosas cuando anteriormente hemos tratado del nacimiento de la Iglesia en la Cruz, de Cristo dador de la luz y causa de la santidad, y del mismo, como sustentador de su Cuerpo místico, no hay por qué las explanemos más largamente, sino más bien meditémoslas con ánimo humilde y atento, dando gracias incessantes a Dios. Y lo que nuestro Salvador incoó un día, cuando estaba pendiente de la Cruz, no deja de hacerlo constantemente y sin interrupción en la patria bienaventurada: «Nuestra Cabeza — dice San Agustín — intercede por nosotros: a unos miembros los recibe, a otros los azota, a unos los limpia, a otros los consuela, a otros los crea, a otros los llama, a otros los vuelve a llamar, a otros los corrige, a otros los reintegra» (Enarr. in Ps. 85, 5 PL 37, 1085). Y a Cristo debemos prestar ayuda en esta obra salvadora nosotros todos, pues «de uno mismo y por uno mismo recibimos la salvación y la damos» (S. Clem. Alex. *Strom.* 7, 2 PG 9, 413).

## LA IGLESIA ES EL CUERPO DE CRISTO «MÍSTICO»

Pasemos ya, Venerables Hermanos, a explicar y poner en su luz cómo ha de ser llamado místico el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Este calificativo, empleado ya por muchos escritores de la Edad Antigua, se ve confirmado por no pocos documentos de Sumos Pontífices. Y no hay sólo un motivo para usar aquel término, pues por una parte Él hace que el cuerpo social de la Iglesia, cuya Cabeza y rector es Cristo, se pueda distinguir de su Cuerpo físico, que, nacido de la Virgen Madre de Dios, está sentado ahora a la diestra del Padre y se oculta bajo los velos eucarísticos; y por otra parte, hace que se le pueda distinguir — cosa importante, dados los errores modernos — de todo cuerpo natural, físico o moral.

**Cuerpo místico y cuerpo físico**

Porque mientras en un cuerpo natural el principio de unidad traba las partes, de suerte que éstas se ven privadas de la subsistencia propia, en el Cuerpo místico, por lo contrario, la fuerza que opera la recíproca unión, aunque íntima, junta entre sí los miembros de tal modo que cada uno disfruta plenamente de su propia personalidad. Añádase a esto que, si consideramos las mutuas relaciones entre el todo y los diversos miembros, en todo cuerpo físico vivo todos los miembros tienen como fin supremo solamente el provecho de todo el conjunto, mientras que todo organismo social de hombres, si se atiende a su fin último, está ordenado en definitiva al bien de todos y cada uno de los miembros, dada su cualidad de personas. Así que — volviendo a nuestro asunto — como el Hijo del Eterno Padre bajó del Cielo para la salvación perdurable de todos nosotros, del mismo modo fundó y enriqueció con el Espíritu divino al Cuerpo de la Iglesia para procurar y obtener la felicidad de las almas inmortales, conforme a aquello del Apóstol: «Todo es vuestro y vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios» (1 Cor. 3, 23; Pius XI *Divini Redemptoris*: A. S. S. 1937, 80). Porque la Iglesia, fundada para el bien de los fieles, tiene como destino la gloria de Dios y del que Él envió, Jesucristo.

**Cuerpo místico y cuerpo puramente moral**

Y si comparamos el Cuerpo místico con el moral, entonces observaremos que la diferencia existente entre ambos es no pequeña, sino de suma importancia y trascendencia. Porque en el cuerpo que llamamos moral el principio de unidad no es sino el fin común y la cooperación común de todos a un mismo fin por medio de la autoridad social; mientras que en el Cuerpo místico, de que tratamos, a esta cooperación se añade otro principio interno que, existiendo de hecho y actuando

en toda la contextura y en cada una de sus partes, es de tal excelencia que por sí mismo sobrepuja inmensamente a todos los vínculos de unidad que sirven para la trabazón del cuerpo físico y moral. Es éste, como dijimos arriba, un principio no de orden natural, sino sobrenatural, más aún, absolutamente infinito e increado en sí mismo, a saber, el Espíritu divino, quien, como dice el Angélico, «siendo uno y el mismo numéricamente, llena y une a toda la Iglesia» (*De veritate* 29, 4 c.).

El justo sentido de esta palabra nos recuerda, según eso, cómo la Iglesia, que ha de ser tenida por una sociedad perfecta en su género, no se compone sólo de elementos y constitutivos sociales y jurídicos. Es ella muy superior a todas las demás sociedades humanas (cf. Leo XIII *Sapientiae christianae*: A. S. S. 22, 392), a las cuales supera como la gracia sobrepuja a la naturaleza y como lo inmortal aventaja a todas las cosas perecederas (cf. Leo XIII *Satis cognitum*: A. S. S. 28, 724). Y no es que se haya de menospreciar ni tener en poco estas otras comunidades. y sobre todo la sociedad civil; sin embargo, no está toda la Iglesia en el orden de estas cosas, como no está todo el hombre en la contextura material de nuestro cuerpo mortal. (cf. Leo XIII *Satis cognitum*: A. S. S. 28, 710). Pues, aunque las relaciones jurídicas, en las que también estriba y se establece la Iglesia, proceden de la constitución divina dada por Cristo y contribuyen al logro del fin supremo, con todo, lo que eleva a la sociedad cristiana a un grado que está por encima de todos los órdenes de la naturaleza es el Espíritu de nuestro Redentor, que, como manantial de todas las gracias, dones y carismas, llena constante e íntimamente a la Iglesia y obra en ella. Porque, así como el organismo de nuestro cuerpo mortal, aun siendo obra maravillosa del Creador, dista muchísimo de la excelsa dignidad de nuestra alma. así la estructura de la sociedad cristiana, aunque está pregonando la sabiduría de su divino Arquitecto, es, sin embargo, una cosa de orden inferior si se la compara, ya con los dones espirituales que la engalanan y vivifican, ya con su manantial divino.

### La Iglesia jurídica y la Iglesia de la Caridad

De cuanto venimos escribiendo y explicando, Venerables Hermanos, se deduce absolutamente el grave error de los que a su arbitrio se forjan una Iglesia latente e invisible, así como el de los que la tienen por una institución humana dotada de una cierta norma de disciplina y de ritos externos, pero sin la comunicación de una vida sobrenatural (cf. Leo XIII *Satis cognitum*: A. S. S. 28, 710). Por lo contrario, a la manera que Cristo, Cabeza y dechado de la Iglesia, «no es comprendido íntegramente, si en Él se considera sólo la naturaleza humana visible... o sólo la divina e invisible naturaleza..., sino que es uno solo con ambas y en ambas naturalezas...; así también acontece en



su Cuerpo místico» (cf. Leo XIII *Satis cognitum*: A. S. S. 28, 710), toda vez que el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana pasible para que el hombre, una vez fundada una sociedad visible y consagrada con sangre divina, «fuera llevado por un gobierno visible a las cosas invisibles» (S. Thom. *De veritate* 29, 4 ad 3).

Por lo cual lamentamos y reprobamos asimismo el funesto error de los que sueñan con una Iglesia *ideal*, a manera de sociedad alimentada y formada por la caridad, a la que — no sin desdén — oponen otra que llaman *jurídica*. Pero se engañan al introducir semejante distinción; pues no entienden que el divino Redentor por este mismo motivo quiso que la comunidad por Él fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales: para perpetuar en este mundo la obra divina de la redención (Conc. Vat. Sess. 4 *Const. dogm. de Eccl. prol.*). Y para lograr este mismo fin, procuró que estuviera enriquecida con celestiales dones y gracias por el Espíritu Paráclito. El Eterno Padre la quiso, ciertamente, como «reino del Hijo de su amor» (Col. 1, 13); pero un verdadero reino, en el que todos sus fieles le rindiesen pleno homenaje de su entendimiento y voluntad (Conc. Vat. Sess. 3 *Const. de fide cath.* cap. 3), y con ánimo humilde y obediente se asemejasen a Aquel que por nosotros «se hizo obediente hasta la muerte» (Phil. 2, 8). No puede haber, por consiguiente, ninguna verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico que los Pastores y Doctores han recibido de Cristo, pues estas dos realidades — como en nosotros el cuerpo y el alma — se completan y perfeccionan mutuamente y proceden del mismo Salvador nuestro, quien no sólo dijo al infundir el soplo divino: «Recibid el Espíritu Santo» (Io. 20-22), sino también imperó con expresión clara: «Como me envió el Padre, así os envío yo» (Io. 20, 21), y asimismo: «El que a vosotros oye, a Mí me oye» (Luc. 10, 16).

Y si en la Iglesia se descubre algo que arguye la debilidad de nuestra condición humana, ello no debe atribuirse a su constitución jurídica, sino más bien a la deplorable inclinación de los individuos al mal; inclinación, que su divino Fundador permite aun en los más altos miembros del Cuerpo místico, para que se pruebe la virtud de las ovejas y de los Pastores y para que en todos aumenten los méritos de la fe cristiana. Porque Cristo, como dijimos arriba, no quiso excluir a los pecadores de la sociedad por Él formada; si, por lo tanto, algunos miembros están aquejados de enfermedades espirituales, no por ello hay razón para disminuir nuestro amor a la Iglesia, sino más bien para aumentar nuestra compasión hacia sus miembros.

Y, ciertamente, esta piadosa Madre brilla sin mancha alguna en los sacramentos, con los que engendra y alimenta a sus hijos; en la fe, que en todo tiempo conserva incontaminada; en las santísimas leyes, con que a todos manda y en los consejos evangélicos, con que amo-

nesta; y, finalmente, en los celestiales dones y carismas con los que, inagotable en su fecundidad (cf. Conc. Vat. Sess. 3 *Const. de fide cath.* cap. 3), da a luz incontables ejércitos de mártires, vírgenes y confesores. Y no se le puede imputar a ella si algunos de sus miembros yacen postrados, enfermos o heridos, en cuyo nombre pide ella a Dios todos los días: «Perdónanos nuestras deudas», y a cuyo cuidado espiritual se aplica sin descanso con ánimo maternal y esforzado.

De modo que, cuando llamamos *místico* al Cuerpo de Jesucristo, el mismo significado de la palabra nos amonesta gravemente, amonestación que en cierta manera resuena en aquellas palabras de San León: «Conoce, oh cristiano, tu dignidad, y, una vez hecho participante de la naturaleza divina, no quieras volver a la antigua vileza con tu conducta degenerada. Acuérdate de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro» (*Serm.* 21, 3 PL 54, 192-193).

## PARTE SEGUNDA

### LA UNIÓN DE LOS FIELES CON CRISTO

Plácenos ahora, Venerables Hermanos, tratar muy de propósito de nuestra unión con Cristo en el Cuerpo de la Iglesia, que si — como con toda razón afirma San Agustín (cf. S. Aug. *Contra Faust.* 21, 2 PL 42, 392) — es cosa grande, misteriosa y divina, por eso mismo sucede con frecuencia que algunos la entienden y explican desacertadamente. Y, ante todo, es evidente que se trata de una unión estrechísima. Y así es como, en la Sagrada Escritura, se la coteja con el vínculo del santo matrimonio y se la compara con la unidad vital de los sarmientos y la vid y la del organismo de nuestro cuerpo (cf. *Eph.* 5, 22-23; *Io.* 15, 1-5; *Eph.* 4, 16); y en los mismos libros inspirados se la presenta tan íntima que antiquísimos documentos, constantemente transmitidos por los Santos Padres y fundados en aquello del Apóstol: «El mismo [Cristo] es la cabeza de la Iglesia» (*Col.* 1, 18), enseñan que el Redentor divino constituye con su Cuerpo social una sola persona mística, o, como dice San Agustín, «el Cristo íntegro» (cf. *Enarr. in Ps.* 17, 51 et 90, 2, 1 PL 36, 154 et 37, 1159). Más aún, nuestro mismo Salvador, en su oración sacerdotal, no dudó en comparar esta unión con aquella admirable unidad por la que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo (*Io.* 17, 21-23).

#### Vínculos jurídicos y sociales

Nuestra trabazón en Cristo y con Cristo consiste, en primer lugar, en que, siendo la muchedumbre cristiana por voluntad de su Funda-

dor un Cuerpo social y perfecto, ha de haber una unión de todos sus miembros por lo mismo que todos tienden a un mismo fin. Y cuanto más noble es el fin que persigue esta unión y más divina la fuente de que brota, tanto más excelente será sin duda su unidad. Ahora bien; el fin es altísimo: la continua santificación de los miembros del mismo Cuerpo para gloria de Dios y del Cordero que fué sacrificado (*Apoc.* 5, 12-13). Y la fuente es divinísima, a saber, no sólo el beneplácito del Eterno Padre y la solícita voluntad de nuestro Salvador, sino también el interno soplo e impulso del Espíritu Santo en nuestras mentes y en nuestras almas. Porque si ni siquiera un mínimo acto que lleve a la salvación puede ser realizado sino en virtud del Espíritu Santo, ¿cómo podrán tender innumerables muchedumbres de todas las naciones y pueblos de común acuerdo a la mayor gloria de Dios trino y uno, sino por virtud de Aquel que procede del Padre y del Hijo por un solo y eterno hálito de amor?

Por otra parte, debiendo ser este Cuerpo social de Cristo, como dijimos arriba, visible por voluntad de su Fundador, es menester que semejante unión de todos los miembros se manifieste también exteriormente, ya en la profesión de una misma fe, ya en la comunicación de unos mismos sacramentos, así en la participación de un mismo sacrificio como, finalmente, en la activa observancia de unas mismas leyes. Y, además, es absolutamente necesario que esté visible a los ojos de todos la Cabeza suprema que guíe eficazmente, para obtener el fin que se pretende, la mutua cooperación de todos: nos referimos al Vicario de Jesucristo en la tierra. Porque así como el divino Redentor envió al Espíritu Paráclito de verdad para que, haciendo sus veces (cf. *Io.* 14, 16 et 26), asumiera el gobierno invisible de la Iglesia, así también encargó a Pedro y a sus sucesores que, haciendo sus veces en la tierra, desempeñaran también el régimen visible de la sociedad cristiana.

### Virtudes teológicas

A estos vínculos jurídicos, que ya por sí solos bastan para superar a todos los otros vínculos de cualquiera sociedad humana por elevada que sea, es necesario añadir otro motivo de unidad por razón de aquellas tres virtudes que tan estrechamente nos juntan uno a otro y con Dios, a saber: la fe, la esperanza y la caridad cristiana.

Pues, como enseña el Apóstol, «uno es el Señor, una la fe» (*Eph.* 4, 5), es decir, la fe con la que nos adherimos a un solo Dios y al que Él envió, Jesucristo (cf. *Io.* 17, 3). Y cuán íntimamente nos une esta fe con Dios, nos lo enseñan las palabras del discípulo predilecto de Jesús: «Quienquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios» (1 *Io.* 4, 15). Y no es menos lo que esta fe cristiana nos une mutuamente y con la divina Cabeza. Porque cuantos somos creyentes «teniendo... el mismo espíritu de fe» (2 *Cor.* 4, 13), nos

alumbramos con la misma luz de Cristo, nos alimentamos con el mismo manjar de Cristo y somos gobernados por la misma autoridad y magisterio de Cristo. Y si en todos florece el mismo espíritu de fe, vivimos todos también la misma vida «en la fe del Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros» (cf. *Gal.* 2, 20); y Cristo, Cabeza nuestra, acogido por nosotros y morando en nuestros corazones por la fe viva (cf. *Eph.* 3, 17), así como es el autor de nuestra fe, así también será su consumidor (cf. *Hebr.* 12, 2).

Si por la fe nos adherimos a Dios en esta tierra como a fuente de verdad, por la virtud de la esperanza cristiana lo deseamos como a manantial de felicidad, «aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios» (*Tit.* 2, 13). Y por aquel anhelo común del Reino celestial, que nos hace renunciar aquí a una ciudadanía permanente para buscar la futura (cf. *Hebr.* 13, 14) y aspirar a la gloria celestial, no dudó el Apóstol de las Gentes en decir: «Un Cuerpo y un Espíritu, como habéis sido llamados a una misma esperanza de vuestra vocación» (*Eph.* 4, 4); más aún, Cristo reside en nosotros como esperanza de gloria (cf. *Col.* 1, 27).

Pero si los lazos de la fe y esperanza que nos unen a nuestro divino Redentor en su Cuerpo místico son de gran firmeza e importancia, no son de menor valor y eficacia los vínculos de la caridad. Porque si, aun en las cosas naturales, el amor, que engendra la verdadera amistad, es de lo más excelente, ¿qué diremos de aquel amor celestial que el mismo Dios infunde en nuestras almas? «Dios es caridad y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él» (1 *Io.* 4, 16). En virtud, por decirlo así, de una ley establecida por Dios, esta caridad hace que al amarle nosotros le hagamos descender amoroso, conforme a aquello: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y pondremos a él y pondremos en él nuestra morada» (*Io.* 14, 23). La caridad, por consiguiente, es la virtud que — más estrechamente que toda otra virtud — nos une con Cristo, en cuyo celestial amor abrasados tantos hijos de la Iglesia se alegraron al sufrir iniurias por Él y soportarlo y superarlo todo, aun lo más arduo, hasta el último aliento y hasta derramar su sangre. Por lo cual nuestro divino Salvador nos exhorta encarecidamente con estas palabras: *Permaneced en mi amor*. Y como quiera que la caridad es una cosa estéril y completamente vana si no se manifiesta y actúa en las buenas obras, por eso añadió en seguida: «Si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo mismo he observado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (*Io.* 15, 9-10).

### Amor al prójimo

Pero es menester que a este amor a Dios y a Cristo corresponda la caridad para con el prójimo. Porque, ¿cómo podremos asegurar que

amamos a nuestro divino Redentor, si odiamos a los que él redimió con su preciosa sangre para hacerlos miembros de su Cuerpo místico? Por eso el Apóstol predilecto de Cristo nos amonesta así: «Si alguno dijere que ama a Dios mientras odia a su hermano, es mentiroso. Porque quien no ama a su hermano, a quien tiene ante los ojos, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve? Y este mandato hemos recibido de Dios: que quien ame a Dios, ame también a su hermano» (1 *Io.* 4, 20-21). Más aún: se debe afirmar que estaremos tanto más unidos con Dios y con Cristo, cuanto más seamos miembros uno de otro» (*Rom.* 12, 5) y más solícitos recíprocamente (1 *Cor.* 12, 25); como, por otra parte, tanto más unidos y estrechados estaremos por la caridad cuanto más encendido sea el amor que nos junte a Dios y a nuestra divina Cabeza.

**Cristo nos ama con un conocimiento infinito  
y con un amor eterno**

Ya antes del principio del mundo el Unigénito Hijo de Dios nos abrazó con su eterno e infinito conocimiento y con su amor perpetuo. Y, para manifestarnos éste de un modo visible y admirable, unió a sí nuestra naturaleza con unión hipostática, en virtud de la cual — advierte Máximo de Turín con su candorosa sencillez — «en Cristo nos ama nuestra carne» (*Serm.* 29 PL 57, 594).

Mas aquel amorosísimo conocimiento, que desde el primer momento de su Encarnación tuvo de nosotros el Redentor divino, está por encima de todo el alcance escrutador de la mente humana, porque, en virtud de aquella visión beatífica de que disfrutó apenas recibido en el seno de la madre divina, tiene siempre y continuamente presentes a todos los miembros del Cuerpo místico y los abraza con su amor salvífico. ¡Oh admirable dignación de la piedad divina para con nosotros! ¡Oh inapreciable orden de la caridad infinita! En el pesebre, en la Cruz, en la gloria eterna del Padre, Cristo ve ante sus ojos y tiene a sí unidos a todos los miembros de la Iglesia con mucha más claridad y mucho más amor que una madre conoce y ama al hijo que lleva en su regazo, que cualquiera se conoce y ama a sí mismo.

**La Iglesia «plenitud» de Cristo**

De lo dicho se ve fácilmente, Venerables Hermanos, por qué escribe tantas veces San Pablo que Cristo está en nosotros y nosotros en Cristo. Lo cual ciertamente lo confirma con una razón más profunda. Porque, como expusimos antes con suficiente amplitud, Cristo está en nosotros por su Espíritu, el cual nos comunica, y por el que de tal suerte obra en nosotros, que todas las cosas divinas llevadas a cabo por el Espíritu Santo en las almas, se han de decir también realizadas por Cristo (cf. S. Thom. *Comm. in Ep. ad Eph.* cap. 2,

lect. 5). «Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo—dice el Apóstol—, éste no es de Él; pero si Cristo está en vosotros..., el espíritu vive en virtud de la justificación» (*Rom.* 8, 9-10).

Esta misma comunicación del Espíritu de Cristo hace que, al derivarse a todos los miembros de la Iglesia todos los dones, virtudes y carismas que con la máxima excelencia, abundancia y eficacia encierra la Cabeza, y al perfeccionarse en ellos día por día según el sitio que ocupan en el Cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia viene a ser como la plenitud y el complemento del Redentor; y Cristo viene en cierto modo a completarse del todo en la Iglesia (cf. *S. Thom. Comm. in Ep. ad Eph.* cap. 1 lect. 8). Con las cuales palabras hemos tocado la misma razón por la cual, según la ya indicada doctrina de San Agustín, la Cabeza mística, que es Cristo, y la Iglesia, que en esta tierra hace sus veces, como un segundo Cristo, constituyen un solo hombre nuevo, en el que se juntan cielo y tierra para perpetuar la obra salvífica de la Cruz; este hombre nuevo es Cristo, Cabeza y Cuerpo, el Cristo íntegro.

### La inhabitación del Espíritu Santo

No ignoramos, ciertamente, que para la inteligencia y explicación de esta recóndita doctrina — que se refiere a nuestra unión con el divino Redentor y de modo especial a la inhabitación del Espíritu Santo en nuestras almas — se interponen muchos velos, en los que la misma doctrina queda como envuelta por cierta oscuridad, supuesta la debilidad de nuestra mente. Pero sabemos que de la recta y asidua investigación de esta cuestión, así como del contraste de las diversas opiniones y de la coincidencia de pareceres, cuando el amor de la verdad y el rendimiento debido a la Iglesia guían el estudio, brotan y se desprenden preciosos rayos con los que se logra un adelanto real también en estas disciplinas sagradas. No censuramos, por lo tanto, a los que usan diversos métodos para penetrar e ilustrar tan profundo misterio de nuestra admirable unión con Cristo. Pero todos tengan por norma general e inconcusa, si no quieren apartarse de la genuina doctrina y del verdadero magisterio de la Iglesia, la siguiente: han de rechazar, tratándose de esta unión mística, toda forma que haga a los fieles traspasar de cualquier modo el orden de las cosas creadas e invadir erróneamente lo divino, sin que ni un solo atributo, propio del sempiterno Dios, pueda atribuírsele como propio. Y, además, sostengan firmemente y con toda certeza que en estas cosas todo es común a la Santísima Trinidad, puesto que todo se refiere a Dios como a suprema causa eficiente.

También es necesario que adviertan que aquí se trata de un misterio *oculto*, el cual, mientras estemos en este destierro terrenal, de ningún modo se podrá penetrar con plena claridad ni expresarse con lengua humana. Se dice que las divinas Personas habitan en cuanto

que, estando presentes de una manera inescrutable en las almas creadas dotadas de entendimiento, entran en relación con ellas por el conocimiento y el amor (cf. S. Thom. 1.<sup>a</sup> 48, 8), aunque completamente íntimo y singular, absolutamente sobrenatural. Para aproximarnos un tanto a comprender esto hemos de usar el método que el Concilio Vaticano (Sess. 8 *Const. de fide cath.* cap. 4) recomienda mucho en estas materias: esto es, que si se procura obtener luz para conocer un tanto los arcanos de Dios, se consigue comparando los mismos entre sí y con el fin último al que están enderezados. Oportunamente, según eso, al hablar Nuestro sapientísimo Antecesor León XIII, de f. m., de esta nuestra unión con Cristo y del divino Paráclito que en nosotros habita, tiende sus ojos a aquella visión beatífica por la que esta misma trabazón mística obtendrá algún día en los cielos su cumplimiento y perfección, y dice: «Esta admirable unión, que con nombre propio se llama inhabitación, difiere sólo en la condición o estado [viadores, en la tierra] de aquella con que Dios abraza a los del cielo, beatificándolos» (cf. *Divinum illud*: A. S. S. 29, 658). Con la cual visión será posible, de una manera absolutamente inefable, contemplar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con los ojos de la mente, elevados por luz superior; asistir de cerca por toda la eternidad a las procesiones de las personas divinas y ser feliz con un gozo muy semejante al que hace feliz a la santísima e indivisa Trinidad.

Lo que llevamos expuesto de esta estrechísima unión del Cuerpo místico de Jesucristo con su Cabeza, Nos parecería incompleto si no añadiéramos aquí algo cuando menos acerca de la Santísima Eucaristía, que lleva esta unión como a su cumbre en esta vida mortal.

### La Eucaristía, signo de unidad

Quiso Cristo Nuestro Señor que esta admirable y nunca bastante alabada unión, por la que nos juntamos entre nosotros y con nuestra divina Cabeza, se manifestara a los fieles de un modo singular por medio del Sacrificio Eucarístico. Porque en él los ministros sagrados hacen las veces no sólo de nuestro Salvador, sino también del Cuerpo místico y de cada uno de los fieles; y en él también los mismos fieles reunidos en comunes deseos y oraciones, ofrecen al Eterno Padre por las manos del sacerdote el Cordero sin mancha hecho presente en el altar a la sola voz del mismo sacerdote, como hostia agradabilísima de alabanza y propiciación por las necesidades de toda la Iglesia. Y así como el Divino Redentor, al morir en la Cruz, se ofreció a sí mismo, al Eterno Padre, como Cabeza de todo el género humano, así también «en esta oblación pura» (*Mal.* 1, 11), no solamente se ofrece al Padre Celestial como Cabeza de la Iglesia, sino que ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a todos ellos, aun a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón.

El sacramento de la Eucaristía, además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia — puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan, para formar una sola cosa (cf. *Didache* 9, 4) — nos da al mismo autor de la gracia sobrenatural, para que tomemos de él aquel Espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida, sino la de Cristo y amar al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social.

Si, pues, en las tristísimas circunstancias que hoy nos acongojan son muy numerosos los que tienen tal devoción a Cristo Nuestro Señor, oculto bajo los velos eucarísticos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada los pueden separar de su caridad (cf. *Rom.* 8, 35), ciertamente en este caso la sagrada Comunión, que no sin un designio de la divina Providencia ha vuelto a recibirse en estos últimos tiempos con mayor frecuencia, ya desde la niñez, llegará a ser fuente de aquella fortaleza que no rara vez suscita y forja verdaderos héroes cristianos.

## PARTE TERCERA

### EXHORTACIÓN PASTORAL

#### ERRORES DE LA VIDA ASCÉTICA

Esto es, Venerables Hermanos, lo que piadosa y rectamente entendido y diligentemente mantenido por los fieles, les podrá librar más fácilmente de aquellos errores que provienen de haber emprendido algunos arbitrariamente el estudio de esta difícil cuestión no sin gran riesgo de la fe católica y perturbación de los ánimos.

#### Falso «misticismo»

Porque no faltan quienes — no advirtiéndolo bastante que el apóstol Pablo habló de esta materia sólo metafóricamente, y no distinguiendo suficientemente, como conviene, los significados propios y peculiares de cuerpo físico, moral y místico —, fingen una unidad falsa y equivocada, juntando y reuniendo en una misma persona física al divino Redentor con los miembros de la Iglesia y, mientras atribuyen a los hombres propiedades divinas, hacen a Cristo Nuestro Señor sujeto a los errores y a las debilidades humanas. Esta doctrina falaz, en pugna completa con la fe católica y con los preceptos de los Santos Padres, es también abiertamente contraria a la mente y al pensamiento del Apóstol, quien aun uniéndolo entre sí con admirable trabazón a



Cristo y su Cuerpo místico, los opone uno a otro como el Esposo a la Esposa (cf. *Eph.* 5, 22-23).

### Falso «quietismo»

Ni está menos alejado de la verdad el peligroso error de los que pretenden deducir de nuestra unión mística con Cristo una especie de *quietismo* disparatado, que atribuye únicamente a la acción del Espíritu divino toda la vida espiritual del cristiano y su progreso en la virtud, excluyendo — por lo tanto — y despreciando la cooperación y ayuda que nosotros debemos prestarle. Nadie, en verdad, podrá negar que el Santo Espíritu de Jesucristo es el único manantial del que proviene a la Iglesia y sus miembros toda virtud sobrenatural. Porque, como dice el Salmista, «la gracia y la gloria la dará el Señor» (*Ps.* 83,12). Sin embargo, el que los hombres perseveren constantes en sus santas obras, el que aprovechen con fervor en gracia y en virtud, el que no sólo tiendan con esfuerzo a la cima de la perfección cristiana sino que estimulen también en lo posible a los otros a conseguirla, todo esto el Espíritu celestial no lo quiere obrar sin que los mismos hombres pongan su parte con diligencia activa y cotidiana. «Porque los beneficios divinos — dice San Ambrosio — no se otorgan a los que duermen, sino a los que velan» (*Expos. Evang. sec. Lucam* 4, 49 PL 15, 1626). Que si en nuestro cuerpo mortal los miembros adquieren fuerza y vigor con el ejercicio constante, con mayor razón sucederá eso en el Cuerpo social de Jesucristo, en el que cada uno de los miembros goza de propia libertad, conciencia e iniciativa. Por eso quien dijo «Y yo vivo, o más bien yo no soy el que vivo: sino que Cristo vive en mí» (*Gal.* 2, 20), no dudó en afirmar: «la gracia suya [es decir, de Dios] no estuvo baldía en mí, sino que trabajé más que todos aquéllos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (*1 Cor.* 15, 10). Es, pues, del todo evidente que con estas engañosas doctrinas el misterio de que tratamos, lejos de ser de provecho espiritual para los fieles, se convierte miserablemente en su ruina.

### Errores sobre la confesión sacramental y la oración

Esto mismo sucede con las falsas opiniones de los que aseguran que no hay que hacer tanto caso de la confesión frecuente de los pecados veniales, cuando tenemos aquella más aventajada confesión general que la Esposa de Cristo hace cada día, con sus hijos unidos a ella en el Señor, por medio de los sacerdotes, cuando están para ascender al altar de Dios. Ciertamente que, como bien sabéis, Venerables Hermanos, estos pecados veniales se pueden expiar de muchas y muy loables maneras; mas para progresar cada día con mayor fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con mucho encarecimiento el piadoso uso de la confesión frecuente, introducido por la Iglesia no sin una

inspiración del Espíritu Santo: con él se aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se desarraigan las malas costumbres, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del Sacramento mismo. Adviertan, pues, los que disminuyen y rebajan el aprecio de la confesión frecuente entre los jóvenes clérigos, que acometen una empresa extraña al Espíritu de Cristo y funestísima para el Cuerpo místico de nuestro Salvador.

Hay, además, algunos que niegan a nuestras oraciones toda eficacia propiamente impetratoria o que se esfuerzan por insinuar entre las gentes que las oraciones dirigidas a Dios en privado son de poca monta, mientras las que valen de hecho son más bien las públicas, hechas en nombre de la Iglesia, pues brotan del Cuerpo místico de Jesucristo. Todo eso es, ciertamente, erróneo: porque el divino Redentor tiene estrechamente unidas a sí no sólo a su Iglesia, como a Esposa que es amadísima, sino en ella también a las almas de cada uno de los fieles, con quienes ansía conversar muy íntimamente, sobre todo después que se acercaren a la Mesa Eucarística. Y aunque la oración común y pública, como procedente de la misma Madre Iglesia, aventaja a todas las otras por razón de la dignidad de la Esposa de Cristo, sin embargo, todas las plegarias, aun las dichas muy en privado, lejos de carecer de dignidad y virtud, contribuyen muchísimo a la utilidad del mismo Cuerpo místico en general, ya que en él todo lo bueno y justo que obra cada uno de los miembros redundo, por la Comunión de los Santos, en el bien de todos. Y nada impide a cada uno de los hombres, por el hecho de ser miembros de este Cuerpo, el que pidan para sí mismos gracias especiales, aun de orden terrenal, con la divina sumisión a la voluntad divina, toda vez que son personas libres y sujetas a sus individualidades y especiales necesidades (cf. S. Thom. 2. 2ae. 83, 5 et 6). Y cuán grande aprecio hayan de tener todos de la meditación de las cosas celestiales se demuestra no sólo por las enseñanzas de la Iglesia, sino también por el uso y ejemplo de todos los santos.

Ni faltan, finalmente, quienes dicen que no hemos de dirigir nuestras oraciones a la persona misma de Jesucristo, sino más bien a Dios o al Eterno Padre por medio de Cristo, puesto que se ha de tener a nuestro Salvador, en cuanto Cabeza de su Cuerpo místico, tan sólo en razón de «mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim. 2, 5). Sin embargo, esto no sólo se opone a la mente de la Iglesia y a la costumbre de los cristianos, sino que contraría aun a la verdad. Porque, hablando con propiedad y exactitud, Cristo es a la vez, según su doble naturaleza, Cabeza de toda la Iglesia (cf. S. Thom. *De veritate* 29, 4 c.); por lo demás, Él mismo aseguró solemnemente: «Si algo me pidiereis en mi nombre, lo haré» (Jo. 14, 14). Y aunque principal-

mente en el Sacrificio Eucarístico — en el cual Cristo es a un tiempo sacerdote y hostia y desempeña de una manera peculiar el oficio de conciliador — las oraciones se dirigen con frecuencia al Eterno Padre por medio de su Unigénito, sin embargo no es raro que aun en este mismo sacrificio se eleven también preces al mismo divino Redentor; ya que todos los cristianos deben conocer y entender claramente que el hombre Cristo Jesús es el mismo Hijo de Dios, y el mismo Dios. Aun más: mientras la Iglesia militante adora y ruega al Cordero sin mancha y a la Sagrada Hostia, en cierta manera parece responder a la voz de la Iglesia triunfante que perpetuamente canta: «Al que está sentado en el trono y al Cordero: bendición y honor y gloria e imperio por los siglos de los siglos» (*Apoc.* 5, 13).

### EXHORTACIÓN PARA AMAR LA IGLESIA

Después que, como Maestro de la Iglesia Universal, hemos iluminado las mentes con la luz de la verdad, explicando cuidadosamente este misterio que comprende la arcana unión de todos nosotros con Cristo, juzgamos, Venerables Hermanos, propio de Nuestro oficio pastoral estimular también los ánimos a amar íntimamente este místico Cuerpo con aquella encendida caridad que se manifiesta no sólo en el pensamiento y en las palabras, sino también en las mismas obras. Porque si los que profesaban la Antigua Ley cantaron de su Ciudad terrenal: «Si me olvidare de ti, Jerusalén, sea entregada al olvido mi diestra: mi lengua péguese a mis fauces si no me acordare de ti, si no me propusiere a Jerusalén como el principio de mi alegría» (*Ps.* 136, 5-6), con cuánta mayor gloria y más efusivo gozo no nos hemos de regocijar nosotros porque habitamos una Ciudad construída en el monte santo con vivas y escogidas piedras, «siendo Cristo Jesús la primera piedra angular» (*Eph.* 2, 20; *1 Pet.* 2, 4-5). Puesto que nada más glorioso, nada más noble, nada, a la verdad, más honroso se puede pensar que formar parte de la Iglesia santa, católica, apostólica y Romana, por medio de la cual somos hechos miembros de un solo y tan venerado Cuerpo, somos dirigidos por una sola y excelsa Cabeza, somos penetrados de un solo y divino Espíritu; somos, por último, alimentados en este terrenal destierro con una misma doctrina y un mismo angélico Pan, hasta que, por fin, gocemos en los cielos de una misma felicidad eterna.

#### Sea un amor sólido

Mas, para que no seamos engañados por el ángel de las tinieblas que se transfigura en ángel de luz (cf. *2 Cor.* 11, 14), sea ésta la suprema ley de nuestro amor: que amemos a la Esposa de Cristo cual

Cristo mismo la quiso, al conquistarla con su sangre. Conviene, pues, que tengamos gran afecto no sólo a los Sacramentos con los que la Iglesia, piadosa Madre, nos alimenta; no sólo a las solemnidades con las que nos solaza y alegra, y a los sagrados cantos y a los ritos litúrgicos que elevan nuestras mentes a las cosas celestiales, sino también a los sacramentales y a los diversos ejercicios de piedad, mediante los cuales la misma Iglesia suavemente atiende a que las almas de los fieles, con gran consuelo, se sientan suavemente llenas del Espíritu de Cristo. Ni sólo tenemos el deber de corresponder, como conviene a hijos, a aquella su maternal piedad para con nosotros, sino también el de reverenciar su autoridad recibida de Cristo y que cautiva nuestros entendimientos en obsequio del mismo Cristo (2 Cor. 10, 5); y por esta razón se nos ordena sujetarnos a sus leyes y a sus preceptos morales, a veces un tanto duros a nuestra naturaleza, decaída de su primera inocencia; y que reprimamos con la mortificación voluntaria nuestro cuerpo rebelde; más aún, se nos aconseja abstenernos también, de vez en cuando, de las cosas agradables aunque sean lícitas. No basta amar este Cuerpo místico por el esplendor de su divina Cabeza y de sus celestiales dotes, sino que debemos amarlo también con amor eficaz, según se manifiesta en nuestra carne mortal, es decir, constituido por elementos humanos y débiles, aun cuando éstos a veces no respondan debidamente al lugar que ocupan en aquel venerable Cuerpo.

### Con el cual veamos a Cristo en la Iglesia

Mas, para que este amor sólido e íntegro more en nuestras almas y aumente de día en día, es necesario que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque Cristo es quien vive en su Iglesia, quien por medio de ella enseña, gobierna y confiere la santidad; Cristo es también quien de varios modos se manifiesta en sus diversos miembros sociales. Cuando, según eso, los fieles todos se esfuercen realmente por vivir con este espíritu de fe viva, entonces ciertamente no sólo honrarán y rendirán el debido acatamiento a los miembros más elevados de este Cuerpo místico y, sobre todo, a aquellos que, por mandato de la divina Cabeza, tendrán que dar un día cuenta de nuestras almas (cf. *Hebr.* 13, 17); sino que también tendrán su preocupación por quienes nuestro Salvador mostró amor singularísimo: es decir, por los débiles, por los heridos, por los enfermos, que necesitan la medicina natural o sobrenatural; por los niños, cuya inocencia corre hoy tantos peligros y cuyas tiernas almas se modelan como la cera; por los pobres, finalmente, a quienes debemos socorrer reconociendo en ellos con suma piedad la misma persona de Jesucristo.

Porque, como justamente advierte el Apóstol: «Mucho más necesarios son aquellos miembros del cuerpo que parecen más débiles; y a los que juzgamos miembros más viles del cuerpo, a éstos ceñimos

de mayor adorno» (1 *Cor.* 12, 22-23). Expresión gravísima, que, por razón de Nuestro altísimo oficio, juzgamos deber repetir ahora, cuando con íntima aflicción vemos cómo a veces se priva de la vida a los contrahechos, a los dementes, a los afectos de enfermedades hereditarias, por considerarlos como una carga molesta para la sociedad; y cómo algunos alaban esta manera de proceder como una nueva invención del progreso humano, sumamente provechoso a la utilidad común. Pero, ¿qué hombre sensato no ve que esto se opone gravísimamente no sólo a la ley natural y divina (cf. *Decret. S. Officii* 2 dec. 1940: A. A. S. 1940, 553), grabada en la conciencia de todos, sino también a los más nobles sentimientos humanos? La sangre de estos hombres, tanto más amados del Redentor cuanto más dignos de compasión, «clama a Dios desde la tierra» (cf. *Gen.* 4, 10).

### Imitemos el amor de Cristo a la Iglesia

Mas para que poco a poco no se vaya enfriando la sincera caridad con que debemos mirar a nuestro Salvador en la Iglesia y en los miembros de ella, es muy conveniente contemplar al mismo Jesús como ejemplar supremo del amor a la Iglesia.

#### a) CON LARGUEZA DE AMOR

Y, en primer lugar, imitemos la amplitud de este amor. Única es, en verdad, la Esposa de Cristo, la Iglesia; sin embargo, el amor del divino Esposo es tan vasto que no excluye a nadie, sino que abraza en su Esposa a todo el género humano. Y así nuestro Salvador derramó su sangre para reconciliar con Dios en la Cruz, a todos los hombres de distintas naciones y pueblos, mandando que formasen un solo Cuerpo. Por lo tanto, el verdadero amor a la Iglesia exige no sólo que en el mismo Cuerpo seamos recíprocamente miembros solícitos los unos de los otros (cf. *Rom.* 12, 5; 1 *Cor.* 12, 25), que se alegran si un miembro es glorificado y se compadecen si otro sufre (cf. 1 *Cor.* 12, 26), sino que aun en los demás hombres, que todavía no están unidos con nosotros en el Cuerpo de la Iglesia, reconozcamos hermanos de Cristo según la carne, llamados juntamente con nosotros a la misma salvación eterna.

Es verdad, por desgracia, que principalmente en nuestros días no faltan quienes en su soberbia ensalzan la aversión, el odio, la envidia, como algo con que se eleva y enaltece la dignidad y el valor humano. Pero nosotros, mientras contemplamos con dolor los funestos frutos de esta doctrina, sigamos a nuestro pacífico Rey, que nos enseñó a amar no sólo a los que no provienen de la misma nación ni de nuestra misma raza (cf. *Luc.* 10, 33-37), sino aun a los mismos enemigos (cf. *Luc.* 6, 27-35; *Mat.* 5, 44-48). Nosotros, penetrados los ánimos por la suavísima frase del Apóstol de las Gentes, cantemos con él mismo

cuál sea la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo (cf. *Eph.* 3, 18), que, ciertamente, ni la diversidad de pueblos y costumbres puede romper, ni el espacio del inmenso océano disminuir, ni las guerras, emprendidas por causa justa o injusta, destruir.

En esta gravísima hora, Venerables Hermanos, en la que tantos dolores desgarran los cuerpos y tantas aflicciones las almas, conviene que todos sean estimulados a esta celestial caridad para que, aunadas las fuerzas de todos los buenos — y mencionamos principalmente a los que en toda clase de asociaciones se ocupan en socorrer a los demás —, se venga en auxilio de tan ingentes necesidades de alma y cuerpo con admirable emulación de piedad y misericordia: así es como llegarán a resplandecer en todas partes la solícita generosidad y la inagotable fecundidad del Cuerpo místico de Jesucristo.

#### b) CON ASIDUA LABORIOSIDAD

Y puesto que a la amplitud de la caridad con que Cristo amó a su Iglesia corresponde en Él una constante eficacia de esa misma caridad, también nosotros debemos amar al Cuerpo místico de Cristo con asidua y fervorosa voluntad. Ciertamente no puede señalarse un momento en el cual nuestro Redentor, desde su Encarnación, cuando puso el primer fundamento de su Iglesia, hasta el término de su vida mortal, no haya trabajado hasta el cansancio, a pesar de ser Hijo de Dios, ya con los fúlgidos ejemplos de su santidad, ya predicando, conversando, reuniendo y estableciendo para formar o confirmar su Iglesia. Deseamos, pues, que todos cuantos reconocen a la Iglesia como a Madre, ponderen atentamente que no sólo los ministros sagrados y aquellos que se han consagrado a Dios en la vida religiosa, sino también los demás miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, tienen obligación, cada uno según sus fuerzas, de colaborar intensa y diligentemente en la edificación e incremento del mismo Cuerpo. Y deseamos que de una manera especial adviertan esto — aunque por lo demás lo hacen ya laudablemente — los que, militando en las filas de la Acción Católica, cooperan en el ministerio apostólico con los Obispos y los sacerdotes, como también aquellos que en asociaciones piadosas prestan como auxiliares su ayuda al mismo fin. Y no hay quien no vea que el celo iluminado de todos éstos es ciertamente, en las presentes condiciones, de suma importancia y de máxima trascendencia.

Y no podemos pasar aquí en silencio a los padres y madres de familia, a quienes nuestro Salvador confió los miembros más delicados de su Cuerpo místico; insistentemente, pues, les conjuramos, por amor a Cristo y a la Iglesia, a que miren con diligentísimo cuidado por la prole que se les ha encomendado, y se esfuercen por preservarla de todo género de insidias con las cuales hoy tan fácilmente se la seduce.

## c) SIN DESCUIDAR LAS ORACIONES

De una manera muy particular mostró nuestro Redentor su ardentísimo amor para con la Iglesia en las piadosas súplicas que por ella dirigía al Padre celestial. Puesto que — bástenos recordar sólo esto — todos conocen, Venerables Hermanos, que Él, cuando estaba ya para subir al patíbulo de la cruz, oró fervorosamente por Pedro (cf. *Luc.* 22, 32), por los demás Apóstoles (cf. *Io.* 17, 9-19), y, finalmente, por todos cuantos, mediante la predicación de la palabra divina, habían de creer en Él (cf. *Io.* 17, 20-23).

*Por los miembros de la Iglesia*

Imitando, pues, este ejemplo de Cristo, roguemos cada día al Señor de la mies para que envíe operarios a su mies (cf. *Mat.* 9, 38; *Luc.* 10, 2), y elevemos todos cada día a los cielos la común plegaria y encomendemos a todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Y ante todo, a los Obispos, a quienes se les ha confiado especialmente el cuidado de sus respectivas diócesis; luego a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas, quienes, llamados a la herencia de Dios, ya en la propia patria, ya en lejanas regiones de infieles defienden, acrecientan y propagan el Reino del divino Redentor. Esta común plegaria no olvide, pues, a ningún miembro de este venerable Cuerpo, pero recuerde principalmente a quienes están agobiados por los dolores y las angustias de esta vida terrena, o a los que, ya fallecidos, se purifican en el fuego del purgatorio. Tampoco pase por alto a quienes se instruyen en los preceptos cristianos para que cuanto antes puedan ser purificados con las aguas del Bautismo.

Y ardientemente deseamos que, con encendida caridad, estas comunes plegarias comprendan también a aquellos que o todavía no han sido iluminados con la verdad del Evangelio ni han entrado en el seguro aprisco de la Iglesia, o, por una lamentable escisión de fe y de unidad, están separados de Nos, que, aunque inmerecidamente, representamos en este mundo la persona de Jesucristo. Por esta causa repetamos una y otra vez aquella oración de nuestro Salvador al Padre celestial: «Que todos sean una misma cosa, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así también ellos sean una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado» (*Io.* 17, 21).

*Por los que aun no son miembros suyos*

También a aquellos que no pertenecen al organismo visible de la Iglesia Católica, ya desde el comienzo de Nuestro Pontificado, como bien sabéis, Venerables Hermanos, Nos los hemos confiado a la celestial tutela y providencia afirmando solemnemente, a ejemplo del Buen

Pastor, que nada nos preocupa más como el que tengan vida y la tengan con mayor abundancia (cf. Enc. *Summi Pontificatus*: A. A. S. 1939, 419). Esta Nuestra solemne afirmación deseamos repetirla por medio de la presente Carta encíclica, en la cual hemos cantado las alabanzas «del grande y glorioso Cuerpo de Cristo» (S. Iren. *Adv. Haer.* 4, 33, 7 PG 7, 1076); implorando las oraciones de toda la Iglesia para invitar, de lo más íntimo del corazón, a todos y cada uno de ellos, a que, rindiéndose libre y espontáneamente a los internos impulsos de la gracia divina, se esfuercen por salir de ese estado, en el que no pueden estar seguros de su propia salvación eterna (cf. Pius IX *Iam vos omnes* 13 sept. 1868; Act. Conc. Vat. C. L. 7, 10), pues, aunque por cierto inconsciente deseo y aspiración están ordenados al Cuerpo místico del Redentor, carecen, sin embargo, de tantos y tan grandes dones y socorros celestiales, como sólo en la Iglesia Católica es posible gozar. Entren, pues, en la unidad católica, y, unidos todos con Nos en el único organismo del Cuerpo de Jesucristo, se acerquen con Nos a la única cabeza en comunión de un amor gloriosísimo (cf. S. Gelas. I *Epist.* 14 PL 59, 89). Sin interrumpir jamás las plegarias al Espíritu de amor y de verdad, Nos les esperamos con los brazos elevados y abiertos, no como a quienes vienen a casa ajena, sino como a los hijos que se llegan a su propia casa paterna.

Pero si deseamos que la incesante plegaria común de todo este Cuerpo místico se eleve hasta Dios, para que todos los descarriados entren cuanto antes en el único redil de Jesucristo, declaramos con todo que es absolutamente necesario que esto se haga libre y espontáneamente, porque nadie cree sino queriendo (cf. S. Aug. *In Io. Ev. tract.* 26, 2 PL 30, 1607). Por esta razón, si algunos sin fe, son de hecho obligados a entrar en el edificio de la Iglesia, a acercarse al altar, a recibir los Sacramentos, no hay duda de que los tales no por ello se convierten en verdaderos fieles de Cristo (cf. S. Aug. *In Io. Ev. tract.* 26, 2 PL 30, 1607); porque la fe, sin la cual «es imposible agradar a Dios» (*Hebr.* 11, 6), debe ser un libérrimo «homenaje del entendimiento y de la voluntad» (Conc. Vat. *Const. de fide. cath.* cap. 3). Si alguna vez, pues, aconteciere que contra la constante doctrina de esta Sede Apostólica (cf. Leo XIII *Immortale Dei*: A. A. S. 28, 174-175; *Cod. Iur. Can.* can. 1351), alguien es llevado contra su voluntad a abrazar la fe católica, Nos, conscientes de Nuestro oficio, no podemos menos de reprobarlo. Pero, puesto que los hombres gozan de una voluntad libre y pueden también, impulsados por las perturbaciones del alma y por las depravadas pasiones, abusar de su libertad, por eso es necesario que sean eficazmente atraídos por el Padre de las luces a la verdad, mediante el Espíritu de su amado Hijo. Y si muchos, por desgracia, viven aún alejados de la verdad católica y no se someten gustosos al impulso de la gracia divina, se debe a que ni ellos (cf. S. Aug. *In Io. Ev. tract.* 26, 2 PL 30, 1607) ni los fieles dirigen a



Dios oraciones fervorosas por esta intención. Nos, por consiguiente, a todos exhortamos una y otra vez a que, inflamados en amor a la Iglesia, siguiendo el ejemplo del divino Redentor, eleven continuamente estas plegarias.

*Por los Gobernantes*

Y principalmente en las presentes circunstancias parece ser, más que oportuno, necesario, que se ruegue con fervor por los reyes y príncipes y por todos aquellos que, gobernando a los pueblos, pueden con su tutela externa ayudar a la Iglesia; para que, restablecido el recto orden de las cosas, «la paz, que es obra de la justicia» (Is. 32, 17), emerja para el atormentado género humano de entre las aterradoras olas de esta tempestad, mediante el soplo vivificante de la caridad divina y para que nuestra santa Madre la Iglesia pueda llevar una vida quieta y tranquila, en toda piedad y castidad (cf. 1 Tim. 2, 2). Insistentemente se ha de suplicar a Dios que todos cuantos están al frente de los pueblos amen la sabiduría (cf. Sap. 6, 23), de tal suerte que jamás caiga sobre ellos aquella gravísima sentencia del Espíritu Santo: «El Altísimo examinará vuestras obras y escudriñará los pensamientos porque, siendo ministros de su reino, no habéis juzgado rectamente ni observado la ley de la justicia, ni habéis procedido según la voluntad de Dios. De manera espantosa y repentina se os presentará, porque se hará un riguroso juicio de aquellos que ejercen potestad sobre otros. Porque con los pequeños se usará misericordia, mas los poderosos sufrirán grandes tormentos. Porque Dios no exceptuará persona alguna ni respetará la grandeza de nadie; ya que Él ha hecho al pequeño y al grande y cuida por igual de todos; si bien a los más grandes amenaza un tormento mayor. A vosotros, por lo tanto, Reyes, se dirigen estas palabras, para que aprendáis la sabiduría y no perezcáis» (cf. Sap. 6, 4-10).

*d) CUMPLIENDO LO QUE FALTA EN LA PASIÓN DE CRISTO*

Cristo Nuestro Señor mostró su amor a la Esposa sin mancha, no sólo con su intenso trabajo y su constante oración, sino también con sus dolores y angustias, sufridas, libre y amorosamente, por amor de ella: «Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin» (Io. 13, 1). Más aún, no conquistó la Iglesia sino con su sangre (cf. Act. 20, 28).

Decididos, pues, sigamos las huellas sangrientas de nuestro Rey, como lo exige nuestra salvación, que hemos de poner sobre seguro: «Porque si hemos sido injertados con Él por medio de la representación de su muerte, igualmente lo hemos de ser representando su resurrección» (Rom. 6, 5), y «si morimos con él, también con él viviremos» (2 Tim. 2, 11). Esto lo exige, también, la caridad genuina y eficaz de la Iglesia y de las almas por ella engendradas para Cristo; pues, aunque nuestro Salvador, por medio de crueles sufrimientos y de una

acerba muerte, mereció para su Iglesia un tesoro infinito de gracias, sin embargo, estas gracias, por disposición de la divina Providencia, no se nos conceden todas de una vez; y la mayor o menor abundancia de las mismas depende también no poco de nuestras buenas obras, con las que se atrae sobre las almas de los hombres esta verdadera lluvia divina de celestiales dones, gratuitamente dada por Dios. Y esta misma lluvia de celestiales gracias será ciertamente superabundante, si no solamente elevamos a Dios ardientes plegarias, sobre todo participando con devoción, si es posible diariamente, del Sacrificio Eucarístico; si no solamente nos esforzamos en aliviar con obras de caridad los sufrimientos de tantos menesterosos; mas si también preferimos a las cosas caducas de este siglo los bienes imperecederos y si domamos con mortificaciones voluntarias este cuerpo mortal, negándole las cosas ilícitas e imponiéndole las ásperas y arduas; si, en fin, aceptamos con ánimo resignado, como de la mano de Dios, los trabajos y dolores de esta vida presente. Porque así, según el Apóstol, cumpliremos en nuestra carne lo que resta padecer a Cristo, en pro de su Cuerpo místico que es la Iglesia (cf. *Col.* 1, 24).

Al escribir esto, se presenta desgraciadamente ante Nuestros ojos una ingente multitud de infelices desventurados que Nos hace llorar amargamente: Nos referimos a los enfermos, a los pobres, a los mutilados, a las viudas y huérfanos y a muchos otros que por sus propias calamidades o las de los suyos no raras veces desfallecen hasta morir. A todos aquellos, pues, que por cualquier causa yacen en la tristeza y en la congoja, con ánimo paterno les exhortamos a que, confiados, levanten sus ojos al Cielo y ofrezcan sus aflicciones a Aquel que un día les ha de recompensar con abundante galardón. Recuerden todos que su dolor no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho, si animados con esta intención lo toleran pacientemente. A la más perfecta realización de este designio contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismo a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada *Apostolado de la Oración*, asociación que, como gratísima a Dios, deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento.

Y si en todo tiempo hemos de unir nuestros dolores a los sufrimientos del divino Redentor, para procurar la salvación de las almas, en nuestros días especialísimamente, Venerables Hermanos, tomen todos como un deber el hacerlo así, cuando la espantosa conflagración bélica incendia casi todo el orbe y es causa de tantas muertes, tantas miserias, tantas calamidades: igualmente hoy día de un modo particular sea obligación de todos el apartarse de los vicios, de los halagos del siglo y de los desenfrenados placeres del cuerpo, y aun de aquella futilidad y vanidad de las cosas terrenas que en nada ayudan a la formación cristiana del alma ni a la consecución del Cielo. Más bien hemos de inculcar en nuestra mente aquellas gravísimas palabras de Nuestro

inmortal Predecesor San León Magno, quien afirma que por el bautismo hemos sido hechos carne del Crucificado (cf. *Serm.* 68, 6; 66, 8 PL 54, 857 et 860); y aquella hermosísima súplica de San Ambrosio: «Llévame, oh Cristo, en la Cruz, que es salud para los que yerran; sólo en ella está el descanso de los fatigados; sólo en ella viven cuantos mueren» (In Ps. 118, 22, 80 PL 15, 1521).

Antes de terminar, no podemos menos de exhortar una y otra vez a todos a que amen a la santa Madre Iglesia con caridad solícita y eficaz. Ofrezcamos cada día al Eterno Padre nuestras oraciones, nuestros trabajos, nuestras congojas, por su incolumidad y por su más próspero y vasto desarrollo, si en realidad deseamos ardientemente la salvación de todo el género humano redimido con la sangre divina. Y mientras el cielo se entenebrece con centelleantes nubarrones y grandes peligros se ciernen sobre toda la Humanidad y sobre la misma Iglesia, confiemos nuestras personas y todas nuestras cosas al Padre de la Misericordia, suplicándole: «Vuelve tu mirada, Señor, te lo rogamos, sobre esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo no dudó en entregarse en manos de los malhechores y padecer el tormento de la Cruz» (*Off. Maior. Hebd.*).

## EPÍLOGO

### LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA

La Virgen Madre de Dios, cuya alma santísima fué, más que todas las demás creadas por Dios, llena del Espíritu divino de Jesucristo, haga eficaces, Venerables Hermanos, estos Nuestros deseos, que también son los vuestros, y nos alcance a todos un sincero amor a la Iglesia; ella que dió su consentimiento «en representación de toda la naturaleza humana a la realización de un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana» (S. Thom. 3.<sup>a</sup>, 80, 1). Ella fué la que dió a luz, con admirable parto, a Jesucristo Nuestro Señor, adornado ya en su seno virginal con la dignidad de Cabeza de la Iglesia, como que era la fuente de toda vida sobrenatural; ella, la que al recién nacido presentó como Profeta, Rey y Sacerdote, a aquellos que de entre los judíos y de entre los gentiles habían llegado los primeros a adorarlo. Y además su Unigénito, accediendo «en Caná de Galilea» a sus maternales ruegos, obró un milagro, por el que «creyeron en Él sus discípulos» (Jo. 2, 11). Ella, la que, libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la que era Madre corporal de nuestra Cabeza, fuera, por un nuevo título

## APÉNDICE

de dolor y de gloria, Madre espiritual de todos sus miembros. Ella, la que por medio de sus eficacísimas súplicas consiguió que el Espíritu del divino Redentor, otorgado ya en la Cruz, se comunicara en prodigiosos dones a la Iglesia recién nacida, el día de Pentecostés. Ella, en fin, soportando con ánimo esforzado y confiado sus inmensos dolores, como verdadera Reina de los mártires, más que todos los fieles, «cumplió lo que resta que padecer a Cristo en sus miembros... en pro de su Cuerpo [de él]...», que es la Iglesia (*Col. 1, 24*); y prodigó al Cuerpo místico de Cristo nacido del Corazón abierto de Nuestro Salvador (cf. *Off. Ssmi. Cordis* in hymno ad vesp.), el mismo materno cuidado y la misma intensa caridad con que calentó y amamantó en la cuna al tierno Niño Jesús.

Ella, pues, Madre santísima de todos los miembros de Cristo (cf. Pius X *Ad diem illum*: A. S. S. 36, 453), a cuyo Corazón Inmaculado hemos consagrado confiadamente todos los hombres, la que ahora brilla en el Cielo, por la gloria de su cuerpo y de su alma, y reina juntamente con su Hijo, obtenga de Él con su apremiante intercesión que de la excelsa Cabeza descendan sin interrupción —sobre todos los miembros del Cuerpo místico— copiosos raudales de gracias; y con su eficacísimo patrocinio, como en tiempos pasados, proteja también ahora a la Iglesia, y que, por fin, para ésta y para todo el género humano, alcance tiempos más tranquilos.

Nos, confiados en esta sobrenatural esperanza, como auspicio de celestiales gracias y como testimonio de Nuestra especial benevolencia, a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y a la grey que está a cada uno confiada, damos de todo corazón la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio, en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año 1943, quinto de Nuestro Pontificado.

## II

### CARTA ENCÍCLICA «DIVINO AFFLANTE SPIRITU»

*En el mismo día en que la Liturgia recuerda al gran Doctor San Jerónimo —30 septiembre 1943— el Santo Padre dirige al Episcopado, al Clero y a los fieles todos del mundo una Encíclica Suya: De Sacrorum Bibliorum studiis opportune provehendis (Sobre el modo más oportuno de promover los Estudios Bíblicos). En carta tan importantísima, que recuerda cuanto en dicha materia habían hecho sus inmediatos Predecesores, desde León XIII a Pío XI, se trazan saludables normas para el desarrollo cada vez más vasto y profundo del conocimiento y estudio de las Divinas Escrituras.*

*Ofrecemos a continuación la versión española, hecha directamente sobre el texto oficial latino.*

A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIARCAS, PRIMADOS,  
ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS EN PAZ Y  
COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, ASÍ COMO  
TAMBIÉN A TODO EL CLERO Y A LOS FIELES DEL MUNDO  
CATÓLICO: SOBRE EL MODO MÁS OPORTUNO PARA  
PROMOVER LOS ESTUDIOS BÍBLICOS

## PÍO PAPA XII

VENERABLES HERMANOS, AMADOS HIJOS  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

### INTRODUCCIÓN

*Ocasión de la Encíclica «Providentissimus Deus»  
Modo de celebrar su cincuentenario*

**I**NSPIRADOS por el divino Espíritu, escribieron los escritores Sagrados los libros que Dios, en su amor paternal hacia el género humano, quiso dar a éste «para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté pertrechado para toda obra buena» (2 Tim. 3, 16 s.). Nada, pues, de admirar si la Santa Iglesia, que ha guardado con suma solícitud un tal tesoro — a ella venido del cielo y que ella tiene por fuente preciosísima y norma divina del dogma y de la moral —, como lo recibió incontaminado de mano de los Apóstoles, así lo conservó con todo cuidado, lo defendió de toda falsa y perversa interpretación y con toda diligencia lo empleó en su ministerio de comunicar a las almas la vida sobrenatural. De todo ello nos ofrecen bien claro testimonio documentos casi innumerables de todas las épocas. Pero en tiempos recientes, cuando especiales ataques amenazaron al divino origen y a la recta interpretación de los Sagrados Libros, la Iglesia con mayor empeño y diligencia tomó su defensa y protección. Por ello, el santo Concilio de Trento con un solemne decreto prescribió que se han de tener «como sagrados y canónicos los libros enteros con todas sus partes, tales como la Iglesia católica acostumbra a leerlos y se encuentran en la antigua edición vulgata latina» (Sessio 4 decr. 1 *Ench. Bibl.* n. 45). Y en nuestro tiempo el Concilio Vaticano, para reprobear doctrinas falsas sobre la

inspiración, declaró que la razón por que estos libros deban ser tenidos en la Iglesia por sagrados y canónicos, «no es porque, después de compuestos únicamente por humana industria, hayan sido posteriormente aprobados por la autoridad de la Iglesia, ni tampoco solamente por el hecho de contener una revelación sin error, sino más bien porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor, y como tales fueron confiados a la misma Iglesia (Sessio 3 cap. 2; *Ench. Bibl.* n. 62). Y, sin embargo, algún tiempo después, en oposición a esta solemne definición de la doctrina católica, que para los libros *enteros con todas sus partes* reivindica una tal autoridad divina, que está inmune de cualquier error, algunos escritores católicos osaron restringir la verdad de las Sagradas Escrituras sólo a las cosas tocantes a la fe y costumbres, mientras todo lo demás, perteneciente al orden físico o al género histórico, lo reputaban como «dicho de paso» y sin conexión alguna — según ellos — con la fe. Por ello, Nuestro Predecesor, de i. m., León XIII, en su encíclica *Providentissimus Deus*, del 18 de noviembre de 1893, no sólo reprobó justísimamente estos errores, sino que reguló los estudios de los Libros Sagrados con prescripciones y normas sapientísimas.

Muy justo es, por lo tanto, que se celebre el quincuagésimo aniversario de la publicación de aquella Encíclica, considerada como la Carta Magna de los estudios bíblicos. Por ello, Nos, conforme a la solicitud que desde el principio de Nuestro sumo Pontificado (*Sermo ad alumnos Seminariorum... in Urbe* (24 iun. 1939): A. A. S. 31 [1939] 245-251), mostramos respecto a los estudios sagrados, hemos juzgado que sería muy conveniente, de una parte, el confirmar e inculcar todo cuanto Nuestro Predecesor sabiamente estableció y lo que sus Sucesores añadieron para reforzar y perfeccionar la obra; y, de otra, enseñar lo que al presente parecen exigir los tiempos, para más y más incitar a todos los hijos de la Iglesia, que a estos estudios se dedican, en esta labor tan necesaria como laudable.

## I

### PARTE HISTÓRICA

#### PREOCUPACIÓN DE LEÓN XIII Y DE SUS SUCESORES POR LOS ESTUDIOS BÍBLICOS

##### § 1. — DOCUMENTOS DE LEÓN XIII

##### *Doctrina sobre la inerrancia bíblica*

Primera y máxima preocupación de León XIII fué el exponer la doctrina sobre la verdad de los Libros Sagrados y vindicarla de los ataques adversarios. Por ello, con muy graves palabras, declaró que no

hay error alguno en que, hablando el hagiógrafo de cosas físicas, «siguiera las apariencias sensibles», como dice el Angélico (cf. 1.<sup>a</sup>, 70, 1 ad 3), expresándose «o a modo de metáfora, o según las frases que en aquellos tiempos se usaban en el lenguaje común, y según todavía se usa aun hoy para muchas cosas en la conversación ordinaria hasta entre los más doctos». De hecho, «la intención de los escritores sagrados, o, mejor aún — son palabras de San Agustín (*De Gen. ad litt.* 2, 9, 29 PL 34, 270 s.; CSEL 28, 3, 2, 46) — del espíritu de Dios, que por ellos hablaba, no era el enseñar a los hombres tales cosas — es decir, la íntima constitución de las cosas visibles —, que nada habían de servirles para la eterna salvación» (Leonis XIII *Acta* 13, 355; *Ench. Bibl.* n. 106). Principio «que convendrá aplicar también a las ciencias afines, especialmente a la historia», esto es, refutando «de modo semejante las falacias de los adversarios y defendiendo de sus impugnaciones la verdad histórica de la sagrada Escritura» (cf. Benedictus XV Enc. *Spiritus Paraclitus*, A. A. S. 12 [1920] 396; *Ench. Bibl.* n. 471). Ni tampoco puede atribuirse error al escritor sagrado, si en algún lugar, «al transcribir los códices se les escapó a los copistas algo inexacto, o cuando subsiste duda sobre el sentido preciso de alguna frase». Por último, no es en modo alguno lícito «o restringir la inspiración de la Sagrada Escritura a algunas partes tan sólo, o conceder que erró el mismo escritor sagrado», porque la inspiración divina por sí misma no sólo excluye todo error, sino que lo excluye y rechaza tan necesariamente, cuanto es necesario que Dios, Verdad suma, no pueda ser autor de error alguno. Tal es la antigua y constante fe de la Iglesia (Leonis XIII *Acta* 13, 357 s.; *Ench. Bibl.* número 109 s.).

Esta doctrina, pues, que con tanta gravedad expuso Nuestro Predecesor León XIII, la proponemos Nos e inculcamos con Nuestra autoridad para que todos religiosamente la mantengan. Y queremos que no se ponga menor empeño aun hoy en seguir los consejos y estímulos que él tan sabiamente añadió, conforme a su tiempo. Pues, como surgiesen nuevas y no leves dificultades y cuestiones, ya por los prejuicios del racionalismo que por todas partes cundía, ya principalmente por los antiquísimos monumentos excavados y estudiados en las regiones del Oriente, Nuestro mismo Predecesor, impulsado por la solicitud de su apostólico oficio, y ansioso no sólo de que una tan preclara fuente se abriera más segura y abundante para utilidad de la grey del Señor, sino también de que no se causara daño alguno, expresó su vivo deseo de «que fuesen muchos quienes emprendiesen y con firmeza sostuviesen la defensa de las divinas Escrituras, y que principalmente aquellos a quienes la divina gracia llamara a las sagradas órdenes pusieran cada día más diligencia, como es muy de razón, en leerlas, meditarlas y exponerlas» (cf. Leonis XIII *Acta* 13, 328; *Ench. Bibl.* n. 67 s.).



*Impulso dado a los estudios bíblicos:  
Escuela Bíblica de Jerusalén. Comisión Bíblica*

Con tales criterios, el mismo Pontífice, ya antes había alabado y aprobado la Escuela de Estudios Bíblicos, fundada en San Esteban de Jerusalén gracias a la solicitud del Maestro General de la Sagrada Orden de Predicadores, porque de ella, según él mismo dijo, «los estudios bíblicos habían recibido grandes ventajas, y aun se esperaban mayores» (Litt. Apost. *Hierosolymae in coenobio*, 17 sept. 1892: Leonis XIII *Acta* 12, 239-241, v. 240); y después en el último año de su vida añadió una nueva disposición, para que estos estudios, tan altamente recomendados en la encíclica *Providentissimus Deus*, se cultivasen cada día mejor y se promovieran con mayor seguridad. Y así, en la Carta Apostólica *Vigilantiae*, del 30 de octubre de 1902, instituyó un Consejo o — como suele decirse — una *Comisión* de graves varones «que tuvieran como misión propia suya el procurar por todos los medios posibles que las divinas Escrituras sean estudiadas por los nuestros con todo aquel exquisito cuidado que los tiempos exigen, manteniéndose incólumes no sólo de toda mancha de error, sino de toda temeridad en las opiniones» (cf. Leonis XIII *Acta* 13, 232 s.; *Ench. Bibl.* nn. 130-141, v. nn. 130, 132). Comisión que también Nos, siguiendo el ejemplo de Nuestros Predecesores, hemos confirmado y aun realzado de hecho, al valernos de ella, como muchas veces antes, y de su ministerio para sujetar los comentaristas de los Libros Sagrados a aquellas sanas normas de exégesis católica que los Santos Padres y Doctores de la Iglesia y los mismos Sumos Pontífices nos enseñaron (Pontificiae Commissionis de Re biblica Litterae ad Excmos. PP. DD. Archiepiscopos et Episcopos Italiae d. d. 20 aug. 1941: A. A. S. 33 [1941] 465-472).

§ 2. — DOCUMENTOS DE LOS SUCESESORES DE LEÓN XIII

*Pío X: Grados académicos. Programas de estudios bíblicos  
Instituto Bíblico*

Muy oportuno parece ahora el recordar con gratitud las principales y más útiles aportaciones de Nuestros Predecesores a dicha finalidad, y que podríamos llamar complemento o fruto de la feliz empresa leoniana. Y, en primer lugar, Pío X, queriendo «ofrecer un modo práctico para preparar buen número de maestros, recomendables por la gravedad y la pureza de la doctrina, que en las escuelas católicas interpretaran los Sagrados Libros, instituyó los grados académicos de Licenciado y Doctor en Sagrada Escritura, que deberían ser conferidos por la Comisión Bíblica» (Litt. Apost. *Scripturae Sanctae*, 23 febr. 1904: Pii X *Acta* 1, 176-179; *Ench. Bibl.* nn. 142-150, v. nn. 148-

144); y luego dió leyes «sobre el plan de estudios de la Sagrada Escritura, en los Seminarios», con el fin de que los alumnos seminaristas «no sólo tuvieran un profundo conocimiento de la Biblia, de su valor y de su doctrina, sino que pudieran, más tarde, ejercer convenientemente el ministerio de la divina palabra y defender de todo ataque los libros escritos bajo la inspiración de D'os» (cf. Litt. Apost. *Quoniam in re biblica*, 27 mart. 1906: Pii X *Acta* 3, 72-76; *Ench. Bibl.* nn. 155-173, v. n. 155); y, finalmente, «para que en la ciudad de Roma hubiera un «centro» de altos estudios bíblicos, que con la mayor eficacia posible promoviese la ciencia de la Biblia y de las materias con ella relacionadas, todo ello según el sentir de la Iglesia católica», fundó — confiándolo a la ínclita Compañía de Jesús — el Pontificio Instituto Bíblico, que quiso «estuviera provisto de escuelas superiores y de todos los materiales tocantes a la erudición bíblica» y le dió sus propias leyes y estatuto, declarando que con ello realizaba «el saludable y fructuoso propósito de León XIII» (Litt. Apost. *Vinea electa*, 7 maii 1909: A. A. S. 1 [1909] 447-449; *Ench. Bibl.* nn. 293-306, v. nn. 296 et 294).

Pío XI: *Grados académicos, obligatorios*  
*Monasterio de San Jerónimo para la revisión de la Vulgata*

A todo ello dió feliz término Nuestro inmediato Predecesor Pío XI, de f. m., al mandar, entre otras cosas, «que nadie en los Seminarios enseñase la Sagrada Escritura sin haber obtenido grados académicos en la Comisión Bíblica o en el Instituto Bíblico, luego de realizados regularmente sus estudios» y dispuso que estos grados tuviesen los mismos efectos que los legítimamente otorgados en Sagrada Teología o en Derecho Canónico; mandó, además, que a nadie se le confriese «beneficio, al cual canónicamente estuviera aneja la carga de explicar al pueblo la Sagrada Escritura, si, además de los otros requisitos, no había obtenido la licenciatura o el doctorado». Al mismo tiempo, y después de haber exhortado así a los Generales de las Ordenes religiosas como a los Obispos del mundo católico, a que enviaran sus mejores alumnos al Instituto Bíblico, para asistir en él a sus cursos y recibir los grados académicos, realzó dicha exhortación con su munificencia, al señalar generosamente rentas anuales precisamente para dicha finalidad (cf. Motu proprio *Bibliorum scientiam*, 27 april. 1924: A. A. S. 16 [1924] 180-182; *Ench. Bibl.* nn. 518-525).

Y el mismo Pontífice, puesto que con el favor y aprobación de Pío X, de f. m., en el año 1907 «se había encomendado a los monjes Benedictinos el encargo de hacer investigaciones y estudios que pudiesen preparar la edición de la versión latina de la Biblia, que suele llamarse la Vulgata» (Epistula ad Revmum. D. Aidanum Gasquet d. d. 3 dec. 1907: Pii X *Acta* 4, 117-119; *Ench. Bibl.* n. 285 s.), queriendo dar base más sólida y mayor seguridad a esta «empresa tan

ardua como laboriosa» que, si exige largos trabajos y cuantiosos gastos, pone ya de relieve su gran utilidad con los excelentes volúmenes hasta ahora publicados, levantó desde los cimientos el monasterio de San Jerónimo en Roma, dedicado por completo a aquella labor, y lo dotó espléndidamente con su propia biblioteca y con toda clase de medios para la investigación (Const. Apost. *Inter praecipuas*, 15 iun. 1933: A. A. S. 26 [1934] 85-87).

§ 3. — PREOCUPACIÓN DE LOS SUMOS PONTÍFICES  
POR EL USO Y LA DIFUSIÓN DE LOS LIBROS SAGRADOS

Ni puede pasarse aquí en silencio cómo esos mismos Predecesores Nuestros, cuando se les ofreció ocasión para ello, recomendaron siempre, ya el estudio, ya la predicación, ya la piadosa lectura y meditación de las Sagradas Escrituras. Y así, Pío X aprobó cálidamente la Sociedad de San Jerónimo, cuya finalidad es tanto el acostumar a los fieles cristianos a la tan laudable costumbre de leer y meditar los santos Evangelios, como el facilitarles en todo lo posible práctica tan piadosa. Y la exhortaba a que perseverase con entusiasmo en su empresa, por tratarse de «cosa utilísima, la que mejor respondía a los tiempos, pues contribuye no poco a desarraigar la opinión de que la Iglesia sea opuesta a la lectura de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar o de que ponga impedimento para ello» (Epistula ad Emmum. Card. Cassetta *Qui piam* 21 ian. 1907: Pii X *Acta* 4, 23-25). Más tarde, Benedicto XV, en ocasión del décimoquinto centenario de la muerte del Doctor Máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras, luego de inculcar seriamente así los preceptos y ejemplos del mismo Doctor, como los principios y normas dados por León XIII y por él mismo, y después de otras recomendaciones oportunísimas en esta materia, que nunca deberán echarse en olvido, exhortó «a todos los hijos de la Iglesia, y sobre todo a los clérigos, a que uniesen la reverencia a la Sagrada Escritura con la piadosa lectura y la asidua meditación de la misma»; y advirtió que «en sus páginas ha de buscarse el manjar que haga crecer la vida espiritual hacia la perfección», y que «la principal utilidad de la Escritura está en emplearla santa y fructuosamente para la predicación de la divina palabra». Y luego alabó de nuevo la obra de la Sociedad de San Jerónimo, consagrada a divulgar, cuanto posible, los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, «de suerte que ya no hay familia cristiana que de ellos carezca, y todos se acostumbran a su cotidiana lectura y meditación» (Enc. *Spiritus Paraclitus*, 15 sept. 1920: A. A. S. 12 [1920] 385-422; *Ench. Bibl.* nn. 457-508, v. nn. 457. 495. 497. 491).

§ 4. — FRUTOS DE ESTA MÚLTIPLE ACTIVIDAD

Y es justo y grato reconocer que no sólo en virtud de estas disposiciones, mandatos y estímulos de Nuestros Predecesores, mas también

por la cooperación de todos cuantos diligentemente los secundaron, ya estudiando, ya investigando, ya escribiendo, ya enseñando y predicando, ya también traduciendo y propagando los Sagrados Libros, entre los católicos ha progresado no poco la ciencia y el uso de las Sagradas Escrituras. Son, en verdad, ya muchísimos los cultivadores de la Escritura Santa que han salido y cada día salen de las escuelas superiores de Teología y de Sagrada Escritura, y principalmente de Nuestro Pontificio Instituto Bíblico; los cuales, animados por su ardiente afición a los sagrados volúmenes, la comunican luego con el mismo ardor al clero joven y le transmiten también la doctrina que ellos aprendieron. Y así no pocos de ellos, con sus propios escritos o de varias maneras, han promovido y promueven los estudios bíblicos, ya editando los textos sagrados según las normas de una crítica depurada, ya explicándolos, ilustrándolos y traduciéndolos a las lenguas modernas; ya proponiéndolos a los fieles para su piadosa lectura y meditación; ya, finalmente, cultivando y adquiriendo las disciplinas profanas, en cuanto son útiles para explicar la Sagrada Escritura. Estas y otras obras emprendidas, que cada día se propagan y se consolidan más, como, por ejemplo, las sociedades, los congresos, las semanas de estudios bíblicos, y las bibliotecas, las asociaciones para meditar el Evangelio, Nos hacen concebir una firme esperanza de que en adelante irán creciendo cada día más, para mayor provecho de las almas, el respeto, uso y conocimiento de las Sagradas Letras. Pero ello no se logrará sino a condición de que con firmeza, valentía y confianza se ajusten todas al programa de estudios bíblicos prescrito por León XIII, aclarado más amplia y completamente por sus sucesores y por Nos todavía confirmado y aumentado; programa que es, en realidad, el único seguro y comprobado por la experiencia; y no se desanimen en modo alguno por las dificultades que, como en todo lo humano, tampoco han de faltar en esta obra tan preclara.

## II

### PARTE DOCTRINAL

#### EL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

##### *Estado actual de los estudios bíblicos*

No hay quien fácilmente no vea cómo se han modificado, en estos cincuenta años, las condiciones de los estudios bíblicos y la de todos cuantos les pueden ser útiles. Pasando por alto otras cosas, cuando Nuestro Predecesor publicó su encíclica *Providentissimus Deus*, muy

pocos eran los lugares de Palestina comenzados a explorar con excavaciones relacionadas con estos estudios, en tanto que ahora las investigaciones de tal género se han multiplicado y se llevan a cabo con métodos más severos que, perfeccionados por el mismo ejercicio, nos ofrecen más copiosos y ciertos resultados. Cuánta, en verdad, sea la luz que de estas investigaciones brota para entender mejor y más plenamente los Sagrados Libros, lo saben muy bien los peritos y cuantos a estos estudios se consagran. Crece aún la importancia de estas investigaciones por los documentos escritos hallados de cuando en cuando, que contribuyen mucho al conocimiento de las lenguas, literatura, historia, costumbres y religiones de los más antiguos pueblos. Ni es de menor importancia el hallazgo y la investigación, tan frecuente en nuestro tiempo, de los papiros que tan útiles han sido para conocer las literaturas y las instituciones públicas y privadas, principalmente del tiempo de nuestro Salvador. Además han sido hallados y editados con rigurosa crítica vetustos códices de los Sagrados Libros; se ha investigado más y más plenamente la exégesis de los Santos Padres; y, en fin, se ilustran con innumerables ejemplos los modos de decir, de narrar o de escribir de los antiguos. Todo esto, que no sin especial consejo de la providencia de Dios ha sido concedido a nuestra época, invita y, en cierto modo, amonesta a los intérpretes de las Sagradas Letras para que, valiéndose solícitos de tanta luz, las estudien más a fondo, las expliquen con más precisión y las expongan con mayor claridad. Y si, con gran contento del alma, vemos que los intérpretes han obedecido con el mayor entusiasmo y siguen obedeciendo a esta invitación, no vemos en ello el último ni tampoco el menor de los frutos de la encíclica *Providentissimus Deus*, en la que Nuestro Predecesor, como presagiando este nuevo florecer de los estudios bíblicos, llamó a los exegetas católicos hacia un trabajo cuyo camino y método les trazó con sabia intuición. Hacer, pues, que el trabajo no sólo permanezca sin interrumpir, sino que cada día se vaya perfeccionando más y resulte más fecundo: tal es la finalidad de esta Nuestra Encíclica, con la cual Nos proponemos principalmente demostrar a todos lo que aun resta por hacer y con qué ánimo debe emprender hoy el exegeta católico tan importante y elevado cargo, y dar nuevo estímulo y nuevos ánimos a los operarios que constantemente trabajan en la viña del Señor.

## § 1. — USO DE LOS TEXTOS ORIGINALES

### *Estudio de las lenguas bíblicas*

Ya los Padres de la Iglesia, y en primer lugar San Agustín, recomendaron encarecidamente al intérprete católico, deseoso de entender y explicar las Sagradas Escrituras, que estudiara las lenguas antiguas y acudiera a los textos originales (cf. v. gr. S. Hieron. *Praef. in IV Evang. ad Damasum* PL 29, 526-527; S. Aug. *De doctr. christ.* 2, 16

PL 34, 42-43). Pero tal era la condición de los estudios, en aquellos tiempos, que no consentían fuesen muchos los familiarizados con la lengua hebrea; y aun éstos, con un conocimiento imperfecto. Y en la Edad Media, mientras más florecía la Teología escolástica, también el conocimiento del griego se hallaba, hacía ya tiempo, tan decaído entre los occidentales, que aun los mayores Doctores de aquellos tiempos, al explicar los Sagrados Libros, no podían apoyarse sino tan sólo en la versión latina llamada Vulgata. Por lo contrario, en nuestros tiempos, no sólo la lengua griega, que desde el Renacimiento resucitó en cierto modo a nueva vida, es casi familiar a todos los cultivadores de la antigüedad y de las letras, sino que el conocimiento de la lengua hebrea y otras orientales se halla ampliamente difundido entre los estudiosos. Es hoy, además, tal la abundancia de medios para aprender estas lenguas, que el intérprete de la Biblia que por negligencia se cierre la puerta para el conocimiento de los textos originales, no podrá en modo alguno evitar la nota de ligereza y desidia, pues al exegeta le toca cómo captar con sumo cuidado y veneración aun las más pequeñas cosas que bajo la divina inspiración salieron de la pluma del hagiógrafo, para así penetrar más profunda y plenamente su pensamiento. Procure, pues, seriamente adquirir una pericia cada día mayor de las lenguas bíblicas y aun de las demás lenguas orientales, para apoyar su interpretación en todos los subsidios que supedita toda clase de filología. Eso, en verdad, procuró solícitamente San Jerónimo, según eran los conocimientos de su época; y tal fué el ideal de no pocos de los grandes intérpretes de los siglos XVI y XVII, bien que el conocimiento de las lenguas fuese mucho menor que hoy, poniendo en ello un infatigable esfuerzo y logrando frutos no medianos. Con el mismo método, pues, ha de explorarse el mismo texto original, que, como escrito inmediatamente por el mismo autor sagrado, tendrá mayor autoridad y mayor peso que en cualquier versión, ya antigua, ya moderna, por muy buena que fuese; y ello se logrará más fácil y útilmente si al conocimiento de las lenguas se uniere también una sólida pericia en el arte de la crítica tocante al texto mismo.

### *Importancia de la crítica textual*

Sabiamente advierte ya San Agustín la importancia de esta crítica, cuando, entre las reglas que se deben inculcar al que estudia los Sagrados Libros, puso — en primer lugar — la preocupación de poder servirse de un texto correcto. «Quienes desean conocer las Sagradas Escrituras — dice aquel preclarísimo Doctor de la Iglesia — deben, ante todo, atender con sumo cuidado a la enmienda de los códices, de suerte que los no correctos cedan su puesto a los correctos» (*De doctr. christ.* 2, 21 PL 34, 46). Hoy este arte, que se llama *crítica textual* y que se aplica laudable y provechosamente en la edición de los tex-

tos profanos, con toda razón ha de ejercitarse también en los Sagrados Libros, precisamente por la misma reverencia debida a la divina palabra. Su propia finalidad es restituir a su primitivo ser el sagrado texto lo más perfectamente posible, purificándolo de las corrupciones en él introducidas por impericia de los copistas y librándolo, cuanto se pueda, de glosas y lagunas, de inversiones de palabras, repeticiones y otros defectos de la misma especie, que suelen infiltrarse en los textos a través de los muchos siglos. Verdad es que, hace algunos decenios, no pocos empleaban la crítica tan arbitrariamente que a veces podría decirse que con ello trataron de introducir en el sagrado texto sus prejuicios; pero hoy ha llegado a alcanzar ya tal estabilidad y seguridad, que se ha convertido en un insigne instrumento para editar la divina palabra con mayor pureza y esmero, y es fácil descubrir cualquier abuso de la misma. Ni hace falta traer aquí a la memoria — porque es claro y sabido de todos los que estudian las Sagradas Escrituras — en cuánta estima ha tenido la Iglesia, desde los primeros siglos hasta nuestros tiempos, estos trabajos de la crítica. Hoy, pues, cuando este arte ha alcanzado tal perfección, es para los cultivadores de los estudios bíblicos una honrosa tarea, aunque no siempre fácil, procurar con todo ahínco que cuanto antes se preparen por católicos ediciones ajustadas a estas normas, no sólo de los textos sagrados, sino también de las versiones antiguas, que a la suma reverencia hacia el sagrado texto añadan la escrupulosa observancia de las leyes de la crítica. Y sepan bien todos que esta larga labor no sólo es necesaria para el recto conocimiento de los escritos divinamente inspirados: imperiosamente la exige, además, la piedad con que debemos mostrarnos sumamente agradecidos al Dios providentísimo, por habernos enviado estos libros como cartas paternas dirigidas como a sus hijos propios desde la sede de su majestad.

*Valor doctrinal del decreto Tridentino sobre el uso de la Vulgata  
Traducciones en lenguas modernas*

Ni se figure nadie que este uso de los textos primitivos, obtenidos con el empleo de la crítica, se opone en modo alguno a las sabias prescripciones del Concilio Tridentino tocantes a la Vulgata latina (*Decr. de editione et usu Sacrorum Librorum*; *Conc. Trid.* ed. Soc. Goerres. 5, 91 s.). Documentalmente consta cómo los Presidentes de aquel Concilio recibieron el encargo de rogar, en nombre mismo del Concilio, al Sumo Pontífice — y así lo hicieron — que hiciera corregir, como mejor fuera posible, ante todo la edición latina, y después también el texto griego y el hebreo, que se publicaran luego, para la mayor utilidad de la santa Iglesia de Dios (*Ibid.* 10, 471; cf. 5, 29, 59, 65; 10, 446 s.). Si, por las dificultades de los tiempos y otros impedimentos, no pudo entonces darse plena satisfacción a estos deseos, al presente,

como lo esperamos, aunados los esfuerzos de todos los doctos católicos, podrá mejor y más plenamente satisfacerse. Si el Concilio Tridentino ordenó que la Vulgata fuese la versión que «todos usaran como auténtica», esto, como cualquiera ve, sólo se refiere a la Iglesia latina y a su uso público de la Escritura, y en nada disminuye la autoridad y el valor de los textos originales. Pues ni siquiera se trataba entonces de los textos originales, sino de las versiones latinas que en aquel tiempo corrían, entre las cuales el Concilio, con mucha razón, decretó que había de preferirse aquella que «la misma Iglesia había aprobado por el largo uso de tantos siglos». Por tanto, esta precelente autoridad, o, como dicen, *autenticidad* de la Vulgata, no fué establecida por el Concilio principalmente por razones críticas, sino más bien por su legítimo uso en la Iglesia, ya de tantos siglos, por el cual se demuestra que en las cosas de fe y costumbres está enteramente inmune de todo error, de modo que, por testimonio y confirmación de la misma Iglesia, puede aducirse con seguridad y sin peligro de error en las disputaciones, lecciones y sermones: por lo tanto, no es una *autenticidad* *primariamente crítica*, sino más bien *jurídica*. Luego esta autoridad de la Vulgata en las cosas doctrinales no impide en modo alguno — antes hoy más bien lo exige casi — que esa misma doctrina se compruebe y se confirme también por los textos originales, y que a cada momento se acuda a los textos primitivos, con los cuales siempre, y cada día mejor, se aclare y exponga la verdadera significación de la Sagrada Escritura. Ni prohíbe tampoco el Concilio Tridentino que para uso y bien de los fieles cristianos, y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en lengua vulgar, y aun precisamente de los mismos textos originales, como con la aprobación de la autoridad de la Iglesia sabemos haberse hecho laudablemente en muchas naciones.

## § 2. — LA INTERPRETACIÓN DE LOS LIBROS SAGRADOS

### *Valor del sentido literal: su investigación*

Excelentemente pertrechado con el conocimiento de las lenguas y los subsidios de la crítica, pase ya el exegeta católico a la tarea suprema entre cuantas se le imponen, esto es, hallar y exponer el verdadero sentido de los Sagrados Libros. Al hacerlo, los intérpretes católicos tengan siempre ante sus ojos que lo que más ahincadamente han de procurar es el discernir claramente y precisar cuál es el sentido de las palabras bíblicas, que llaman *literal*. Este *literal* significado de las palabras resulta de que con toda diligencia lo averigüen por el conocimiento de las lenguas, por el examen del contexto y por la comparación con los lugares semejantes; pues de todo esto suele hacerse uso también en la interpretación de los escritos profanos, para que aparezca clara la mente del autor. Pero teniendo siempre en cuenta el exegeta



de las Sagradas Letras que aquí se trata de palabra divinamente inspirada, cuya custodia e interpretación ha sido por el mismo Dios encomendada a su Iglesia, atienda con no menor diligencia a las explicaciones y declaraciones del magisterio de la Iglesia, a las dadas por los Santos Padres y también «a la analogía de la fe», como sapientísimamente lo advierte León XIII en su encíclica *Providentissimus Deus* (León XIII *Acta* 13, 345-346; *Ench. Bibl.* nn. 94-96). Pero pongan singular empeño en no exponer solamente — como con dolor vemos se hace en algunos comentarios — lo tocante a la historia, a la arqueología, a la filología y a otras disciplinas semejantes, sino que, empleando éstas oportunamente en cuanto pueden contribuir a la exégesis, expliquen principalmente cuál es la doctrina teológica de fe y costumbres en cada libro o en cada lugar, de manera que su explanación no sólo ayude a los profesores de teología para proponer y confirmar los dogmas de la fe, mas sirva también a los sacerdotes para aclarar al pueblo la doctrina cristiana y, en fin, a todos los fieles para llevar una vida santa y digna de un cristiano.

### *Recto uso del sentido espiritual*

Dando una tal interpretación, teológica ante todo, reducirán eficazmente al silencio a quienes aseguran no hallar casi nada en los comentarios bíblicos que eleve la mente a Dios, nutra el alma y promueva la vida interior, y añaden que se ha de recurrir a una cierta interpretación espiritual y mística, como ellos dicen. Cuán poco acertado sea este su juicio, lo demuestra la misma experiencia de muchos que, meditando y considerando una y otra vez la divina palabra, llevaron sus almas a la perfección y se sintieron movidos de un vehemente amor a Dios, y lo demuestran también claramente la perpetua enseñanza de la Iglesia y los consejos de los sumos Doctores. No es que de la Sagrada Escritura se excluya todo sentido espiritual, pues lo que en el Antiguo Testamento se dijo y se hizo fué sapientísimamente ordenado y dispuesto por Dios de tal manera, que las cosas pretéritas presignificasen de modo espiritual las que en la nueva ley de gracia habían de realizarse. Por lo cual el exegeta, como debe investigar y exponer el significado propio, o, como dicen, *literal*, de las palabras, intentado y expresado por el hagiógrafo, así también el significado espiritual, siempre que conste haber sido realmente dado por Dios. Sólo Dios, en verdad, pudo conocer y revelarnos a nosotros ese significado espiritual. Ahora bien, este sentido, en los Santos Evangelios, nos lo indica y nos lo enseña el mismo divino Salvador; lo profesan de palabra y por escrito los Apóstoles, imitando el ejemplo del Maestro; lo demuestra la constante doctrina tradicional de la Iglesia y, finalmente, lo declara el antiquísimo uso de la liturgia según la conocida sentencia: «La ley de la oración es la ley de la creencia». Pongan, pues, en claro y expli-

quen los exegetas católicos, con la diligencia que la dignidad de la divina palabra pide, este sentido espiritual intentado y ordenado por el mismo Dios, pero guárdense religiosamente de proponer como genuino sentido de las Sagradas Escrituras otros sentidos figurados; pues aunque, al desempeñar el cargo de la predicación, puede ser útil, para ilustrar y recomendar las cosas de la fe y costumbres, un más amplio uso del sagrado texto en sentido figurado, siempre que se haga con moderación y sobriedad, nunca, sin embargo, ha de olvidarse que este uso de las palabras de la Sagrada Escritura le es a ésta como exterior y añadido, y que, sobre todo hoy, no deja de ser peligroso, pues los fieles cristianos, principalmente los instruidos en las ciencias sagradas y en las profanas, quieren saber lo que Dios nos da a entender en las Sagradas Escrituras, más bien que lo dicho por un facundo orador o escritor, empleando con cierta habilidad las palabras de la Biblia. Ni necesita tampoco la palabra de Dios, «viva y eficaz y más penetrante que la espada de dos filos, y que llega hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas y las medulas, y discernidora de los pensamientos e intenciones del corazón» (Hebr. 4, 12), de artificios o arreglos humanos para mover los corazones y excitar los ánimos, porque las mismas sagradas páginas, escritas bajo la inspiración divina, tienen por sí mismas abundancia de un primer sentido; enriquecidas de divina virtud, valen por sí; adornadas de soberana hermosura, por sí lucen y resplandecen, siempre que el intérprete las explique tan integra y fielmente, que saque a luz todos los tesoros de sabiduría y prudencia que en ellas se encierran.

*Invitación al estudio de los Santos Padres  
y de los grandes intérpretes*

Para esto podrá el exegeta servirse muy bien del estudio de las obras en que los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia e ilustres intérpretes de las Sagradas Letras, en tiempos pasados, las expusieron; ya que éstos, si a veces estaban menos provistos de erudición profana y del conocimiento de las lenguas que los de nuestro tiempo, se distinguen, sin embargo, dado el oficio que Dios les dió en la Iglesia, por cierta suave perspicacia de las cosas celestiales y por una admirable agudeza de entendimiento, con que íntimamente penetran las profundidades de la divina palabra, y así sacan de ella cuanto puede servir para ilustrar la doctrina de Cristo y promover la santidad de la vida. De doler es, en verdad, que tan preciosos tesoros de la cristiana antigüedad sean demasiado poco conocidos por muchos de los escritores de nuestros tiempos, y que los cultivadores de la historia de la exégesis todavía no hayan llegado a hacer todo lo posible para mejor conocer y más justamente estimar materia tan importante. Ojalá fueran muchos los que, examinando diligentemente los autores y las obras de

interpretación católica, a fin de sacar de allí las casi inmensas riquezas que acumulan, contribuyeran eficazmente a que cada día aparezca más claro hasta qué alto grado penetraron ellos en la doctrina de los Libros Santos, y cuánto la ilustraron, de modo que los intérpretes modernos los tomen como ejemplo y busquen en ellos oportunos argumentos. Se llegará así, por fin, a la feliz y fecunda unión de la doctrina y espiritual suavidad en el decir de los antiguos con la erudición más vasta y el arte más avanzado de los modernos, que producirá indudablemente nuevos frutos en el campo de las Divinas Letras, nunca suficientemente cultivado, y nunca exhausto.

§ 3. — PROBLEMAS ESPECIALES PARA LOS INTÉRPRETES  
DE NUESTRO TIEMPO

*Estado actual de la exégesis*

Es también de esperar que nuestros tiempos podrán contribuir en algo a una más profunda y exacta interpretación de las Sagradas Escrituras, pues no pocas cosas — y, entre ellas, principalmente las referentes a la historia — o apenas o insuficientemente fueron explicadas por los expositores de los siglos pasados, por faltarles casi todas las noticias necesarias para su ilustración. Cuán difíciles, en efecto, y casi inaccesibles fueron algunas cuestiones para los mismos Padres, se demuestra, por no citar otros ejemplos, en los varios conatos que muchos de ellos repitieron para interpretar los primeros capítulos del Génesis; igualmente, en los repetidos tanteos de un San Jerónimo para traducir los Salmos de suerte que su sentido *literal*, esto es, el expresado por las palabras mismas del texto, apareciese con claridad. Finalmente, hay algunos libros o textos sagrados cuyas dificultades de interpretación se han puesto de relieve en la edad moderna, es decir, cuando un más exacto conocimiento de los tiempos antiguos hizo presentarse nuevos problemas que nos obligan a un más profundo examen de la materia. Se equivocan, por lo tanto, algunos que, no conociendo bien el estado actual de la ciencia bíblica, se empeñan en que al exegeta católico de nuestros días no le queda nada ya que añadir a cuanto la antigüedad cristiana produjo; por lo contrario, la verdad es que son tantos los problemas planteados por nuestro tiempo que reclaman nueva investigación y nuevo examen y estimulan no poco la actividad del moderno escriturista.

*Ha de tenerse en cuenta la índole del hagiógrafo*

Verdad es que nuestra época acumula nuevas cuestiones y nuevas dificultades; pero también, por favor de Dios, suministra nuevos recursos y subsidios a la exégesis. Entre ellos parece digno de especial mención el que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los

Santos Padres, y principalmente la del Angélico y Común doctor, han explorado y expuesto, con mayor precisión y sutileza que solía hacerse en los siglos anteriores, la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica: pues, partiendo del principio de que el escritor sagrado, al escribir su libro, es ὄργανον o instrumento del Espíritu Santo, pero instrumento vivo y racional, observan rectamente que, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera hace uso de sus facultades y energías, que por el libro nacido de su acción puedan todos fácilmente colegir «la índole propia de cada uno y, por así decirlo, sus singulares características y rasgos» (cf. Bened. XV enc. *Spiritus Paraclitus*: A. A. S. 12 [1920] 390; *Ench. Bibl.* n. 461). Ha de esforzarse, pues, el intérprete con toda diligencia, sin descuidar luz alguna que hayan aportado las modernas investigaciones, por conocer la índole propia y las condiciones de vida del escritor sagrado, el tiempo en que floreció, las fuentes, ya escritas, ya orales, que utilizó, así como el vocabulario por él usado. Así podrá mejor conocer quién fué el hagiógrafo y qué quiso significar al escribir. A nadie se le oculta que la suprema norma para la interpretación es precisar y delimitar qué pretendió decir el escritor, como egregiamente lo advierte San Atanasio: «Aquí, como conviene hacerlo en todos los otros lugares de la divina Escritura, debe observarse con qué ocasión habló el Apóstol; ha de atenderse con cuidado y exactitud cuál es la persona a quien escribe y cuál el motivo de que le escriba, no sea que al ignorar tales cosas o al entender mal una cosa por otra se aleje del verdadero pensamiento del autor» (*Contra Arianos* 1, 54 PG 26, 123).

*Importancia del género literario, especialmente en la historia*

Pero muchas veces no es tan claro en las palabras y escritos de los antiguos autores orientales, como lo es por ejemplo en los escritores de nuestra época, cuál sea el sentido literal: lo que aquéllos quisieron significar no se determina tan sólo por las leyes de la gramática o de la filología, ni por el contexto del discurso, sino que es preciso, por decirlo así, que el intérprete se vuelva mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, y con el auxilio de la historia, de la arqueología, de la etnología y otras disciplinas, discierna y distintamente vea qué género literario quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella vetusta edad. Porque los antiguos orientales no siempre empleaban las mismas formas y los mismos modos de decir que hoy usamos nosotros, sino más bien aquellos que eran los corrientes entre los hombres de sus tiempos y lugares. Cuáles fueron éstos, no puede el intérprete determinarlo de antemano, sino solamente en virtud de una cuidadosa investigación de las antiguas literaturas del Oriente. Ésta, llevada a cabo en los últimos decenios con mayor cuidado y diligencia que anteriormente, nos ha hecho ver con más claridad qué

formas de decir se usaron en aquellos antiguos tiempos, ya en la descripción poética de las cosas, ya en el establecimiento de normas y leyes de vida, ya, por fin, en la narración de hechos y sucesos. Esta misma investigación ha probado ya con claridad que el pueblo de Israel aventajó singularmente a las otras antiguas naciones orientales en escribir bien la historia, así por la antigüedad como por la fiel narración de hechos, méritos que seguramente proceden del carisma de la divina inspiración y del fin peculiar de la historia bíblica, que es religioso. Sin embargo, también entre los escritores sagrados, como entre los demás antiguos, se hallan ciertas maneras de exponer y narrar, ciertos idiotismos, propios, sobre todo, de las lenguas semíticas, las llamadas *aproximaciones*, y ciertos modos de hablar hiperbólicos; más aún, a veces hasta paradojas, con las cuales más firmemente se graban las cosas en la mente: cosas todas ellas nada de admirar para quien rectamente sienta acerca de la inspiración bíblica. Porque no hay modo alguno de decir — de los que entre los antiguos, principalmente los orientales, solía servirse el humano lenguaje para expresar las ideas — que sea ajeno a los Libros Sagrados, siempre a condición de que el empleado no repugne a la santidad y verdad de Dios, como ya con su acostumbrada agudeza lo advirtió el mismo Doctor Angélico con estas palabras: «Las cosas divinas se nos ofrecen en la Escritura según el modo que los hombres acostumbraban a usar» (*Comment. in Ep. ad Hebr.* cap. 1 lect. 4). Pues así como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todo «excepto en el pecado» (*Hebr.* 4, 15), así también las palabras de Dios, expresadas en lengua humana, se hacen en todo semejantes al humano lenguaje, excepto en el error. En esto consiste aquella *συγκαταβασις* o «condescensión» de Dios providente, que ya San Juan Crisóstomo exaltó sobremanera y que repetidamente afirmó encontrarse en los Libros Sagrados (cf. v. gr. *In Gen.* 1, 4 PG 53, 34-35; *In Gen.* 2, 21 [ibid. 121]; *In Gen.* 3, 8 [ibid. 135]; *Hom.* 15 *in Io.* ad 1, 18 PG 59, 97 s.).

Por esto el exegeta católico, para satisfacer a las actuales necesidades de la ciencia bíblica al exponer la Sagrada Escritura, para demostrar y probar que está enteramente inmune de error, válgase también, como es su deber, prudentemente de este recurso, esto es, el de investigar hasta qué punto la forma o género literario, empleado por el hagiógrafo, pueda contribuir a la verdadera y genuina interpretación; y esté persuadido de que esta parte de su oficio no puede desdeñarse sin gran detrimento de la exégesis católica. Pues no pocas veces — para no mencionar sino esto —, cuando muchos pretenden reprochar al autor sagrado el haber faltado a la verdad histórica o haber narrado las cosas con poca exactitud, hállase que no se trata de otra cosa sino de aquellos modos de decir y narrar, propios de los antiguos, que a cada paso lícita o corrientemente se acostumbran a emplear en las mutuas relaciones de los hombres. Exige, pues, una justa ecuanimidad,

que al hallar tales cosas en la divina palabra, que con palabras humanas se expresa para los hombres, no se les tache de error, como tampoco se hace cuando se hallan en el uso cotidiano de la vida. Conociendo, pues, y exactamente estimando los modos y maneras de decir y escribir de los antiguos, podrán resolverse muchas dificultades que contra la verdad y la fidelidad histórica de las Sagradas Escrituras se oponen, y semejante estudio será muy a propósito para percibir más plena y claramente la mente del autor sagrado.

*Se ha de promover el estudio de las antigüedades bíblicas*

Atiendan, pues, también a esto nuestros cultivadores de los estudios bíblicos con toda diligencia y nada omitan de todo cuanto de nuevo aporten, ya la arqueología, ya la historia antigua, ya el conocimiento de las antiguas literaturas, ya cuanto contribuya a penetrar mejor en la mente de los antiguos escritores, sus modos y maneras de discurrir, de narrar y escribir. Y en esto tengan en cuenta aun los católicos seglares que no sólo contribuyen al bien de la ciencia profana, sino que merecen bien de la causa cristiana si, como es de razón, se entregan con ahinco y constancia a explorar e indagar las cosas de la antigüedad y a resolver cuestiones de este género, hasta ahora poco claras y conocidas. Pues todo humano conocimiento, aun profano, como por sí tiene una nativa dignidad y excelencia — por ser una cierta participación finita de la infinita ciencia de Dios —, recibe una nueva y más alta dignidad y como consagración cuando se emplea para ilustrar con luz más clara las cosas divinas.

§ 4. — CÓMO TRATAR LAS CUESTIONES MÁS DIFÍCILES  
DE NUESTRO TIEMPO

*Dificultades felizmente resueltas por los estudios recientes*

Por esa avanzada exploración de las antigüedades orientales de que hemos hablado, por la más cuidadosa investigación de los mismos textos originales, por un más amplio y diligente conocimiento de las lenguas bíblicas y de todas las otras orientales, felizmente, con el auxilio de Dios, se ha logrado que no pocas cuestiones que, en tiempo de Nuestro Predecesor de i. m., León XIII, suscitaban los críticos ajenos a la Iglesia y hasta hostiles a ella contra la *autenticidad*, antigüedad, integridad y fidelidad histórica de los Libros Sagrados, hoy han quedado eliminadas y resueltas. Los exegetas católicos, usando rectamente las mismas armas de la ciencia, de que no pocas veces abusaban los adversarios, de una parte han hallado interpretaciones conformes a la doctrina católica y al genuino sentir de nuestros mayores, y de otra parecen haberse al mismo tiempo capacitado para resolver las dificultades que o nuevas exploraciones o nuevos hallazgos trajeren o que para su resolución dejó la antigüedad a nuestra época. De ahí ha resultado

que la credibilidad de la Biblia y de su valor histórico, debilitados hasta cierto punto en algunos a causa de tantos ataques, hoy se hallan plenamente restablecidos entre los católicos por completo; y hasta no faltan escritores, aun no católicos, que después de investigaciones emprendidas con sobriedad y ecuanimidad han llegado a abandonar los prejuicios de los modernos para volverse, siquiera en algunos puntos, a las antiguas sentencias. Esta gran mudanza se debe, por lo menos en gran parte, al incansable trabajo con que los expositores católicos de las Sagradas Letras, sin atemorizarse ante dificultades y obstáculos de todo género, han puesto todo su empeño en procurar que de todo cuanto las investigaciones de la erudición moderna proporcionan, ya en el campo de la arqueología, ya en el de la historia y la filología, se hiciera un cumplido uso para la solución de las nuevas cuestiones que se ofrecían.

*Dificultades no resueltas aún, o insolubles*

Nadie, pues, se admire de que todavía no se hayan vencido y resuelto todas las dificultades, y de que aun queden hoy graves cuestiones que agitan no poco la mente de los exegetas católicos. Mas no hay que acobardarse por ello; no se olvide que en las humanas disciplinas acontece algo muy semejante a lo que sucede en las cosas naturales, que, luego de comenzadas, crecen poco a poco, y sólo después de muchos trabajos se recogen los frutos. Así ha sucedido precisamente en ciertas cuestiones que en tiempos pasados no habían sido resueltas y estaban como en suspenso, pero, al fin, con el progreso de los estudios han sido felizmente resueltas en nuestros tiempos. Lo cual da esperanza de que también aquellas que hoy parecen las más complejas y difíciles, mediante un esfuerzo constante llegarán algún día a quedar plenamente aclaradas. Y si la resolución se retrasare largo tiempo y el feliz éxito no nos sonríe a nosotros, sino que acaso se reserva para los venideros, nadie se irrite por ello, pues justo es que también a nosotros nos toque lo que ya en su tiempo advirtieron los Padres, y principalmente San Agustín (cf. *Aug. Epist.* 149 *ad Paulinum* n. 34 PL 33,644; *De diversis quaestionibus* q. 53 n. 2 [ibid. 40,36]; *Enarr. in Ps.* 146 n. 12 [ibid. 37, 1907]), que Dios, de intento, sembró de dificultades los Libros Sagrados por Él mismo inspirados, así para que nos excitáramos más intensamente a leerlos y a escudriñarlos como para que, al experimentar suavemente los límites de nuestra inteligencia, nos ejercitáramos en la debida humildad. Ni sería tampoco de admirar si en alguna que otra cuestión no se llega nunca a una solución plenamente satisfactoria, porque muchas veces se trata de cosas oscuras y demasiado remotas de nuestro tiempo y experiencia, y también porque la exégesis, como las más graves disciplinas, puede tener sus secretos que, inaccesibles a nuestros entendimientos, con ningún esfuerzo logremos —los hombres— descubrir.

*Cómo han de buscarse las soluciones positivas*

Pero en tal estado de cosas, el intérprete católico, llevado de un fervoroso amor a su profesión y de una sincera devoción a la Santa Madre Iglesia, jamás debe abstenerse de acometer una y otra vez las cuestiones difíciles no resueltas, no sólo para rebatir lo que opongan los adversarios, sino también para intentar una solución que concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia y principalmente con lo que ella enseña acerca de la absoluta inmunidad de todo error en las Sagradas Escrituras, y que satisfaga también debidamente a las conclusiones ciertas de las disciplinas profanas. Y tengan presente todos los hijos de la Iglesia que los conatos de esos valientes operarios de la viña del Señor deben juzgarlos no sólo con justicia y ecuanimidad, sino también con suma caridad, y deben estar muy lejos de aquel celo no muy prudente que pretende haberse de rechazar todo lo nuevo por nuevo o tenerlo a lo menos por sospechoso. Y tengan, en primer lugar, ante los ojos que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina tocante a las cosas de fe y costumbres, y que de lo mucho que en los Libros Sagrados, legales, históricos, sapienciales y proféticos se contiene, son muy pocas las cosas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia y no son tampoco más aquellas en que unánimemente convienen los Padres. Quedan, pues, muchas y graves cosas en cuyo examen y exposición puede y debe ejercitarse libremente el ingenio y la agudeza de los intérpretes católicos, para la utilidad de todos, para un adelantamiento cada día mayor de la doctrina sagrada, para la defensa y el honor de la Iglesia. Esta es la verdadera libertad de los hijos de Dios, el mantener fielmente la doctrina de la Iglesia y el recibir como un don de Dios, con gratitud, y aprovechar todo cuanto los conocimientos profanos aporten. Esta libertad, por el fervor de todos exaltada y mantenida, es condición y fuente de todo genuino fruto y de todo progreso sólido en la ciencia católica, como preclaramente lo amonesta Nuestro Predecesor León XIII, cuando dice: «Si no queda a salvo la unión de los ánimos y no se ponen a seguro los principios, no podrán esperarse grandes frutos para el progreso de esta disciplina ni aun del entusiasta estudio colectivo de muchos» (Litt. Apost. *Vigilantiae*: Leonis XIII Acta 22, 237; *Ench. Bibl.* n. 136).

§ 5. — USO DE LA SAGRADA ESCRITURA  
EN LA INSTRUCCIÓN DE LOS FIELES

*Diversas maneras de utilizar la Sagrada Escritura  
en el ministerio sagrado*

Quien considere la ingente labor que por espacio de casi dos mil años se ha echado sobre sí la exégesis católica para que la palabra de Dios, llegada a los hombres por las Sagradas Escrituras, cada día



más perfecta y plenamente se entienda y con más vehemente amor se ame, fácilmente se persuadirá de que a los fieles cristianos y, sobre todo, a los sacerdotes incumbe el grave deber de usar copiosa y santamente aquel tesoro acumulado durante tanto tiempo por los sumos ingenios; porque no dió a los hombres los Libros Sagrados para satisfacer su curiosidad o para facilitarles materias de estudio e investigación, sino, como advierte el Apóstol, para que los divinos oráculos pudieran «instruir para la salvación por la fe en Cristo Jesús», para que «el hombre de Dios sea perfecto, apercebido para toda buena obra» (cf. 2 Tim. 3, 15, 17). Por lo tanto los sacerdotes, obligados por oficio a procurar la salud eterna de las almas, después de recorrer ellos mismos con diligente estudio las sagradas páginas, después de hacerlas suyas por la oración y la meditación, deben exponer celosamente al pueblo estas soberanas riquezas de la divina palabra en sermones, homilías y exhortaciones; confirmar la doctrina cristiana con sentencias tomadas de los Libros Sagrados; ilustrarla con preclaros ejemplos de la historia sagrada, sobre todo del Evangelio de Cristo nuestro Señor; y todo esto, evitando con cuidado y diligencia aquellos sentidos acomodaticios que sugiere el propio individual arbitrio y se toman de cosas muy ajenas al asunto: esto no es usar, sino abusar de la divina palabra. Expónganle con tanta elocuencia, con tanta distinción y claridad, que los fieles no sólo se muevan y enciendan a ordenar rectamente su vida, sino a concebir una suma veneración hacia la Sagrada Escritura. Por lo demás, procuren los Prelados acrecentar y perfeccionar cada día más esta veneración en los fieles a ellos encomendados, promoviendo cuanto emprendan aquellos varones que, llenos de espíritu apostólico, laudablemente procuran excitar y fomentar entre los católicos el conocimiento y el amor de las Sagradas Escrituras. Fomenten, pues, y ayuden a las asociaciones piadosas cuyo propósito sea difundir, entre los fieles, ejemplares de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios, y procurar con todo ahinco que se haga bien y santamente su cotidiana lectura en las familias cristianas; recomienden eficazmente de palabra y de obra, cuando las leyes litúrgicas lo permitan, las Sagradas Escrituras, que hoy, con la aprobación de la autoridad de la Iglesia, se hallan traducidas a lenguas vulgares; y tengan ellos, o hagan que las tengan otros sagrados oradores muy peritos, disertaciones o lecciones públicas sobre asuntos bíblicos. Todos los sagrados ministros den su ayuda, en la medida de sus fuerzas, a las revistas periódicas que con tanta loa y fruto se publican en varias partes del orbe, ya para tratar y exponer científicamente estas cuestiones, ya para acomodar los frutos de estas investigaciones, bien al sagrado ministerio, bien a la utilidad de los fieles, y divúlguenlas convenientemente entre los varios órdenes y clases de su grey. Y estén bien persuadidos todos los sagrados ministros de que todo esto y todo lo demás que, a este propósito, invente el celo apostólico y el amor a la divina palabra, ha de

ser para ellos mismos un eficaz auxiliar en su apostolado junto a las almas.

*Enseñanza bíblica en los Seminarios*

Pero a nadie se le oculta que todo esto no pueden hacerlo bien los sacerdotes si ellos antes, durante su permanencia en el Seminario, no han bebido este activo y perenne amor a la Sagrada Escritura. Por tanto, velen diligentemente los Prelados, a quienes incumbe el paternal cuidado de sus Seminarios, para que tampoco en esto se omita nada de cuanto pueda conducir a la consecución de este fin. Y los profesores de Sagrada Escritura den en los Seminarios toda la enseñanza bíblica, de tal manera que armen a los jóvenes que se forman para el sacerdocio y para el ministerio de la divina palabra, con el conocimiento y el amor de las Divinas Letras, pues sin ellas no se pueden obtener frutos abundantes de apostolado. Por lo cual, la exposición exegetica ha de ser principalmente teológica, evitando inútiles disputas y omitiendo todo aquello que sea fuente de vana curiosidad más bien que fomento de verdadera doctrina y de piedad sólida; propongan el sentido llamado *literal*, y principalmente el teológico, con tanta solidez, explíquenlo con tal fervor, que sus alumnos lleguen a experimentar en cierto modo lo mismo que los discípulos de Jesucristo cuando, yendo a Emaús, al oír las palabras del Maestro, exclamaron: «¿No ardía, en verdad, nuestro corazón en nosotros mientras nos explicaba las Escrituras?» (*Luc. 24, 32*). De este modo serán las Divinas Letras para los futuros sacerdotes de la Iglesia pura y perenne fuente de vida espiritual para cada uno, así como alimento y robustez del sagrado ministerio de la predicación que sobre sí han de tomar. Y si en verdad llegaren los profesores de esta gravísima disciplina a conseguir esto en los Seminarios, con santa alegría tengan la persuasión de haber contribuído grandemente a la salud de las almas, al adelantamiento de la causa católica, al honor y gloria de Dios, cumpliendo con ello una labor íntimamente unida a los deberes del apostolado.

*Sentido de la Palabra divina en este tiempo de guerra:  
consuelo para los afligidos; para todos, camino de justicia*

Todo esto que hemos dicho, Venerables Hermanos y amados hijos, si bien es en todo tiempo necesario, urge sin duda mucho más en los luctuosos nuestros, cuando pueblos y naciones se sumergen casi todos en un piélago de calamidades, mientras la dura guerra acumula ruinas sobre ruinas, muertes sobre muertes, y cuando, excitados hasta la exacerbación los mutuos odios de los pueblos, con sumo dolor vemos que en no pocos se extingue, no ya el sentimiento de la cristiana benignidad y caridad, sino aun el de la misma humanidad. A estas mortales heridas de la humana convivencia, ¿quién podrá poner remedio sino sólo Aquel a quien el Príncipe de los Apóstoles, lleno de amor y confianza, invoca

con estas frases: «¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna» (Io. 6, 69). Es, pues, necesario que por todos los medios trabajemos para hacer que todos vuelvan a este nuestro misericordisísimo Redentor, pues Él es el divino consolador de los afligidos; Él quien a todos — ya presidan con pública autoridad, ya estén sujetos con el deber de la obediencia y la sumisión — enseña la verdadera probidad, la íntegra justicia y la caridad generosa; Él, en fin, y sólo Él, quien puede ser fundamento y defensa de la paz y la tranquilidad. «Pues nadie puede poner otro fundamento fuera del que puesto está, que es Cristo Jesús» (1 Cor. 3, 11). Y a este Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente le conocerán los hombres, tanto más intensamente le amarán, tanto más fielmente le imitarán, cuanto más movidos se sientan al conocimiento y a la meditación de las Sagradas Escrituras, principalmente del Nuevo Testamento. Pues, como dice San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (S. Hieron. *Comm. in Isaiam*, prol. PL 24, 17), y «si algo hay en esta vida que sostenga al varón prudente y le persuada a permanecer ecuánime entre las aperturas y tormentas del mundo, creo que más que todo es la meditación y la ciencia de las Escrituras» (S. Hieron. *Comm. in Ep. ad Ephesios*, prol. PL 26, 439). Porque de ellas sacarán, los que se ven fatigados y oprimidos por la adversidad y la desgracia, verdaderos consuelos y divina virtud para padecer y sufrir con paciencia; en ellas — en los Santos Evangelios — se nos muestra a todos Jesús, sumo y acabado ejemplar de justicia, de caridad y de misericordia, y se le abren al género humano, desgarrado y trepidante, las fuentes de aquella divina gracia, preterida la cual y desconocida, no podrán los pueblos ni sus directores iniciar ni establecer la tranquilidad de los Estados ni la concordia de los espíritus; en ellas, finalmente, todos aprenderán a conocer a Cristo «que es la cabeza de todo principado y potestad» (Col. 2, 10) y «que se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios y justicia y santificación y redención» (1 Cor. 1, 30).

## CONCLUSIÓN

### *Exhortación a todos cuantos cultivan los estudios bíblicos*

Expuestas, pues, y recomendadas estas cosas referentes a la necesidad de adaptar los estudios escriturísticos a las necesidades del día, resta ya, Venerables Hermanos y amados hijos, no sólo felicitar con ánimo paternal a todos y cada uno de los devotos hijos de la Iglesia que fielmente siguen su doctrina y obedecen sus normas, por haber sido llamados y elegidos a cargo tan excelso, sino alentarlos también a que con fuerzas cada día renovadas sigan con todo empeño y cuidado cumpliendo la obra felizmente comenzada. Cargo excelso decimos;

## CARTA ENCÍCLICA «DIVINO AFFLANTE SPIRITU»

pues ¿qué cosa hay más sublime que escudriñar, explicar, exponer a los fieles y defender contra los infieles la palabra misma de Dios, dada a los hombres por inspiración del Espíritu Santo? Con este espiritual alimento se nutre el alma misma del intérprete «para memoria de la fe, para consuelo de la esperanza, para exhortación a la caridad» (cf. S. Aug. *Contra Faustum* 13, 18 PL 42, 294; CSEL 25, 400).

«Vivir entre esto, meditar esto, no querer saber sino esto, buscar sólo esto, ¿no os parece ya como un oasis — aun aquí, en la tierra — del reino de los cielos?» (S. Hieron. *Ep.* 53, 10 PL 22, 549; CSEL 54, 463). Apaciéntense también con este mismo alimento las almas de los fieles y de ahí saque cada uno el conocimiento y el amor de Dios, el bien y la felicidad de su propia alma. Entréguese, pues, con todo corazón a esto los expositores de la divina palabra. «Oren para entender» (S. Aug. *De doct. christ.* 3, 56 PL 34, 89): trabajen para penetrar cada día más profundamente en los secretos de las sagradas páginas; enseñen y prediquen para abrir a los demás los tesoros de la palabra de Dios. Lo que en los pasados siglos llevaron a cabo con fruto aquellos preclaros intérpretes de las Sagradas Escrituras, lo emulen según sus fuerzas los del día, de manera que, como en los tiempos pasados, también hoy la Iglesia tenga doctores eximios en exponer las Sagradas Escrituras, y los fieles de Cristo, gracias al trabajo y al esfuerzo de aquéllos, perciban toda la luz, toda la fuerza persuasiva y todo el gozo de las Sagradas Escrituras. Y en esta labor, ardua y grave en verdad, tengan ellos también «por consuelo los Libros Santos» (1 *Mach.* 12, 9), y acuérdense de la retribución que les aguarda, pues «los sabios brillarán como la luz del firmamento, y los que a muchos enseñan la justicia, como estrellas por perpetuas eternidades» (*Dan.* 12, 3).

Y entretanto, mientras a todos los hijos de la Iglesia, y nominalmente a los profesores de la ciencia bíblica, al joven clero y a los oradores sagrados, les deseamos fervorosamente que, meditando asiduamente los divinos oráculos, gusten cuán bueno y cuán suave es el Señor (cf. *Sap.* 12, 1), a vosotros, Venerables Hermanos y amados hijos, a todos y a cada uno en particular, como prenda de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos de todo corazón en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 30 del mes de septiembre, en la festividad de San Jerónimo, Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, el año 1943, quinto de Nuestro Pontificado.

### III

CARTAS AL EMMO. SR. CARDENAL LUIS MAGLIONE,  
SECRETARIO DE ESTADO

## ORACIONES ESPECIALES ORDENADAS POR LA VUELTA DE LA PAZ AL MUNDO

*En tres distintas ocasiones, en el curso del año 1943, el Sumo Pontífice se dirige a Su Emíntísimo Cardenal Secretario de Estado para manifestar el vivo deseo de especiales oraciones públicas con que lograr del Señor, bajo el auspicio de la Santísima Virgen, la vuelta de la verdadera paz al mundo. La primera Carta es del 15 de abril y se refiere a los actos de piedad para el siguiente mes de mayo; la segunda, del 5 de agosto, llama a todos los fieles a continuas preces, singularmente en el día de la fiesta de la Asunción de María al Cielo; la tercera es del 25 de noviembre y ella, al recordar la solemne Consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María, renovada por Su Santidad en la Basílica Vaticana el día 8 de diciembre de 1942, invita a los católicos de todas las naciones a que con la más ardiente confianza acudan, en la próxima solemnidad mariana al Dador de toda gracia y a la intercesión de su divina Madre.*

# I

AL EMMO. P. S. LUIS DE LA S. R. I. PRESB. CARD. MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO: SE ORDENAN ORACIONES PÚBLICAS PARA LOGRAR LA PAZ DE LOS PUEBLOS

## PÍO PAPA XII

AMADO HIJO NUESTRO, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**T**ODOS los años, desde que estalló esta guerra encarnizada que se ha extendido ya a casi todo el mundo, al acercarse el mes de mayo, hemos exhortado por tu medio a todos los cristianos, y en especial a los niños inocentes a Nos tan queridos, a pedir con insistencia a la Santísima Virgen, en santa porfía de oraciones, que obtenga, benigna, de Dios la paz tan deseada por todos. Y aunque todavía no haya cesado este conflicto mortífero que no sólo hace riza entre los ejércitos, sino que enrojece con sangre de hermanos aun a las poblaciones pacíficas, no por ello hay que decaer de ánimo, ni desistir de las súplicas devotas; sino que, por lo contrario, a medida que de día en día crece el cúmulo de tan dolorosas desventuras, cuanto más potente cunde la violencia del odio que se enciende en el corazón de muchos, tanto más necesario es volverse con la oración y la penitencia a Dios, único que puede no sólo infundir la luz de la caridad cristiana en las almas excitadas por el odio, sino también, calmada la furia de las pasiones, hacer que los pueblos todos vuelvan a la mutua concordia.

Pero, como muy bien sabes, no basta hacerse propicio a Dios con oraciones, ni basta invocar con plegarias el patrocinio y la ayuda de la Virgen Santísima, Madre de Jesucristo y Madre nuestra; algo más exige de todos nosotros esta larga y tremenda mortandad que parece sacudir los cimientos mismos de la sociedad humana amenazando arrastrarla a una ruina irreparable.

Y ante todo es necesario que todos piensen y reconozcan que esta guerra, tal vez la mayor desde la creación del mundo, en realidad no es sino el castigo merecido por haber violado la justicia divina. Porque de hecho muchas veces se puede ver en nuestros días que la inteligencia humana, engreída de su poder, niega a Dios el homenaje que le es debido; que, por lo mismo, los hombres descuidan, cuando no despre-

cian sus sacrosantos deberes para con Dios; que rechazan los principios de la sabiduría evangélica como cosas trasnochadas e indignas de una época adelantada; que, finalmente, se afanan tan sólo por que en esta vida efímera abunden las comodidades, las riquezas y toda suerte de placeres, sin cuidarse para nada de la vida eterna. Pero cuando se rechaza la primera y eterna norma de un Dios legislador y juez, ¿qué otra ley podrá regular las costumbres privadas y públicas? ¿Qué otra norma podrá constituir el principio y fundamento de la misma sociedad, dándole seguridad y firmeza? Ninguna, ciertamente; pues, «si se abandona la religión y la probidad, síguense inevitablemente en la vida el desorden y la anarquía» (cf. Cic. *De nat. Deorum*, 1, 2).

Por lo tanto, si se cometieron yerros, se ha de volver al camino verdadero; si la apariencia de falsas doctrinas sedujo y ofuscó a muchas almas, se han de disipar las tinieblas del error con la luz de la verdad; si, finalmente, muchos, distraídos por las cosas terrenales, descuidaron los santísimos deberes de las virtudes cristianas y el culto divino, necesario es que piensen seriamente y que, ante todo, con sus fuerzas todas se esfuercen por adquirir los bienes más importantes y que dicen relación a la vida eterna. Esta debería ser la común y santa cruzada de todos, cruzada que tiende a hacer que las costumbres de los individuos y de las naciones se ajusten a los mandamientos de Jesucristo, y que éstos sean observados lo más posible en la vida de cada día, por todos los sectores humanos. Pongan en ello todo su empeño cuantos no sólo anhelan su propia salvación, sino que desean que la paz, la tranquilidad y la prosperidad vuelvan por fin a brillar sobre el mundo. Ciertamente que si cada uno procura cumplir este su deber en cuanto le sea posible, más agradables y aceptas serán las oraciones dirigidas a Dios y a su Santísima Madre.

Por lo cual todos, animados por tan saludables propósitos, acudan ante el altar de la Virgen Madre de Dios durante el próximo mes, a Ella especialmente consagrado, y no sólo le ofrezcan las flores de los campos y jardines, ni sólo le presenten sus propias plegarias suplicantes, sino también el propósito de una vida más morigerada y más santa, pues nada puede ser más agradable al Divino Redentor ni más grato a su excelsa Madre.

Al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen hemos Nos ofrecido, confiado y consagrado, en el pasado mes de octubre, la Santa Iglesia — Cuerpo Místico de Jesucristo, llagado con tantas heridas —, así como todo el mundo que, encendido en odio y exacerbado por la contienda, está pagando sus propias iniquidades; y con sumo consuelo de Nuestro paternal corazón hemos sabido cómo ese mismo acto devoto ha sido repetido casi en todas partes por los Obispos, por los sagrados ministros y por las muchedumbres del pueblo cristiano. Pero, pues casi todos los cristianos se han consagrado espontáneamente al Corazón Inmaculado de la Virgen María, menester es también que con decidido

empeño le imiten, si quieren de veras que la Bienaventurada Virgen escuche benévola sus plegarias. Y de esta manera, bien dispuestos, con devoción y amor, no sólo los que en la flor de la infancia están rodeados de inocencia y gracia, sino todos los fieles, durante el próximo mes de mayo, imploren de modo singular a la Madre celestial, con renovado apremio que, apagados los odios, en las almas de los hombres triunfe y reine el amor fraterno; que los vicios cedan a la virtud, las armas a la justicia, la violencia desenfrenada a la reflexión serena; y que, por fin, aplacadas las olas de esta furiosa tempestad, todos los pueblos se vuelvan a la paz, a la concordia, a Cristo, único que con su doctrina sobrenatural e infalible puede dar seguridad incommovible al fundamento de la sociedad humana, único que tiene palabras de vida eterna (cf. *Io.* 6, 69).

Mucho esperamos Nos de esta santa porfía de oraciones; y por eso también este año te confiamos a ti, amado Hijo Nuestro, el honroso encargo de hacer llegar por los medios que creas más oportuno esta Nuestra paternal exhortación a conocimiento de todos, sobre todo de los Pastores sagrados del orbe católico, quienes sin duda tendrán la solicitud no sólo de exponerla con diligencia a sus fieles, sino también de ponerla en práctica con todo cuidado.

Por eso a ti, amado Hijo Nuestro, y a todos cuantos quieran acoger finalmente Nuestra invitación y especialmente a los niños, para Nos queridísimos, damos de todo corazón en el Señor, como auspicio de celestiales favores y en prenda de Nuestra paternal benevolencia, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de abril de 1943, año quinto de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



## II

AL EMMO. P. S. LUIS DE LA S. R. I. PRESB. CARD. MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO: SE ORDENAN ORACIONES PÚBLICAS PARA LOGRAR LA PAZ DE LOS PUEBLOS

### PÍO PAPA XII

AMADO HIJO NUESTRO, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**M**IENTRAS la fraternal concordia entre los Estados se rompe miseramente y la fuerza de las armas, con que se abaten y atormentan no solamente ejércitos, sino también pacíficas poblaciones, se impone imperiosamente casi doquier, Nos, que paternalmente llevamos en el ánimo los dolores y ansias de todos, no dejamos nada por intentar, a fin de poder reemplazar el odio por la caridad y en lugar de la discordia y de la lucha volver a ver el mutuo acuerdo, y los serenos dones de la paz. Mas, dado que los hombres parecen no escuchar Nuestra anhelante y amonestadora voz, elevamos Nuestras oraciones y los ojos afligidos al Padre de las misericordias y al Dios de todo consuelo (2 Cor. 1, 3), y ansiamos que todos se vuelvan a Él por la penitencia y la oración. Lo cual, como sabes, hemos hecho ya varias veces después de haber estallado esta guerra feroz; mas, respondiendo de buen grado a las insistencias que muchos hijos Nos han hecho, consideramos oportuno repetirlo, cuando el cielo, en lugar de serenarse, se nubla con nubes aun más densas. Es decir, que por tu mediación, querido Hijo Nuestro, queremos exhortar de nuevo a todos y especialmente a los Obispos, que en todas las partes del mundo gobiernan la grey a ellos confiada, para que cuanto mayores sean los peligros del mal que parecen amenazar a la familia cristiana tanto más fervientes se eleven a Dios y a su divina Madre las oraciones públicas. Y deseamos que se haga todo esto de modo especial en el próximo día consagrado a la Santísima Virgen, a fin de que la excelsa Madre de Dios, movida a compasión por tantas desgracias de sus hijos, por tantas miserias y tantas angustias, impetre de su benignísimo Hijo el perdón de los pecados, y con el impulso de la gracia celestial lleve se-

renidad a los ánimos, extinga los odios y las rivalidades, provoque la concordia y haga, por último, resplandecer la paz cristiana, pues sólo por ésta los pueblos vencedores y los vencidos, unidos de nuevo, no por la fuerza, sino por la justicia y la equidad, podrán gozar de larga tranquilidad y prosperidad.

Unidos todos en santa cruzada eleven fervientes plegarias, a las cuales en cada uno debe corresponder una vida renovada conforme a les enseñanzas y normas cristianas. Esfuércense todos en adelantarse a los demás con el ejemplo y ocurra de este modo felizmente que a las mortíferas armas de la guerra sucedan las pacíficas de la caridad, la oración y la hermandad.

Séanos, además, permitido exhortar de modo muy especial al carísimo pueblo de Italia para que en esta gravísima situación sea émulo de la fe y la virtud cristiana de sus antepasados; de tal modo que, como en pasados tiempos, así en el presente, impetre de Dios con oraciones públicas lo que está en sus deseos y en los Nuestros, invocando la intercesión de aquella innumerable cohorte de santos, que su tierra dió en toda época al cielo.

A ti, por lo tanto, amado Hijo Nuestro, confiamos la misión de dar cuenta de Nuestra paternal exhortación a todos del modo que creas más oportuno, y especialmente al episcopado del orbe católico, que sabemos muy dispuesto a secundar en todo momento Nuestros deseos.

Y mientras tanto, como auspicio de las gracias celestiales y testimonio de Nuestra especial benevolencia, impartimos de todo corazón a ti, amado Hijo Nuestro, y a cada uno de Nuestros hijos en Cristo la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 5 de agosto, fiesta de Santa María de las Nieves, el año 1943, quinto de Nuestro Pontificado.

### III

AL EMMO. P. S. LUIS DE LA S. R. I. PRESB. CARD. MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO: SE ORDENAN ORACIONES PÚBLICAS PARA LOGRAR LA PAZ DE LOS PUEBLOS

## PÍO PAPA XII

AMADO HIJO NUESTRO, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**A**UNQUE la lucha de esta despiadada guerra, la mayor en la historia humana, cada día se hace más dura, sembrando tierra, mar y cielo de ruinas innumerables, un gran número, sin embargo, de los hombres — gran tristeza da el contemplarlo — viven de tal suerte olvidados de Dios y de sus deberes para con Él, que o descuidan sus más santísimas leyes o, hasta con cierto desprecio, las rechazan y claramente las violan.

Verdad es que todos a una se quejan profundamente de las desgracias siempre crecientes, de las graves dificultades de la vida y de la tremenda miseria en muchas regiones; pero no todos, ante estas calamidades que tanto les hieren y aterrorizan, entran dentro de sí mismos, no todos piensan seriamente que la humanidad paga justamente este castigo, porque muchos de los hombres se han apartado, en mal hora, de Dios y de sus santas leyes; y que, por lo tanto, es absolutamente necesario que por la enmienda y la penitencia de los pecados se vuelvan todos a la vía de la virtud. Por ello Nos, preocupados — como nuestro divino Redentor — por la salvación de todos los hombres, al participar con paternal corazón en los dolores y tristezas de todos, hemos creído oportuno el que por medio de ti, como ya antes tantas otras veces, exhortáramos a todos y cada uno de Nuestros hijos en Cristo a que oren con piedad y entren en aquella penitencia que «ahuyenta los vicios, adorna con virtudes, protege y fortalece el alma, todo lo sana, todo lo restablece, todo lo alegra» (Auct. *De vera et falsa paenitentia* PL 40, 1113). Cuando entre tanto ruido de las armas, y entre rencores y odios tantos, guarda silencio la voz de la caridad o, si se alza, es ahogada; cuando los preceptos evangélicos, únicos que pueden

de nuevo unir a los pueblos en pacífica alianza, por doquier — ¡oh desgracia grande! — están olvidados, es necesario, amado Hijo Nuestro, que los fieles todos, unidos por el amor a Dios y por el amor al prójimo, no sólo traten — cada uno en particular — de hacer que su fe despierte y se confirme, pidiendo suplicantes el perdón de sus pecados, sino que también se consagren a expiar los pecados de los demás por medio de una espontánea penitencia de sacrificios cristianos. Esto es lo que, sin cesar, por medio de ti encomendamos con instancia a todos, pues tenemos la esperanza de que sólo así, aplacando a Dios y teniéndole propicio, algún día se logrará de Él lo que todos, y Nos mismo, tanto deseamos: la paz, la paz que sea verdadera, la que no se funda en las armas, ni en la fuerza, ni en el odio, sino en el derecho, en la verdad, en la justicia y en la caridad fraterna.

Y por cuanto, ya desde el estallido de esta tremenda guerra, pusimos toda la confianza y esperanza Nuestra en el patrocinio de la Virgen Madre de Dios, y porque ya va a cumplirse el aniversario del día en que, bajo la majestad de la Basílica de San Pedro, rodeados por todo el pueblo, ofrecimos y consagramos el género humano entero al Inmaculado Corazón de María Virgen, por ello deseamos que en el día consagrado a la Inmaculada, ya tan próximo, en todo el mundo se celebren con aquel fin oraciones públicas. Y ¡ojalá que Madre tan benigna, movida a piedad y a misericordia por tantas oraciones y sacrificios, se incline a pedir a su Hijo divino aquellas gracias tales que hagan florecer y fortificar la virtud cristiana en privado y en público, que restablezcan feliz la concordia de las naciones tan tristemente destruída, que alimentando y dando vigor al género humano hagan que éste con toda firmeza se empeñe en la renovación total de los espíritus y de las instituciones.

Amado Hijo Nuestro: Éstos son Nuestros deseos y consejos que te rogamos logres — del mejor modo, en las difíciles circunstancias — hacer saber a todos, y singularmente a los Obispos, que considerarán honor propio el darlas a conocer a su respectiva grey.

Entre tanto, sea garantía de las gracias celestiales y prenda de Nuestra benevolencia la Bendición Apostólica, que con todo amor en el Señor os damos tanto a ti, dilecto Hijo Nuestro, como a todos cuantos con filial piedad y afecto obedecieren a esta Nuestra exhortación.

## PIUS PP. XII

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de noviembre de 1948, año quinto de Nuestro Pontificado.

## IV

CARTA AL EMMO. SR. CARDENAL FRANCISCO MARCHETTI-  
SELVAGGIANI, VICARIO GENERAL DE SU SANTIDAD

### DESPUÉS DEL PRIMER BOMBARDEO DE ROMA

*Al día siguiente del primer luctuoso bombardeo aéreo sobre varias zonas de la Ciudad Eterna, el Augusto Pontífice, que, inmediatamente de la trágica incursión, acudió personalmente a llevar el consuelo inestimable de Su presencia, palabra y socorro a los fieles heridos en sus más caros afectos, dirige — el 20 de julio de 1943 — la siguiente Carta al Emmo. Cardenal Francisco Marchetti-Selvaggiani, Su Vicario General, expresando, con doloridas palabras, su inmenso dolor por tan grave desgracia, autorizada alusión a todos los responsables, eficaz invitación a orar cada vez con más ardor al Señor, para lograr misericordia y perdón de la divina Clemencia.*

## PÍO PAPA XII

SEÑOR CARDENAL :

**A** Vos, que tan de cerca participáis en Nuestro gobierno y en Nuestra solicitud pastoral por esta diócesis de Roma, centro del mundo católico y del pensamiento y de la fe cristianos, queremos hacer llegar Nuestra palabra en una hora de particular amargura en que está sumida Nuestra alma.

Bien sabéis cómo el triste espectáculo de las destrucciones y de las ruinas que se acumulan — dolorosa primacía de la presente guerra — sobre las poblaciones desarmadas e inocentes Nos impulsó desde el principio del conflicto a hacer todas las tentativas posibles para evitar que, aun en el mismo chocar de las armas, no quedaran completamente aniquilados y ahogados por las pasiones los sentimientos y los principios humanitarios.

Por ello, en Nuestros Mensajes a todos los fieles hemos recordado a los beligerantes, dondequiera militaran, que, si querían mantener alto el honor de sus armas y la dignidad de sus Naciones, estaban obligados a respetar a los pacíficos ciudadanos y los monumentos de la fe y de la civilización. Pensad — queríamos decirles — en el juicio severo que las futuras generaciones han de pronunciar contra quienes destruyeran todo cuanto debía ser celosamente guardado, porque constituía la riqueza y la gloria de toda la humanidad y del progreso de los pueblos. Considerad que el odio nunca engendró la paz y que el resentimiento provocado por unas amplias e innecesarias destrucciones retrasa, y hace menos estable y menos sereno, el día de un encuentro pacífico, que no puede consistir en la humillación de los vencidos, sino que se funda y consolida únicamente en la concordia fraternal que concilia los espíritus y modera las pasiones y los rencores.

En calidad de Obispo de esta alma Ciudad, hicimos cuanto Nos fue posible — y vos, señor Cardenal, habéis estado al corriente de todas Nuestras gestiones — por que los horrores y los daños de los bombardeos fueran ahorrados a Nuestra amadísima Roma.

Aun sin pretender recordar la inmensa importancia histórica de esta venerable Urbe, Roma es para Nos la ciudad santa del catolicismo,

a la que Cristo dió una gloria nueva y más sublime, llena de monumentos maravillosos de la religión y del arte, y custodia de reliquias y de documentos valiosísimos: Roma, cuyos subterráneos fueron en la época de las mayores persecuciones los primeros refugios del pueblo cristiano y de los mártires, que consagraron anfiteatros y circos, y a cuyos sepulcros todavía se acude a orar, como a cuna del cristianismo; Roma, por cuyo territorio se hallan diseminados los Dicasterios de la Curia Romana, numerosos Institutos y Obras Pontificias; Fundaciones internacionales y colegios, que de Nos dependen; tan gran número de Santuarios, sin contar Nuestras magníficas Basílicas patriarcales; tantas Bibliotecas y obras de los mayores genios de las Bellas Artes; Roma, a la que tantas personas vienen de todo el mundo para aprender no sólo la fe sino la sabiduría antigua, y a la que consideran como un faro de la civilización fundada sobre las virtudes cristianas. Pero, además, casi en el centro de Roma — y expuesta por consiguiente al peligro de los ataques aéreos — se halla Nuestra Ciudad del Vaticano, Estado independiente y neutral, que encierra tesoros inestimables de fe y de arte, sacrosanto patrimonio no tan sólo de la Sede Apostólica, sino del mundo católico todo.

Esto lo notificamos claramente y en varias ocasiones, recomendando a quien procedía, en nombre de la dignidad humana y de la civilización cristiana, la salvaguardia de Roma.

Creíamos poder esperar que el valor de las razones evidentes, la autoridad de que — aunque indignamente — estamos investidos, el reconocimiento común de Nuestra superior imparcialidad y de la benéfica, amplia y constante actividad que desplegamos en favor de todos, sin distinguir nacionalidad ni religión, Nos hubiera dado, en medio de tantas amarguras, el consuelo de hallar junto a ambas partes beligerantes acogida favorable a Nuestras gestiones en pro de Roma.

Desgraciadamente, esperanza Nuestra tan razonable se ha visto defraudada. Ahora, lo que habíamos temido ha ocurrido ya; todo cuanto, con gran temblor, preveíamos ya es una triste realidad porque una de las más insignes basílicas romanas, la de San Lorenzo, extramuros — venerada por todos los católicos en razón a los antiguos recuerdos que evoca y al noble sepulcro de Nuestro venerado predecesor Pío IX —, ha quedado ya destruída en su mayor parte. Al contemplar las ruinas de ese templo tan insigne, a Nuestra mente han vuelto las palabras del profeta Jeremías (*Thren.* 4. 1): «Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii...».

La dolorosa experiencia de los hechos demuestra una vez más, no obstante cuantas precauciones se quieran tomar, la imposibilidad de evitar, en este sacro suelo de Roma, la destrucción de venerables edificios.

Por ello creemos deber elevar Nuestra voz para defender los más

## DESPUÉS DEL PRIMER BOMBARDEO DE ROMA

altos valores que adornan a la grandeza humana y cristiana, porque es Nuestra sagrada intención, como Nos lo dicta Nuestro corazón, salvaguardar y proteger, ante la opinión de todos los creyentes y ante el juicio de las futuras generaciones, el tesoro que Nos ha sido confiado para ser custodiado o transmitido.

Nuestra palabra, que sale de un corazón herido, no quiere ser una excitación al resentimiento y al odio, sino una llamada insistente y — así lo deseamos — eficaz a los sentimientos, así de una noble comprensión del sacro destino de Roma, como de la humanidad y de la caridad cristiana.

Hemos procurado, por todos los medios de que hemos podido disponer, el ir inmediatamente a socorrer a Nuestros diocesanos de Roma tan duramente probados, y con Nuestros propios ojos hemos podido ver su mísera situación entre las recientes ruinas.

A ellos les decimos: Mostrad hoy, más que nunca, el ardor y la prueba de aquella fe, por la cual ya el Apóstol de las Gentes alababa a vuestros antepasados. Que la resignación cristiana os haga aceptables el dolor y las privaciones. Que la desgracia sea en vosotros estímulo para purificar vuestras almas, para expiar vuestras faltas, para volveros o acercaros más al Señor.

A todos Nuestros hijos, que miran hacia Roma y hacia el Vicario de Cristo, que, como Obispo, es padre particular y afectuoso de ella, dondequiera que se encuentren — y especialmente a aquellos a quienes la experiencia de su propio dolor y del ajeno ha hecho más compasivos para las múltiples miserias humanas — les dirigimos con paternal insistencia una invitación para que confiados eleven sus preces al Señor, a fin de que Él se digne acelerar la hora de su misericordia, en la que, depuestas las armas y apaciguados los espíritus, sobre el trastornado mundo resplandezca de nuevo la luz y la alegría de la paz verdadera.

Con esta esperanza en el corazón os damos a Vos, señor Cardenal, a Nuestro amado clero y pueblo de Roma, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 20 de julio del año 1943, quinto de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



## V

# CARTA A LOS EXCMOS. ARZOBISPOS DE SIENA Y DE AQUILA Y AL EXCMO. OBISPO DE MASSA MARITTIMA EN EL QUINTO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN BERNARDINO DE SIENA

*El 25 de marzo de 1943 el Padre Santo dirige a Sus Excias. Rdmas. Monseñores Mario Tocca-  
belli, Arzobispo de Siena; Carlos Confalonie-  
ri, Arzobispo de Aquila, y Faustino Baldini,  
Obispo de Massa Marittima y Populonia, una  
Carta Suya ante la proximidad del quinto cen-  
tenario de la muerte de San Bernardino de  
Siena, gloria de la familia Franciscana, uno  
de los más excelsos apóstoles de los que se  
glorí Italia.*

A LOS EMMOS. PP. SS. MARIO TOCCABELLI, ARZOBISPO DE SIENA; CARLOS CONFALONIERI, ARZOBISPO DE AQUILA; FAUSTINO BALDINI, OBISPO DE MASSA MARITTIMA Y POPULONIA: AL CUMPLIRSE EL QUINTO SIGLO DE LA MUERTE DE SAN BERNARDINO DE SIENA

## PÍO PAPA XII

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

EL quinto siglo se va a cumplir muy pronto del día en que Bernardino de Siena, honra preclara de la familia de San Francisco, después de tantos trabajos por Dios y por la salvación de las almas «con rostro como sonriente, entregó gloriosamente su espíritu» (*Acta Sanctorum*, tom. 5, Antuerpiae 1685, 300, 1 A); por ello, no sólo los que pertenecen a dicha Orden, sino también los habitantes de Massa Marittima — donde se cree que nació — y los de Siena — que le fué como su segunda patria —, junto con la ciudad de Aquila — que con honor y devoción guarda sus mortales despojos sagrados —, se preparan a celebrar tan fausto acontecimiento con piadosas fiestas, así en privado como en público. Y esperamos que ello redundará en no poco bien espiritual. Porque si, tanto mediante sagrados sermones como con oportunas publicaciones, durante esta conmemoración, se pone su vida refulgente a la vista de todos, con razón es de esperar que quienes contemplen astro tan brillante de santidad, movidos por aquella virtud que dimana de la santidad, se sientan plenamente movidos a imitar sus ejemplos. Pues «grande es el poder de las virtudes; y despertarlas, si están dormidas» (cf. Cic. *Tusc.* 3, 17) parece ser más fácil, cuando, por el pensamiento y la meditación, fijamos nuestra alma y nuestra atención en quienes brillan con las luces de aquéllas. Nuestro Santo figura entre aquéllos, pues ya desde su niñez apareció llevando una vida más angelical que terrena; luego, renunciando a todas las abundantes riquezas que por herencia paterna le venían, se consagró por completo al servicio divino. Abrazando con toda su alma la pobreza y la humildad franciscanas, puso todo su

empeño e ideal en refrenar, sujetar y aniquilar todas las pasiones, en domar su cuerpo con voluntaria mortificación, en tener su alma siempre fija en las cosas celestiales, y en consagrar su voluntad, sin arredrarse ante ningún sufrimiento, al ejercicio de la perfección evangélica.

Y así, confirmado por la gracia y aumentando siempre en ella, convirtiéndose en pregonero de la palabra divina, comenzó a recorrer, sin descanso, las ciudades, villas y aldeas de Italia, ora convirtiendo todos los equivocados a la recta senda y a la verdad católica, ora conduciendo a la penitencia y santidad en las costumbres a los engolfados en los vicios, ora, finalmente, trayendo por todos los medios a la serena paz y a la fraternal concordia a no pocas ciudades tan divididas por la discordia y el odio. Al emprender y llevar a cabo tales obras y trabajos apostólicos, su único ideal era llevar a todos hacia la verdad del Evangelio y al amor de Dios, sin jamás atender a las cuestiones políticas que tanto dividen a los espíritus. Seguir ciegamente la doctrina, mandatos y exhortaciones de la Iglesia, no querer ni rechazar ni acometer nada sino conocida antes la voluntad de Dios: esa fué la norma, esa la ley de toda su vida. Por ello no es de extrañar que apóstol tan celoso cosechara tantos y tan abundantes frutos; ni sorprende que las masas del pueblo, aun acudiendo de las más lejanas tierras, corrieran para escuchar su palabra, así en las iglesias como en las plazas públicas, fijando sus ojos, sus oídos, sus almas, en su predicación y en sus exhortaciones. Y cuando, sobre todo, celebraba las alabanzas del santísimo nombre de Jesús, único en el que todos los hombres han de salvarse (cf. *Act.* 4, 12), su rostro angélico aparecía radiante como por una luz divina, atrayendo y arrastrando a todos para que amaran al Divino Amante, ajustando cada uno sus costumbres a los mandamientos de Él. Vuelva, pues, vuelva entre los suyos, en cierto modo, este santísimo predicador de la verdad y de la caridad; de nuevo les avise con la dulzura de su voz, y les conmueva con la santidad de sus ejemplos. Si también hoy volvieran los hombres sus almas hacia su grácil figura, casi consumida por la voluntaria mortificación, penitencia y sufrimientos, necesariamente no podrían menos de elevarse de los bienes terrenales y caducos hacia los celestiales y sempiternos, sintiéndose excitados hacia ellos, como a los más importantes y que sobre todos han de conquistarse. Y así como en otro tiempo, en el ocaso del siglo xv, este atleta de la santidad evangélica logró con su predicación atraer a los pueblos, conduciéndoles de los errores a la verdad, de los pecados a la penitencia, de los vicios a la virtud, de esperar es que vuestras solemnes fiestas, al reavivar en plena luz oportunamente su predicación y su gran santidad, logren los mismos frutos de salvación. Para establecer y aumentar la verdadera prosperidad, así como la recta y verdadera paz y tranquilidad, nada contribuye tanto como la religión católica, que para todos es la verdadera ley de la inteligencia y la norma de la moralidad. Si el cristianismo penetrara por

completo en las costumbres de los individuos y de los pueblos, indudablemente cabría esperar así la equidad y justicia en todo, como tiempos más felices, de suerte que, por fin, todos los hombres se sintieran hermanos, a la vez que todos ellos — guiados por la verdad y la justicia, fundados en caridad — con toda confianza se dirigieran unánimes hacia la patria celestial. Prenda de la feliz realidad de todas estas esperanzas sea la Bendición Apostólica que a vosotros, Venerables Hermanos, así como a la grey que os está confiada, y a todos y cada uno de los miembros de la familia Franciscana, con todo amor os damos en el Señor.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de marzo de 1943, año quinto de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

# ÍNDICES

## CRITERIO DE LOS ÍNDICES Y DE LA EDICIÓN

**ÍNDICES.** En cuanto a su criterio, redacción y presentación, se siguen las mismas normas con que se publicaron los correspondientes a los tomos I, II y III. Las *abreviaturas* empleadas son fáciles de entender.

Una novedad, sin embargo, presentan los Índices con que se termina este tomo V. Como ya se hizo notar oportunamente en el tomo IV (pág. IX), por las razones allí apuntadas, los Índices especiales de la edición española (esto es, los numerados de III a VI) comprenden, no sólo la materia de este tomo (V), sino también la del anterior (IV). Como criterio para distinguirlos, se han usado los números de tipo «redondo» para el tomo IV, y los «cursivos» para el tomo V. De esta suerte la distinción entre unas referencias y otras queda claramente marcada, sin que pueda haber lugar a confundirse en su manejo y utilización.

Para las dos grandes Encíclicas, que inician el apéndice de este tomo, la *Mystici Corporis Christi* y la *Divino afflante Spiritu*, se han redactado, con el mayor detalle, sendos Índices (1), aconsejados por la unidad de materia de cada una de ellas,

---

(1) En estos Índices, aunque las Encíclicas se hallen en el tomo quinto, se han empleado siempre números «redondos», ya que por la singularidad de los Índices y por hallarse los textos seguidos en el Apéndice del tomo V, no es posible la confusión.

y para que no anduviesen dispersas sus referencias a través del Índice general (analítico). En los otros tres Índices (onomástico, toponímico y literario) las referencias correspondientes a dichas Encíclicas se hallan, en su orden respectivo, mezcladas a las correspondientes de los dos tomos, empleándose la distinción de tipos.

**TÍTULOS DE NUESTRA EDICIÓN.** Existen algunas diferencias con relación a los que figuran en la edición que nos sirve de modelo (la milanese de VITA E PENSIERO).

*Tomo IV:* La edición milanese no trae títulos sino en los discursos X, XXV, XXXI y XLVI, que hemos respetado fielmente, sin añadir a ellos más que el título final BENDICIÓN del discurso XXXI.

*Tomo V:* Ofrecen títulos, en la edición italiana, tan sólo los discursos I, IV, VIII, XV, XVI y XIX.

Todos los títulos que aparecen en los demás discursos de ambos tomos son privativos de la edición española. No hace falta decir que se ha procedido en su selección y redacción con el mayor rigor, cuidando siempre de que no sólo las ideas sino aun las palabras mismas estuviesen tomadas de las pronunciadas por su Autor.

**ENCÍCLICAS.** La edición milanese ofrece, en las dos Encíclicas, el texto latino y luego el correspondiente italiano. Nuestra edición, previa la consulta y la autorización correspondientes, presenta tan sólo el texto castellano de las mismas. Y en dicho texto se ha procurado seguir con toda fidelidad las divisiones y títulos que ofrecen en cada caso las versiones italianas de dichas Encíclicas en la edición de Milán.

# I. - ÍNDICE CRONOLÓGICO\*

(2 MARZO 1943 - 1 MARZO 1944)

## AÑO 1943

			pág.
I	13	III A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma. Consideraciones y exhortaciones sobre la oración (I) ... ..	3
II	7	IV Las virtudes del hogar doméstico: II. ¿Qué es la virtud? (I)... ..	19
III	14	IV Las virtudes del hogar doméstico: III. ¿Cómo se cultivan las virtudes? (I)... ..	27
IV	24	IV En el XXV aniversario de la Juventud Femenina de Acción Católica Italiana (I)... ..	35
V	5	V Las virtudes del hogar doméstico: La fe - I. <i>Los secretos del Padre</i> (I) ... ..	51
VI	12	V Las virtudes del hogar doméstico: La fe - II. <i>La adhesión filial</i> (I)... ..	63
VII	2	VI Al Sacro Colegio en la fiesta onomástica de Su Santidad (I) ... ..	78
VIII	13	VI A la imponente representación de los trabajadores de Italia (I) ... ..	85
IX	26	VI Al nuevo Ministro de Finlandia (F) ... ..	99
X	4	VII Al Comité nacional italiano para el XXV aniversario de la Consagración Episcopal del Padre Santo (I) ... ..	105

\* La numeración romana, en el índice cronológico, indica el orden de los Discursos, que inmediatamente se detalla, cuanto a la fecha de cada uno, empleándose la numeración romana para indicar el mes.

La inicial entre paréntesis, a continuación del título del discurso, significa la lengua en que fué pronunciado. Las abreviaturas, aunque fáciles de entender, son las siguientes: E: español; F: francés; I: italiano; L: latín; P: portugués.



# ÍNDICE CRONOLÓGICO

				<i>pág.</i>
XI	8	VII	Al Pontificio Colegio Español (E) ... ..	115
XII	1	IX	El Radiomensaje en el IV aniversario del co- mienzo de la guerra mundial (I)... ..	121
XIII	31	X	Radiomensaje al III Congreso Eucarístico nacional del Perú (E) ... ..	129
XIV	4	XII	Para clausura de los SS. Ejercicios Espiri- tuales en el Vaticano (I) ... ..	137
XV	24	XII	La Allocución de la vigilia de Navidad al Sacro Colegio y a los Prelados romanos (I) ... ..	143
XVI	24	XII	El Radiomensaje navideño a los pueblos del mundo entero (I) ... ..	153
XVII	29	XII	A la Guardia Noble Pontificia (I) ... ..	173

## AÑO 1944

XVIII	19	I	Al Patriciado y a la Nobleza romanos (I)... ..	181
XIX	23	II	A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma. Sobre la observancia de los mandamientos de Dios (I) ... ..	191

## II. - ÍNDICE SISTEMÁTICO

(2 MARZO 1943 - 1 MARZO 1944)

### FASTOS Y CONMEMORACIONES

	<i>pág.</i>
En el XXV aniversario de la Juventud Femenina de Acción Católica Italiana (24 IV 1943)... ..	35
Al Comité nacional italiano para el XXV aniversario de la Consagración Episcopal del Padre Santo (4 VII 1943) ... ..	105
Al Pontificio Colegio Español (8 VII 1943) ... ..	115

### RADIOMENSAJES

El Radiomensaje en el IV aniversario del comienzo de la guerra mundial (1 IX 1943) ... ..	121
Radiomensaje al III Congreso Eucarístico nacional del Perú (31 X 1943)... ..	129
El Radiomensaje navideño a los pueblos del mundo entero (I)... ..	153

### A LOS EMMOS. SRES. CARDENALES, EXCMOS. OBISPOS, A PRELADOS, A SACERDOTES Y RELIGIOSOS

A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma. Consideraciones y exhortaciones sobre la oración (13 III 1943)... ..	2
Al Sacro Colegio en la fiesta onomástica de Su Santidad (2 IV 1943) ... ..	73
Para clausura de los SS. Ejercicios Espirituales en el Vaticano (4 XII 1943)... ..	137
La Alocución de la vigilia de Navidad al Sacro Colegio y a los Prelados romanos (24 XII 1943) ... ..	143
A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma. Sobre la observancia de los mandamientos de Dios (23 II 1944) ... ..	191

# ÍNDICE SISTEMÁTICO

## A LOS JEFES DE MISIÓN DEL CUERPO DIPLOMÁTICO

	<i>pág.</i>
Al nuevo Ministro de Finlandia (26 VI 1943) .....	99

## A LOS ESPOSOS

Las virtudes del hogar doméstico: II. <i>¿Qué es la virtud?</i> (7 IV 1943).....	19
Las virtudes del hogar doméstico: III. <i>¿Cómo se cultivan las virtudes?</i> (14 IV 1943) .....	27
Las virtudes del hogar doméstico: La fe - I. <i>Los secretos del Padre</i> (5 V 1943) .....	51
Las virtudes del hogar doméstico: La fe - II. <i>La adhesión filial</i> (12 V 1943) .....	63

## EN DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

A la imponente representación de los trabajadores de Italia (13 VI 1943).....	85
A la Guardia Noble Pontificia (29 XII 1943) .....	173
Al Patriciado y a la Nobleza romanos (19 I 1944) .....	181

## A P É N D I C E

I. Carta Encíclica « <i>Mystici Corporis Christi</i> » (L) .....	219
II. Carta Encíclica « <i>Divino afflante Spiritu</i> » (L) .....	265
III. Cartas al Emmo. Cardenal Luis Maglione, Secretario de Estado. Oraciones especiales ordenadas por la vuelta de la paz al mundo (L) .....	293
IV. Carta al Emmo. Cardenal Francisco Marchetti-Selvaggiani, Vicario General de Su Santidad. Después del primer bombardeo de Roma (I) .....	301
V. Carta a los Excmos. Arzobispos de Siena y de Aquila y al Excmo. Obispo de Massa Marittima. En el V centenario de la Muerte de San Bernardino de Siena (L) .....	307

### III. - ÍNDICE ANALÍTICO

- ACADEMIA DE LAS CIENCIAS. *Inauguración del VII año de la Pont.* —  
Las leyes que gobiernan al mundo (21 II 1943) 399-414.
- ACAPARAMIENTO. Es ilícito el — 212 c.
- ACCIÓN CATÓLICA. Naturaleza de la — proclamada por Pío XI 221 a-b.  
Espíritu de fe y amor en los HH. de — 215 b-c. La — en España,  
y las vocaciones 432 c. Especial deber de la — en las vocaciones  
440 c. Cf. Acción Exterior, Almas g., Apostolado, Católicos, Cola-  
boración, Cristianos, Cruzada, Cuestión soc., Hombre cat., Hom-  
bres de A. C., Hombres cat., Juventud obrera, Juventud Fem.  
de A. C., Mundo exterior, Pío XI.
- ACCIÓN EXTERIOR. Influencia de la — apostólica en la sociedad  
220-221.
- ACTO HUMANO. Malicia del — 198.
- ADHESIÓN FILIAL. La — a Dios revelante 63-71.
- ADOPCIÓN. — de criados y criadas 163 b, 164-165.
- ALBA. *A las lectoras de la revista* — (17 V 1942) 103-112.
- ALBERTO MAGNO (San). Pío XII declara a — Patrono de los estudio-  
sos de las ciencias físicas 445 c. Elogio de — y su ciencia 446-447.
- ALMAS. Responsabilidad por las — 117 a-b. Don de las — 252-253.  
Cf. Caridad.
- ALMAS GENEROSAS. Las —, *acies ordinata* de la Iglesia 152 a.
- AMOR. El — de Dios en la creación y en la historia 414 b-c.
- AMOR. El — y el derecho 351 b-c. Cómo debe ser el — de los espo-  
sos 132-135. Cf. Maridos.
- AMOR PROPIO. *Las malas artes del crecesivo* — (8 VII 42) 141-148.  
El — en el matr. 146-147.
- AMOS Y CRIADOS. Cf. Auxiliares del hogar, Cristo, Hijos de Dios.  
*Annus placabilis.* —, el del jubileo 108, 114.
- ANTONIO M.<sup>a</sup> CLARET (Bto.). 430 b.
- APOSTOLADO. Infl. del — en la soc. 220-221. El — y la virginidad  
crist. 39-40. Misión del — seglar 16. Cf. Acción exterior, Mundo  
ext., Relaciones prof., Vida profesional.
- APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. *A los miembros del* — (17 I 43) 381-  
389.

- AQUILA.** *Al arzobispo de S. y de —* Cf. Bernardino de Siena.
- ARDOR EUCARÍSTICO.** El — de los primeros crist. 79 b, 83-84.
- ARMAS.** Las — de la muj. ante el mal y los peligros 109-110.
- ATEÍSMO.** El — y deísmo en Francia 377-378.
- ATENAS.** Cf. Civilización europea.
- ÁTOMO.** Transformaciones del — 407 c.
- AUSTERIDAD.** Peligro de la excesiva — (esp.) 296-297.
- AUTORIDAD.** Principio de — 204-205. Ninguna — hum. puede disolver el matr. 53-54.
- AUTORIDADES CIVILES.** El P. espera que las — ayuden a los Seminarios (España y Bolivia) 432-433; 440.
- AUXILIARES DEL HOGAR.** *Los —. Amos y criados* (22 VII 42) 159-168. *Deberes recíprocos* (5 VIII 42) 173-174. *Responsabilidad* (19 VIII 42) 185-195. Conducta de los amos con los criados 181 a-b. Responsabilidad de los amos 191 a-b.
- AVERSIÓN DE DIOS.** La —, esencia del pecado 198.
- BALMES** (Jaime). —, fundador de la Apologética moderna 430 b.
- BASÍLICA VATICANA.** Historia antigua 85-88. La «Confesión» en la — 86-87. Excavaciones en las Grutas de la — 85-86: descubrimientos arq. 86-88; cementerio pagano 86 c-87; grafitos 87 c, monedas 87 b-c, monumentos 84-85.
- BAUTISMO.** El — del niño 53.
- BELÉN.** Lección de — a los desilusionados de la economía 158-159, de la ciencia 159-160, a los trabajadores 160-161, a los crist. todos 165-166, a los que buscan la paz 168-169.
- BENEDICTO XV.** — y China 418 b. Cf. Papa (E. Pacelli).
- BERNARDINO DE SIENA** (San). *Carta a los Excmos. Arzobispos de Siena y de Aquila y al Excmo. Obispo de Massa Marittima. En el quinto Centenario de la muerte de —* 307-311. *Elogio* 309-310. *Ejemplo y doctrina para los tiempos presentes* 310-311.
- BIENES DE LA TIERRA.** Derecho a los — 354 b.
- BIENHECHORES.** — *efectos del matr. uno e indisoluble* 59-64.
- BOLIVIA.** *Al nuevo Embajador de —* (4 V 42) 65-68. *Al Episcopado de Bolivia* (23 XI 41). *Carta apost. sobre los Seminarios* 435-441. *Celo del Episcopado* 437 a-b.
- [BOMBA ATÓMICA].** La — y la explosión del uranio 408 b.
- BRASIL.** *RM. al Congreso Eucarístico del —* (7 IX 42) 197-206. *Devoción al Smo. Sacramento* 200 a-b. *Id. a la Sma. Virgen* 200 c. — y las misiones 203 a-b. *Exhortación paternal al —* 204-206.
- CALUMNIA.** *Monstruosa — contra el Papa* 94-95.
- CARIDAD.** El precepto de la — 194-195. La — 96, 98. *Elogio de la — sobren., ansiosa del bien de las almas* 316. *Obligación especial de la — en los que rodean al P.* 317. Cf. Esposos.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CAPRICHOS. Peligro de ciertos — entre los esposos 296 b.
- CASTIDAD. Cf. Juventud.
- CATÓLICOS. Infl. de los — en la restauración del mundo 218-219.
- CATÓLICOS-SOCIALISTAS. Aviso de Pío XI a los — (?) 213 c.
- CAUSALIDAD FÍSICA. La «— cerrada» 404 a.
- CAUSAS MATRIMONIALES. 231-239. Certeza objetiva en las — 236-238.  
Cf. Certeza moral, *Favores*, Formulismo, Juicios, *Praesumptiones*, Pruebas, Sentencia.
- CEGUERA. La — de los ojos 25-26. La — ante D. 27 a-b.
- CELOS. Peligro de los — 297-298.
- CENTURIÓN. El — y su criado 165 b.
- CERTEZA MORAL. La — en las causas matrimoniales 234-235, 235 b-c.  
Cf. *Favores*, Indicios, Juez, Juicios, *Praesumptiones*, Pruebas, Sentencia.
- CERTEZA OBJETIVA. La — en las causas y en las pruebas 236-238.
- CIEGOS. A los — de guerra del Instituto de asistencia en Roma (1 IV 42) 23-30.
- CIENCIA. Naturaleza de la — 287 b-c, 405-406. La — y la familia hum. 245 b. Consagración al servicio de la — 244 b-c. La Igl. y la — 245 a-b. Fracaso de la — atea 159. Cf. Desilusionados.
- CIENCIAS. Las — y la paz 288 c. Las —, himno a D. 413-414. Cf. Progreso, Iglesia.
- CÍRCULOS CONCÉNTRICOS. Los tres — en que vive el hombre cat. 221 b.
- CIUDAD ETERNA. Incolumidad de la —, necesaria 209-210.
- CIUDAD VATICANA. Incursión aérea sobre la — 149; 173 a.
- CIUDADES MODERNAS. Las — y la santif. del domingo 208 c. Cf. Des-cristianización.
- CIVILIZACIÓN EUROPEA. Atenas, Roma, la Iglesia y la — 310 b.
- CLASES ALTAS. El ejemplo de las — 378 c.
- CLEMENTE V. China y — 417 c.
- CLERO. Deber de todo el — 119-120. Cf. Juventud obrera.
- CLERO INDÍGENA. La formación del —, preocupación de la S. Sede 210 b.
- COLABORACIÓN. Eficacia de la — de los HH. cat. 216-217.
- COLEGIO ESPAÑOL. Carta al R. Antonio Torres, rector del — de Roma, en el L aniversario del Pont. — de Roma (29 III 42) 449-452 Al Pont. — (8 VII 48) 115-119. Cincuentenario 117. Formación de alumnos 117-118 y misión en su patria 118-119. Fundación del —, y esperanzas 451 b.
- COMITÉ NACIONAL ITALIANO. Al — para el XXV aniversario de la Con-sagración episcopal del Padre Santo (4 VII 48) 105-114.
- COMILLAS. Hist. y gloria de la Pont. Univ. de — 461-462.
- COMPAÑÍA DE JESÚS. La — fundada en España: su elogio 480 a.

- CONCIENCIA MUNDIAL. La — para la paz 102-103.
- CONDICIÓN SOCIAL. Cf. Mujer.
- CONFLICTO MUNDIAL. La Iglesia y el — 88-89.
- CONGREGACIONES RELIGIOSAS. Cf. Juventud obrera.
- CONOCIMIENTO. Proceso del — 409-410. Realidad objetiva del — 409-411.
- CONSAGRACIÓN. La — de la Igl. y del linaje humano al Cor. Inm. de María 267-276, 294 c. Acto y oración 274-276.
- CONSAGRACIÓN EPISCOPAL. RM. en el XXV aniversario de la — del Padre Santo (13 V 52) 73-92. Homilía al pueblo durante la Misa en el XXV aniversario de la — del Padre Santo (14 V 42) 93-101. Cf. Papa [Pío XII].
- CONSIGNA. La — del Papa ante la guerra 344 a-b.
- CONSTANCIA. La ley de la — 406 c.
- CONVERSACIONES. Cf. Peligros.
- CONVIVENCIA. La — en el orden 345-351; en la tranquilidad 352-354.
- CONVIVENCIA NACIONAL. Cf. Justicia social.
- CONYUGAL. La continuidad en el amor — 61 a.
- COOPERACIÓN. La — del hombre en el orden y exigencias del hogar 43-47. La — de los esposos a la fidelidad 158 a-b.
- Cor unum et anima una: la Igl. primitiva; el mundo crist. actual 145-146.
- CORAZÓN DE JESÚS. El — y la paz 82-83.
- CORAZÓN INM. DE MARÍA. Cf. Consagración.
- CORAZONES. Separación de los — (17 VI 42) 127-135. Cf. Matrimonio.
- CRFENTES. Cf. Unidad.
- CRIDAS. Heroísmo de humildes — 177-178.
- CRiado. El — del Centurión 165 b.
- CRIDOS y criadas 163 a-b. Belleza de la vida de los — 163 c. Obligaciones de los — 179-180. Elección de — 188-189. Infl. de los — en los hijos 189-190. Responsabilidad 187-195. Cf. Adopción, Amos.
- CRISTIANISMO. El genuino — 118-119. Triunfo del — primitivo 78 a-b. Cf. Iglesia primitiva.
- CRISTIANO. La verdadera oración del — 385-386.
- CRISTIANOS. Responsabilidad y deberes de los — ante las presentes pruebas 165. Cf. Belén.
- CRISTIANOS IMPÁVIDOS. Número y misión de los — 207.
- CRISTO. Sólo —, camino, verdad y vida 156-157; 159; 160. — y la vida de las almas 177. La fe en — y la verdadera fraternidad 93. La mies de — 16 a-b. Cf. Eucaristía, Hijos de Dios, Humildes, Mandamientos, Peligros, Persecuciones, Triunfo.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CRISTO OBRERO. — con su trabajo y ennobleciendo todo trabajo humano 87 b, 97 c, 98; 161 b.
- CRUZ. Cf. Salvador.
- CRUZ. La — en un sarcófago antiguo cristiano (Vat.) 151.
- CRUZADA. La — para la renovación de la sociedad 363-364. La — de oraciones, por la paz 297 a, 294 b.
- CRUZADA. La — eucarística de Portugal 272 a.
- CUARESMEROS. Cf. Párrocos.
- CUERPO MÍSTICO. Cf. Cristo.
- CUERPOS. El don de los — 251.
- CUESTIÓN SOCIAL. Problemas de la — no resueltos 89-90. Los falsos profetas de la — 90. La — y la Igl. 213-215; Pío XI 213-214; Papas 214 c. Católicos sociales 214 c. Obligación de todos los fieles ante la — 214-215. Cf. Belén, Bienes, Clases altas, Católicos-socialistas (?), Convivencia, Desilusionados, Domicilio, Economía, Esclavitud, Falsos ídolos, Ideales, Ideas, Justicia..., Negocios, Obras de m., Obrero, Orden s., Proletariado, Reformas, Responsabilidad, Sociedad, Soc. humana, Teorías soc., Trabajadores, Trabajo, Vida económica, Vida social.
- CULTO. El — debido a D. 206-207.
- CULTURA FEMENINA. Cf. Mujer.
- CULTURA RELIGIOSA. La — y los mandamientos 195-196.
- «CUNAS TRÁGICAS». Ante las — 323-324.
- CHINA. *Al Ministro de* — (25 II 43) 415-419.
- DEBER CONYUGAL. Cf. Negativas peligrosas.
- DEBERES CONYUGALES. Fidelidad en los — 324-325.
- DECÁLOGO. El —, prenda de salvación 215-216; fundamento del orden moral 202-204.
- DEFENSA. La — de los esp. en las separaciones 154-155.
- DEÍSMO. Cf. Ateísmo.
- DEPORTES. Los — y el domingo 208.
- DERECHO. Respeto del — 205-206. Cf. Amor.
- DESCRISTIANIZACIÓN. La — actual 376-377. La — del pueblo y de las ciudades 7, 196. Cf. Pueblo.
- DESGRACIAS PRESENTES. Cf. Fe.
- DESILUSIONADOS. Amargura e infelicidad de los — 157.
- DESTINO. El — del hombre según la revelación 59-60.
- DIFÍCILES CIRCUNSTANCIAS. Cf. Vida familiar.
- DIGNIDAD. *La inviolable — del matr. uno e indisoluble* 51-56.
- DIGNIDAD PROFESIONAL. La — del hombre casado 34-35.
- DIOS. Oraciones inspiradas por D. en el Ant. Test. 8 c. La mirada de — 30. Todos, siervos de — 162 c. La revelación y — 54-59. — y el orden moral 203. Males del apartamiento de — 204. *La «parte de —» en la familia cristiana* (25 III 42) 13-22. —, nudo de amor entre los esp. 157-158. Cf. Adhesión. Amor, Aversión,



Ceguera, Ciencias, Culto, Espíritus fuertes, Fábricas, Familia hum., Hombre. Revelación, Secretos, Universo, Vida ind. y soc., Teorías sociales.

DIVERSIONES. Peligro de ciertas — 295 b.

«DIVINO AFFLANTE SPIRITU». Carta Enc. — (30 IX 43) 265-289.

Véase el ÍNDICE ANALÍTICO de esta Encíclica en las págs. 344-348.

DIVORCIO. Cf. Familia.

DOCUMENTOS. Los — sobre la guerra 95 a-b.

DOLORES PRESENTES. El Papa espera que de los —, por la guerra, salgan mayores bienes espirituales 479 c, 480 b, 481 b, 482 b, 483 b.

DOMICILIO. Trabajo a — 44 c. - 45.

DOMINGO. Santificación del — 13-14. Profanación 207-209. El — y los deportes 208-209. Cf. Ciudades m., Deportes, Fiestas, Pueblo.

DOMINGO Y SOL (Manuel). Fué fundador del Colegio español 451 b.

DU BOIS-REYMOND. Teoría de — sobre el universo 403-404.

DUEÑAS. Grandeza y humildad de las — 178-179.

ECONOMÍA. Falsas teorías de la — 348 b. Cf. Desilusionados.

EDAD MEDIA. Naciones peregrinas en la alta — 87 b-c. La mujer en la — 47 a-b.

EDUCACIÓN. Colaboración de los esposos en la — 8 c.

EDUCACIÓN RELIGIOSA. Necesidad de la — 207 b.

EGOÍSMO. Amor de — (esp.) 134 b. Peligros del — en los esp. 143-146.

EJERCICIOS ESPIRITUALES. *En la clausura de los Stos. — en el Vaticano (5 XII 42) 313-317. Para clausura de los Stos. — en el Vaticano (4 XII 43) 137-142.*

EL SALVADOR. RM. al primer Congreso eucarístico de — (26 XI 42) 299-306. Seminario interdiocesano de — (Bol.) 305 b.

EMPOBRECIMIENTO GENERAL. Cf. Desilusionados.

ERRORES. El P. ante los — modernos 77-78. Cf. Ateísmo, Deísmo, Quietismo, Reforma protestante.

ESCLAVITUD. La antigua — 163-164. La — del capital y la del Estado 354 b-c.

ESCUELA DE ATENAS. La «—» de Rafael y las Matemáticas 289 a.

ESCUELA VATICANA. *Preciosas normas a la — de Biblioteconomía y a la Escuela Pontificia de Paleografía, Diplomática y Archivología (15 VI 42) 121-125.*

ESPAÑA. Al nuevo Embajador de — (17 XII 42) 327-331. — la católica, madre de pueblos 304 b. Las misiones y — 203 b. — y el Perú 131-132. Alabanza de — 329-330, 331. Ortodoxia y resurgir de — 329-330. Altísima misión de — 330 c. Admirable ejemplo de Obpos. y scs. de —, en nuestro tiempo 480 b-c. A los Cardenales, Arzobispos y Obispos de — (29 VI 41): Carta sobre

- la «Ratio Studiorum» de los Seminarios 427-438. Elogio del Clero de — y de sus principales figuras 429-430. *Carta al Rev. Antonio Torres, Rector del Colegio Español de Roma en el I aniversario del P. Colegio Español de Roma* (29 III 42) 449-452. León XIII fundó el Col. esp. 451 b; esperanzas del Colegio 451 c. Preocupación de los Obispos de — por el Col. esp. 452 a. Cf. Colegio Español, Compañía de Jesús.
- ESPERANZA. La — 27 b-c; 96; 97-98.
- ESPÍRITU SANTO. Oración al — 99-101.
- ESPÍRITUS FUERTES. Los — y la revelación 69-70.
- ESPOSA. Deberes de la — 6 a. Sacrificios y amor de la — 37. Cansancio y molestias de la — 38. Cf. Respeto.
- ESPOSO. Deberes del — 6 a.
- ESPOSOS. *Colaboración de los — en la vida familiar* (18 III 42) 3-11. Colaboración de los — 6-7 ss. Caridad de los — 293 b. Peligros de ciertas ligerezas de los — 293-295. Los espectáculos y los — 294-295. Moderación entre los — 293 a-b. Cf. Alma, Amor propio, Autoridad, Caprichos, Celos, Conyugal, Cooperación, Corazones, Cuerpos, *Cunas trágicas*, Deberes cony., Defensa. Dios, Diversiones, Educación, Egoísmo, Espectáculos, Esposa, Esposo, Familiaridades, Fantasías, Fidelidad, Hogar..., Indisolubilidad, Lecturas, Maridos, Matrimonio, «Matrimonio de película», Moderación, Moral, Moralidad, Negativas pel., Pruebas, Relaciones, Respeto, Sacrificio, Separación obl., Separaciones, Sí, Simpatías, Vicario de Cristo, Vínculo conyugal.
- ESTADO. El — y los individuos 92 c. Verdadera misión del — 348 c. Idea del — según el espíritu cristiano 361 a-b. Cf. Esclavitud.
- ESTUDIOSOS. Obligación de los — de las ciencias físicas 411-413.
- EUCARISTÍA. La — en la Igl. primitiva y en la actual 83-84. La —, misterio de fe, de amor y de vida 201-204. La —, Cenáculo y Calvario 202 b. Efectos de la — 201 c. La — y la vida privada 132-133. La — y la vida social 133-134. Oración a la — 134. El Salvador vela siempre en la — 304. Pobreza y peligros de C. en la — 169, 177 b. Cf. Ardor, Brasil, Cruzada, Pío X.
- EUGENIO I (San). Templo conmemor. 75 c, 111. La figura de — 75 b-c.
- EVANGELIO. Predicación del — 16-17.
- FÁBRICAS. La ley de Dios en las — 96-97.
- FALSAS TEORÍAS. Nuevas — sobre la naturaleza del pecado 197-198.
- FALSOS ÍDOLOS y falsos profetas 118-119.
- FAMILIA. La —, reproducción del gobierno divino 176-177. Influencia del hombre cat. en la — 221-222. Vida crist. de la — 222-223. El lugar de la — 395. Defensa de la unidad social y singularmente de la — 357 a-358. La — y el divorcio 63 b-c. La salva-

- ción de la —, deber religioso 210 b-c. La oración común en — 12-13. Cf. Guerra, Hogar, Trabajo, Vocaciones.
- FAMILIA CRISTIANA. La —, imagen de la Igl. 163 b. La «parte de Dios» en la — 13-22. Cf. Dios.
- FAMILIA HUMANA. La —, último portento de Dios 33 b-c. Cf. Ciencia.
- FAMILIAS CRISTIANAS. Cf. Humildes.
- FAMILIARIDADES. Las — audaces 280-281.
- FAMILIAS PATRIARCALES. La tradición y el buen ejemplo en las — 221-222.
- FANTASÍAS NOVELESCAS. Peligro de las — 295 c.
- FÁTIMA. Jubileo de Nuestra Señora de — 269 ss.
- Favores iuris* 235 a-b.
- FE. La — 96, 96-97; La — 53-61, 63-71. El tesoro de la — 53-54. Cómo debe ser la adhesión 68-71. Luz y calor de la — 28-29. Consuelo de la — 60 c, aun en los tiempos presentes 163-164. Necesidad de que a la — vuelvan todas las clases sociales 207 a-b.
- FEMENINOS. Grupos eucarísticos — 16 c.
- FENOMENISMO. Refutación del — 411-412.
- FENÓMENOS MICROSCÓPICOS 407 b.
- FIDELIDAD CONYUGAL. La — (21 X 42) 247-254, (4 XI 42) 277-283, (18 XI 42) 291-298, (9 XII 42) 319-326. Belleza de la — (21 X 42) 247-254. La — *ilusoria* (4 XI 42) 277-283. Pruebas de la — (9 XII 42) 319-326. Exigencias de la — 280. Escollos e imprudencias de la — (18 XI 42) 291-298. Cf. Esposos, Matrimonio.
- FIELD. Todos los — deben ayudar a los Seminarios y vocaciones 440 b-c.
- FIESTAS. Santificación de las — 207-208. Cf. Deportes, Domingo, Ciudades modernas, Roma.
- FILÓSOFOS. Responsabilidad de los — en la Revolución 378 b-c.
- FINLANDIA. Al nuevo Ministro de — (31 VII 42) 169-172. Al nuevo Ministro de — (26 VI 43) 99-103. Relaciones de — con la S. Sede 101. El Presidente de — y el Papa [paz] 101-102.
- FORMALISMO JURÍDICO. El «—» en las causas matr. 238 a.
- FRANCIA CATÓLICA. La — después de la Revolución 886-887.
- FRANCISCO JAVIER (San). — y el Oriente 417 c.
- [FRANCO] (Francisco). — Generalísimo 331 c, Jefe del Estado español 432 c.
- FRATERNIDAD. Las raíces profundas de la — 93 c. Cf. Cristo, Iglesia.
- GALES. País de —. Cf. Incursiones aéreas.
- GÉNOVA. Cf. Incursiones.
- GOBERNANTES. Los — y la guerra 124, 124-125. Los — y la paz 125-126. Responsabilidad de los — en la guerra y en la paz 170-171.
- GOBIERNO DIVINO. Cf. Familia.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- GRANDES SOLEMNIDADES.** Las tres — de la Iglesia, su primavera espiritual 77, 78-79.
- GREGORIO VII.** La restauración eclesiástica de — 386 b-c.
- GREGORIO XV.** — y China 418 b.
- GUARDIA NOBLE.** A la — Pontificia (26 XII 42) 365-370. A la — Pontificia (29 XII 48) 173-178. Homenaje y fidelidad de la — 175-176. La — al servicio del reino de C. 178 b-c.
- GUERRA.** La — y la familia 90-91. La — contra la Iglesia 81 b-c. El Papa ante la — 88-90. La tragedia de la — 265 b. Extensión de la — 293 b, continuación de la — 295 b, 298 b; ruinas y destrucciones de la — 303 b. La —, producto apocalíptico 155-156. Los grandes mutilados de la — 29. Cf. Calumnias, Consignas, Documentos, Falsos ideales, Gobernantes, Hora presente, Iglesia, Incursiones aéreas, Instituto, Internacionales, Leyes mor., Maglione, Marchetti-Selvaggiani, Matemáticas, Ministerio ap., Mutilados, Naciones, Navidad, Pueblos, Quinto mandamiento.
- GUERRA MUNDIAL.** Consideraciones sobre la — 361-362. El RM. en el IV aniversario del comienzo de la — (1 IX 43) 121-127.
- HAÍTÍ.** Al nuevo Ministro de — (12 IX 42) 207-211.
- HERODES Y PILATOS.** Los — modernos y la Iglesia 117-118.
- HEROÍSMO.** El — de los que todo lo dieron a la Patria 310 a. El — de la mujer 47.
- HIJAS DE MARÍA.** En el LXXV aniversario de la Pía Unión de las — (25 X 42) 255-261.
- HIJOS.** Cf. Criados.
- HIJOS DE DIOS.** La familia de los — (amos y criados) 168 b-c; Amos y criados, igualmente — 181-182.
- HISTORIA.** El curso de la — humana 188-184.
- HOGAR.** Los auxiliares del — (22 VII 42) 159-168, (5 VIII 42) 178-184, (19 VIII 42) 185-195. Cf. Domicilio, Técnica.
- HOGAR.** ¿Qué es un —? (27 I 48) 391-397. Significado de la palabra — 393-394.
- HOGAR DOMÉSTICO.** La responsabilidad del hombre en la felicidad del — (8 IV 42) 31-39. La cooperación del hombre en el — (15 IV 42) 41-48. Las virtudes del — (27 I 48) 391-397. Las virtudes del — (7 III 48) 19-26, (14 IV 48) 27-33, (5 V 48) 51-61, (12 V 48) 63-71. El — y las virtudes 395-396, 22-23.
- HOJITAS MENSUALES.** Significado y valor de las — del Apost. de la Oración 387-388.
- HOMBRE.** El — y la gracia 5 b. La vida del — sobre la tierra 5 b. Trabajo del — en las virtudes 29, 30-32. El — en la familia (8 IV 42) 31-39, (18 IV 42) 41-48. Protección del — a su esp. y fam. 34-35. El — busca a Dios en sus obras 248 b-c. Cf. Hogar dom., Moralidad, Parte activa, Respeto.
- HOMBRE CASADO.** El — y la dignidad personal 34-35.

- HOMBRE CATÓLICO.** Los tres círculos concéntricos en que vive el — 221 b. Influencia del — en la fam. 221-222.
- HOMBRES.** Cf. Dios.
- HOMBRES DE A. C.** *La colaboración de los — en el renacimiento espiritual de la sociedad* (20 IX 42) 213-230. Espíritu de fe y amor en los — 215 b-c.
- HOMBRES CATÓLICOS.** Eficacia de los — 216-217.
- HORA PRESENTE.** Sufrimientos de la — 75-76, 79 a. Gravedad y deberes de la — 38. Exigencias de la — 170-171, 368-369.
- HUMANIDAD.** Camino de la —, sin Dios 165 a. Cf. Voto.
- HUMILDES.** Los — en las fam. crist. 165-166. Heroísmo de los — (criados) 166-167.
- IDEALES.** Fracaso de los — del trabajo 160, del humano gozar 161 c, de fuerza y predominio 162-163.
- IDEAS.** Propagación de las — 194 b.
- IDEOLOGÍAS JURÍDICAS.** Falsedad y materialismo de ciertas — 351.
- ÍDOLOS.** Cf. Falsos.
- IGLESIA.** Primavera de la — 77-78. La — y el paganismo 200. Oposición a la — 81 b-c, 337-338. Incomprensión de la — 338. Unidad de la — 84-85. Alta misión de la — 217-218. Obligación de la — 344 b-c. Indefectibilidad y mis. de la — 139-140. Fidelidad a la — 117-118. Las tres grandes solemnidades 77-79. La — y el orden moral 202-203. La fidelidad a la — y la verdadera fraternidad 93. Autoridad de la — en el matr. 234 a. La — y las ciencias 245 b-c, 289 a. La — y la civilización europea 310 b. La — y el pueblo trabajador 88-90. Doctrina soc. de la — 213-214. La — y el conflicto mundial 88-89. Solicitud del P., la — 16-17. Oración y seguridad de la — 17 c-18. Consagración de la — y del género humano al Cor. Inm. de María (31 X 42) 267-276. La — actual, ante grandes deberes 387. La — ante los futuros acontecimientos 76 b-c. Solicitudes de la — ante la guerra 76-77. La — y el conflicto mundial 88-89. Cf. Almas g., Conflicto m., Consagración, *Cor unum*, Corazón Inm. de María, Cuestión soc., Grandes solemnidades, Guerra, Herodes, Sist. modernos, Socialismo marxista.
- IGLESIA ACTUAL.** Cf. Eucaristía.
- IGLESIA PRIMITIVA.** Heroísmo y espíritu de la — 82-83. Cf. *Cor unum*, Eucaristía.
- IGNACIO (SAN).** Pensamiento dominante en toda la obra de — (Ejercicios) 315-316.
- IMÁGENES.** Valor de las — de las cosas en el conocimiento 412-418.
- INCREDULIDAD E IRRELIGIÓN.** Responsabilidad de todos en la — 377-378.
- INCURSIONES AÉREAS.** *Para las ciudades dañadas por las —* (Ingl.,

- País de Gales; Génova, Turín, Milán, Nápoles, Palermo) 475-483 (29 VI 42; 16 XI 42, 30 XI 42, 2 XII 42, 8 XII 42, 25 I 43).
- INDICIOS. — y pruebas en las sentencias (matr.) 236 a-b.
- INDISOLUBILIDAD. Las razones de la — del matr. 54, 55-56, 59-61, 62-63.
- INFIDELIDAD. Conducta, en la — 322 c-323. Cf. «Cunas trágicas».
- INGLATERRA. Cf. Incursiones.
- INMACULADA. El día de la —, dedicado a la orac. públ. por la paz 299 b.
- INMUTABILIDAD. La — de las virtudes 106 b-c.
- INOCENCIO IV. China e — 417 b.
- INSTITUTO (de asistencia) a ciegos (Roma) 23-30.
- INTENCIÓN. La — y el pecado 197-198.
- INTERNACIONALES. Las relaciones — y el orden interior de las naciones 345 a-b.
- INVESTIGACIÓN atómica. La — 410 a-b.
- INVESTIGACIÓN histórica. La — ante lo sobrenatural 385 b-c. La técnica en la — 123-124 no basta 124-125.
- IRRELIGIÓN. Cf. Incredulidad.
- ITALIA. *Al nuevo Embajador de* — (1 III 43) 421-424. Actitud y conducta de — en el jubileo del P. 109-111. Exhortación a — 297 a. Cf. Papa, Pueblo ital., Sta. Sede.
- JAPÓN. *Al Delegado especial del* — (19 V 42) 69-72.
- JESUCRISTO. La moral de — 282-283. —, modelo del obrero cat. 87, 97-98.
- JOSÉ ORIOL (San). — 430 b.
- JOVEN. *Pureza y fortaleza: Encanto y defensa de la* — (25 X 42) 255-261.
- JUAN DE RIBERA (Bto.). 430 b.
- JUBILEO EPISCOPAL. Cf. *Annus placabilis*. Eugenio (San), Italia, Papa (E. P., Pío XII).
- JUEZ. El — y la certeza moral 238-239.
- JUICIOS. Principios y normas de la certeza moral en los — (Rota Rom.) 233-239. Cf. Palabras.
- JUSTICIA. — y moral social 71-72. Cf. Paz.
- JUSTICIA SOCIAL. La — y la convivencia nacional 91 b. Cf. Obras de misericordia.
- JUVENTUD. Fe viva de la — 46-47. Pureza moral de la — 47-48. Ruina actual de la — 161-162. Necesidad de educar la — en la castidad 211 b-c.
- JUV. FEM. DE A. C. *En el XXV aniv. de la* — (24 IV 43) 35-50. Alegría, y regalos al P. 37-38. Acción y programa de la — en la guerra y en la posg. 38 c, 45 b. La — y la juventud 45-46, 46-49.

- JUV. OBRERA. La —, el Clero, las Congregaciones religiosas femeninas y la A. C. 97 b.
- LECTURAS. Peligros de ciertas — 295 b.
- LEDÓCHOWSKI. *Carta al Prep. Gen. de la Comp. de Jesús, Rvdmo. P. Wladimiro — en el L aniversario de la Pont. Universidad de Comillas* (5 V 42) 459-463.
- LEJANOS PUEBLOS. La predicación del Evangelio en — 16-17.
- LEÓN XIII. China y — 418 b. — fundó el Col. esp. 451 b. Cf. Papa [Pío XII].
- LEY DE DIOS. La — y las fábricas 96-97.
- LEY FÍSICA. Valor y noción de la — 403-405.
- LEY CAUSAL. Valor de la — 405 b.
- LEY UNIVERSAL. La — y las particulares 406 b.
- LEYES DINÁMICAS. — 407 a.
- LEYES ESTADÍSTICAS. Las —, no bastan 405 a-b.
- LEYES MORALES. Las —, en la guerra 79-80.
- LEYES NATURALES. Sistema de — 406-409.
- LEYES DEL MUNDO. El problema de las — 402-403.
- LIGEREZA. Cf. Esposos.
- LISBOA. Sacrilegio en — 201 b.
- LONGJUMEAU. Andrés de — en China 417 b.
- LORENZO *fuori le mura* (San). La Basílica de —, destruída 304 a.
- LLAMADA. La — de Dios (vocación) 16 ss.
- MADRES DE FAMILIA. —, mujeres fuertes 34 a-b.
- MAGLIONE. *Carta al Emmo. Card. Luis —, Secret. de Estado, ordenando oraciones* (por la paz) (15 IV 42) 453-457. *Cartas al Emmo. Card. Luis —: Oraciones especiales ordenadas por la vuelta de la paz al mundo* 291-299: (15 IV 43) 293-295, (5 VIII) 296-297, (25 XI) 298-299.
- MANDAMIENTOS. *Sobre la observancia de los — de Dios* 191-216. Los — según Cristo, y según S. Pablo 199. Cf. Cultura religiosa.
- MARCHETTI-SELVAGGIANI. *Carta al Emmo. Sr. Card. Francisco — Vicario Gral. de S.S.: Después del primer bombardeo de Roma* (20 VII 43) 301-305.
- MARIDOS. Responsabilidad de los — 33 ss. Amor de los — 46-47.
- MÁRTIRES CRISTIANOS. Los — 106 a.
- MASSA MARITTIMA. *Al Obispo de —*. Cf. Bernardino de Siena.
- MATEMÁTICAS. *A los participantes en la reunión internacional de las altas ciencias* — (12 XI 42) 285-289. Alta función de las — 288. Las —, ciencia de la paz 288 b. Las — en la «Escuela de Atenas» 289 a.
- MATERIALISMO. Insostenible el — 404 c.
- MATRIMONIO. Fin esencial y primario del — 8. *La inviolable dignidad en el — uno e indisoluble* (22 IV 42) 49-56. *Bienhechores efectos del —* (29 IV 42) 57-64. El — como sacramento 53-56. Autoridad

## ÍNDICE ANALÍTICO

- de la Igl. en el — 234 a; del R. Pont. en el — 234 a. Efectos de la indisolubilidad del — 249 b-c. Fidelidad del — 249-250. Don de los cuerpos en el — 251; y de las almas en el — 252-253. Entrega mutua de corazones en el — 253-254. Peligro para el — 44-45. La salvación del — y de la familia, deber religioso 210 b-c. «— de película» 210-211. Cf. Amor propio, Autoridad hum., Causas matr., Certeza, Corazones, Educación, Egoísmo, Esposa, Esposos, Hogar, Indisolubilidad, Juez, Juicios, Maridos, Moralidad, Nudo divino, Nuevos esposos, Ocupaciones caseras, Pasiones, Respeto, Sacramento, Sí, Separaciones, Unión indisoluble, Unión matr., Vicario de Cristo, Vida familiar, Vínculo conyugal.
- MATRONAS ROMANAS.** Ejemplo de las antiguas — 105-106.
- MAYO.** Oraciones en — por la paz 453-457, 294 c-295 a.
- MAXWELL.** Las ecuaciones de — 406 b.
- MECÁNICA.** Leyes particulares de la — de los cuerpos 406 a-b.
- MEYER.** Escalas de — y de Mendelejew 410-411.
- MIES.** La — de Cristo 16 a-b.
- MILÁN.** Cf. Incursiones.
- MINISTERIO APOSTÓLICO.** El — dificultado e impedido por la guerra 148-149.
- MISA.** La — y la vida cristiana 14-16.
- MISIONES.** Brasil, Portugal y las — 203 a-b. Cf. España.
- MISTERIO.** Cf. Eucaristía.
- MISTERIOS.** Los — del *Pesebre* y de la Cruz 151-152.
- MODERACIÓN.** La — entre los esposos 293 a-b.
- MOISÉS.** Imagen de — en el m. Horeb 383 a-b.
- MONTECORVINO.** Juan de — en China, arz. de Khanbalek y Patr. del Extr. Oriente 417 b.
- MONUMENTOS.** Los — del Jueves Santo en el Brasil 200 b.
- MORAL.** La — del mundo, y la de C. (sobre la fidelidad matrim.) 282-283.
- MORAL SOCIAL.** Cf. Justicia.
- MORALIDAD.** La — del hombre y del matr. recordada por C. 233-234.
- MORALIDAD PÚBLICA.** Obligación de influir en la — 227-228.
- MUJER.** La antigua figura de la — 40-41. Carácter moderno de la «cultura» de la — 41. Ante la nueva condición social de la — 41-43. Peligros para la — 43-44. Dignidad y libertad de la — 47-48. Heroísmo de la — 47. La — en la Edad Media 47 a-b. La — ante la vida moderna 106-109. Cf. Armas, Peligros, Vida moderna.
- MUJERES FUERTES.** Las — 34 a-b.
- MUNDO.** Moral del — 282-283. Cf. Nuevos problemas.
- MUNDO EXTERIOR.** Infl. del ejemplo y del apostolado en el — 226 b-227.
- MUTILADOS.** Los grandes — de la guerra 29. Cf. Princesa del Piamonte.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- «MYSTICI CORPORIS CHRISTI». Carta Enc. — (29 VI 43) 219-264.  
 Véase el ÍNDICE ANALÍTICO de esta Encíclica en las págs. 349-352.
- NACIONES. Las — ante la guerra 124.
- NACIONES PEREGRINAS. Las — en la E. Media, a Roma 87 b-c.
- NÁPOLES. Cf. Incursiones.
- NAVIDAD. Cambio de felicitaciones 335. *La Alocución de la vigilia de — al S. Colegio y a los Prelados Romanos* (28 XII 43) 143-152.  
*RM. navideño al mundo* (24 XII 42) 341-364. *RM. navideño a los pueblos del mundo entero* (24 XII 43) 153-171.
- NAZARET. El hogar de —, modelo 395.
- NEGATIVAS PELIGROSAS. Las — en el «deber» 324 b-c.
- NEGOCIOS. Poca honradez en los — 212 c.
- NEUTRONES. Efectos y choques de los — 408.
- NIÑO. Virtudes infusas al — en el bautismo 24-25. Cf. Bautismo.
- NIÑOS. Oraciones de los — 295.
- NOBLEZA. Deberes de la — ante el nuevo orden, el progreso y el pueblo 185-186; ante la salvación de la sociedad 188. Responsabilidad de la — ante la Revolución 378 a-b. Misión y deber act. de la — 379-380. Cf. Patriciado, Responsabilidad.
- NOMBRES. Valor de los — 301 b.  
*Non moechaberis* 210-211.
- NUDO DIVINO. El — *que ninguna mano humana puede desatar* (22 IV 42) 49-56, (29 IV 42) 57-64.
- NUEVAS AURORAS. Esperanza de — 118-119.
- NUEVOS ESPOSOS. La alegría de los — 129. La confianza de los — 129-130 fundada en la humildad, prudencia y verdadero amor 131-132. 134.
- NUEVOS PROBLEMAS. Los — para arreglar el mundo 265 b.
- OBRAS. El hombre y la — de D. 243 b-c.
- OBRAS DE MISERICORDIA. Las — y las de justicia social 213.
- OBRERO. El mundo — 353-354.
- OBRERO CRISTIANO. Cf. Cristo, Iglesia, Familia, Jesucristo, Oración.
- OBREROS. El buen ejemplo de los — 97.
- OCUPACIONES CASERAS. Las pequeñas — 45.
- ODÓN (San). Elogio de —, Abad de Cluny 467-468.
- OFRECIMIENTO COTIDIANO. El — del Apost. de la Or. 384 c.
- ORACIÓN. Valor de la — 384-385. Infl. de la — en la historia 385-386.  
*Consideraciones y exhortaciones sobre la —* 3-18. Deber y necesidad de la — 8-9, 10-11; escala de valores de la — 9-10. El consuelo de la — y el trabajo 95-96. Necesidad de la — por la paz 293 b-c. Importancia de la — para Roma 5.
- ORACIÓN DOMINICAL. Excelencia de la — 387 b.
- ORACIONES. Las — por la paz 296 c, especialmente en el día de la Asunción [15 ag.] 296 c.
- ORDEN. Cf. Convivencia.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ORDEN CRISTIANO. El — en la vida pública 379 a-b.
- ORDEN DOMINICANA. Elogio y deberes de la — 447-448.
- ORDEN INTERNACIONAL. Cf. Internacionales.
- ORDEN JURÍDICO. Reintegración del — 360-361.
- ORDEN MORAL. Cf. Decálogo.
- ORDEN NUEVO. ¿Qué deberá ser el — ? 217-218.
- ORDEN SOBRENATURAL. Infl. de los actos del — en la tierra 219-220.
- ORDEN SOCIAL. Doble elem. de la paz en el — 345 c.
- ORGANIZACIÓN. Peligros de una futura — internac. 168 a.
- ÓXIDO DE URANIO. Energía del — 408.
- PABLO (San). Cf. Mandamientos.
- PACELLI (Eugenio). — bajo los pontificados anters. (León XIII-Pío XI) 76 b-c: lapidario elogio de los mismos, ibid. — consagrado en la Capilla Sixtina 76 b-c.
- PADRE (Dios). *Los secretos del* — 53-61.
- PADRES. Los — y la vocación 17-19.
- PAGANISMO. El nuevo — 200 a. Cf. Iglesia.
- PALABRAS. Imprudencias de — y juicios 193.
- PALERMO. Cf. Incursiones.
- PANTEÍSMO. Derivación del materialismo 404 c.
- PAPA [Pío XII: E. Pacelli]. Consagración episcopal 75 b, 76 b-c. Solicitud del — por la Igl. 16-17. El — en la Colina Vaticana 383 c. Llamam. del — a la paz, ante la explosión próxima de la guerra (29 VIII 39) 123. El — no tiene ya la alegría de recibir ni los hijos de lejanas tierras, ni los grupos de recién casados 193. Actuación para evitar o atenuar los sufrimientos (guerra) en las poblaciones 477 b-c, 479 b, 480 b, 483 b. Angustia del — ante los dolores de sus hijos 163-164. Incesante actuación por la paz 296 b-c, por aliviar las consecuencias de la g. 477 b-c, 164; pide socorro a todos para todos 166-168. El — y los trabajadores 87-88. Actuación del — ante la guerra 88-90. Monstruosa calumnia contra el —, sobre la g. 94-95. El — ante los errores 77-78, y ante los pueblos 78. Actitud del — ante la g. y con las pequeñas naciones 78-79. Gratitud del — al Dador de todo bien 75 a-b. Tranquilidad del — 77 a-b. Exhortación del — a los beligerantes 80-81. Jubileo del — celebrado en todo el mundo 76 a-b; deseos, en su jubileo 109. Álbum ofrec. al — (por It.) en su jub. episcopal 111, 111-112. El — e Italia 113-114, y sus hijos de Roma 95. El — y los fieles 145-146; aconseja calma a los romanos 147 b. Dolor del — por la tristeza y angustia de los pueblos 147 c. Triple exhortación del — a los fieles de Roma 17-18. Oración del — por la defensa de Roma 304-305; caridad con los romanos 305 b. Cf. Alberto Magno. *Annus plac.*, Calumnia, Caridad, Comité nac., Consagración episcopal, Consigna, Dolores, Errores, Párrocos, Paz, Santa Sede.
- PÁRROCOS. A los — y a los Cuaresmeros de Roma (13 III 48) 3-18,

- (23 II 44) 191-215. Los —, cooperadores del P.: 5. Caridad de los — de Roma 194-195. Misión de los — 195.
- PARTE. La «— de Dios» en la familia cristiana 13-22.
- PARTE ACTIVA. La — del hombre en la casa 43 c-44.
- PASIONES. Las — humanas frente al matrimonio 55 a-b, 62 a-b.
- PATRIA. Gratitud de la — a los mutilados 309. Cf. Salvador.
- PATRIAS. Las dos — 27 b-c.
- PATRICIADO. Al — y Nobleza romanos (11 I 43) 373-380, (19 I 44) 181-190.
- PAZ. Exhortación a la — 91-92. Invocación del P. a la — 81-83. Súplica y oración por la — 273-276. En espera de la — 168-169. La — no es resultado aritmético, ni efecto de la fuerza 170 c. Exigencias de una nueva y justa — 210-211. La —, obra de la justicia 351 b. Necesidad de la orac. por la — y la futura concordia 478 a. La ciencia y la — 288 c. Peligros de una — efímera 148 b-c. Necesidad de la penitencia, para la — 298 c-299 a. Cf. Belén, Ciencias, Conciencia mundial, Conflicto m., Corazón de Jesús, Corazón Inm. de M., Cruzada, Gobernantes, Inmaculada, Matemáticas, Mayo, Navidad, Nuevas auroras, Oración, Oraciones, Orden soc., Papa, Penitencia, Programa, Pueblos, Salvador.
- PAZ INTERIOR. El frente de la — 345 b.
- PECADO. Cf. Aversión de D., Falsas teorías, Intención.
- PECADO GRAVE. Naturaleza del — 197-198.
- PELIGROS. La mujer ante los — 109-111. Los — de conversaciones, ante los criados 192.
- PENITENCIA. Necesidad de la — para llegar a la paz 298 c-299 a. Necesidad absoluta de la — 293 b, 293 c-294 b.
- PEQUEÑAS NACIONES. Las — ante y en la guerra 79.
- PEREGRINOS. Cf. Naciones peregrinas.
- PERSECUCIONES. Los criados en las — 167-168.
- PERSONA HUMANA. Desarrollo y perfeccionamiento de la — 347 b-349 a. Dignidad y derecho de la — 356-357. Cf. Teorías sociales.
- PERÚ. RM. al III Congr. Eucar. Nacional del — (31 X 43) 129-135. La fe del — 131-132.
- PÍA UNIÓN. La — de Hijas de María 257 ss.
- PIAN DI CARPINO. Juan de — en China 417 b.
- PILATOS. Cf. Herodes.
- Pío IX. China y — 418 b.
- Pío X. La Eucaristía (niños) y — 84 b; — y la Euc. 84 b-c, 201. Cf. Papa [E. Pacelli].
- Pío XI. La A. C. y — 221 a-b. Delegación ap. en China, creada por — 418 c. Avisos graves de — en la cuestión social 213 c, 214 b-c. Cf. Papa [E. Pacelli].
- Pío LAT. AMERICANO. Que Bolivia ayude al Colegio — (Roma) con generosidad 439-440.

# ÍNDICE ANALÍTICO

- PLAN DE ESTUDIOS. El nuevo — para los Seminarios de España 432 a.
- PLANCK. Estudios de Max — sobre el átomo 407 c-408.
- POINCARÉ (Henri). Teoría de — sobre los fenómenos 404 a.
- [POLONIA]. Grandeza, dolores y esperanzas del pueblo pol. 79-80.
- PORTUGAL. Las misiones y — 208 a-b. *RM. a* — (81 X 42) 267-276.  
—, tierra de Sta. María 270 a, 270-271. — encontró el hilo de...  
*Nación fidelísima* 270 c, 271. Voto de — (mayo 1936) contra el  
peligro rojo 271 a.
- POSITIVISMO. Excesos del moderno — 405 b.
- POSITIVISMO JURÍDICO. Peligros y falsedad del — 350.
- PRÁCTICA DE LA RELIGIÓN. Una falsa — 206 c.
- Praesumptiones iuris* 235 a-b.
- PRECEPTO DOMINICAL. Obligación del —, su profanación 207 c.
- PRECEPTOS DE DIOS. Obligación de los — 202 b.
- PREDICADORES. *Carta al Maestro Gral. de la Orden de los — Rdm.*  
*P. Martín E. Gillet, sobre el celestial patrocinio de Stc. Tomás*  
*de A. y de S. Alberto M. en los estudios* (7 III 42) 443-448.  
Elogio de la Orden de los —, suscitada en Esp. 430.
- PRENSA. Responsabilidad de la — 266 b.
- PREVISIÓN SOCIAL. Exigencias de la — 89 b.
- PRIMER PAPA. El — 77 b.
- PRIMERA MISA. La — en el Brasil (a. 1500) 200 a.
- PRIMEROS CRISTIANOS. Unidad de los — 79 b, 84-85. Ardor eucaríst.  
de los — 79 b, 83-84. Vida moral de los — 200-201. Vida he-  
roica de los — 78 b-c; sus características 79 ss. Seguridad de vic-  
toria de los — 79 b-81. Sacrificio de los — 79 b. 81-88. Cf. Cris-  
tianismo.
- PRIMITIVO CRISTIANISMO. Vuelta al — 201.
- PRINCESA DEL PIEMONTE. *A los profesores y directivos de la Escuela*  
*del "Centro de Mutilados —"* (29 XI 42) 307-317.
- PRINCIPIO DE CAUSALIDAD. El — 404 b.
- PROFETAS. Cf. Falsos.
- PROGRAMA DE PAZ. Principios para un — 169-171.
- PROGRESO. Cf. Nobleza, Tradición.
- PROGRESO DE LAS CIENCIAS. *A los Congresistas de la Sociedad italiana*  
*para el* — (2 X 42) 241-245.
- PROLETARIADO. Hecho innatural del — 214 a.
- PROPIEDAD PRIVADA. Regulación de la — 354 b.
- PROSPERIDAD. Cf. Religión católica.
- PROTECCIÓN. La — que el hombre debe a su esp. y fam. 34-35.
- PROVIDENCIA. Todos, siervos de la — 162-163.
- PRUEBAS. Las — de la fidelidad 322-325.
- PRUEBAS. Libre apreciación de las — en las causas matr. 288 a-b.  
Las — en las sentencias 286 a-b. Cf. Certeza objetiva.
- PRUEBAS PRESENTES. Cf. Cristianos, Hora presente.

- PUEBLO.** Peligro para el — 45 a. Daños y efectos de la descristianiz. del — 378. La Igl. y el — trabajador 88-90. Angustias del — 187. Cf. Descristianización, Nobleza.
- PUEBLO ITALIANO.** El —: preocupaciones y esperanzas 424 a-b. El —, necesitado de una luz superior después de la guerra 113-114.
- PUEBLO TRABAJADOR.** Cf. Iglesia.
- PUEBLOS.** Los — hijos de España 304 b. Los — ante la guerra 124. Los — y la paz 125. Angustias de los — 78 c.
- PUREZA.** — y *fortaleza: encanto y defensa de la joven* 257-261. Defensa actual de la — 259-260.
- QUIETISMO** 201.
- Quinto mandamiento.* Observancia del —, en la guerra 212 b.
- RM. NAVIDEÑO.** El — a los pueblos del mundo entero (24 XII 43) 153-171.
- RECONCILIACIÓN.** La —, en la infidelidad 323 c.
- REDENTOR DEL MUNDO.** Invocación al — 363-364.
- REFORMA ECLESIAÍSTICA.** Explicación de la verdadera — 386 c. Cf. Teresa de Jesús.
- REFORMA PROTESTANTE.** La —, vanguardia de los errores modernos 377 c.
- REFORMAS SOCIALES.** Urgencia de las — 360 b. Las previsoras — 88.
- RELACIONES.** Peligro de ciertas — (esp.) 154-155.
- RELACIONES PROFESIONALES.** Apostolado en las — 221 a.
- RELIGIÓN.** Funesta separación entre la — y la vida pública 11-12.
- RELIGIÓN CATÓLICA.** La — y la verdadera prosperidad 310 c-311 a.
- RESPECTO.** El — y estima del hombre a su mujer 36.
- RESPECTO HUMANO.** Funestas consecuencias del — 224-225.
- RESPONSABILIDAD.** La — *del hombre en la felicidad del hogar doméstico* 33-39. La actual — de la Nobleza 376. La — colectiva de todos (y aun la de algunos «cristianos») en ciertos errores 361-362. La — solidaria ante el empobrecimiento general 167-168. Cf. Incredulidad.
- RESTAURACIÓN.** Influencia de los cat. en la — de Italia y del mundo 218-219.
- RESTAURAR.** Urgencia de — todo en Cristo. 216-217.
- RETIRO ESPIRITUAL.** La gracia del — 140-141.
- REVELACIÓN.** La —, confidencia de D. 54-59. Cf. Destino, Dios.
- REVOLUCIÓN.** No es — social, sino una evolución, lo que se necesita 90-92.
- REVOLUCIÓN FRANCESA.** Responsabilidad de la — 377 c. Peculiaridades de su preparación 193-194.
- [RICCI] Nacimiento del padre — [S. I.], y su infl. en China 418 a.
- RIGORISMO.** 202 a.
- ROMA.** El «polvo» de — 105 c. Caracteres de — 209 b. Misión de — 194 a. — y la santif. de las fiestas 209. — y S. Pedro 110:

## ÍNDICE ANALÍTICO

- misión de la nueva — 110. — y la oración 5-7. Lo que el P. hizo por — 303-304; daños a — 304 c. Cf. Ciudad Et., Ciudad Vat., Civilización europea, Papa.
- ROMANOS. Los antiguos — 105-106. Exhort. del P. a los — 306 b.
- ROMANO PONTÍFICE. Autoridad del — en el matrimonio 234 a.
- ROTA ROMANA. *La inauguración del año jurídico de la S.* — (1 X 42): *Principios y normas sobre la certeza moral de los juicios* 231-239. Dignidad y autoridad de la — 233 b-c.
- RUBRUCK. Guillermo de — en China 417 b.
- RUMANOS. *A escritores y periodistas* — (27 X 42) 263-266.
- SACERDOTE. Dign. del — 437 c-438. Oración y misión del — 141-142.
- SACERDOTES. Formación y virtudes de los — 431. Ejemplo de los — 17 a. Obligación de los — en la orac. 441 a-b.
- SACRAMENTO. El — del matrimonio 53-56.
- SACRAMENTOS. Frecuencia 16.
- SACRIFICIO. Necesidad 48-49. El — de los primeros crist. 79 b, 81-83.
- SACRIFICIOS. Los — y el amor de la esp. 37.
- SACRILEGIO. Cf. Lisboa.
- SACRO COLEGIO. *Al — en el día onomástico de S. S.* (2 VI 42) 113-120. *Alocución en la vigilia de Navidad al —* (24 XII 42) 333-339. *Al — en la fiesta onomástica de S. S.* (2 VI 43) 73-83. Homenaje al P. 115-116.
- SALONES. Los «—» en Francia 377-378.
- SALVADOR. Jesús — en la Cena y la Eucaristía 302, 304. — de la paz 302-303. — de la Patria (de El Salvador) 303. Cf. El Salvador.
- SANTA SEDE. Actuación pacificadora 95. La — e Italia 423 b. Cf. Clero indígena.
- SANTÍSIMO SACRAMENTO. Cf. Brasil.
- SECRETOS. Los — del Padre (Dios) y la revelación 51-62.
- SEGLARES. Cf. Apostolado seglar.
- SEMINARIO MAYOR. Neces. de un — en Bolivia 349 a-b.
- SEMINARIOS. El probl. de los — en Bolivia 438 c. Los — en Esp., y el Conc. de Trento 430 a. Cf. Autoridades civiles.
- SENTENCIA. La — en las causas matr. 234 b-c.
- Sentire cum Petro.* La Iglesia y su — 149 a.
- SEPARACIÓN OBLIGADA. La — de los esposos 325-326.
- SEPARACIONES. *Las — forzadas entre los esposos* (15 VII 42) 149-158, prueba y peligro 152. Cf. Defensa.
- Séptimo mandamiento.* Exacta observancia del — 212-213.
- SERVICIO DOMÉSTICO. Peculiaridad 187 c.
- Servus servorum Dei.* El Papa, — 162 c.
- «Sf». El — matrimonial 52, 53 c, 59 b, 60 a.
- SIENA. *Al arzobispo de —.* Cf. Bernardino de Siena.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- SIERVOS DE D. Todos los hombres, — 175-177.
- [SISTEMAS MODERNOS]. Los — contra la Iglesia 81 b-c; 82 a-b.
- SIMPATÍAS. Peligros de ciertas — 281-282.
- SOCIALISMO MARXISTA. La Iglesia y el — 353-354.
- SOCIEDAD. Autoridad moral 347 a. Orden juríd. y fines 349 b-c.  
Toda la estructura de la —, necesitada de reformas 88. Cf. Cruzada, Vida personal, Voluntad humana.
- SOCIEDAD HUMANA. Puntos fundamentales para el orden y la pacificación 354 ss. La —, necesitada de fuerzas religiosas y morales 207.
- STOTZINGEN. *Carta al Abad Gral. de la Orden Benedictina Rdm. P. Dom Fidel de — en el bimilenario de San Odón de Cluny* (18 XI 42) 465-469.
- SUFRIMIENTOS. Cf. Hora presente.
- TÉCNICA. El progreso de la — y el hogar 44-45.
- TEORÍAS SOCIALES. Las — contra D. y la persona humana 347-348.
- TERESA DE JESÚS (Sta.). — y la Reforma 384 a-b.
- TOMÁS DE AQUINO (Sto.). León XIII declaró a — Patrono cel. de las Escuelas cat. 445 b-c. Elogio de — y de su doct. 445-446.
- TORIBIO DE MOGROVEJO (Sto.) 430 b.
- TRABAJADORES. Cf. Belén, Papa.
- TRABAJADORES DE ITALIA. *A la imponente representación de los —* (13 VI 43) 85-98.
- TRABAJO. Dign. y prerrogativas del — 358-360. La ley del — y el hombre 87 b, 161 a: obligatorio, aun sin el pecado 33 a-b. Honor y neces. del — ajeno 162-a-b. El — y la oración 95-96. El antiguo — a domicilio 44 c-45.
- TRADICIÓN. Nat. de la — 184-185. — y progreso 185-186.
- TRAICIÓN. La — a la fidelidad (esposos) 322-324.
- TRANQUILIDAD. Armonía entre — y actividad 352-353. Cf. Convivencia.
- TRISTEZA DE LOS TIEMPOS. Ánimo ante la — 149-150.
- TRIUNFO. El — de Cristo, en todos los tiempos 166 a-b.
- TURÍN. Cf. Incursiones.
- UNIDAD. La — de los primeros cristianos 79 b, 84-85. La — de la Igl. y de los creyentes 84-85.
- UNIDAD DEL MATRIMONIO. La — 51.
- UNIDAD SOCIAL. Cf. Familia.
- UNIÓN INDISOLUBLE. *Los enemigos de la —* (17 VI 42) 127-135, (8 VII 42) 141-148, (15 VII 42) 149-158.
- UNIVERSO. El — y D. 413-414. La grandeza del — 401-402.
- UNIVERSO HUMANO. Consagr. del — al Cor. Inm. de M. 267-276.
- URANIO. La disgregación del átomo de — 408 a.
- VATICANO Cf. Cruz.
- VENEZUELA. *Al nuevo Ministro de —* (5 VII 42) 137-140.
- VICARIO DE CRISTO. La potestad del — en el matr. 58-54.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- VICTORIA. Seguridad de la —, y los primeros crist. 79-81.
- VIDA CONYUGAL. Respeto a la — 211 a-b.
- VIDA CRISTIANA. La — de la familia 222-223. La Sta. Misa, centro de la — 14-16.
- VIDA DE LAS ALMAS. Cristo y la —, peligros 177.
- VIDA ECONÓMICA. Fracaso de la confianza en la — 157-159.
- VIDA FAMILIAR. Las circunst. más difíciles en la — 45-46. *Colaboración de los esposos en la —* (18 III 42) 3-11. Cf. Esposos.
- VIDA FEMENINA. Cf. Mujer.
- VIDA HUMANA. Sólo D. dispone de la — 78-79. Respeto a la — 205-206.
- VIDA INDIVIDUAL Y SOCIAL. D., causa prim. y últ. fundamento de la — 346-347.
- VIDA MODERNA. Tendencias de la — 106-107. Nuevas modalidades de la — 107-108. La mujer en la — 106-109.
- VIDA PERSONAL. Influencia de la — en la sociedad 218-219.
- VIDA PRIVADA. Cf. Eucaristía.
- VIDA PROFESIONAL. Ejemplo y apostolado en la — 223-224, 223 a.
- VIDA PÚBLICA. La — y la religión 11-12. Cf. Orden cristiano, Orden social, Eucaristía.
- VIDA SACERDOTAL Y RELIGIOSA. Vocación a la — 18-19.
- VIDA SOCIAL. Diferencias en la — 347-348.
- VIDA VEGETATIVA Y SENSITIVA. Leyes de la — 408-409.
- VÍNCULO CONYUGAL. Unidad del — 51-52 ss. Indisolub. del — 52.
- VIRCHOW. Teoría de — sobre las leyes naturales 404 c.
- VIRGEN. Gratitud a la — 270-272. Confianza 272-273. Súplica 273-274. Interces. de la — por la paz 293 c, 294 c-295 a. *Oración de Su Santidad, para la consagr. de la Iglesia Católica y del género humano al Corazón Inm. de María* (31 X 42) 471-474.
- VIRGINIDAD CRIST. La — y el apostolado 39-40.
- VIRTUD. ¿Qué es la —? (7 I 43) 19-26. Verdadero concepto 21-22.
- VIRTUDES. Inmutabilidad de las — 106 b-c. Las tres — que han triunfado 96-98. Las — infusas, regalo de D. 23-24. *Las — del Hogar doméstico* (7 IV 43). 19-26, (14 IV 43) 27-33, (5 V 43) 51-61, (12 V 43) 63-71. ¿Cómo se cultivan las —? 29-33.
- VOCACIÓN. Nat. de la — 20 b. Desarrollo 20-21. Los padres y la — de sus hijos 19. Cf. Familias cristianas, Llamada, Padres, Parte, Seminarios, Vida sacerdotal,
- VOCACIONES. Resurgir y aumento de — en España 430 c; la obra de las — ecles. de Esp. y los Seminarios 432 b-c. Las — en las fam. crist. 204 c-205, 223 b.
- VOLUNTAD HUMANA. La — no puede violar las leyes de la sociedad 349-350.



## MYSTICI CORPORIS CHRISTI

Encíclica «—» (29 junio 1943) 219-264.

- ACCIÓN CATÓLICA. Los docs. sobre la — y la doctr. del Cpo. Místico 224 a. Colaboración y celo de la — 258 c.
- AGOTADOS. Los — por el dolor y los angustiados 259 b.
- AGUSTÍN (San). Los pecadores 229 c; carismas del Paráclito 231 c; Cristo y la Igl. 240 b, 242 c, 246 b-c.
- [AJENOS A LA IGLESIA]. Oración por los — 259 b-c.
- AMBROSIO (San). La Igl. y el costado de Cristo 230 c.
- AMOR. Cómo debe ser el — a la Iglesia 255-263.
- AMOR AL PRÓJIMO. El —, inseparable del amor a D. y a C. 248-249.
- ÁNGELES. Naturaleza de los — 237 a.
- ANGÉLICO Y COMÚN DOCTOR. Doctrina del — 238.
- APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. Recomendación del — 262 c.
- BAUTISMO. El — y el C. M. 227 c.
- BELARMINO (San Roberto). Cristo y la Igl. 240 a.
- BELLEZA. La — de la Iglesia 245-246.
- BONIFACIO VIII. Unidad de Cristo y su Vicario 235 a.
- BUENAS OBRAS. Las — 262 a.
- CARIDAD. Los que practican la — en el mundo 227 b. Necesidad de la — en los tiempos presentes 258 a. La — y el C. M. 248 b-c.
- Carismáticos*. La Iglesia no consta sólo de — 227 a.
- [CATECÚMENOS]. Oración por los — 259 b.
- CATÓLICOS. Los — y el Papa 228 a.
- CISMÁTICOS. Los — 259 c.
- CLEMENTE ALEJANDRINO (San). Cristo y las almas 242 c.
- COLABORACIÓN. En el C. M. todos están obligados a la — 258 b.
- COMUNIÓN. Frecuencia de la — 252 a.
- COMUNIÓN DE LOS SANTOS. La — 254 b.
- CONFESIÓN SACRAMENTAL. Errores sobre la — 253-254.
- CONFIRMACIÓN. La — en el C. M. 228 a.
- CONSEJOS EVANGÉLICOS. La vida según los — 227 b.
- CONTRAHECHOS. Los — 257 a.
- COOPERACIÓN. La — de los hombres a la gracia 253 a-b.
- CORAZÓN DE JESÚS. Culto más solemne al — 224 a.
- CRISTIANOS. Los —, semejantes al Señor 237 c.
- CRISTO. La Igl. y — 256-257. Amor de — a la Igl. 240, 257-258. — y los ángeles 287 a-b. — y los hombres 287 b. También — necesita del C. M. 236 b-c. Los sufrimientos de — y los de la Igl. 221-222. La oración debe ser hecha a — 254 c-255 a.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CRISTO** es la «Cabeza» de su Cuerpo (la Igl.) 222, por excelencia 238, por gobierno 233-236, por mutua relación 236-237, por semejanza 237-238, por plenitud 238 y por influjo 238-239.
- CRISTO** es el «Sustentador» del Cuerpo (Igl.) 240, por su misión jurídica 240, por el Espíritu de C. 240-241, porque es su alma 241-242.
- CRISTO** es el «Salvador» del Cuerpo (Igl.) 242.
- CRUZ.** Lo que el Salvador nos ganó en la — 230-231.
- CUERPO.** La Igl. es un — 226 ss.
- CUERPO MÍSTICO.** Utilidad de la doctrina del — en estos tiempos 222-223. — y cuerpo físico 243. — y cuerpo puramente moral 243-244. La doctrina del —, recibida del Redentor 221 b, muy importante para los fieles 222 b-c, 223 a-b, y aun para los no católicos 222-223. Razones de la Encíclica 223-224, 224-225. El —, nacido del Corazón abierto del Salvador 264 a. Miembros del — 259 a. Los miembros más elevados del — 256 c.
- DÉBILES.** Los — 256 c.
- DEBILIDAD HUMANA.** La —, extraña a la constitución de la Igl. 245 c.
- DEMENTES.** Los — 257 a.
- DIGNIDAD.** Excelente — del C. M. de J.C. 243 a. Falsas doctrinas modernas sobre la — humana 257 c-258.
- DIVINO.** Distinción entre lo — y lo humano en la unión mística 250 c.
- DONES.** Los — de C. ordinarios y extraordinarios, en el C. M. 239 c.
- EJERCICIOS DE PIEDAD.** Los — 256 a.
- ENFERMEDADES HEREDITARIAS.** Afectados por — 257 a.
- ENFERMOS.** Los — 256 c, 262 b.
- ERROR PELIGROSO.** — el de los que no se adhieren al R. Pont. 235 b.
- ERRORES** (racionalismo, naturalismo vulgar, falso misticismo) opuestos a la verdadera doct. del C. M. de C. 224 a-b.
- ESPERANZA.** La — cristiana y la unión del C. M. 248 a-b.
- ESPÍRITU DE CRISTO.** El — y el de la Igl. 249-250.
- ESPÍRITU SANTO.** La inhabitación del — en las almas 250-251. El — y la Igl. 231-232. La obra del — en la Igl. y las almas 241-242. El —, alma de la Igl. 242 a.
- ESPOSOS.** Los — en el C. M. 227 b.
- ESTUDIOS LITÚRGICOS.** Restauración de los — 223 c.
- ETERNO PADRE.** Las oraciones al — en el Sacrificio Eucarístico 225 a.
- EUCARISTÍA.** La —, signo de unidad 251-252. La — en el C. M. 228 a. Frecuencia de la — 223 c.
- EXHORTACIÓN PASTORAL.** La — del Papa en la enc. M. C. 252-263.
- [EXTREMA-UNCIÓN].** La — en el C. M. 228 a-b.
- FE.** La — y la libertad 260 b-c. La — y la unión del C. M. 247 c-248 a.
- FIELES.** La unión de los — con C. 246, por vínculos jur. y soc. 246-

- 247; por las virtudes teol. 247-248; por el amor al prójimo 248-249. Cristo, Salvador de todos, mayormente de los — 242 b.
- GLORIA. La — sólo es dada por Cristo 289 b-c.
- GOBERNANTES. Necesidad de orar por los — 261 a-b.
- GOBIERNO. El — de C. en la Igl. es arcano y extraordinario 284 a-b, pero visible y ordinario por el R. P. y los Obpos. 284-285.
- GRACIA. La — sólo procede de Cristo 239 b, 240-241.
- GRACIAS. Tesoro infinito de — 262 a.
- GREGORIO NISENO (San). Cristo y la Iglesia 240 b.
- GUERRA. Universalidad de la — 262 c.
- [HEREJES Y CISMÁTICOS]. Oración por los — 259 b-c.
- HERIDOS. Los — 256 c.
- HUÉRFANOS. 262 b.
- IGLESIA. La —, «plenitudo» de C. 249-250. La —, soc. perf. 244, superior a las demás soc. hum., por el Espíritu de C. 244 a-b. La —, piadosa Madre 245 c, 254 b, 256 a. La — es un «cuerpo» único, indiviso, visible 226; compuesto «orgánicamente» y «jerárquicamente» 226-227; con medios vitales de santificación (Sacramentos) 227-228; formado por miembros determinados 228-229, sin excluir los pecadores 229. La — es el Cuerpo «de Cristo» su Fundador por el Evangelio, la Cruz y la Pentecostés 230-232. El cuerpo de la —, semejante a C. 237 c-238 a. La —, sustentada por C. 240, casi como una segunda persona de C. 240, que reproduce su imagen mientras Él obra por ella 240. La —, iluminada y santificada por C. 238-239. La — es el Cuerpo de C. «Místico» 243-246. La — es el Cuerpo místico de C. 225-246. El amor a la — 255 debe ser sólido 255-256, viendo a Cristo en la — 256-257; imitando su amor 257 con largueza 257-258, con labores 258, con oración incesante por los miembros actuales 259, por los que aun no lo son 259-261, por los gobernantes 261; cumpliendo lo que falta a la pasión de Cristo 261-263. La — y Cristo en los sufrimientos y persecución 221-222. La — en la Eucaristía 251 c. La — y la Sma. Virgen María 263-264.
- Iglesia jurídica.* La — y la *Igl. de la Caridad* 244-246.
- [IGLESIA PRIMITIVA]. Dios proveyó a la — de todos los recursos necesarios 228 c.
- INFELICES DESVENTURADOS. Multitud de — 262 b-c. Finalidad de su dolor 262 b-c.
- INTERCESIÓN. La — de Cristo sigue en la patria bienaventurada 242 c.
- LEÓN MAGNO (San). Dignidad del cristiano 246 a.
- LEÓN XIII. La Iglesia 226 b, 230 a, 234 c, 240-241, 241-242, 244 a-b, 244-245; la unión con C. y la visión beatífica 251 b; libertad de la fe 260 c.
- LEY ANTIGUA. La — y la Ley de Cristo 230-231.
- MADRES DE FAMILIA. 258 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- MATRIMONIO.** El — en el Cuerpo Místico 228 b.
- MATRIMONIO ESPIRITUAL.** El — entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana 263 c.
- MÁXIMO DE TURÍN (San).** Cristo y el hombre 249 b.
- MIEMBROS.** Los — distintos de la verdadera Igl. 227 a-b. Los — separados totalmente del C. M. no gozan de la gracia santificante 241-242. Los — verdaderos de la Igl.: condición para serlo 228-229.
- MIEMBROS DÉBILES.** Los — en el Cuerpo Místico 256-257.
- MISTICISMO.** Falso — 224 b, 252-253.
- MUERTE DE CRISTO.** La — y la Ley Antigua 230-231.
- MUTILADOS.** 262 c.
- NATURALEZA HUMANA.** La — (elevada) superior a la angélica 237 a-b.
- NATURALISMO VULGAR.** 224 b.
- Neumático.** La Igl. no es sólo un ser — 226 b.
- NIÑOS.** 256 c.
- NO CATÓLICOS.** Importancia de la doctr. del C. M. aun para los — 222-223.
- OBISPOS.** Los — son verdaderos Pastores, en nombre de C. 235 b-c. Los — no son independientes del R. Pont. 235 c. Orar por los — 259 a.
- OCULTO MISTERIO.** La unión mística es un — 250 c.
- ORACIÓN.** Cómo debe ser la — en el C. M. 259-261. Errores sobre la — 254-255. La — común y pública 254 b.
- ORDEN.** El — sagrado en el Cuerpo Místico 228 b.
- ORGÁNICA.** Estructura — de la Iglesia 227 a.
- ORIENTE.** 228.
- PADRES DE LA IGLESIA.** Los — 227.
- PADRES y madres de familia.** Obligación de los — 258 c. Los — en el C. M. 227 b.
- PADRINOS y MADRINAS** en el Cuerpo Místico 227 b.
- PAPA [Pío XII: E. Pacelli].** Gratitud del — por la erección del templo dedicado a S. Eugenio 223 b-c. Consuelo del — en el XXV aniversario de su consagr. episc. 223 a. Preocupación del — por los que no pertenecen a la Igl. 259-260.
- PASIÓN DE CRISTO.** Cumplir lo que falta a la — 261 c-262 a.
- PAZ.** Naturaleza de la — 261 a.
- PECADO.** El — no aparta de la Iglesia 229 b.
- PECADORES.** Todos los — son miembros del C. M. 229. Doctrina de S. Agustín sobre los — 229 c.
- PENITENCIA.** La — en el Cuerpo Místico 228 a.
- PENTECOSTÉS.** Promulgación de la Iglesia en el día de — 232 c; 264 a.
- PERSECUCIÓN.** La — contra los Obispos, contra sus ovejas, colaboradores y personas religiosas 236 a.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- Pfo IX. La salvación eterna según — 260 a.
- Pfo XI. La Iglesia 243 c.
- PLENITUD. La — de Cristo y del Cuerpo Místico 238 a-b.
- POBRES. 256 c, 262 b.
- PURGATORIO. 259 b.
- QUIETISMO. Falso — 253 a-b.
- RACIONALISMO. 224 b.
- RELACIONES JURÍDICAS. Las — no bastan para explicar la superioridad de la Igl. 244 a-b.
- RELIGIOSAS. 259 a.
- RELIGIOSOS. Oración por los — 259 a-b.
- RITOS LITÚRGICOS. 256 a.
- ROMANO PONTÍFICE. Cristo ejerce por el — el gobierno de la Iglesia 234-235.
- SACERDOTES. Los — 259 a. Oración por los — 259 b.
- SACRAMENTALES. 256 a.
- SACRAMENTOS. Los — en el Cuerpo Místico 227-228, 256 a.
- SACRIFICIO EUCARÍSTICO. 262 a.
- SALVACIÓN. La — de muchos, y el Cuerpo Místico 237 a.
- SANTOS PADRES. Cómo según los — ilumina C. a toda la Iglesia 238-239. Los — 233.
- SEGLARES [Acción Católica]. Los — en el Cuerpo Místico 227 b.
- SOLEMNIDADES. 256 a.
- TOMÁS DE AQUINO (Santo). Las dos Leyes 231 a-b; la Cruz 231 b; la Iglesia y el Espíritu Divino 244 a.
- TRADICIÓN. La — continúa en la doctrina del C. M. 221 b, 243 a.
- UNIÓN. La — del C. M. con Cristo: cómo debe ser según la Escritura, los PP. y la tradición 245 b-c.; razones y esencia de la — 247 a-b. La — de los fieles con Cristo 246-252.
- UNIÓN HIPOSTÁTICA. La —, exponente del amor de Cristo 249 b.
- UNIÓN MÍSTICA. Verdadera naturaleza de la — 250 c. En la — todo es común a la Santísima Trinidad 250 c-251.
- VATICANO. Doctrina del Conc. — sobre la razón y la fe 224 b-c, 251 a. La Iglesia 225 c-226 a, 245 a-b, 246 a. La salvación eterna 260 a. Libertad plena de la fe 260 c.
- VERDADERA IGLESIA. Definición de la — 225-226.
- VIDA. No se puede privar del derecho a la — 257 a.
- VIDA ASCÉTICA. Errores 252: falso *misticismo* 252-253; falso *quietismo* 253; sobre la confesión sacramental y la oración 253-255.
- VIRGEN MARÍA. La — y la Igl. 263-264. La — 233, Madre corporal de Cristo 263 c, Madre espiritual de todos los miembros del C. M. 264 a, Reina de los Mártires 264 a.
- VISIÓN BEATÍFICA. La — y la unión mística 251 a-b.
- VIRTUDES TEOLÓGICAS. Las — y la unión del C. M. 247-248.
- VIUDAS. 262 b.

## DIVINO AFFLANTE SPIRITU

Encíclica «—» (30 septbre. 1943) 265-289

- AGUSTÍN (San). Crítica textual 275 c; dificultades en el texto 284 c.
- AFLIGIDOS. La Sagrada Escritura y los — 287 c.
- AMOR. El — a la profesión (exegetas) 285 c.
- ANTIGÜEDADES BÍBLICAS. Estudio para la exégesis 283 b-c.
- ANTIGÜEDADES ORIENTALES. 281 ss.
- ANTIGUOS PUEBLOS. Historia de las costumbres y de las religiones 274.
- APROXIMACIONES. Las — y la hipérbole de los escritores sagrados 282 a-b.
- ARQUEOLOGÍA. 281 c, 283 c, 284 a-b.
- ASOCIACIONES PIADOSAS. Las — para el uso de los libros sagrados 286 b-c.
- ASUNTOS BÍBLICOS. Disertaciones y lecciones sobre — 286 c.
- ATANASIO (San). Conocimiento del hagiógrafo 281 b.
- AUTENTICIDAD. La — crítica y la — jurídica 277 a-b.
- BENEDICTINOS. La revisión de la Vulgata, encargada a los monjes — 271-272.
- BENEDICTO XV. Mandatos y exhortaciones de — sobre la S. Escr. 272 b-c.
- Carta Magna.* La enc. *Providentissimus Deus*, — de los estudios bíblicos 268 b.
- CATÓLICOS SEGLARES. Los — y el estudio de las S. Escrituras 288 b.
- CÓDICES. Los — vetustos 274 b.
- COMENTARIOS. Los — bíblicos 278 a.
- COMISIÓN BÍBLICA. La — instituida por León XIII 270 b, confirmada por sus sucesores 270 b-c.
- COMPAÑÍA DE JESÚS. El Instituto Bíblico confiado por Pío X a la — 271 a.
- Condescensión.* La — de Dios en los sagrados libros 282 b-c.
- CONOCIMIENTO HUMANO. Dignidad y excelencia de todo — 283 b.
- CRISÓSTOMO (San Juan). La «condescensión» de Dios 282 b.
- CRÍTICA TEXTUAL. Importancia de la — 275-276.
- CRÍTICOS ACATÓLICOS. 283 c.
- CUESTIONES. Nuevas — 284 a-b. — difíciles 284-285.
- DIFICULTADES BÍBLICAS. 283-285. Solucionadas 283-284; no resueltas 285 b; insolubles (?) 285 c.
- DOCTORES DE LA IGLESIA. Estudio de los — en materia bíblica 279-280.
- DOCTRINA DE CRISTO. Estudio de la — 279 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ERROR.** Absoluta inmunidad de — en las S. Escrituras 285 a.
- ERRORES.** Los — sobre la inspiración, aun entre católicos 268 a-b.
- ESCRITORES.** Los — antiguos 283 b. Los — modernos poco conocedores de la buena exégesis y de la interpretación tradicional 279 c.
- ESCUELA BÍBLICA.** La — de Jerusalén, alabada y aprobada por León XIII 270 a.
- EXCELENCIA.** La — del cargo de estudiar y enseñar las S. Escrituras 288-289.
- ESTUDIOS BÍBLICOS.** Estado actual 273-274.
- ETNOLOGÍA.** 281 c.
- EXCAVACIONES DE MONUMENTOS EN ORIENTE.** 269 c.
- EXÉGESIS BÍBLICA.** Estado actual 280, 278 a. Dos mil años de — católica 285 c. Doctrina católica 283 c, 285 c. Historia de la — 285 c.
- EXEGETA CATÓLICO.** Deberes y cautelas 277 c, 278 c, 279 a, 279 c. Labor intensa que al — le resta 280 c, 281 c, 282 c. Obligación del — en las cuestiones difíciles 285 a-b.
- EXHORTACIÓN.** La — del Papa a cuantos cultivan estudios bíblicos 288-289.
- EXPOSICIÓN EXEGETICA.** Cómo debe ser la — 287 b-c.
- FAMILIAS.** Las — y la Sagr. Escr. 285 c, 286 c.
- FIDELIDAD HISTÓRICA.** La verdad y la — en las S. Escrituras 282-283.
- FIELES.** Los — y las S. Escrituras 286 c.
- FILOLOGÍA.** La — en el estudio de las S. Escrituras 275 b, 284 a-b.
- GÉNERO LITERARIO.** Estudio y consideración del — en los libros sagrados 281-282.
- GÉNESIS.** Dificultad de los primeros capítulos del — 280 b-c.
- GUERRA.** El tiempo de — y las Sagradas Letras 287 c, 288 a-b.
- HAGÍOGRAFO.** Cuidadoso estudio del — y de su tiempo 280-281: fuentes 281 c, tiempo 281 b, vocabulario 281 b.
- HIJOS DE DIOS.** Verdadera libertad de los — 285 b-c.
- HIPÉRBOLE.** 282 a.
- HISTORIA.** 284 a-b, — general 281-282, — antigua 283 a.
- IDIOTISMOS.** 282 a.
- IGLESIA.** Sumisión devota y adhesión a la — 285.
- INERRANCIA BÍBLICA.** Según León XIII 268-269 y Benedicto XV 269 b.
- INSPIRACIÓN.** La — según la doctrina católica 280-281. Esencia de la — 267 b. Doctrina de la Iglesia sobre la — 267 c-268 a.
- INTÉRPRETES.** Los — católicos, en los estudios bíblicos 279-280. Interpretación internacional 279-280. Doctrina de la Igl. para los — 279 c. Los Santos Padres 279 c. Los — de los siglos xv y xvi 275 b. La santidad de vida y los — 279 c.
- INVESTIGACIONES.** Las modernas — 281 b.
- ISRAEL.** Pueblo de — 282 a.
- LENGUAS.** Orientales 275 a-b, bíblicas 283 c, hebreo 275 a y 276 c,

## ÍNDICE ANALÍTICO

- semíticas 282 a, griego 275, 276, originales 286 c. Otras lenguas orientales 288 c. Estudio de las — 274-275.
- LIBERTAD. La —, permitida y recomendada al exegeta católico 285 b-c.
- LIBROS SAGRADOS. Interpretación de los — 277-280.
- LITERATURAS. Las antiguas — 283 a-b. Las — orientales 281-282.
- LEÓN XIII. Su preocupación por los est. bíblicos 268-270.
- LIBROS SAGRADOS. Clasificación 285 b.
- MEDIOS AUXILIARES. Para estudiar el género literario en los libros sagrados 281-282.
- MINISTERIO SAGRADO. Utilización de la S. Escritura en el — 285-286.
- NACIONES ORIENTALES. Las — 282 a.
- NUEVO TESTAMENTO. Meditación 288.
- ORIENTALES. Naciones y pueblos 282.
- PADRES. Los Santos — y la exégesis 280 b.
- PALABRA DIVINA. Eficacia de la — en todo tiempo 287 c, 283.
- PALABRA HUMANA. La — 283 c.
- PAPA [Pío XII]. Solicitud del — por los estudios sagrados 268 b. El — hace suya toda la doctrina de León XIII 269 c.
- PARADOJAS. 282 b.
- Pío X. Revisión de la Vulgata 271 c. Institución de grados académicos 270-271. Legislación sobre estudios 271 a. Fundación del Inst. Bíblico 271 a-b. Aprobación de la Sociedad de San Jerónimo 272 a-b.
- Pío XI. Grados obligatorios en Sag. Escr. 271 b; exhortación a Generales y Obispos 271 b-c. Funda el monasterio de San Jerónimo 271-272.
- PREDICADORES (Orden de). La — funda la Escuela bíbl. de Jerusalén 270 a.
- PRELADOS. Obligaciones de los — cuanto a la S. Escritura 286 b-c, 287 a.
- PROBLEMAS. Los nuevos — de la exégesis 280 c.
- PROBLEMAS BÍBLICOS. Los — entre los Padres 280 b-c. Los — en la actualidad 280-283.
- PROFESORES DE SAGRADA ESCRITURA. Sus obligaciones 287 a-b.
- PROGRAMA DE ESTUDIOS BÍBLICOS. El — de León XIII continúa en vigor 273 b.
- Providentissimus Deus*. Ocasión de la enc. — 268 a-b. Cincuentenario 268 b.
- RENACIMIENTO. El —, las lenguas y la Sagrada Escritura 275 a.
- SACERDOTES. Graves deberes de los — cuanto a la S. Escritura 286.
- SAGRADA ESCRITURA. Estudio de la — 273-288. Uso de la — 285-288. La —, camino de justicia para todos 287 c.
- SALMOS. Dificultades del texto de los — para S. Jerónimo 280 b-c.
- SANTOS PADRES. El estudio de los — en materia bíblica 279-280.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- SEGLARES.** También los — deben contribuir a los estudios bíblicos 283 b.
- SEMINARIOS.** La enseñanza bíblica en los — 287.
- SENTIDO LITERAL.** El — : su recta investigación 277-278, 287 b.
- SENTIDO ESPIRITUAL.** El — : su recto uso 278-279. El — en los Evangelios 278 c. en los apóstoles 278 c, en la doctrina de la Igl. 278 c.
- SENTIDO FIGURADO.** El — 279 a.
- SENTIDO TEOLÓGICO.** El — en la enseñanza 287 b.
- SOCIEDAD DE SAN JERÓNIMO.** La — 272.
- SOLUCIONES POSIBLES.** Las — en algunos problemas bíblicos 285.
- SUMOS PONTÍFICES.** Frutos de la actividad de los — en torno a los libros sagrados 272-273.
- TEOLOGÍA.** Las Escuelas superiores de — 273 a. La — escolástica 275.
- TEXTOS ORIGINALES.** Uso de los — 273 b, 274-277, 275 b, 283.
- TEXTOS PRIMITIVOS.** Los — 277 b.
- TRADUCCIONES.** La Igl. y las — de la Biblia en lenguas modernas 276-277.
- TRENTO.** El Concilio de — y la inspiración 267 c. Cf. Vulgata.
- VATICANO.** El Conc. — y la inspiración 268 a.
- VERSIONES LATINAS.** Las — 277 a-b.
- VULGATA.** La — 275 a, 276 c, 277 a-b. Valor del decreto tridentino sobre la — 276-277.

## IV. - ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Agatodoro, s. 167.  
 Adan 97.  
 Agatónica, sta. 167.  
 Almagro, conq. 132.  
 Aloisi-Massella, Benito, arz., 197.  
 Angeles 158.  
 Archicofradía del Smo. Sacramento (Perú) 132.  
 Aristóteles 401, 404, 412.  
 Arquímedes 394.  
 Asamblea Gral. (XLVII) de Científicos y Médicos alemanes (1874) 404.  
 Ascalesi, Alejo, card.-arz. de Nápoles 482.  
 Baal 220.  
 Baldini, Faustino, ob. de Massa Marittima y Populonia 307 ss.  
 Balmes, Jaime 430.  
 Bárcenas y López-Mollinedo, Domingo de las —, emb. de España 327.  
 Barelli, Armida, pres. centr. de la J.F. A.C.I. 35.  
 Beatriz [Dante] 282.  
 Benedicto XV 73, 75, 76, 305, 418.  
 Bernardino de Siena, s. 307 ss.  
 Bernardo de Claraval, s. 116.  
 Bernon, ab. bened. 467.  
 Blandina 106, 168.  
 Boetto, Pedro, card.-arz. de Génova 479.  
 Bolivia, 65, 67; Episcopado, 435; Asambl. ep. 437; nuncio de —, 437; presidente de la República 68.  
 Brasil: Capitán Mayor (descubr. del —) 200; Congreg. Mar. 201; Congreso dioc. 200; Indios 200; Terc. Órdenes 301; Acción Cat. 200; Apost. de la Or. 201.  
 Card. Vicario 5, 193, 301, 303.  
 Casas Briceño, José M.<sup>a</sup>, min. de Venezuela 139 ss.  
 [Catón] 4.  
 Cento, Mons. Fernando, nuncio en Lima 129.  
 Cecilia 81.  
 Césares 47, 79, 81. 110.  
 Ciano di Cortellazzo, conde Galeazzo, emb. de Italia 421 ss.  
 Claret, bto. Antonio M.<sup>a</sup> 430.  
 Colonna, Marcantonio, ppe. as Sol. Pont. 181.  
 Comité Nac. Ital. del XXV aniv. de la Cons. ep. del Papa 105. ss.  
 Colli, Mons. Evasio, ob. de Parma, Dir. Gral. de la A.C.I. 35.  
 Confalonieri, Carlos, arz. de Aquila 307 ss.

- Congregaciones religiosas 39.  
 Consiliarios de la J.F. A.C.I. 35.  
 Constantino 78.  
 Clemente V 417.  
 Comillas 459 ss.  
 Comp. de Jesús 430, 459.  
 Copérnico 412.  
 Curia Romana 142, 143; Cardenales 137, 143; Arzobispos 137; Obispos 137; Prelados 137. Colegios internac. 304; Dicasterios 304; Institutos 304; Obras Pont. 304.  
 Chigi della Rovere, ppe. Francisco, cap. com. G.N.P. 365, 173, 175.  
 China, Corte Imp. 418; Del. Apostólica 418; Jefe del Gobierno 418.  
 Dezza, p. Pablo S. I. 313, 315.  
 Diocleciano 82.  
 El Salvador, pte. de la República 305.  
 Elías 220.  
 Episcopado, activo 149.  
 Esteban de Jerusalén, conv. de San — 270.  
 Eugenio I, s. 120; 107, 111, 223.  
 Eugenio III, 116.  
 España: cards., arz., obpos., seminarios y universidades: 427 ss.; obpos. 452, 462.  
 Sacerdotes héroes (1936-1939) 430.  
 Eunice 22.  
 Euno, s. 168.  
 Eva 34, 47, 110, 111.  
 Felicitas, sta. 106, 168.  
 Filemón 181.  
 Finlandia, Pte. de la Rep. 171 ss.; 101 ss.  
 Flocchi, p. Ambrosio S. I. 137, 142.  
 Flores, D. Jaime, rector Col. Esp. 115.  
 Fossatti, Mario, card.-arz. de Turín 480.  
 Francia, católica 386.  
 Francisco, familia de san — 309.  
 Francisco Javier, s. 417.  
 Francisca Romana, sta. 106.  
 [Franco] Generalísimo 331, 482.  
 Gabriel, arc. 257.  
 Gala, sta. 106.  
 Gales, arz. y obpos. del País de — 477 ss.  
 Galileo 412.  
 Gayo, presb. 88.  
 Gedeón 231.  
 Gemelli, p. Agustín, O.F.M., Pres. Acad. de C. 399.  
 Gillet, p. Martín E., mtro. gral. de los FF. Predicadores 443.  
 Grazioli, Mons. Julio, dec. de la Rota R. 231, 233.  
 Gregoriana, univ. pont. 313, 315.  
 Gregorio VII 386.  
 Gregorio XIII 71.  
 Gregorio XVI 418.  
 Gripenberg, sr. Jorge Acates, emb. de Finlandia 169.  
 Guillermo, duque de Aquitania 467.  
 Haití, pte. de la Rep. 209.  
 Harada, sr. Ken, emb. del Japón 69.  
 Herodes, los — modernos 117.  
 Hijas de la Caridad 109.  
 Hinsley, card.-arz. de Westminster 477.  
 Holma, Harry, min. plenip. de Finlandia 99.  
 Iglesia 21, 49.  
 Ignacio, s. 315.  
 Ildefonso, s. 119.  
 Inés, sta. 81, 106, 257, 260, 261.  
 Inglaterra: arz. y obpos. de — 477 ss.  
 Inocencio IV 417.  
 Isabel, sta. 258.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Israel: pueblo 54, 15; reino 97.  
 Italia: [V́ctor Manuel III] 424; [Mussolini] 424; pueblo italiano 424; poblaci3n italiana 147.  
 Jap3n, emperador del — 69, 71.  
 Jer3nimo, mon. de S. — en Roma 272.  
 Jesucristo, carpintero 97.  
 Jos3, s. 48; 158; —, trabajador 160.  
 Jos3 Oriol, s. 430; 119.  
 Juan de Avila, bto. 119.  
 Juli3n, s. 168.  
 Juliano el Ap. 83.  
 Kang-Sie, Cheou, min. plenip. de China, 415 ss.  
 Kepler 412.  
 Khanbalik, arz. de — 417.  
 La3nnec 187.  
 Lalage, dama rom. 164.  
 Lavitrano, Luis, card.-arz. de Palermo 483; 105.  
 Leandro, s. 119.  
 Led3chowski, p. Wladimiro, prep. gral. de la C. de J. 459.  
 Leme de Silveira Cintra, card. 197.  
 Le3n XIII 76, 124, 418, 451 461.  
 Lisboa, card. patriarca de — 276.  
 Loide, dama rom. 22.  
 Longjumeau, Andr3s, rel. dom. 417.  
 Lorenzo [Manzoni] 81.  
 Lucía [Manzoni] 40.  
 Luque, conq. 132.  
 Lyon, persec. de — 168.  
 Maglione, card. Luis, Secr. de Estado 453 ss.; 291 ss. 295 ss.  
 Magni, p. Alejo Ambrosio S. I., Vic. Gral. de la C. de J. 381.  
 Magnus Tavast, ob. finl. 171.  
 Magos 215; 151, 160, 166.  
 Manuel, Don — rey de Port. 200.  
 Manzoni 40.  
 Marconi, 29, 412.  
 Marchetti-Selvaggiani, card. vic. de Roma 301 ss.  
 María [hna. de Marta] 16.  
 Marta 16.  
 Maxwell 406.  
 Matemáticas, pte. del Congr. Int. de — 287.  
 Mendelejew 410.  
 Mercado, Sr. Bail3n, emb. de Bolivia 65.  
 Meyer, Lothar 410.  
 Miguel, rey de Rum. 266.  
 Mois3s 54, 383.  
 Monasterios 396.  
 Montecorvino, Juan de —. rel. franc. 417.  
 Nazaret, sta. Familia de — 33.  
 Ner3n 82.  
 Newton 412.  
 No3 8.  
 On3simo, escl. 181, 182.  
 Orden dominicana 447-448.  
 Oriente, patriarca de Extremo — 417.  
 Pablo, s.: 46, 81, 98, 115, 182.  
 Panighi, gr. of. Pedro 213.  
 Papilo, s. 167.  
 Pastores 158, 160.  
 Paulo V 71.  
 Pedro, s. 77, 81, 85, 98, 99, 116; 109, 110, 149.  
 Perpetua, sta. 81, 106, 168.  
 Pía Uni3n 259.  
 Piamonte, princesa del — 307 ss.  
 Pian di Carpino, Juan, rel. franc. 417.  
 Piazza, Card. Adeodato Juan, patr. de Venecia 213, 215.  
 Pignatelli di Belmonte, decano del Sac. Colegio 113, 115, 338, 385; 105, 143.  
 Pilatos, los — modernos 117.  
 Pío IX 804, 418.  
 Pío X 76, 84.

- Pío XI 25, 73, 76, 112, 210, 221, 223, 418.  
 Pío Lat. Americano, Col. — 439.  
 Pizarro, desc. 132.  
 Plecusa, escl. 164.  
 Póntico, s. 168.  
 Pont. Inst. Bíblico 273.  
 Porres, bto. Martín de — 132.  
 Portugal 267 ss.; Juv. Cat. 273;  
     Eucaristía 272; Episcopado,  
     obpos. 276, 277; pte. Rep.  
     276; jefe Gob. 276; Estado  
     port. 270.  
 Predicadores, Orden de los Frai-  
     les — 430.  
 Psecas, escl. 164.  
 Rafael (pintor) 30, 289.  
 Revolución francesa 386.  
 Ribera, bto. Juan de — 430.  
 [Ricci, P., S. I.] 417-418.  
 Roma: pagana, 87; 39; familias  
     pág. 87; civil. crist. 13; pue-  
     blo 147; romanos, dioc. del P.  
     146; Clero 194, 216; Cuares-  
     meros 191 ss.; Párrocos 191 ss.  
 Rosa de Sta. María 132.  
 Rubruk, Guillermo de —, hno.  
     franc. 417.  
 Rumania, Reina-Madre de — 266.  
 Sacerdotes Operarios dioces. del  
     Cor. de J. 118.  
 Sacro Colegio 113.  
 Schuster, Alfr. Alfonso, card.-  
     arz. de Milán 481.  
 Seminarios 39.  
 Seminarios y Universidades de  
     estudios, S. C. de — 438.  
 Sixto, s. 81.  
 Sócrates 401.  
 Solano, s. Francisco 132.  
 Stotzingen, D. Fidel de —, ab.  
     gral. de la O. Bened. 465.  
 Sucre, arz. de — 435.  
 Taigi, bta. Ana M.<sup>a</sup> 11, 106.  
 Taigi, Domingo 11.  
 Thébaud, Sr. León R., emb.  
     extr. de Haití 207.  
 Timoteo 22.  
 Tobías, 15, 30.  
 Toccabelli, mons. Mario, arz. de  
     Siena 307 ss.  
 Toribio de Mogrovejo, sto. 430;  
     132, 134.  
 Torres, Ant., rector del P. Col.  
     Esp., 449.  
 Trento, Conc. de — 386.  
 Turena, Sr. de — 186.  
 Universidad Gregoriana, Pont.  
     — 118.  
 Vaz de Caminha, Pedro 200.  
 Venezuela, pte. de la Rep. de —  
     139 ss.  
 Venturini, p. Galileo S. I. 381.  
 Vicente de Lerín 80.  
 Vicente de Paúl, s. 109.  
 Vigilancia, presb. 88.  
 Virchow 404.  
 Virgen María: 34, 47, 48, 158;  
     Inmaculada 111, 257, 258,  
     265; Virgen de Copacabana 67;  
     Ntra. Sra. de Fátima 274.  
     Ntra. Sra. de la Paz, 67, 305.  
     Virgen del Rosario 305. Virgen  
     Madre 151; Santísima Virgen  
     293 ss.; Corazón Inm. de Ma-  
     ría 244, 249. Virgen de la  
     Puerta y Ntra. Sra. del So-  
     corro (Perú) 134.  
 Vicario de Cristo 16, 21, 53.  
 Volta 412.  
 Zebedeo 16.  
 Zeij, p. Santiago S. I., Dir.  
     Gral. Ap. Or. 381.

## APÉNDICE

Academia de Ciencias, Agustín (MC) (DA), Alberto M., Ambrosio (MC), Atanasio (DA), Balmes, Belarmino (MC), Benedictinos (DA), Benedicto XV, Benedicto XV (DA), Bernardino de Siena, Bonifacio VIII (MC), Católicos segl. (DA), Centurión, Claret (Ant. M.), Clemente Alej. (MC), Clemente V, Colegio Esp., Comisión bíbl. (DA), Comité Nac. Ital., Comp. de Jesús, Comp. de Jesús (DA), Corazón de Jesús, Corazón de Jesús (MC), Cor. Inm. de M., Crisóstomo (DA), Cristo..., Cristo (MC), Críticos acat. (DA), Cuaresmeros, Dios..., Doct. de la Igl. (DA), Du Bois-Reymond, Escritores (DA), Escuela Bíbl. (DA), Esc. Vat., España, Espíritu Sto., Eugenio I, Excavaciones (DA), Fátima, Finlandia, Francia cat., Fco. Javier, [Franco], Gregorio VII, Gregorio XV, Gregorio Niseno (MC), Guardia Noble, Haití, Hijas de M., Hombres de A. C., Iglesia..., Iglesia (MC) (DA), Ignacio, Inmaculada, Inocencio IV, Israel (DA), Italia, Japón, Jesucristo, José Oriol, Juan de Ribera, Juv. Fem. de A. C., Ledóchowski, León XIII (MC) (DA), León M. (MC), Longjumeau, Maglione, Marchetti-Selvaggiani, Matronas rom., Maxwell, Meyer, Moisés, Montecassino, Odón, Orden dom., Orden dom. (DA), Pacelli, Padre, primer Papa, Papa [Pío XII] (DA), Párrocos, Patriciado, Perú, Pía Unión, Pian di Carpino, Pío IX (MC), Pío X (DA), Pío XI (MC) (DA) Pío lat. amer., Planck, Poincaré, [Polonia], Portugal, Predicadores (DA), Prelados (DA), Princesa del Piamonte, Profesores de Sagr. Escr. (DA), Progreso de las Ciencias, Proletariado, Providencia, Pueblo ital., Pueblos, Redentor del m., Revol. fr., [Ricci], Romano Pontífice, Romano Pontífice (MC), Romanos, Rota Rom., Rumbach, Rumanos, Sacro Col., Salvador, Sta. Sede, Santos Padres (MC) (DA), Seglares (DA), Seminarios (DA), Servus s. D., Sociedad de S. Jer. (DA), Socialismo marx., Sociedad hum., Stotzingen, Sumos Pontífices (MC) (DA), Teresa de Jesús, Tomás de Aquino, Tomás de Aq. (MC), Toribio de Mogr., Trabajadores de Italia, Venezuela, Virchow, Virgen..., Virgen María (MC).

## V. - ÍNDICE TOPONÍMICO

- Alejandría 168.  
 Alemania 87.  
 Alpes 109.  
 Amazonas 199.  
 América 205; 135.  
 Arequipa 132.  
 Aquila 307.  
 Arca de la alianza 15.  
 Atenas 310; 209.  
 Atlántico 199.  
 Balme, monast. 467.  
 Beién 335, 343, 356, 364; 150,  
     151, 155, 156, 158, 165, 169.  
 Betania 16.  
 Bohemia 87.  
 Bolivia 435.  
 Brasil 197.  
 Calvario 34; 152.  
 Calvario, altar incruento 96.  
 Caná, 8, 54, 258, 273; 263.  
 Cartago 168.  
 Cassino, abadía de Monte — 210.  
 Cenáculo 81, 99.  
 Cluny 467.  
 Chili, r. 132.  
 China 415.  
 Edén 52.  
 El Cairo 209.  
 Emaús 150.  
 Eslavonia 87.  
 España 87, 203, 227, 427.  
 Eufrates 287.  
 Europa 265; 113.  
 Fátima 269 ss., 271, 272, 273.  
 Finlandia 169, 171.  
 Francia 87.  
 Gales 477.  
 Galia 467.  
 Galilea 98.  
 Germania 467.  
 Genesaret 110.  
 Gólgota 151, 203.  
 Haití 207.  
 Helvecia 467.  
 Horeb 383.  
 Huanchaco, playas de — (Perú)  
     134.  
 Hungría 87, 467.  
 Iglesia 205.  
 Inglaterra 87, 477 ss.  
 Italia 87, 375, 421 ss., 467; 93,  
     107, 109, 111-113, 114.  
 Jerusalén 78, 99; 169; templo  
     de — 15.  
 Karakorum, corte de — 417.  
 Lacio 35.  
 [Lima] Ciudad de los Reyes 132.  
 Lisboa, capilla real de — 201.  
 Livonia 87.  
 Lyon 168.  
 Massa Marittima 307 ss.  
 Miguel, iglesia de San — (Rep.  
     El Salvador) 305.  
 Nazaret 87, 97, 98; taller de

## ÍNDICE TOPONÍMICO

- 158; Casa de — 29, 44, 47, 257.
- Nilo 287.
- Olivos, m. 96.
- Oriente 269, 288; — latino 87.
- Orígenes 201.
- Palestina, lugares de — 274.
- Pesebre* [Belén] 152.
- Países Bajos 87.
- París 467.
- Pérgamo 167.
- Perú 129 ss., 135.
- Plata, r. 199.
- Populonia, c. 307.
- Portugal 203, 269.
- Roma 47, 77, 83, 87, 88, 95, 98, 105, 129, 151, 309, 310, 327, 375; 5, 6, 7, 18, 35, 109, 110, 112, 113, 117, 118, 176, 194, 195, 209, 223, 303.
- Ciudad Eterna 210; 109, 117, 146, 209, 210.
- Urbe 7, 110, 209, 303.
- Capitolio 110.
- Vesta, templo de — 39.
- ciudad santa 209.
- ciudad episcopal del P. 145.
- diócesis de 303.
- sacro suelo de 304.
- cristiana 146.
- arte (obras y colecciones) 304.
- Basílicas patriarcales, 304.
- Bas. S. Lorenzo *f. l. m.* 146. 304.
- Bibliotecas 304.
- Iglesias 151.
- Sepulcro de Pío IX 304.
- Bombardeo 301 ss.
- Rumania 265.
- Salomón, templo de — 81.
- San Pablo, ciudad de — (Br.) 199.
- Salvador, Rep. de San — ; Rep. de El — 301 ss.
- Siena 307 ss.
- Suiza 87.
- Tíber 85, 105, 287; 6.
- Tiberíades 16.
- Tigris 287.
- Tours 467.
- Trujillo, c. 132.
- Vaticano: colina del — 317, 383, suelo 86; terreno 86-87.
- Ciudad del — 123; 142, 149, 176, 304; Palacio Apostólico 288; Sala de la Bendición en el — 35; Archivo 121 ss.; Biblioteca 121 ss.; Capilla Sixtina 73, 76; Radio 153.
- Vaticana, Basílica: 75, 86, 87; 249; antigua — 111; igl. de San Pedro 151; grutas vaticanas 88; 111, 151; «Confesión» 86, 87, 155; Sepulcro de San Pedro, 87; Sepulcros de Pedro y Pablo 6; *Tropaeum* (a. 200) 87-88.
- Venezuela 137, 139.
- Westminster 477 ss.

## APÉNDICE

Antigüedades bñbl. (DA), Antiguos pueblos (DA), Basílica Vaticana, Belén, Bolivia, Brasil, Ciudad Eterna, Ciudad Vaticana, China, El Salvador, España, Finlandia, Gales, Haití, Israel (DA), Italia, Japón, Lisboa, San Lorenzo *fuori le mura*, Naciones orientales (DA), Nazaret, Orientales (DA), Perú, Pío lat. amer., Portugal, Roma, Venezuela.



## VI. - ÍNDICE LITERARIO

(Citas y referencias)

### a) BÍBLICAS

*Gen.* (1, 28) 33; (2, 8.15) 33; (2, 24) 130; (3, 20) 230; (4, 10) 257; (6, 12) 273; (8, 17) 8; (8, 21) 25; (18, 32) 218.

*Ex.* (20, 14) 210; (c. 17) 383.

*Deut.* (18, 15 ss.) 54.

*3 Reg.* (2, 8) 183; (18, 20 ss.), (19, 4) 220.

*1 Par.* (16, 22) 235; (29, 17) 37.

*2 Esdr.* (6,3) 39; (9, 12) 76.

*Tob.* (2, 2) 15; (12, 6) 269.

*Iob* (1, 21) 26; (19, 25-27) 27; (31, 1) 280.

*Ps.* (2, 10) 124; (18, 2) 447; (26, 1) 364; (28, 11) 273; (29, 7) 110; (43, 24.27) 18; (72, 27) 132; (79, 15-16) 99; (83, 12) 253; (101, 5) 132; (103, 30) 233; (104, 15) 235; (117, 16-17) 101; (117, 24) 37; (126, 1) 56; (126, 1-2) 273; (129, 1) 26; (136, 5-6) 255; (143, 2) 176.

*Prov.* (8, 15) 176; (13, 1) 132; (17, 6) 36; (21, 1) 234; (21, 30) 100.

*Cant.* (2, 2) 260; (4, 11) 396; (6, 1) 33; (6, 2) 260; (8, 7) 118.

*Sap.* (3, 7) 316; (5, 12) 53; (6, 4-10) 261; (6, 23) 261; (8, 1) 188; (12, 1) 289; (17, 17) 156.

*Eccli.* (15, 17-18) 204; (40, 1-5) 5.

*Is.* (9, 6) 156; (12, 1) 75; (22, 13) 126; (29, 11) 78; (32, 17) 261; (58, 9) 273; (61, 2) 108.

*Ier.* (1, 6) 220; (17, 13) 355. — *Thren. s. Lam.* (4, 1) 304; (5) 368.

*Dan.* (12, 3.9) 289.

*Hab.* (3, 2) 274.

*Mich.* (4, 2) 216; (7, 7) 303.

*Mal.* (1, 11) 251; (2, 15) 148; (12, 34) 218.

*1 Mach.* (12, 9) 289.

- Matth.* (4, 17) 273; (4, 21) 16; (5, 13-16) 220; (5, 14) 375; (5, 15) 438; (5, 17) 194; (5, 27-28) 279; (5, 45) 163; (5, 48) 202; (5, 44-48) 257; (6, 33) 217; (7, 21) 199; (8, 25) 77, 304; (9, 11) 229; (9, 20-22) 134; (9, 38) 259; (9, 37-38) 16; (11, 27) 54; (11, 28-30) 5; (13, 25) 330; (13, 41) 226; (13, 55) 29, 87; (15, 14) 282; (15, 19) 279; (15, 24) 231; (16, 16) 98; (16, 18) 17-18; (16, 18-19) 230; (17, 14) 69; (18, 17) 229; (19, 6) 51, 51-52; (19, 12) 40; (19, 19) 316; (19, 21) 16; (20, 22) 338; (20, 28) 162, 182; (22, 30) 60; (22, 34-36) 215; (22, 34-40) 215; (24, 7) 75-76; (25, 34-36) 213; (25, 36) 29; (26, 28) 231; (26, 40) 10; (26, 41) 324, 10; (28, 18) 275; (28, 20) 17.
- Marc.* (1, 10) 232; (2, 16) 229; (4, 38) 77; (6, 3) 97; (8, 2) 87, 167; (9, 24) 69.
- Luc.* (2, 14) 275, 473; (2, 34) 337; (3, 22) 232; (6, 27-35) 257; (7, 22 ss.) 165; (8, 24) 17; (9, 23) 202; (10, 2) 259; (10, 3) 109; (10, 16) 245; (10, 23) 131; (10, 33-37) 257; (10, 38) 16; (12, 32) 81, 234; (13, 34) 79; (15, 2) 229; (15, 17) 178; (17, 5) 71; (18, 9) 58; (22, 32) 259; (23, 43) 134; (24, 32) 287.
- Io.* (1, 3) 56; (1, 11) 150, 169; (1, 12) 225; (1, 12-13) 25, 53; (1, 14-16) 238; (1, 16) 156, 363; (1, 18) 56, 238; (2, 1-11) 456; (2, 5) 273; (2, 11) 263; (3, 2) 239; (3, 5) 230; (3, 16) 225; (3, 34) 241; (4, 42) 242; (6, 33.35.55) 203; (6, 63) 234; (6, 57-58) 202; (6, 68) 239; (6, 68-69) 58; (6, 69) 98, 288, 295; (8, 12) 26; (10, 1-18) 234; (12, 25) 134; (13, 1) 261; (13, 34) 316; (15, 12) 316; (14, 14) 254; (14, 16.26) 247; (14, 23) 248; (14, 26) 238; (15, 1-5) 246; (15, 5) 236, 239; (15, 9-10) 248; (15, 10) 199; (15, 15) 227, 55, 230; (16, 7) 233; (16, 21) 8; (16, 33) 80; (17, 2) 238; (17, 3) 54, 166, 247; (17, 8. 4) 230; (17, 9-19) 259; (17, 11-22) 146; (17, 15) 109, 227; (17, 18) 230, 240; (17, 20-23) 259; (17, 21) 259; (21, 23) 246; (18, 37) 239, 245; (19, 11) 97; (20, 21) 240, 245; (20, 22) 241, 245; (20, 29) 27; (21, 15-17) 110.
- Act.* (1, 1) 87; (1, 6) 97; (1, 7-8) 96; (1, 10-11) 98; (2, 1-4) 232; (2, 10) 99; (3, 22-23) 54; (4, 12) 162, 302; (8, 26) 234; (9, 1-19) 234; (9, 4) 240; (10, 1-7) 234; (10, 45) 109; (12, 3-10) 234; (20, 28) 221, 242; (22, 7) 240; (23, 28) 261; (26, 14) 240.
- Rom.* (1, 20) 447, 8, 54; (6, 5) 261; (8, 9) 241; (8, 9-10) 250; (8, 14-17) 241; (8, 17-29) 60; (8, 26-27) 18; (8, 29) 237; (8, 35) 252; (12, 5) 257; (13, 8-10) 194.
- 1 Cor.* (1, 26) 205; (1, 30) 288; (3, 11) 288; (3, 23) 243; (4, 1) 438; (4, 16) 441; (5, 10) 226; (5, 20) 225; (6, 9-10) 199; (6, 20) 48; (7, 4) 250; (7, 5) 324; (7, 32-34) 19; (9, 22) 816; (10, 13) 326; (10, 31) 11; (11, 1) 441; (11, 3) 48; (11, 25) 231; (12, 4) 227; (12, 5) 226, 249, 257; (12, 12) 240; (12, 13) 229; (12, 15) 316; (12, 21) 236; (12, 25) 249, 257; (12, 26) 257; (12,

- 22-23) 257; (12, 12-13.21.26) 183; (12, 31) 194; (18, 1) 46; (18, 4) 78; (18, 7) 323; (18, 8) 60; (18, 8-10) 194; (15, 10) 29, 253; (15, 19) 98; (15, 57) 83.
- 2 Cor. (1, 3) 456, 296; (3, 6) 231; (3, 17) 241; (3, 18) 241; (4, 6) 241; (4, 6-7) 241; (4, 13) 247; (4, 17-18) 49; (5, 6) 11; (5, 14) 16, 79, 316; (10, 5) 256; (11, 14) 404, 255; (11, 29) 316.
- Gal. (2, 20) 242, 248, 253; (3, 26-28) 168; (4, 6) 241; (4, 6-7) 241; (5, 19-20) 199.
- Eph. (1, 8) 241; (2, 3) 225; (2, 14) 156; (2, 14-16) 232; (2, 15) 231; (2, 19) 163; (2, 20) 255; (2, 21-22) 223; (3, 14-18) 115; (3, 18) 258; (4, 4) 248; (4, 5) 247, 229; (4, 7) 239, 241; (4, 13) 152; (4, 16) 233, 236, 239, 246; (5, 22-23) 246, 247, 253; (5, 23) 242; (5, 25-29) 46; (5, 32) 54; (6, 5-9) 181; (6, 12) 404.
- Phil. (2, 7) 237; (2, 8) 245; (3, 20) 10; (4, 7) 234.
- Col. (1, 13) 245; (1, 15) 233; (1, 18) 226, 233, 246; (1, 19) 238; (2, 3) 238; (1, 24) 221, 262, 264; (1, 27) 248; (2, 3) 245; (2, 10) 288; (2, 14) 231; (2, 19) 233, 236, 239; (3, 17) 12; (4, 1) 181; (8, 10) 237.
- 1 Thess. (2, 16) 126; (4, 6) 212.
- 1 Tim. (2, 1-2) 12, 261; (2, 4) 17; (2, 5) 233, 254; (3, 15) 344; (4, 6) 118; (4, 10) 242; (4, 13-14) 118; (cap. 5) 155; (6, 11) 431; (6, 15) 97, 455; (6, 20) 236.
- 2 Tim. (1, 5) 22; (2, 3-4) 431; (2, 11) 261; (3, 15.17) 286; (3, 16 ss.) 267.
- Tit. (2, 7-8) 431; (2, 8) 441; (2, 13) 248; (3, 4) 207.
- Philem. (v. 16) 181.
- Hebr. (2, 16-17) 237; (4, 12) 279; (4, 15) 282; (6, 12) 118; (11, 1) 26, 57; (11, 6) 260; (12, 1) 151; (12, 2) 239, 248; (13, 14) 248; (13, 17) 256.
- Iac. (1, 17) 142.
- 1 Petr. (2, 4-5) 255; (2, 5) 223; (2, 9) 59; (2, 25) 234; (3, 14) 83; (4, 13) 221; (5, 1-2) 77; (5, 1-5) 234; (5, 3) 236.
- 2 Petr. (1, 4) 59, 225, 237; (1, 19) 59-60.
- 1 Io. (2, 16) 194; (3, 1) 181; (3, 1-2) 57; (3, 2) 237; (4, 15) 247; (4, 16) 248; (4, 20-21) 249; (5, 4) 21, 82.
- Apoc. (1, 5) 233; (2, 7.11.17.26) 200; (3, 5.12.21) 200; (3, 20) 119, 167; (5, 12-13) 247; (5, 13) 255; (17, 14) 455; (19, 16) 455; (21, 4) 100; (22, 3-9) 181.

## b) LITÚRGICAS

Ant. Adv. «O clavis», 152; id. «O. Rex», 339; *Offic. Mai. Hebdomadae*, 263; «Veni Creator Sp.», 99; *Missae fest. Ssmi. Corp. Christi*, 132; *Hymn. ad Matut. in fest. Ssmi. Corp. Christi*, 92; *Off. Ssmi. Cordis Iesu ad Vesp.*, 264; *Let. del S. Cor.*, 316; *Rituale Rom. (Matrim.)*, 51; *Praef. Miss. pro Defunctis*, 164.

c) HISTÓRICAS

[BOLANDOS] *Acta SS. Martyrol.* Rom. (1940: p. 136-137, 78, 86, 220), 167-168 (V [1685], 300) 309; EUSEBIO *Hist. Eccl.* (2, 25) 88; (5, 1-3) 168; HEFELE, *Beiträge z. Kirchengesch.*, Arch. u. Lit., Tubinga, 1864, I (*Über d. Rigorismus i. d. Leben u. d. Ansichten der alten Christen*, 16 ss.) 200; MACAULAY, *Critical a. Hist. Essays*, von Ranke 140; COSTE, *Monsieur Vincent* (1, 396) 109; VAZ DE CAMINHA, *Carta de Pero — a El-Rei D. Manuel* (1 mayo 1500) 200.

d) JURÍDICAS

Conc. Flor.: *pro Iacob.*, 231. Conc. Trid.: (Sess. 3 cap. 2) 268; (Sess. 4 decr. 1) 267; (*Decr. de edit. et usu SS. Libr.*) 276; (Sess. 13 c. 2) 201. *Catech ad par.* (3, 4 praec., 3) 206. Conc. Vatic. (Sess. 3 *Const. de fide cath.*): (cap. 1) 226; (cap. 3) 245, 246 260 (ib., 4) 224, 251; (Sess. 4 *Const. de Eccl. prol.*) 225, 245; (ib., cap. 3) 235. C. I. C. can.: (329, 1) 235, (1013, 1) 8, (1351) 260, (1366, 2) 446, (1585-1590) 237, (1747-1836) 237, (1791) 239, (1869, 1) 234, (1869, 3) 237, 238.

*Decr. S. Off.* (2 dic. 1940) 257.

Pont. Com. Bibl. *Litterae ad... Arch. et Epp. Ital.* (20 ag. 1941) 270.

c) ROMANOS PONTÍFICES

Bonifacio VIII *Unam Sanctam*, 235. Pío IX *Iam vos omnes*, 260. León XIII: *Acta* (13, 328) 269, (13, 355). (13, 357) 269; *Aeterni Patris* 446, 447; *Annum Sacrum* 276; *Cum hoc sit* 445; *Divinum illud*, 230, 241, 251; *Hierosolymae in coenobio*, 270; *Immortale Dei*, 260; *Octobri mense* 456; *Providentissimus Deus*, 268, 270, 278; *Sapientiae christianae*, 241, 244; *Satis cognitum*, 226, 234, 241, 244, 245; *Vigilantiae*, 270, 285. Pío X: *Ad diem illum*, 264; *Quoniam in re biblica*, 271; *Vinea electa*, 271; *Scripturae Sacrae*, 270; *Qui piam.*, 272; *Ep. ad Rvmum.* Dom. A. Gasquet, 271; *Benedicto XV: Spiritus Paraclitus*, 269, 272, 281. Pío XI: *Casti connubii*, 44; *Divini Redemptoris*, 243; *Ad cathol. sacerdotii* 223, 438, 439; *Ex officiosis litteris* 271; *Quadragesimo anno*, 213; *Inter praecipuas*, 272; *Bibliorum scientiam*, 271; C. al *Episcopado de Filipinas*, 438. Pío XII: *Disc. a los alumnos del Santuario* 268; *Summi Pontificatus*, 260; *Ad Deum* 445.

f) ESCRITORES ECLESIASTICOS

DIDACHE (9, 4) 252.

[ANÓNIMO]: *De vera et f. paen.* 295.

AGUSTÍN (San): *Contra Faustum* (13, 18) 289; (21, 2) 246; *De agone christ.* (20, 22) 233; *De bono viduit.* (c. 21) 133; *De civ. Dei*

- (1, 33) 14; (19, 13, 1) 345; (22, 22, 4) 302; *De cons. Evangel.* (1, 35) 239; *De diversis qq.* (53, 2) 284; *De doct. christ.* (2, 16) 274; (2, 21) 275; (3, 56) 289; *De pecc. orig.* (25, 29) 231; *De Gen. ad litt.* (2, 9, 29) 269; *Enarr. in Ps.* (17, 51), (90, 2, 1) 246; (85) 242; (124, 7) 175; (146, 12) 284; *In Io. ev.* (26, 2) 260; (26, 6, 13) 132; *Ep.* (116, 16) 231; (149 *ad Paul.* 34) 284; (157, 3, 22) 229; *Serm.* (137, 1) 229; (189, 4) 364; (354) 240; (354, 6) 119.
- AMBROSIO (San): *Hexaem.* (6, 55) 233; *De Abraham* (1, 3, 21) 69; *De Elia et ieiunio* (10, 36-37) 242; *In Ps.* 118, 242; *in Ps.* 118 (22, 30) 263; *Exp. in Lucam* (2, 87) 230; (4, 49) 253; *Serm.* (20, 2) 242; *De excessu fratris sui Satyri* (1, 44) 270.
- ATANASIO (San): *Contra Arianos* (1, 54) 281.
- BERNARDO (San): *Ep.* 238 *ad Dnum. Papam Eugenium prima* 116.
- BUENAVENTURA (San): *De prepar. ad Miss.* (1, 3, 10) 82.
- CIPRIANO (San): *Ep.* 59 *ad Cornelium Rom.* (14, 2) 85.
- CIRILO DE ALEJANDRÍA (San): *Comm. in Luc.* (22, 19) 302; *Comm. in Io.* (1, 4) 233; (11) 133; *Ep.* 55 *De Symbolo*, 239.
- CLEMENTE ALEJANDRINO (San); *Strom.* (7, 2) 242.
- GELASIO (San): *Ep.* 14, 260.
- GREGORIO MAGNO (San): *In I Reg.* (13, 2) 388; *Hom.* 12 *in Ev.* (1) 226; *Hom.* 19 *in Ev.* (1) 16; *Hom.* 11 *habita ad pop. in Basil.* S. Agnetis *in die nat. eius*, 261; *Ep. ad Eulogium* (30) 236; *Moralia* (14, 35, 43) 235.
- GREGORIO NISENO (San): *De vita Moysis*, 240.
- HILARIO (San): *De Trin.* (8, 14) 132.
- IRENEO (San): *Adversus Haer.* (4, 33) 260.
- JERÓNIMO (San): *Comm. in Is. prol.* 288; *Praef. in IV Ev. ad Damasum*, 274; *Comm. in Ep. ad Eph.* 288; *Contra Vigilant.* (8) 88; *Ep.* 53 (10) 239; 112 (14) 231.
- JUAN CRISÓSTOMO (San): *In Gen.* (1, 4; 2, 21; 3, 8) 282; *Hom.* 15 *in Io.* (1, 18) 282; *In Ep. ad Philem.* (2, 3) 182; *Hom.* 52 *in Gen.* 270, 272; *De virgin.* 298; *Serm.* 21 (3) 246; 63 (3, 6) 263; 68 (3) 231; 82 (3) 85.
- MÁXIMO DE TURÍN (San): *Sermo* 56 *in natali S. Agnetis*, 261; *Sermo* 29, 249.
- [TERTULIANO]: 60.
- VICENTE DE LERÍN: *Commonit.* (22) 80.
- TOMÁS DE AQUINO (Sto.): *Contra Gent.* (3, 66-67) 8; *Summa theol.:* (1, 20, 4 *ad* 1) 233, (1, 21, 2) 239, (1, 22, 1-4) 234, (1, 67, 1) 28, (1, 43, 3) 251, (1, 70, 1 *ad* 3) 269, (1, 76, 2 *ad* 4) 412, (1, 102, 8) 33, (1, 83, 1 *ad* 5) 38, (1. 2, 9, 2) 38, (1. 2, 28, 1) 154, (1. 2, 55) 22, (1. 2, 63, 1. 2) 23, (1. 2, 71, 6) 198, (1. 2, 100, 3) 195, (1. 2, 103, 3 *ad* 2) 231, (1. 2, 103, 3 *ad* 2; 4 *ad* 1) 231, (2. 2, 28, 8) 23, (2. 2, 25, 4-5) 134, (2. 2, 29, 1 *ad* 1) 345, (2. 2, 29, 3) 851,

- (2, 2, 60, 4 ad 2) 239, (2, 2, 83, 5, 6) 254, (3, 42, 1) 231, (3, 64, 3) 239, (3, 80, 1) 263; *Suppl.* (41, 1) 52, 63; (44, 1) 52; (49, 2 ad 4, 7) 53; (49, 3) 52; *De verit.* (1, 2) 410, (29, 4) 244, 254, (ib. ad 3) 245; *In libros Peri hermeneias* (1, 9, 14, 11) 404; *Comm. in Ep. ad Eph.* (1, 8) 237, 250; (2, 5) 249; *In Ep. 2 Tim.* (3, 2, 3 lect.) 134; *Comm. in Ep. ad Hebr.* (1, 4) 282.
- BELARMINO (San Roberto): *De Conc.* (2, 19) 240; *De Rem. Pont.* (1, 7) 240.
- IGNACIO DE LOYOLA (San): *Ejerc. Esp.* (Encarn. 3 Prel.) 316.
- FRANCISCO DE SALES (San): *Introduction à la vie dévote* (3, 25) 155, (3, 38) 158.
- Imitación de Cristo* (1, 14, 16) 145, (3, 5) 46.
- JUAN DE LA CRUZ (San): *Noche oscura* (1, 4, 7) 281; *Poesías* (21, 34) 330.
- TERESA DE JESÚS (Sta.): *Camino de perfección* (cap. I) 384.

g) OTROS ESCRITORES

- ARISTÓTELES: *Physic.* (1, 1, 1) 447; *Rhetoric.* (1, 9) 239; *De Caelo* (1, 1) 236; *Ethica Nicomach.* (3, 7) 38. CICERÓN: *Tuscul.* (2, 4) 446, (2, 18, 43) 22, (3, 17) 309; *Pro Mil.* (4, 10) 243; *De nat. Deor.* (3, 40) 394, 294. JUVENAL: *Sat.* (4, 91) 244, (6, 486 ss.) 164. T. LIVIO: *Ab urbe condita* (34, 2) 54. MARCIAL: *Epigr.* (2, 66) 164. PLATÓN: Θεαίτητος (11) 401. VIRGILIO: *Eclog.* (4, 5-6) 217; *Aeneid.* (4, 16, 59) 8, (4, 490-491, (6, 257) 28.
- DANTE: *Inf.* (5, 56) 203; *Purg.* (2, 104-105) 105, (7, 121-123) 26, (20, 1) 228; *Par.* (4, 41-42) 405, (5, 19-20) 203, (24, 64-65) 26, (24, 70-75) 57. CAMÕES: *Lusiadas* (7, 13-14) 270. LOPE DE VEGA: *Rimas sacras* son. 37, 134. LUIS DE LEÓN (Fr.): *Los nombres de Cristo* (1, 2) 301.
- BARTOLI: *Delle grandezze di Cristo* (2) 402. DOSTOJEVSKI (Fiódor): *Los hnos. Karamàzov* (2, 6; 5, 3) 203. DU BOIS-REYMOND: *Über die Grenzen des Naturerkennens* (Leipz. 1907) 403. LA ROCHE-FOUCAULD: *Réflexions* (102) 282. MADELIN: *Discours...* (Académie Française) (17 XII 1936) 167. MONTI: *Bellezza dell'universo* 131. PARINI: *Ode (Il bisogno)* 45. PLANCK: *Sinn. u. Grenzen der exakten Wissenschaft* (Europ. Revue, febr. (1942) 407. POINCARÉ: *Science et Méthode* (p. 65) 404.
- ANCHIETA (José de): *Hino ao SS. Sacramento* 201-202.
- BOSSUET: *Élévations sur les mystères* (4, 5) 8.
- VIEIRA (Antonio): *Sermão do Espiritu Santo* (Sermões 3, 392 ss.) 203; *Sermão pelo bom sucesso das armas de Portugal* (Sermões 3, 467 ss.) 201.
- FLÉCHIER: *Oraison funèbre* (1676) 186.

# SUMARIO

	págs.
Preliminar ... ..	XI
Discursos y Radiomensajes de Su Santidad... ..	1
Apéndice ... ..	217
ÍNDICES	
Criterio de los índices y de la edición ... ..	315
I. — Índice cronológico ... ..	317
II. — Índice sistemático ... ..	319
III. — Índice analítico ... ..	321
IV. — Índice onomástico ... ..	351
V. — Índice toponímico ... ..	356
VI. — Índice literario... ..	358